OBRAS

DEL

DUQUE DE VILLAHERMOSA




El Duque de Villahermosa

OBRAS

DE

D. MARCELINO DE ARAGÓN AZLOR Y FERNÁNDEZ DE CORDOBA

DUQUE DE VILLAHERMOSA

CONDE-DUQUE DE LUNA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO

DE LA MISMA ACADEMIA



MADRID: 1894.—EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
C. de San Francisco, 4

PRÓLOGO

La piedad filial, dichosamente hermanada con el buen gusto, recoge en este volumen las pocas, pero muy estimables, reliquias que de su claro y ameno ingenio y sólida cultura clásica nos dejó un prócer ilustre que, á los heredados timbres de su regia prosapia, juntaba nobilísimas condiciones de carácter y de entendimiento, las cuales harán siempre dulce y respetable su memoria entre cuantos se honraron con su amistad y pudieron admirar de cerca los cristianos y loables ejemplos de su vida, consagrada al bien sin ostentación ni fausto. Pero como el eco de las virtudes privadas pronto se extingue en el mundo, y tales méritos sólo en el tesoro de Dios permanecen vivos con galardón eterno, ha parecido conveniente perpetuar en un libro el recuerdo de las tareas literarias del Duque de

Villahermosa, para que, á lo menos, esta parte de su fisonomía moral quede á salvo de las injusticias del olvido.

Breve será la presente noticia, y sencilla y mesurada de tono, como cuadra á la índole grave y modesta del difunto Duque, que, gran señor en todo, ni gustaba del vano incienso de la lisonja, hoy tan insensatamente prodigado, ni ha de agradecer desde la tumba hipérboles que no hubiera tolerado en vida. La nativa dignidad de su persona juntábase en él con la mayor afabilidad y llaneza. Nunca hubo hombre más desasido de todo género de vanidades, incluso la vanidad literaria. Modestamente se daba por un aficionado, aunque su talento y buenos estudios le hiciesen acreedor á un puesto mucho más alto en la jerarquía de las letras.

Los hechos exteriores de su vida pueden escribirse en pocas líneas: lo más excelente y ejemplar de ella debe quedar en el misterio en que la virtud cristiana gusta de esconder sus obras; los Ángeles las habrán puesto á los pies del Señor, y no deben ser profanadas en una necrología literaria. La existencia del Duque de Villahermosa se

deslizó fácil y serena, en paz con todo el mundo y con la propia conciencia, sin cambios bruscos ni ruidosos accidentes, sin más nubes que las que á deshora entoldan el cielo que parecía más despejado. No necesitó esfuerzo alguno para conquistar su posición ni su fortuna: descendía de Reyes; nació en las gradas más próximas al trono; vivió honradamente con los restos del patrimonio de sus gloriosos abuelos; hizo cuanto bien pudo en torno suyo; no se vió en él acción que no fuese de caballero y de cristiano: si alguna vez intervino en los negocios públicos, como cumplía á su altísima representación social, procedió siempre conforme á los dictados de su conciencia y con el noble tesón propio de quien nada debía ni nada esperaba de los ídolos políticos del momento. Quizá se le tachó por esto de díscolo y excéntrico: ¡pluguiera á Dios que tal género de altivez se hubiese comunicado á todos los de su clase, y que encontrasen más honroso formar cuerpo social que militar como mesnaderos en tal ó cual bandería, subordinándose ciegamente á la voluntad de sus naturales enemigos!

D. Marcelino de Aragón y Azlor, décimo-

cuarto Duque de Villahermosa, Conde-Duque de Luna, Jefe ó pariente mayor de la Real Casa de Aragón como descendiente de D. Juan el II, nació en Madrid el 7 de Julio de 1815, aunque él se consideraba y todo el mundo le tenía por aragonés, siéndolo á toda ley en las condiciones de su carácter independiente, franco, leal y sobremanera perseverante y profundo en sus afectos, que nunca parecieron de artificioso cortesano, sino de hombre ingenuo y primitivo. Pertenecía á aquel género de aristocracia tradicional que, por lo mismo que lo es tan de veras, suele mostrar condiciones tan análogas á las del pueblo, y conserva, aun en medio de los resabios de la educación extranjera (única que por lo general reciben las altas clases en España), cierto modo de sentir castizo, llano é instintivamente democrático.

Tradicional era en su familia el amor á las letras, y nunca habían faltado en ella las palmas del saber, no menos que las del valor, las del martirio militar y aun las de la santidad en grado heróico. La gloria de los dos hermanos Argensolas, en quienes se cifra el apogeo de la cultura literaria de

Aragón en nuestro siglo de oro, protege y ampara como sombra tutelar la casa de sus Mecenas. Es considerable el número de escritores de esta familia, cuyos nombres se registran en la *Biblioteca aragonesa* de Latassa, en concepto de eruditos, de humanistas ó de historiadores, sobresaliendo entre ellos el venerable cuanto desdichado Duque D. Martín, á quien llamaba Felipe II *el filósofo aragonés,* y el Conde de Luna, autor del inapreciable libro de memorias históricas que lleva por título *Comentarios de los sucesos de Aragón.* En tiempos más recientes, en pleno siglo XVIII, un Duque de Villahermosa, abuelo del que es objeto de esta noticia, brilló por su cultura en Francia y en Italia; trató familiarmente á Voltaire, á d'Alembert y á los principales enciclopedistas, contagiándose un tanto de sus ideas, á las cuales renunció posteriormente; y llegó á dominar la lengua francesa, hasta el punto de traducir en ella, con aplauso de los más severos jueces académicos, la obra más difícil y obscura de la prosa castellana: *El Criticón*, de Baltasar Gracián. En castellano dejó inédita una traducción en verso de los tres primeros libros de

la *Eneida,* precedidos de un discurso sobre el arte de traducir, escrito con muy buen gusto, con firmeza de estilo y con ideas de crítica muy adelantadas á su tiempo.

No desmereció de tales precedentes la educación literaria de nuestro Duque de Villahermosa. Su padre, veterano de la Guerra de la Independencia, ayudante de Palafox en la heróica defensa de Zaragoza, diplomático muy conocido y estimado en los salones franceses del tiempo de la Restauración, era además persona muy discreta y de gran consejo, como lo prueban las cartas que escribía á su hijo, llenas de cristianas y saludables enseñanzas, que no pueden leerse sin respeto y enternecimiento.

Recibida la primera educación bajo el magisterio doméstico de un ayo, que le inició también en las primeras nociones de la lengua latina, continuó D. Marcelino sus estudios en París durante los años de 1825, 26 y 27, en que residió allí como Embajador el Duque, su padre. De vuelta en Madrid, ingresaron, así él como sus hermanos, en el Real Seminario de Nobles, que dirigían los Padres de la Compañía de Jesús con aquel arte y sabiduría pedagógica que no han so-

lido negarles ni aun sus más encarnizados detractores. Si por los frutos ha de conocerse el árbol, no fué por cierto desmedrado ni infecundo el que se plantó en aquellos últimos días del reinado de Fernando VII, puesto que de aquel Colegio salieron nuestro gran poeta nacional D. José Zorrilla y nuestro primer crítico de artes, dentro de la escuela romántica, D. Pedro de Madrazo. Los jesuitas han solido ser más retóricos y humanistas que poetas ni artistas propiamente dichos; pero no hay duda que sabían educar artistas y poetas, y lo que es más, que no contrariaban ni torcían las inclinaciones nativas, aunque éstas se inclinasen, como no podían menos de inclinarse en la juventud de 1830, á la libertad de las formas románticas.

A esta época se remontan los primeros ensayos poéticos del que entonces, como primogénito de su casa, llevaba el título de Conde-Duque de Luna; ensayos ciertamente infantiles y de tímida imitación, pero que muestran ya la sólida cultura clásica que había granjeado, y la pureza de su gusto, formado con el trato asiduo de los mejores modelos latinos, que nunca deja-

ron de ser el principal entretenimiento de su vida. Inéditos yacen estos versos entre sus papeles, donde están también, para curiosidad de futuros investigadores, las primeras tentativas con que se ensayaba á soltar las alas la poderosa musa de Zorrilla, quien mantuvo desde entonces con el Duque la más íntima y fraternal amistad, no interrumpida sino por la muerte.

Cerrado el Seminario de Nobles en 1833, ocho días antes de la muerte de Fernando VII, el Conde de Luna pasó, durante los años de la Guerra civil, largas temporadas en Valencia y en Valladolid, donde estrechó sus lazos de amistad y compañerismo, no sólo con Zorrilla, sino con Miguel de los Santos Álvarez y otros estudiantes poetas, que formaban en aquella Universidad una especie de cenáculo romántico. Nuestro prócer, á pesar de su arraigado y persistente clasicismo, pagó alguna vez tributo á esta nueva dirección poética, escribiendo para *El Artista* algunas composiciones románticas, á la verdad no de gran mérito, como tan contrarias á su índole plácida y reposada y á sus instintos de orden y disciplina en todo.

Gracias á ellos corrió su vida sin accidente notable, alejada en lo posible de las discordias políticas, que tanto ciegan y apasionan los ánimos; pero no apartada nunca del cuidado del bien público en aquella medida en que importa y atañe á todos los ciudadanos, y de un modo muy especial á aquéllos á quienes han colocado en la cumbre de la sociedad el nacimiento ó la fortuna. El Duque de Villahermosa nunca dejó de acudir á esta obligación suya, ya como Diputado por Aragón, ya como Senador por derecho propio desde 1853, en que heredó su título. En una y otra Cámara votó conforme á razón y conciencia, pluguiese ó no á los caudillos de las parcialidades dominantes. Ninguna pudo contarle entre sus adeptos sumisos; pero fué siempre aliado leal de las que estaban más dispuestas á la defensa del trono, en el cual veía el más firme baluarte de las libertades públicas. En materias de otro orden todavía más alto, jamás se vió en él contradicción ni asomo de flaqueza; ni de cerca ni de lejos toleró imposiciones que empañasen la pureza acrisolada de su creencia religiosa. Con esta entereza suya, templada por una singular dulzura, se ganó

las voluntades de todos, sin distinción de clases ni de partidos; era imposible conocerle sin estimarle profundamente, y si pudo tener algún envidioso, estoy cierto de que no tuvo ningún enemigo.

Lo que resta de su vida puede contarse en dos palabras. Por Marzo de 1841 había contraído matrimonio en Tolosa de Francia con Doña María Josefa de Idiáquez, hija de los Duques de Granada de Ega. De esta esposa, arrebatada á su cariño por muerte prematura, no logró más descendencia que un hijo, fallecido en edad temprana, y una hija, la actual Duquesa de Villahermosa, Condesa viuda de Guaqui, Doña María del Carmen Aragón y Azlor, aún más conocida que por las raras prendas de su hermosura, discreción y gentileza, por las de su piedad ferviente y por su culta y generosa afición á las Letras, á las Artes y á cuanto ennoblece y realza el espíritu humano.

Falleció el Duque de Villahermosa en Madrid, en 14 de Noviembre de 1888. Su cuerpo fué transportado á la villa de Pedrola, antiguo señorío de su casa, y allí descansa en el panteón de sus antepasados.

La Academia Española le había abierto

sus puertas tres años antes, atendiendo al mérito de sus trabajos literarios, y especialmente al bien probado y notorio de su traducción de las *Geórgicas,* que, publicada en 1881, obtuvo gratísima acogida entre los humanistas españoles. En el prólogo que va al frente de la primera edición y se reproduce en la presente, he dicho mi parecer sobre aquel delicado y paciente trabajo, en que una crítica nimia sólo podría reparar dos cosas: el abuso de la acentuación sáfica, que comunica cierta monotonía á los endecasílabos; y la amplificación excesiva de algunos conceptos del original, que pedirían expresión más rápida y concentrada, para lo cual no faltan recursos en nuestra lengua.

Prosiguiendo en este género de tareas, el Duque de Villahermosa dejó terminada y enteramente dispuesta para la imprenta la traducción que hoy damos á luz del primer libro de los *Tristes,* de Ovidio. Tenía intención de traducir los cuatro libros restantes; pero desistió de ello, aburrido y empalagado su buen gusto con aquel fárrago indigesto de adulaciones y jeremiadas que eternamente deshonrarán el nombre de Ovidio mucho más que todos sus versos

eróticos. Estos, al fin, son pecados de juventud; pero en las elegías de su destierro hay que confesar que se mostró menos que hombre. Tal poeta debía ser antipático al Duque de Villahermosa, y, en efecto, no tardó mucho en abandonar su trato y comercio, prefiriendo la austera y viril rudeza de Juvenal y las sencillas flores con que se engalana la musa de los jardines en los hexámetros de nuestro Columela, aquél que, entre todos los imitadores de las *Geórgicas,* está á un intervalo menos largo de la divina elegancia virgiliana. Así de las *Sátiras* del poeta de Aquino como del poema *De cultu hortorum* del pulcro geopónico de Cádiz, dejó algunos trozos puestos en verso castellano; pero no se incluyen en esta colección por ser muy breves y no haber recibido de su autor la postrera lima.

Como muestra casi única, pero muy brillante, de lo que valía el Duque de Villahermosa como prosista, reproducimos en este volumen su discurso de entrada en la Academia Española; trabajo de erudición sazonada, de sólido criterio, de modesta elegancia, con investigaciones y juicios propios que acreditan, no sólo las muchas hu-

manidades y el depurado gusto de su autor, sino el conocimiento profundo que tenía de las cosas históricas de Aragón, y muy en especial de la vida y escritos de los dos hermanos Argensolas, á quienes consideraba como timbre de su casa, y cuya memoria quiso honrar en aquel acto solemne, rindiéndoles el tributo de tan esmerada monografía.

No fué éste el único servicio que á la erudición española prestó el difunto Duque. Nuestra historia del siglo XVI le debe el gran servicio de haber sacado de la obscuridad el documento más importante para comprender el verdadero carácter de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, y seguir en todos sus detalles aquel drama político, que si parece pequeño en sí al lado de otros grandes sucesos de aquel reinado, tuvo, no obstante, consecuencias tan transcendentales, no ya sólo en la constitución aragonesa, sino en la política general de España. El libro de los *Comentarios del Conde de Luna,* actor y víctima, en parte, de aquellos sucesos, ni pudo imprimirse en su tiempo, ni lo habia sido posteriormente, aunque algunos historiadores, como Ber-

múdez de Castro y el Marqués de Pidal, le hubiesen utilizado y citado con frecuencia en sus obras respectivas. Al Duque de Villahermosa se debió la publicación íntegra de tan preciosas *Memorias,* las cuales ilustró con un prólogo tan breve como discreto, en que campea la misma elegante sobriedad que en su discurso académico y en todos los rasgos de su pluma, poco numerosos por desgracia, pero suficientes para que su nombre deba figurar en el catálogo de los buenos escritores españoles de nuestro siglo, porque fué humanista consumado, hábil traductor, poeta clásico y prosista acendrado y castizo.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

DISCURSO

AL TOMAR POSESIÓN DE LA PLAZA DE ACADÉMICO

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL 10 DE FEBRERO DE 1884

Señores Académicos:

Nunca pude imaginar que el haberme llamado á tan honroso puesto pudiera justificarse con otra razón que con el nombre que llevo, ya que ha sido tradición en mi familia el honrar á las letras y á sus cultivadores. ¿Por qué no he de confesar que recibo esta honra, tan alta para mí, como un recuerdo á aquellos antepasados míos que dejaron escritos sus nombres en las inmortales páginas de la historia literaria de Aragón. y á aquellos otros no menos doctos, aunque más modestos, que sólo dieron pruebas de su amor á la ciencia en la serena y estudiosa quietud de su gabinete, donde no pocos varones de ilustre renombre en las letras apreciaron por experiencia propia el rico caudal de sus conocimientos, y su juicio alto y seguro en toda cuestión relativa al arte literario?

Nuevo precio da al favor que de vosotros recibo, y aumenta la deuda de mi gratitud, el con-

siderar que no son los tiempos que corren los más á propósito para que puedan servirme de escudo gloriosas historias, quizá olvidadas ya, como todo lo que tiene su fundamento en cosas tan instables y movedizas como son el tiempo y la grandeza humana. No por vanidad, sino por modestia, dudé mucho en aspirar á tan alta distinción. Al fin, el cariñoso recuerdo de aquellos abuelos míos que tuvieron asiento en esta casa, y el filial deseo de alcanzar lo que lograron ellos, venció mi timidez y me trae hoy ante vosotros. Sé que no habéis de tacharme de inmodesto, ni negarme vuestro favor, puesto que es de ánimos levantados dar la mano al que en su mismo asombro y turbación manifiesta bien su debilidad.

Harto sabéis que las armas y la ciencia fueron siempre en nuestra España los títulos más altos y valederos para toda elevación honrosa: no han sido otros los verdaderos fundamentos de nuestra aristocracia. Vicisitudes de todos conocidas no permitieron á muchos de sus descendientes seguir el noble ejercicio de las armas; sólo restaba el camino de las letras á quien no se contentase con el heredado esplendor de ilustres abuelos. No cultivador feliz de las letras, pero sí amante entusiasta de ellas, vengo á ocupar este puesto, con el único deseo de no empañar demasiado el lustre y esplendor de los que vais á ser

compañeros míos. No son mis palabras eco vano de fingida modestia, sino expresión sincera y leal de mi gratitud.

Pero ¿cómo pronunciar la palabra modestia, sin traer á la memoria el nombre del estudioso y recto varón á quien tengo la desgracia y la fortuna de reemplazar; del Excmo. Sr. D. Tomás del Corral y Oña, Marqués de San Gregorio, eminente Catedrático de la Escuela de Medicina, Rector ilustre de la Universidad Central, Presidente de los Médicos de la Real Cámara y Académico de la Lengua? Otros más entendidos en las ciencias que él cultivó podrán aquilatar las indisputables dotes que en su larga carrera científica fueron adorno de su bien aprovechada existencia. Y la figura del Marqués de San Gregorio aparecerá, conforme el tiempo corra, tanto más grande, cuanto mayor era su severidad científica, atenta sólo al fondo y á la medula de las cosas. Escritor castizo y diligente, obrero infatigable de la ciencia, alcanzó, á fuerza de asiduo trabajo, los más codiciados honores de su país, y otro honor mucho más raro y envidiable: el título, que todos le concedieron, de varón justo é integérrimo. Entre sus varios y bien aprovechados escritos, relativos en su mayor parte á las ciencias médicas, se distingue y separa, así por la materia como por la forma, su discurso de entrada en esta Real Academia de la Lengua.

Con él dió señalada muestra mi antecesor de que no le eran, en modo alguno, peregrinos los estudios literarios, de los cuales, por otra parte, solía hacer, en sus particulares conversaciones, feliz alarde, como quien manejaba con pasmosa felicidad y sin igual deleite á Calderón, á Tirso y á Lope, á Fr. Luis de León y á Cervantes, aprendiendo en sus escritos la pureza de dicción, y sacando de sus exquisitos conceptos y expresiones el sabor castizo, que es uno de los principales encantos de su prosa. Larga y provechosa sería mi tarea si intentase penetrar en aquel encantado laberinto de la *concordancia lógica del pensamiento con la palabra*, estudio que mi antecesor tomó por tema de su discurso de entrada, tan aplaudido en este recinto. ¿Pero quién ha de repetir, después de él, la demostración de que la palabra no es mera expresión caprichosa y sin contenido verdadero *(flatus vocis)*, sino que nace, por generación lógica, de la concepción ideal, unida á la espontánea necesidad de traducir, por medio de los órganos, al lenguaje material y grosero, la noción que brotó incorpórea del entendimiento, como imagen admirable del divino y no igualado Artífice?

¡Honor y gloria á tan insigne varón, dotado por el Señor de tan excelsas cualidades, puesto que no le hizo sólo grande en ciencia, sino rico en virtudes, ejemplar y cariñoso padre, médico

tan sabio como honrado, agradecido amigo y súbdito leal hasta el heroísmo; cualidades todas que huelgan, menos que nunca, en ésta nuestra generación, en quien la fibra moral anda tan enervada y decaída, muy al revés del entendimiento!

Acatando vuestros Estatutos, que puedo ya decir que son míos, tengo obligación de disertar más ó menos extensamente sobre un punto de la patria literatura, ó de renovar la memoria de algún ilustre y sabio varón, cuya vida y escritos hayan sido gloria de la patria lengua. Os confesaré que fué siempre mi sueño dorado, si algún día alcanzaba la honra de tomar asiento entre vosotros, llamar vuestra atención sobre la vida y estudios de los dos hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola. Aragoneses ambos, naturales de Barbastro, y dotados de aquella gravedad de espíritu que es signo característico de su raza, fueron los últimos defensores de la pureza clásica y de la austera corrección de la lengua poética castellana, que ya comenzaba á enturbiarse y malearse por el culteranismo. Y grande hubo de ser y notoria su influencia en aquella generación de principios del siglo XVII, cuando Lope de Vega, uno de los censores que aprobaron sus *Rimas*, no dudó en decir de ellos que «no se hallaría quien se opusiera á tanta erudición, gravedad y dulzura; antes parece que vinieron de

Aragón á reformar en nuestros poetas la lengua *castellana,* que padece por novedad frases horribles, con que más se confunde que se ilustra.» Y si no bastara tan autorizado testimonio para que juzgárais si he procurado el acierto en la elección de mi asunto, os declararé, señores, que quizá una punta de vanidad egoísta me ha arrastrado también á recordar los merecidos lauros de ambos hermanos, como que formaron parte de la casa y familia de Villahermosa. Perdònad este recuerdo que para mí se une inseparablemente con la admiración que profeso á estos dos graves y filosóficos poetas, confesando que el timbre de que más mi casa se envanece, es el de haber acatado, sobre toda otra cosa en el mundo, la virtud y la ciencia.

Breve seré en los pormenores biográficos relativos á los Argensolas, puesto que en recogerlos me precedieron ya el cronista Andrés de Ustarroz en la segunda parte (inédita todavía) de sus *Progresos de la historia de Aragón y elogios de sus cronistas;* y el bibliotecario Pellicer, de quien verdaderamente puede decirse que entró á saco por el manuscrito de Ustarroz, copiándole casi á la letra, en su *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles.* Ustarroz, de cuyo manuscrito poseo una copia, será la principal fuente de esta parte de mi trabajo, á la cual añadiré algunas noticias tomadas de los *Comentarios* (también inéditos)

del Conde de Luna sobre los sucesos de Aragón, y de algunos papeles y documentos de mi casa.

Del antiquísimo linaje de los Leonardos, en la ciudad de Ravena, vino, en tiempo de Fernando el Católico, á asistirle en la conquista de Granada un noble caballero llamado Pedro Leonardo, el cual, avecindándose en Barbastro, fué padre de Juan Leonardo, que casó con Doña Aldonza de Argensola, *de calificada nobleza en Cataluña.* Los dos primeros de los cuatro hijos de este matrimonio fueron Lupercio y Bartolomé, que dan materia á nuestro estudio. Comenzaremos por Lupercio, que precedió á su hermano en edad, y fué también el primero en descender al sepulcro. Nació Lupercio Leonardo en Barbastro, por los años de 1562 ó 1563, á tiempo que su padre, varón prudente y de singular consejo, ocupaba el puesto de Secretario del Emperador Maximiliano II, que gobernó á España en ausencias del Emperador Carlos V y del Príncipe D. Felipe. Dió alimento intelectual á la estudiosa adolescencia de Lupercio la célebre Universidad de Huesca, que pretendía remontar su antigüedad hasta los tiempos de Sertorio. En aquellas aulas cursaba nuestro autor por los años de 1579 Filosofía y Leyes, y de entonces datan sus primeros ensayos poéticos, de los cuales quizá los más antiguos que pueden citarse son el soneto laudatorio que exorna el libro *De la divina y varia poesía* del

religioso mercenario Fr. Jaime de Torres, y la carta en tercetos, discreta y sazonadísima, que dirigió á D. Juan de Albión desde Lérida, adonde fué en el séquito de la Emperatriz de Austria Doña María, hermana del Rey católico Felipe II, de la cual augusta señora era servidor su padre.

«Aquí donde en Afranio y en Petreyo
Á César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo.»
....

Puede notarse en la valentísima serie de tercetos encabezada con éste, alguna incorrección y desorden; pero el estilo del poeta aparece ya enteramente formado y con los mismos caracteres que ostentó en su madurez, el mismo tono grave y reposado, el mismo espíritu de censura moral y de reprensión de los desórdenes públicos. Hay sátiras suyas mejores, pero todas parecen hermanas gemelas de ésta.

Los profundos conocimientos de Humanidades que sacó Lupercio de la Universidad de Huesca, hubo de perfeccionarlos luego en Zaragoza, bajo el magisterio del docto jesuita flamenco Andrés Scotto (colector de la *Hispania illustrata*, y grande investigador de nuestras antigüedades), el cual le enseñó la lengua griega, de cuyo estudio quedan inequívocas muestras en sus versos, donde lucen, primorosamente engastadas, no po-

cas joyas de los poetas y filósofos helénicos.

La fama de sus estudios y talento poético, y verosímilmente la protección de la Duquesa de Villahermosa, Doña Juana de Pernestain y Manrique, dama alemana del séquito de la Emperatriz, á la cual había servido también el padre de Lupercio, inclinaron al Duque D. Hernando de Aragón, Conde de Ribagorza, á aceptar por Secretario suyo, en 1585, á Lupercio, quien desde entonces parece haber tenido su habitual residencia en Madrid. Aquí formó parte de la *Academia poética imitatoria*, nacida á ejemplo y emulación de las famosas de Italia. En ésta, como en aquéllas, era obligación, harto risible, de instituto y reglamento, mudar el nombre de bautismo, adoptando otro poético y convencional, con alusión recóndita á personajes de la Mitología antigua, ó á casos y aventuras propios del poeta. Lupercio tomó el de *Bárbaro*, y dió la razón en unos tercetos, donde, después de manifestar su odio á las necedades autorizadas y aplaudidas en el mundo, termina así:

«Por alguna razón de las que digo,
Darme nombre de *Bárbaro* le plugo,
De veras ó burlando, á quien conmigo
De amor quiso llevar el dulce yugo.»

Aludiendo en esto cortesana y discretamente á la que era entonces señora de sus honrados

pensamientos, y luego esposa suya muy amada, Doña María Bárbara de Albión, quien, como se acaba de ver, le impuso su propio nombre, queriendo mostrar hasta en él el absoluto dominio que en su voluntad ejercía; vanidad bien propia de corazones femeniles. Á los veinticinco años de su edad, por los años de 1587, contrajo Lupercio matrimonio con esta señora.

Ya entonces era famoso, no sólo como poeta lírico, sino también como dramático. Corrían, si no de molde, á lo menos en muchas copias, y aplaudidas singularmente en los teatros, tres tragedias suyas, la *Filis*, la *Isabela* y la *Alejandra*. De estas dos últimas, da á entender Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*, que las escribió Lupercio de muy tiernos años, y en su Loa de la Comedia vuelve á mencionarlas en estos términos:

«Las cosas iban mejor,
Haciendo entonces Artieda
Sus *Encantos de Merlín*
Y Lupercio sus tragedias.»

La *Filis* se ha perdido; la *Isabela* y la *Alejandra* quedan, y han sido muy diversamente juzgadas, según que los críticos se han olvidado más ó menos del estado del teatro español en tiempo de Lupercio. Nadie les ha negado bellezas líricas, y un estilo en general noble, elevado y sentencioso;

pero, miradas en su trama y contextura, la *Alejandra* ha parecido un verdadero monstruo dramático, y la *Isabela;* aunque más regular, afectuosa é interesante en sus dos primeros actos; decae en los restantes por el atropello increíble de la acción y por los fríos horrores que para desatarla se acumulan. Es para mí indudable que Lupercio no era poeta dramático, ni siquiera poeta de pasión en lo lírico. La índole de su ingenio, meditabundo y reflexivo, le llevaba con marcado y decisivo impulso al cultivo de los géneros templados, en que tiene más parte el razonamiento discursivo, v. gr., la sátira y la epístola. Pero aun con esta inferioridad suya, si Lupercio hubiese alcanzado los tiempos de la definitiva constitución del teatro español por los esfuerzos de la escuela de Lope, hubiera producido algo, por una parte más nacional, y por otra parte menos informe que aquellos caóticos engendros, donde hoy sólo podemos leer con agrado algunos trozos de versos felices y estudiar un como rudo bosquejo de lo que fué después la *comedia heróica española,* en cuyos orígenes influyó, á no dudarlo, nuestro Argensola, tanto quizá como Juan de la Cueva ó Cristóbal de Virués.

La regularidad clásica, á que violentamente quiso ajustarse Lupercio, en medio del desorden real de su concepción, hizo que estas tragedias encontrasen gracia ante los ojos indulgentes del

prodigioso Miguel de Cervantes, que se atrevió á proponerlas como dechado de perfección para los poetas dramáticos, aun en los días en que ya Lope de Vega se había alzado con el cetro de la hispana escena. Error crítico fué el de Cervantes, que nos enseña cuán frágil y revocable suele ser, ante el tribunal de la posteridad, el juicio de los contemporáneos.

Concurrió Lupercio, en Abril de 1589, á los solemnes regocijos que celebró la Universidad de Alcalá con motivo de la canonización de San Diego, presentando á aquella Justa Poética la soberbia canción *En estas sacras ceremonias pías*, que es, de todas las suyas, la que tiene mayor arranque y movimiento lírico más vivo é intenso.

Los pleitos y las turbulencias de Ribagorza habían ido abriendo día por día el camino á Felipe II para abatir á la aristocracia aragonesa, é intentar muy profundas alteraciones en el modo de ser político de aquel antiguo reino. La fuga de Antonio Pérez fué como la chispa que puso fuego al combustible, ya de largo tiempo acumulado. Aquellos sucesos son muy conocidos, sobre todo por la narración elegantísima del mismo Lupercio, y por la que en nuestros días hizo con tanto saber y copia de datos el Marqués de Pidal, nuestro llorado compañero; pero no se ha de omitir la parte indirecta que Lupercio Leonardo tuvo en aquellos disturbios, redactando, por encargo del

Duque de Villahermosa, los documentos que éste dirigió al Rey. De ellos dice el Conde de Luna, en sus *Comentarios* inéditos, que «no desmintieron el crédito que se tenía de la elocuencia y madurez de Lupercio en tan verdes años.» Y el mismo Lupercio, en su *Relación* famosa, confirma esta intervención suya con tales palabras: «Yo me hallé presente á las cosas más graves en Aragón y en la Corte del Rey, y traté con los Ministros reales mucha parte de ellas. Finalmente, como dijo aquel troyano, yo *puse las manos* y fuí parte en ello.»

Del servicio de los Duques de Villahermosa, á quienes tan lealmente asistió en aquella tremenda crisis, hubo de pasar Lupercio á la Secretaría de la Emperatriz Doña María de Austria, que, juntamente con su hija, la Infanta Doña Margarita, vivía retraída, pero con servidumbre como de Princesa, en las Descalzas Reales. Los ocios, sin duda largos, que tal cargo dejaba á Lupercio, dedicólos casi exclusivamente á la historia de Aragón, sobre todo después que los Diputados de aquel reino le confirieron el cargo de Cronista, destituyendo á Jerónimo Martel, sin duda por haber escrito con más libertad de la que á la sazón se acostumbraba, desazonando con esto á gente poderosa de aquel reino. Lo cierto es que Argensola, á quien tampoco creemos capaz de faltar á la verdad histórica á sabiendas, fué el heredero

de los papeles de Martel y del Dr. Costa, con encargo de *expurgarlos* y de borrar cuanto en ellos no tocase directamente á la historia del reino, en lo cual, á decir verdad, siguieron claudicando bastante los cronistas aragoneses, principiando por el mismo Bartolomé, hermano de Lupercio, á quien, y á sus continuadores, más bien puede y debe considerárselos como historiadores generales de España, que no como analistas particulares de una región (aunque principalísima) de ella.

Pero tornando á Lupercio, diremos que en él se dió por primera vez la novedad, muy significativa, de acumularse en su cabeza, con el cargo de Cronista *del Reino* que le confirieron los Diputados de Zaragoza, el de Cronista *del Rey*, del cual se le expidió título en Madrid, á 15 de Enero de 1599, con muchos gajes, emolumentos, honores y prerrogativas; indicios claros todos de que los futuros cronistas asalariados por la Corona iban á seguir forzosamente el movimiento centralista y de absorción, que llevaba á rápida y no evitable ruína las seculares y venerandas instituciones de Aragón, y con ellas la independencia de sus cronistas, de la cual quizá daba la última muestra el mismo Lupercio en algunas partes de su *Relación*.

Más audaz y resuelto Jerónimo Martel, apeló contra los Diputados que le quitaban su cargo de

Cronista para dárselo á Lupercio; pero no alcanzó otra cosa sino la pena más dura para un hombre de letras, es decir, que se mandaran rasgar sus escritos, sin que quedase rastro ni memoria de ellos. Los tiempos andaban difíciles para escribir historia, y Lupercio, que no tenía vocación de mártir, se abstuvo de hacerlo, ó, por lo menos, de dar á la estampa el breve, aunque precioso, fruto de sus trabajos, es decir, la relación de los movimientos de Aragón en 1591. Inédita permaneció hasta 1808, y, en cuanto á sus *Anales de Aragón*, sólo quedaron breves fragmentos, que vió, en poder de su nieto D. Miguel Leonardo de Albión, el cronista Andrés. Pero aun en éstos parece que se proponía, huyendo de los escollos de lo contemporáneo ó demasiado cercano, más bien poner una cabeza á los *Anales* de Zurita, que continuarlos, puesto que era su intento, comenzando por la fundación ó renovación de Zaragoza en tiempo de Augusto, penetrar en el laberinto de los orígenes del reino, eterno palenque de controversias, que aún hoy duran. El 9 de Marzo de 1610, en una representación que dirigía el autor á los Diputados del Reino, anunció que sus trabajos alcanzaban ya «desde el nacimiento de Cristo, hasta la pérdida de España.» Y consta que para ellos formó copioso aparato de libros y antigüedades, y se procuró el auxilio de los más diligentes epigrafistas y numismáticos

de su tiempo, cuales fueron el Obispo de Barbastro, D. Miguel Ceruto; el Archipreste Dr. Sora, y especialmente el Dr. Puivecino, Deán de Huesca.

La muerte de la Emperatriz Doña María de Austria, en 22 de Febrero de 1602, vino á desatar á Lupercio de los lazos que le ligaban á la Corte, y determinó su resolución de retirarse al frondoso sitio de Mozalbarba, inmediato á Zaragoza, donde poseía una casa de campo, mansión amada de las Musas y lugar bien acomodado para el cumplimiento de los deseos que, siendo muy joven, había expresado en estos versos:

«Pero si alguna vez de Dios impetro
La quietud, que yo precio y más deseo,
Que de tí, España, la Corona y Cetro;
Si entre cuatro paredes yo me veo;
Si puedo hacer con mis dineros humo,
Y alguna cosa lícita poseo,
Yo juro de poner cuidado sumo
En hacer á las Musas larga enmienda,
Por este tiempo inútil que consumo.»

Mas si tales eran sus propósitos, la ejecución de ellos hubo de estorbársela una penosa dolencia que le puso á punto de muerte, y cuyos efectos fueron tan terribles, que por más de dos años le dejó gafo de pies, manos y lengua, según refiere él mismo en carta á Justo Lipsio.

Estos años fueron de absoluto silencio literario para Lupercio: sólo en 1604 se manifestó su con-

valecencia física é intelectual con un escrito de menos extensión que substancia: la docta y generosa apología de los *Anales* del Secretario Jerónimo Zurita, contra los reparos malignos y ociosos del Cosmógrafo mayor de Indias y Cronista de Felipe II, Alonso de Santa Cruz. Con ser tan ardiente y desinteresada la apología de Lupercio, no faltaron émulos que quisieran achacarle á él mismo la nota de poco parcial de Zurita y aun de émulo de sus glorias, como si en son de defensa tratase de rebajarle dando la razón á su adversario en algunos de los puntos en que le zahería, y aun añadiendo nuevos reparos á los suyos.

Última etapa de la vida de Lupercio fué su viaje á Nápoles en servicio del Virrey Conde de Lemos, gran protector y Mecenas de todos los ingenios de su siglo; y famoso que será hasta las edades más remotas, como uno de los dos únicos protectores que alcanzó Cervantes, si bien nunca fué esta protección tan directa y eficaz como la que lograron los Argensolas, de cuyos buenos oficios no debió Cervantes de quedar enteramente satisfecho, según lo muestra aquel *recado* que en el *Viaje del Parnaso* quería mandar á *los Lupercios*, recordándoles promesas antiguas y quizá olvidadas, y añadiendo con profunda, aunque velada, tristeza:

«Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad como la vista corta.»

Fué, pues, Lupercio á Nápoles, con el cargo de Secretario de Estado y Guerra del Virreinato, llevando consigo á su hermano el Dr. Bartolomé Leonardo, Rector de Villahermosa en aquella sazón. Llevaban uno y otro intención deliberada de ilustrar sobre el terreno mismo las campañas italianas del César Carlos V, de cuya historia dió luego el segundo de ellos alguna muestra. Parecíale mal á Lupercio el orden antiguo de Anales, seguido por los historiadores de su patria, pues el relatar anualmente todo cuanto sucede (dice en un Memorial presentado á la Diputación del Reino) *indudablemente es ajeno de la gravedad y autoridad de la historia, y ocasión de que se escriba sin tiempo, sin examen, sin elección y sin estilo, propio más bien de Gaceta que no de historias...* Opinaba, pues, que «el proseguir nuestras historias desde el punto en que las dejó Jerónimo Zurita, es decir, desde que quedaron inseparablemente unidas las Coronas de Aragón y de Castilla, exigía mucho cuidado y no pequeño artificio, para que, siendo en la substancia historia de Carlos V, pudiera conservar, no obstante, el rótulo de historia de Aragón.» De tan saludable advertencia hicieron bien poco caudal sus continuadores, empezando por su propio hermano, y aun al mismo Lupercio le hubiera sido harto difícil cumplirla, puesto que en realidad la existencia histórica independiente de Aragón empieza y acaba

donde empiezan y acaban los *Anales* de Zurita.

Los encantos de la dulce Parténope no fueron parte á alejar á Lupercio del amor y cultivo de las bellas letras: al contrario, á él se debió muy principalmente la fundación de la célebre Academia de los *Ociosos*. Ella puede decirse que recogió el canto de cisne de nuestro poeta, y ella honró con pomposos funerales su memoria, después que Lupercio pagó á la naturaleza el común tributo, en edad todavía robusta y floreciente (pues aún no había llegado á los cincuenta), en Marzo de 1613. Su muerte fué tan cristiana como había sido su vida, y «con su muerte (dice el más antiguo y autorizado de sus biógrafos) cayeron todas las esperanzas que de su grande ingenio y elocuencia se había prometido Aragón y toda España.»

Y aun no fué esta sola la pérdida; que algo más que esperanzas había dado Lupercio, y hubieran quedado de él manuscritos copiosísimos, especialmente poéticos, si un escrúpulo nimio no le hubiese hecho entregar á las llamas, en sus postreros días, cuantos papeles pudo haber á las manos, y con ellos sin duda la parte mayor de sus versos. Dícelo su hermano Bartolomé en estos tercetos:

«Abrasó sus poéticos escritos
Nuestro Lupercio, y defraudó el deseo
Universal de ingenios infinitos.

Haz cuenta que rompió su lira Orfeo,
Su heróica trompa el grave Mantuano,
Y Séneca el coturno sofocleo.
¿Por qué, ¡oh más que la vida, dulce hermano!
Autorizaste ejemplos tan crueles
Á las vigilias del estudio humano?»

Igual desdichada suerte hubo de caber á la mayor parte de sus trabajos históricos, incluyendo su versión de los *Anales* de Tácito, de la cual solamente algunos pliegos llegaron á noticia del cronista Andrés. Exceptuando, pues, algunos opúsculos y cartas, ya latinas, ya castellanas, entre las cuales merecen recuerdo singular las concernientes á la cuestión que sostuvo con el P. Mariana, sobre la patria aragonesa del Príncipe de los poetas cristianos de la Iglesia latina, Aurelio Prudencio Clemente, la prosa de Lupercio Leonardo se reduce para nosotros á su *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*, que es, á toda luz, á pesar del olvido en que la tenemos, una de las mejores relaciones de sucesos particulares de que puede ufanarse la literatura española. Cuán grandes sean la austera severidad y el espíritu de rectitud y justicia que en ella campean, bien claro lo indica el hecho de no haberse atrevido las prensas españolas á estamparla hasta el año 1808, en que vino á darles absoluta libertad la guerra de la Independencia. ¡Y en verdad que libro tan aragonés era bien

digno de ser leído por los defensores de Zaragoza! En pocas obras se hallará tan puro amor de patria, y una exposición tan clara y sucinta, á la vez que vigorosa y completa, de la antigua constitución del reino. Si los primeros (y hasta ahora únicos) editores de este libro le sacaron á luz, como parece, con un fin político, bien elegidos estuvieron la ocasión y el momento, pues no puede darse doctrinal más breve de derecho público aragonés, ni estímulo más eficaz para recordar á aquellos pueblos lo que fueron, y aquella libertad de que gozaron, *elogiada por muchos, imitada por algunos y deseada por todos*. «Será forzoso discurrir (escribe Lupercio), por algunas cosas del Reino... porque en una república es pecado lo mismo que en otra es buen celo. Ignorancia es juzgar cada cual por su casa la ajena; y como las leyes de este reino no se parecen á las de otros, es menester mucha experiencia para hacerse capaces de ellas.» Pero con ser aragonés, y tenacísimo fuerista, y empeñado él mismo en la defensa de aquellas libertades, es tal su imparcialidad, que á ratos no nos parece leer á un contemporáneo, sino á un extranjero que juzga con serenidad de crítico sucesos de tiempos y lugares muy remotos. Quizá llevó demasiado lejos esta imparcialidad, contando las cosas muy en abstracto, y suprimiendo nombres, «porque no quiero (son sus razones) avergonzar á los que erraron de ignorancia, de quien se espera en-

mienda, ni honrar á los que de malicia se estuviesen pertinaces.» Pero cuánto estimaba la verdad incorrupta, bien lo mostró oponiéndose á que su libro se imprimiera con las enmiendas que quiso introducir en él, por orden de los Diputados de Aragón, el Regente de la Cancillería, Juan Francisco Torralba. Del estilo de esta relación tan sesuda, tan honrada y tan cristiana, sólo os diré que, sin afeçtar sistemáticamente, como Mendoza ó como Melo, la imitación de Salustio ó de Tácito ó de cualquier otro de los grandes modelos de la historia clásica, se les asemeja en la rapidez y en la fuerza, aunque no en aquel arte divino, sólo á ellos concedido, de mostrar y hacer patentes á la vista las escenas históricas, como si delante de nosotros aconteciesen.

No obstante las excelencias literarias de esta relación histórica, es probable que el nombre de Lupercio yaciera en la memoria de los doctos confundido con los nombres de otros cronistas aragoneses no menos eruditos y ciertamente más laboriosos y fecundos que él, si no se hubiese ejercitado su ingenio en obras de más amena literatura y más propias para ser conocidas y apreciadas de todo linaje de gentes. Me refiero al breve, pero inestimable tesoro de sus elegantes *Rimas*, salvadas, por la piedad de su hermano y de su hijo, del fuego á que en Nápoles condenó la mayor parte de sus obras, cruelmente riguroso

con los más lucidos partos de su mente. Como acontece con la mayor parte de los versos de nuestros poetas clásicos, los de Lupercio eran ya célebres antes de imprimirse, y bien lo demuestran las numerosas copias que de algunas de estas composiciones han llegado hasta nosotros, y los elogios unánimes de Cristóbal de Mesa, de Lope de Vega, de Juan de Herrera Temiño, de González de Salas, y de tantos otros, ya registrados á este propósito por el cronista Andrés. Quién califica al mayor de los Argensolas de *español Horacio y Propercio;* quién afirma de él que *adorna la lengua con oculto estilo*, y exhortándole á sacar á plaza sus versos, añade:

«No su silencio al bien común resista:
Las sacras Musas tornarán, si él torna.»

Esta reputación se mantuvo íntegra, y aun puede decirse que adquirió nuevos quilates, después que el hijo de Lupercio, D. Gabriel Leonardo de Albión, sacó á luz en Zaragoza en 1634 las poesías de su padre, juntamente con las de su tío, que son muchas más en número; pero quizá no muy superiores en calidad. De todas suertes, es tan estrecho el parentesco intelectual de los dos hermanos, que puede considerarse como un lazo aún más fuerte entre ambos que el de la sangre; y no siempre es cosa hacedera poner en claro la individualidad poética de cada uno, ni separar

sus caracteres distintivos, si es que los tienen: que á veces hasta llego á dudarlo, pues nada hay en el mundo más parecido á una sátira de Bartolomé que una sátira de Lupercio. Un análisis menudo y delicado puede advertir ciertas diferencias fisionómicas; pero aun éstas suponen la identidad de los rasgos capitales.

Es el primero, y común á entrambos hermanos, el predominio de la razón sobre la fantasía; y de las facultades intelectuales sobre las del sentimiento. Pero no se ha de entender que este *intelectualismo* (permitidme la frase), que domina en la poesía de los Argensolas, la asimile en nada al prosaísmo del siglo pasado, ni de otros períodos de mal gusto, en que totalmente parecieron borrarse los límites entre la lengua del arte y la de la ciencia ó la de la vida común. Los Argensolas discurren siempre, y se proponen á la continua enseñar; pero discurren y enseñan de un modo poético. Hay en ellos una inspiración que podemos llamar *reflexiva;* pero que es inspiración verdadera. Todo es en ellos templado, sesudo y grave; pero con una gravedad que no carece de halago artístico, y que á veces, sobre todo en Lupercio, se combina con cierta amenidad y lozanía de estilo. Pero es indudable (aunque pueden citarse, y luego citaré, felices ejemplos de lo contrario) que el vuelo lírico no suele ser en ellos grandioso ni arrebatado; que la cuerda del sen-

timiento pocas veces vibra; que impera en sus cantos la meditación moral, y que sobre lo concreto, lo vivo y lo pintoresco, principal materia de la poesía, se levanta casi siempre, en la de los Argensolas, lo general y abstracto. Nace de aquí su afición extremada al cultivo de la sátira y de la epístola (casi siempre satírica también), géneros cuya principal materia son las verdades del orden moral, á las cuales se oponen como contraste, provocando las iras del poeta, los vicios y desórdenes públicos. Por eso el moralista rara vez deja de tener puntas de satírico, y aun suele pasar plaza de hombre misántropo y atrabiliario; al paso que la sátira, si no se ha de arrastrar por los lodazales de la detracción personal y del infame libelo, sólo en la moral puede encontrar su fundamento, siendo, por decirlo así, una aplicación viva y perenne de la inflexible justicia. Son inseparables, pues, en su fundamental concepto, la epístola moral y la sátira, y los Argensolas se vieron arrastrados por una necesidad lógica al cultivo de entrambos géneros, y aun á mezclarlos en una misma composición.

Esta sátira de los Argensolas es la sátira clásica; pero no ciertamente la sátira de Juvenal, á pesar de la predilección con que Bartolomé la miraba:

«Pero cuando á escribir sátiras llegues,
Á ningún irritado cartapacio,
Sino al del docto Juvenal te entregues.»

El consejo puede ser acertado; pero los Argensolas no le siguieron, ni á ello les llevaba su índole. No falta algún pasaje de las sátiras de Bartolomé que recuerde las crudezas y desnudeces de Juvenal; pero generalmente carecen de la áspera y desolladora vehemencia del satírico latino; á quien sólo Quevedo ha podido igualar en castellano. Los Argensolas no emplean cauterios tan ardientes; pero tampoco es su sátira la sátira festiva y algo indiferentista de Horacio, que, con su placidez epicúrea, apenas encuentra en el vicio más que motivos de risa. Los Argensolas, al contrario, toman por lo serio su papel de reformadores de costumbres; predican moral en largos *sermones*, y esto explica el tono amargo y desengañado que con frecuencia adoptan.

El segundo rasgo común á los dos Argensolas es la exquisita pureza de su dicción, no enturbiada jamás por voces bárbaras ni extrañas. En esto son modelos de perfección casi absoluta. Alcanzaron nuestra lengua en la cumbre de su grandeza, y pertenecen enteramente al gran siglo, sin mácula ni resabio culterano. Pero en esta lengua, que se mamaba entonces con la leche, y que tantos y tantos escribieron bien, ellos supieron mostrarse creadores y originales, en el buen sentido de la palabra, no ciertamente por inversiones forzadas y términos exóticos, sino por diestras y felices asociaciones de palabras, por

frases enérgicas y precisas, por vibrantes sentencias y modos de decir de gran novedad y hermosura, que han venido á quedar en el fondo de la lengua, y que hoy la realzan y ennoblecen.

Pero si entre los dos hermanos fuera lícito establecer alguna diferencia en punto á condiciones artísticas, me atrevería yo á notar en Lupercio algunos rasgos de imaginación más pintoresca, galana y colorista, y algo menos austero y ceñudo que lo que generalmente vemos en las composiciones de su hermano. Esta mayor lozanía es visible especialmente en los sonetos amorosos, que así y todo, por la genialidad reflexiva y verdaderamente *aragonesa* del poeta, suelen terminar en sentencias y máximas morales, de un alcance superior al que pudiera esperarse del asunto. Modelo insuperable es, en esta parte, aquel soneto de tan clásica precisión y feliz novedad en los epítetos, donde *las paredes de jaspe, el techo de oro*, el tirano que despierta *temblando y con sudor*, el *popular tumulto que rompe las herradas puertas*, y el *hierro oculto del siervo sobornado*, forman un cuadro digno de Tácito, y trazado con tan poderosa mano, que debilita y obscurece el pobre pensamiento final:

«Y déjale al amor sus glorias ciertas.»

En estos sonetos amatorios de Lupercio, suele valer mucho más la exornación que el pensa-

miento. Dejadme que cite íntegros dos de los más elegantes y mejor versificados:

«En vano se me oponen las montañas
Con altos riscos de cuajada nieve,
Y en vano el Aquilón sus alas mueve
Derribando cortijos y cabañas:
Que el fuego que yo traigo en mis entrañas
Bastará á derretirla en tiempo breve,
Y si á luchar con él mi fe se atreve,
No será la mayor de sus hazañas.
Y si un hombre triunfó de su violencia,
Pasando por los Alpes las banderas
Que llevaron á Italia muerte y luto,
No hallarán las que sigo resistencia,
Que son de un Dios que abarca las esferas,
Terrible, vengativo y absoluto.»

«Si acaso de la frente Galatea
El velo avaro, sin pensar, levanta,
Vuelve á cubrirse con presteza tanta,
Que más atemoriza que recrea.
Así en obscura noche á quien desea
Ver donde asienta la dudosa planta,
Del rayo la violenta luz espanta,
Y tiempo no le da para que vea.
Severa honestidad, que ha señalado,
Hasta á la vista, límites y pena,
Si los excede por seguir su objeto:
Pues há los libres ojos sujetado,
No es mucho si la lengua nos enfrena,
Y tantos padecemos en secreto.»

Y no quiero omitir, por último, éste, tan lleno

de filosófica conformidad, á la edad madura de un enamorado:

«Si quiere amor que siga sus antojos,
Y á sus hierros de nuevo rinda el cuello,
Que por ídolo adore un rostro bello,
Y que vistan su templo mis despojos;
La flaca luz renueve de mis ojos,
Restituya á mi frente su cabello,
Á mis labios la rosa y primer vello,
Que ya pendiente y yerto es dos manojos.
Y entonces, como sierpe renovada,
A la puerta de Filis inclemente,
Resistiré á la lluvia y á los vientos.
Mas si no ha de volver la edad pasada
Y todo con la edad es diferente,
¿Por qué no lo han de ser mis pensamientos?»

Entre los mejores, debería contarse asimismo, y aun pasar por modelo en el género descriptivo, aquél que comienza:

«Llevó tras sí los pámpanos Octubre...»

si no le encontráramos en las actas de la Academia de los Nocturnos de Valencia, á nombre del Canónigo Francisco de Tárrega, grande amigo de Lope de Vega.

Entre las escasas odas de Lupercio hay tres, á mi entender, de primer orden. De dos de ellas, la canción á la Esperanza:

«Alivia sus fatigas el labrador cansado...»

y la dirigida á Felipe II en la canonización de San Diego, oda que puede tenerse por una especie de apoteosis en vida, donde el autor acomodó diestramente á su propósito y á la alabanza del Rey algunos versos del proemio de las *Geórgicas*, nada he de decir, porque andan en memoria y en lenguas de todos. Pero no quiero omitir que procedió injustamente Quintana (si ya esta injusticia no ha de explicarse por su notoria mala voluntad hacia la poesía religiosa), no incluyendo en su colección, al lado de ellas, otra quizá más lírica y menos aparatosa, y de más sincera y ardiente inspiración. Me refiero á la oda triunfal en que Lupercio, levantando del polvo la lira de su ilustre compatriota Prudencio, volvió á celebrar, con acentos de gran poeta, el glorioso martirio del confesor oscense San Lorenzo:

«Dinos, Laurencio, ¿qué corona y palma
Por angélicas manos sustentadas,
Ó qué escuadrones te descubre el cielo?
¿Con qué triunfo esperaban que tu alma
Dexase sus cenizas consagradas,
Y alzase para Dios el alto vuelo?
¿Rompióse acaso el velo
Del Trono Soberano,
Y viste al que en su mano
Tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió tal valor en esta guerra?

. . . .

Bien viste tú que tiene el gran Tridente

Con que las aguas embravece y doma,
Y en un arca cifró al linaje humano:
Tú le viste vibrando el rayo ardiente,
Con que abrasó á la mísera Sodoma,
Y ha de juzgar después al siglo vano.»

Pero la obra maestra de Lupercio es, á toda luz, la sátira á una dama cortesana, que principia:

«Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
De ésta mi condición noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.»

Larga y poco variada, si se quiere; monótona en ciertos pasajes, especialmente en lo que se refiere á los afeites de las mujeres, forma, con todo eso, un cuadro acabadísimo de malas costumbres de su época, en el cual ha acertado el poeta con rara habilidad á salvar lo escabroso del asunto, evitando cuanto pudiera ofender á los honestos oídos. Quien desee enterarse de los tratos y galanteos venales de aquella edad, y de cuanto hacían y pensaban las damas devoradoras de patrimonios, lea esta sátira, donde el color local y de época abunda, á pesar de estar llena de reminiscencias de los poetas latinos, diestramente remozadas:

«Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugués con el joyero,
Éste con oro, el otro con holanda...»

En el arte de forjar los tercetos, nadie igualó á los Argensolas. Casi puede lamentarse su extraordinaria facilidad en ellos, porque la intermitencia de este género de versificación, y aquel eslabonarse sin medida, parece como que trae consigo algo de lánguido y soñoliento. Pero todo se le perdona á Lupercio cuando acierta á acuñar tercetos tan bellos y al mismo tiempo tan naturales como algunos de la descripción de Aranjuez, brillante muestra asimismo de sus facultades descriptivas; v. gr., éste de tan serena dulzura:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hacen parecer á las que fueron
En ver pecar al hombre las primeras.»

Lupercio, lo mismo que Bartolomé, tradujo mucho á Horacio, su poeta predilecto; y le tradujo con la misma independencia y carácter propio que Fr. Luis de León, haciendo hablar al venusino como él hubiera hablado, á ser español y del siglo XVI. De estas imitaciones, más que traducciones, merece el primer lugar la del *Beatus ille*, y no agrada menos ver convertido el *Quis multa gracilis* en un bizarrísimo soneto.

La vida de Bartolomé tiene singular semejanza y estrecho parentesco con la de su hermano, aparte de las diferencias de estado, y de las que naturalmente procedieron de la mayor longevi-

dad. Nació Bartolomé en Barbastro por los años de 1564. Estudió, lo mismo que su hermano, Filosofía y Jurisprudencia en Huesca, donde recibió el grado de Doctor; y lengua Griega y Humanidades en Zaragoza, bajo el magisterio de Andrés Scotto. Sus versos aparecen al lado de los de Lupercio, autorizando el libro de poesías de Fr. Jaime de Torres.

Hasta aquí todo es idéntico, y aun en adelante apenas hay diferencia; sólo que Bartolomé, como sacerdote que era, no fué Secretario de la casa de Villahermosa, sino Cura ó Rector de la parroquial que da nombre á este título,

«Entre estas peñas ásperas y yertas...»

que cantaba Lupercio.

Los que escribieron de las alteraciones de Aragón confunden á ambos hermanos en la misma alabanza, calificándolos de «bien hablados, buenos entendimientos y de grandes conceptos,» y á uno y á otro atribuyen las cartas que el Duque de Villahermosa dirigió entonces á Felipe II.

Por los años de 1598 aparece Bartolomé Leonardo en Salamanca, ignorándose totalmente los motivos, sin duda de índole científica, que allá pudieron llevarle. Lo cierto es que allí concurrió á las exequias de Felipe II, componiendo una valiente canción, que imprimió el mismo año Ma-

tías de Torres en el libro en que describió aquella fúnebre pompa. Y también lo es que de entonces data la sátira *del incógnito*, de que conservó un trozo Ustarroz:

«Todo mi gusto es irme paso á paso
Á la antigua Academia del Elíseo,
Y disputar algún difícil caso.
Tal vez sentado al grave Platón veo,
Que con divina suavidad explica
Los puntos de su Fedro y su Thimeo.
Y cuando siento fatigado el genio
De estudios serios, á espaciarme salgo
Por los jardines de Virgilio y Enio;
Y veces hay que con antojo hidalgo,
Por divertirme más y entretenerme,
De Ovidio, Horacio y de Marcial me valgo.»

Todas las fortunas de Lupercio las siguió Bartolomé, como si un mismo espíritu los animase á los dos. Sirvió de Capellán á la Emperatriz Doña María de Austria, y después de su muerte, acompañó al Conde de Lemos á Nápoles, bien lejano de cumplir aquellos proyectos de retiro que antes había formulado en una epístola:

«Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
De la Corte, á esperar sano en mi aldea
De aquí á cien años el postrer suspiro.

....

¡Oh! ¡cuán alegre estoy desde el instante
Que comencé á romper con este oficio
Á mis inclinaciones repugnante!

En vano me introdujo á su artificio
La Corte; bien que yo tan mal me ayudo,
Que salgo de su escuela más novicio.

....

Y antes que Dios con recompensa justa
Premiase la grande alma de María
(De las augustas la suprema augusta),
Su licencia para esto pretendía;
Y el ver después su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo día...

....

No pude resistir á la persona
Grave, que lo estorbó, ni al noble lazo,
De la razón cortés, que me aprisiona.»

Apenas puede decirse que turbaran la quietud de la estudiosa vida del Dr. Bartolomé algunas controversias literarias en que se vió envuelto, v. gr., la promovida por el esgrimidor D. Luis Pacheco de Narváez, que se decía «maestro en la filosofía y destreza de las armas,» y que nunca le perdonó los agudísimos dardos del soneto que principia:

«Cuando los aires, Pármeno, divides
Con el estoque negro............»

así como nunca perdonó á Quevedo la satírica pintura que hizo de él en su *Buscón*.

Ni faltaron tampoco detractores á la elegante y hasta poética *Historia de las Malucas*, que por

encargo del Conde de Lemos, Presidente á la sazón del Consejo de Indias, dió á las prensas Bartolomé en 1610. Tachábanla de florida con exceso en las descripciones y en los razonamientos, y aun de poco atenta á la veracidad y á lo substancial de la historia, en la cual mezclaba, según decían, cuentos y novelas amatorias, ajenas de la gravedad del asunto y aun de los hábitos que el autor vestía. Á todo satisfizo doctamente su hermano Lupercio, y aun parece como si el mismo Rector de Villahermosa hubiese querido dar anticipada respuesta á sus detractores, estampando en la portada el mote *Livori*, á modo de desafío contra los perpetuos roedores del estudio y labor ajenos, los cuales se arrojaban á decir que había empleado diez libros en relatar lo que muy cómodamente hubiera podido encerrarse en un pliego de papel.

Bien acreditadas con este amenísimo libro las condiciones de Bartolomé para la narración histórica, había de recaer forzosamente en él, por muerte de su hermano, el cargo de Cronista de Aragón, que en efecto le otorgaron los Diputados de aquel reino el 23 de Junio de 1615, no sin oposición de algunos, y entre ellos, aunque parezca extraño, del nuevo Duque de Villahermosa y Conde de Luna, D. Francisco de Gurrea y Aragón, que porfiaba porque tal oficio se diese al Canónigo de Jaca, D. Vincencio Blasco de Lanu-

za, autor de las *Historias eclesiásticas y seculares del Reino de Aragón* (1). Ignoramos los motivos de tal oposición, aunque, por lo sucedido después, no será temerario buscarlos en el recelo que los Diputados pudieron tener de que por su larga ausencia de España y por su afición á otros ramos de literatura distintos de la historia, no había de tomar Bartolomé la empresa de analista de Aragón con el cariño y diligencia que luego mostró. Pero la verdad es que, apenas recibido el nombramiento, ya escribía á los Diputados, desde Nápoles, 7 de Agosto, participándoles que «Su Santidad se había servido darle un Canonicato en la Metropolitana de Zaragoza, por lo cual, y por cumplir con el oficio de historiador, acudiría á Zaragoza con toda brevedad, tirado de esas dos cadenas.»

En demanda de ese Canonicato, había ido poco antes á Roma, aunque de ningún modo hemos de creer que fuera de aquellos clérigos aseglarados y codiciosos, que él tan claramente flageló en sus sátiras, diciendo:

(1) Los Diputados que eligieron á Bartolomé Leonardo para Cronista, fueron el Licenciado Jimeno Sanz; D. Gaspar Galcerán de Castro y Pinós, Conde de Guimerá; D. Juan de Torrellas y Bardají, señor de la Baronía de Antillón; D. Jofre de Bardají, señor de Ballester; D. Miguel de Lanuza; D. Juan Agustín, señor de la casa de Ezpeleta, y Jerónimo Sánchez Cutanda, ciudadano de Zaragoza.

«Ni á Roma has de pasar por beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ú obrepticios:
Para engañarle no verás al Papa, etc., etc.»

Lo cierto es que en Mayo de aquel año le encontramos navegando por el Tíber, á bordo de la falúa de la Capitana de Sicilia, y con grave riesgo de ahogarse en aquel sagrado río, como lo ponderó, más chistosa que caritativamente, nuestro Embajador en Roma, el Conde de Castro, en el epigrama que él ó su Capellán, el sevillano Fernando de Soria Galvarro (grande amigo del Rector de Villahermosa, quien le dirigió aquella epístola magistral, verdadera arte poética:

«*Yo quiero, mi Fernando, obedecerte*»),

compusieron entonces, aludiendo al peligro de Bartolomé y á las esperanzas de la Canongía Cesaraugustana, cuyo poseedor, D. Andrés Martínez, andaba en los últimos trances de la vida. La chanza, á modo de epitafio, con que el Embajador le saludó, fué contestada, con más desenfado que piedad, por nuestro Rector, de esta manera:

«No te pares, caminante,
En lo que dice esta losa,
Que el Rector de Villahermosa
Navega el Tibre adelante:

Dale tú que la vacante
Le salga tan verdadera,
Como él andará en litera;
Mas pienso que no vacó,
Que no muere nadie, no,
Cuando conviene que muera (1).»

Murió, al cabo, el pobre D. Andres Martínez, y fué para Bartolomé el Canonicato, y, además, la honra de oir de boca del Papa, en Frascati: «*Questo non é niente per quello che V. S. merita, che io stó informato benissimo di sua qualità ed ingegno.*» Agradeció las palabras del Papa; dijo Misa en la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, y volvió á España, en compañía de su gran Mecenas, el Conde de Lemos, que llevaba ya cumplido el tiempo de su virreinato, y que, descontento de la privanza del Duque de Uceda y del estado de los negocios públicos, fué á buscar muy pronto reposo en su villa de Monforte, haciendo

(1) El epigrama del Embajador decía:

«Siste el grado, caminante,
Porque derrienga esta losa
Al Rector de Villahermosa,
Ancho de tripa y semblante;
De Zaragoza un instante
Fué Canónigo, y más fuera
Si caminara en litera;
Mas del agua se fió,
Y el Tiber lo zambulló
Por dar nombre á su ribera.»

aquella vida de labrador que tan al vivo nos retrata Bartolomé Leonardo en la epístola que comienza:

«Para ver acosar toros valientes...»

Por lo que hace á nuestro Rector, en Zaragoza residió desde entonces, atento á su doble oficio de Canónigo y de Cronista. Éralo ya, no sólo por nombramiento de los Diputados, sino por elección del Rey, para el puesto que dejó vacante el erudito dominicano Fr. Francisco Diago en 29 de Mayo de 1618. Y realmente los trabajos históricos fueron ocupación casi única de Bartolomé en este período de su vida, ora se dedicase á historiar la del César Carlos V, ora intentase, aunque sin llevarlo á término, por expresa oposición de los Diputados del reino, narrar nuevamente las alteraciones de Zaragoza de 1591, expresando lo que su hermano omitió. En carta escrita, en Octubre de 1628, á su grande amigo y predilecto discípulo el insigne Carmelita descalzo Fr. Jerónimo de San José, autor del *Genio de la historia*, asegura Bartolomé que «ya tenía escritas algunas pesadumbres, que precedieron á las de Antonio Pérez é irritaron los ánimos...» «Saldrán á luz (añade); pero, señor mío, ¿quién ajustará los votos ni los pareceres de las congregaciones? Espero en Dios que podré seguir la relación de aquellos sucesos, siquiera por ocurrir á los inge-

niosos escritos de Antonio de Herrera, que siempre nos fué mal afecto.»

Menos amigo de Aragón que el insigne autor de las *Décadas de Indias*, era el cronista de Felipe II, Luis Cabrera de Córdoba. El cual, en su segunda parte, que ya corría manuscrita; y que no ha alcanzado hasta nuestros días los honores de la publicidad; tan torcida y falsamente refería el origen de las alteraciones (atribuyéndolo todo al deseo de venganza del Conde de Chinchón, D. Fernando Pérez de Bobadilla, por la muerte violenta de la Condesa Doña Luisa, su cuñada), que el reino de Aragón, y en su nombre el Rector de Villahermosa, como Cronista suyo, hubieron de oponerse resueltamente á que se divulgara más aquel escrito, á no ir enmendado por Bartolomé Leonardo, el cual efectivamente notó de su letra al margen cuanto le parecía digno de censura. Es probable que rehusara Cabrera someterse á las correcciones del Canónigo: lo cierto es que el tomo, inédito se quedó, hasta que le ha desenterrado la erudición de nuestros días, no sin provecho de la ciencia histórica, que sabe sacar utilidad hasta de los escritores más sospechosos y parciales.

Entre tanto proseguía Bartolomé escribiendo muchos versos, pero negándose tenazmente á publicarlos, á pesar del increíble prestigio de que gozaba su nombre. Los más encumbrados perso-

najes de entonces, el Cardenal Infante D. Fernando (hermano de Felipe IV), el Duque de Alba, el Cardenal de la Cueva, el Conde de Humanes, el Marqués de Bedmar, se ofrecieron á costear la impresión de aquellas *Rimas*, tan apetecidas hasta del vulgo, que por las calles señalaba á su autor con el dedo, como honra extraordinaria de aquel siglo, del modo que lo testifica uno de los más entusiastas y brillantes discípulos de los Argensolas, el najerano D. Esteban Manuel de Villegas, *español Anacreonte:*

«Vilo, Bartolomé, no una vez sola
Que el dedo de Madrid te señalaba,
Diciendo: «Éste es la Fénix Española.»
Yo entonces pequeñuelo comenzaba,
Y sobre tus pisadas tal vez puse
Mi pie que perezoso caminaba.
Confieso que á gran cosa me dispuse,
Y aunque no conseguí lo que quería,
Con todo eso, á los otros me antepuse.»

Y no con menos fervorosa admiración, aunque no se mezclase en ella el cariño de discípulo, ni la vanidad propia satisfecha, le saludaba el gran Lope como superior á cuántos entonces hacían versos en España:

«En fin, en una edad, muchos escriben,
Pero si en ésta no ha de haber más de uno
....
Dijera yo que no llega ninguno

Donde Bartolomé Leonardo llega;
Aunque se enoje la opinión de alguno (1).
Á nadie la verdad cause disgusto:
Divino aragonés, ciñe las sienes
Del árbol victorioso y siempre augusto.»

Pero si Bartolomé Leonardo se resistía tan tenazmente á la impresión de sus versos, ponía, en cambio, diligencia suma en la prosecución de su gran trabajo histórico, como si presintiese que los frecuentes ataques de gota, que cada día le aquejaban más, iban á impedirle que le terminase. Juntábanse á este triste presentimiento agrios disgustos con varios individuos de la Diputación del reino, que á todo trance querían retardar la impresión de la parte ya escrita de los *Anales*. Esta continua pugna de encontrados afectos, y la que al mismo tiempo traía con la impericia de los impresores, le redujeron á tal grado de postración y abatimiento, como es de ver en su correspondencia con Fr. Jerónimo de San José: «Duélase de mí que he quedado medio tullido de la gota, flaquísimo de cabeza, y estoy á todas horas enmendando las pruebas. No me satisfacen los impresores que hay en esta ciudad, y me hacen beber copas y aun vasijas de veneno.»

No sobrevivió mucho á la publicación del primero y único tomo de sus *Anales*. Espiró aquel mismo año de 1630, á los sesenta y siete de su edad.

(1) Probablemente Góngora.

De sus principales escritos queda ya hecha mención. Los *Anales* sólo comprenden cinco años de la vida de Carlos V, dilatándose especialmente en la guerra de las Comunidades de Castilla, muy contra lo que del título pudiera esperarse. Así y todo, le acusaron algunos en su tiempo de dar excesiva importancia á los hechos de los aragoneses, á lo cual el autor y sus amigos respondían con aquel precepto de Tulio que «cuando no se sigue una gran falsedad, se ha de ayudar á la causa del amigo, en igual y aun menor probabilidad de justicia.» La *Historia de la Conquista de las Malucas* es obra de menores proporciones y más cuidada en el estilo. Siempre se la ha estimado por una de las mejores relaciones de sucesos particulares que existen en nuestra lengua, y obra bastante para conceder á su autor el lauro de excelente prosista; aunque lo ameno, florido y pintoresco del estilo, y lo portentoso de las hazañas de los portugueses que allí se narran, más la asemejan á una novela que á una historia, no por defecto del autor, sino, al contrario, por ventaja del asunto, que ofrecía ancho campo á la exornación poética, como toda conquista de tierras bárbaras y remotas.

Lo que se ha perdido irreparablemente, y nos interesaba más de cerca que los sucesos de los reyes de Ternate y de Tidore, es el tratado de las *Alteraciones populares de Zaragoza en 1591*, cuya

primera parte, única que llegó á terminar, no comprendía, como pudiera creerse, los tumultos excitados por la presencia de Antonio Pérez, sino que, buscando el agua de más lejos y penetrando en los verdaderos orígenes de aquella revolución, ignorados hoy mismo por el vulgo de los declamadores, refería con gran copia de datos la pretensión fiscal sobre Teruel; las prisiones que allí se ejecutaron y otros actos contra fuero; la llegada del Duque de Segorbe y del Dr. Soto de Calderón, inquisidor de Valencia; las sublevaciones de la baronía de Monclús y del condado de Ribagorza, en tiempo de los Duques de Villahermosa D. Martín y D. Hernando de Aragón; el pleito de Ariza, el de la baronía de Ayerbe, las Cortes de Monzón de 1585... sucesos todos que apenas conocemos hoy más que por los *Comentarios*, todavía inéditos, del Conde de Luna. Entregó Bartolomé la primera parte de su obra á los Diputados en 1625, y el premio de ella fué mandarle suspender la composición de la segunda, aunque deduzco del manuscrito de Ustarroz, y de otros documentos que poseo, que llegó á escribirla. Tienen también oculta relación con las turbulencias aragonesas, y esperan todavía en nuestra Biblioteca Nacional editor que los dé á luz y que aclare sus alusiones, tres diálogos lucianescos, *Menipo, Demócrito y Dédalo*, donde, aparte de mucha general reprensión contra ministros, jueces

y abogados, hay, como en cifra y discretamente velados, agudísimos retratos de cuantos tomaron parte en aquella última campaña contra las libertades aragonesas.

El desenfado de estos diálogos estorbó que se imprimiesen, y por razones semejantes, aunque no las mismas, es á saber, por la extremada desnudez de expresión, hubieron de quedarse inéditas otras sátiras de Bartolomé (que todavía andan en tomos de papeles varios que poseen los curiosos), v. gr., aquélla que compuso en Salamanca y principia:

«Déjame en paz, ¡oh bella Citerea!»
....

que es, en verdad, de las mejores suyas (1).

(1) Para ampliar estas noticias, véase el libro ya referido de Ustarroz, donde están recopilados los elogios que tributaron á Bartolomé Leonardo el P. Fr. Marcos de Guadalajara y Javier, D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, el Dr. D. Vincencio Blasco de Lanuza, el licenciado León Pinelo, D. García de Salcedo Coronel, el P. M. Fr. Marcos Antonio Alegre y Casanate, D. Miguel Baptista de Lanuza, Lope de Vega, Sebastián de Alvarado y el P. Baltasar Gracián. Entre estos encomios descuella el soneto de D. Francisco Diego de Sayas, el cual llega á decir de Bartolomé:

«Que en él la fe de Tácito respira
Y Livio en leche su elocuencia extiende.
....
....
Digno, cual vos, de suceder en todo
Á nuestro noble historiador primero.»

Si de la prosa de Bartolomé Leonardo pudo decir sin hipérbole uno de sus panegiristas que

> «En él la fe de Tácito respira,
> Y Livio en leche su elocuencia extiende,»

es lo cierto que para la posteridad su gloria estriba en sus *Rimas.* No es posible en breve espacio dar idea de tal tesoro poético, y apenas me atrevería á solicitar indulgencia para esta última parte de mi discurso, si no hubiera de componerse casi toda ella de joyas y preseas suyas, engarzadas poco diestramente en el hilo de mi prosa.

He apuntado antes los caracteres comunes á los dos Argensolas, y aun pudiéramos añadir á todos los poetas de la tierra donde ellos nacieron. Puede decirse, en tesis general, que siempre fué en Aragón más reflexivo y maduro el pensamiento, que viva, pródiga y opulenta la fantasía. Discútase en hora buena si los poetas de aquella región forman una verdadera escuela con teoría y práctica propias; pero nadie negará que los mejores, desde Marcial hasta nuestros días, propenden como por instinto al tono reposado y sentencioso. No nos descamine el ver al poeta de Calatayud arrastrar su bien nacida musa por los prostíbulos de la Roma imperial: él sabrá encontrar acentos de profunda dignidad moral, cuando, libre de la infección de aquella Sodoma, vuelva á los castos placeres de Bílbilis.

Son, pues, rasgos distintivos en los poetas de Aragón, y se reproducen con marcada insistencia en el transcurso de los siglos, la intención ética ó moralizadora, y la consideración del mundo y de las cosas humanas más bien por el lado grave que por el aspecto risueño. Y no se les acuse por eso de imaginación pobre, enteca y apocada, pues á tal acusación responderá elocuentemente, entre otros mil trozos que pudiéramos citar, la elegantísima canción señalada con el número primero entre las de Bartolomé; trozo arrogante de poesía descriptiva y naturalista, que no parece imitado, sino arrancado de la sublime invocación del poema de Lucrecio:

«Tú, armado de ternezas y suspiros,
En los silvos del Zéfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congoxas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericyna, la cual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Deja volar sus cisnes, y desciende
Donde Adonis atiende
Á la robusta caza, y con mil bellas
Nymphas, lo busca, y lo regala entre ellas.
Todo es amor y paz: las piedras aman,
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa

Con los soberbios álamos de Alcides;
Las flores se entretexen y se llaman,
Y su flecha las hiela y las abrasa,
....
Y para ostentación de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece,
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que tiñó con su púrpura la Aurora.
....
La grande Alma del mundo, finalmente,
No cabe en sí, y á sus efectos torna,
Y se compone como esposa nueva.»
....

Y aún serían nuevo testimonio contra la general opinión de seco y ceñudo, que sus sátiras han dado á Bartolomé, algunos de sus sonetos amorosos, v. gr., los que comienzan:

«Suelta el cabello al céfiro travieso.
....
Ya el oro natural crespes ó extiendas.
....
Si amada quieres ser, Licoris, ama...»

Ni sólo en los versos de imitación toscana y petrarquista lozaneó el juvenil ingenio de Bartolomé Leonardo; que también dejó muestras de galante y cortesano discreteo en coplas á la antigua manera castellana, tales algunas de ellas que D. Diego de Mendoza ó Castillejo se hubieran honrado en tenerlas por suyas. Tal es la epístola que principia:

«Señora del alma mía:
Parecéis Aurora bella,
Más hermosa que la Estrella
Y más luciente que el día.»

Pero todas éstas y otras composiciones no menos ingeniosas y galanas, apenas merecen contarse sino por desenfados y bizarrías en el conjunto de las obras poéticas del Canónigo Argensola. Ni está en estos juguetes, que tan fácil y espontáneamente se le caían de las manos y de la pluma, su verdadera madurez artística. Ésta hay que buscarla siempre en sus sátiras y epístolas. Su carácter ya queda indicado: no es el tono familiar y ligero de la sátira horaciana, ni el inflamado acento de Juvenal, ni el sermón *estóico* de Persio, siempre obscuro y conceptuoso. De todos ellos hay algo en la manera de Bartolomé, que se distingue, no obstante, por su tendencia, algo pedagógica, de dirección moral y de enseñanza, y por la entonación magistral que el poeta asume, dirigiéndose á sus nobles discípulos D. Nuño de Mendoza; D. Rodrigo Pacheco, Marqués de Cerralbo, ó D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache. Para todos tiene consejos y advertencias, que degeneran á veces en asperísimas censuras y reprensiones. El noble carácter de Bartolomé Leonardo por un lado, su ciencia por otro, y, finalmente, su estado y condición de Sacerdote, le daban esta especie de gravedad mo-

ral y de *cura de almas*, que él ejercita. De aquí el desembozo y sin igual lisura con que da al vicio sus propios y nativos colores, sin rehuir la expresión desenvuelta y cruda, siempre que pueda contribuir á hacerle aborrecible. De aquí la prolijidad con que insiste en una misma idea, y la desmenuza, y presenta bajo diferentes aspectos, á fin de que el amigo á quien escribe se penetre de ella y no dude en llevarla á ejecución. Esto, unido á la facilidad para eslabonar tercetos, hace interminables estas sátiras, y no es otro su mayor defecto. Las flechas, por aguzadas que estén, en vez de ir derechas al blanco, parece como que se distraen en el camino, y llegan pesada y flojamente, perdida la mitad de la fuerza con la tardanza y los rodeos. Pero cuando acierta, ¿quién acierta como él? ¿De quién podremos citar tantos tercetos felices, acuñados como medallas antiguas; tantas expresiones perfectas, y que parecen únicas; tantos rasgos en que compiten lo profundo con lo valiente?

«¿Y tú entonces, Italia, en qué entendías?
Sólo en armar y en desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mías.

. . . .

Y tiemblas hoy debajo de su lanza,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudosa entre el terror y la esperanza.

. . . .

En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia:
Siempre el barro corrió inocente y bueno.»
....

Y aquel admirable pasaje contra las dueñas, del cual ha dicho uno de nuestros compañeros que nunca dió la sátira castellana versos más originales, nutridos y pintorescos:

«Ni á vosotras, ¡oh tocas reverendas!
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas:
Por vuestras manos su comercio pasa:
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa:
El agraz virginal de las alunas
Á las prensas arroja, aún no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño:
Introduce al adúltero seguro:
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
Á su eficaz superstición se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar que aunque aficione
La inclinación al gusto, hay otra rueda
Superior que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desdén nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda.»

Aun los críticos que no conceden á los Argensolas otra poesía que la poesía *de estilo*, tendrán que reconocer que en este trozo la perfección de

estilo llega hasta la verdadera belleza. Y como este trozo, hay muchos en la misma sátira:

«Dícesme, Nuño, que en la Corte quieres...»

. . .

que es, aunque larga y desigual, la primera y mejor de todas ellas, superior, por mil razones, á la sátira de Juvenal sobre los inconvenientes de Roma *(urbis incommoda)*, que él imita, y mucho más á la fría y aun insípida de Boileau, sobre los inconvenientes de París. Así Juvenal como Boileau, apenas se fijan más que en los inconvenientes materiales y en los tropiezos de las calles, al paso que Bartolomé Leonardo denuncia con severo espíritu todos los vicios de la educación cortesana de su tiempo. Hay trozos que parecen escritos en nuestros días:

«Tienen aquí jurisdicción expresa
Todos los vicios, y con mero imperio,
De ánimos juveniles hacen presa:
Juego, Mentira, Gula y Adulterio,
Fieros hijos del Ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio.

. . . .

Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente.

. . . .

Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos.»

¿Y qué os diré de la pintura, eternamente viva y animada, de aquella dorada juventud:

«Que más por randas y almidón suspira
Que por la perdición de la Goleta?
. . . .
Convídale otro á visitar los senos
Desta gran población, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos.
En esta Sala el Genovés vicioso,
Bañado en ámbar, las usuras vierte,
Ó en juego ó en convite deleitoso.
. . . .
Y allí, en brocado envuelta, la casada,
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo marital se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
Pero aquella paréntesis ¿qué importa,
En un discurso largo entremetida?
. . . .
De éste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo:
Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dejaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina.
Y al candil que en la casa un lenón daba...»
. . . .

Imposible transcribir lo demás de este terceto, en que Bartolomé Leonardo dejó atrás á Juvenal, como más adelante Quevedo á Bartolomé Leonardo. Saltemos unos cuantos versos, por consideración á las damas presentes, y prosigamos copiando:

«Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aquí autoridad que los evite?
  Pues mira tú si un joven frecuentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado.
. . . .
  ¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
  ¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heróica ahuyenta
La inclinación del apetito escuro?
  Todo es torpeza, imperfección y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida que en sus gustos se apacienta.
. . . .
  No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado y de la Libia adusta,
  Pero alaba sus bríos y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Cuando nos desempiedran nuestras calles.
  Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barro.
. . . .
  Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pavo, y el cerebro se le abrasa
Del gran licor que se avivó al sereno;
  Porque hizo media noche en cierta casa,
Hubo mimos, bailó la histrionisa
(Turba que en fiestas las tinieblas pasa):
  Duerme, y antes que pida la camisa,
Ya son las doce, y pasará buen rato,

Y perdone el precepto de la misa.—
  Pues ¡cuán digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia que anda entre ellos,
Cuando se está vistiendo el mentecato!
  Un ministro le crespa los cabellos,
Mientras que el otro allá formas inventa
(Más que las del panal) de abrir los cuellos.
. . . .
  Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él, de flojo y lánguido, no puede
Á tales usos alargar la mano:
  Ó piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir, porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.—
. . . .
  De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:
  Que cuando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto invierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos,
  Éste les pone luto, aquél los dora
Con fuego, baño y peine fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora:
  ¡Como si fuera injuria haber vivido
Ó el sol pudiera retener las riendas,
Ó infundir en sus ánimos olvido!—
. . . .
  Mas dirás que no todos son ruínes;
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre hiedras, rosas y jazmines.»

Podrá decirse que Horacio y Juvenal, tomadas sus sátiras en conjunto, valen más que Bartolomé; pero, salva la reverencia debida á los anti-

guos, no creo que los tercetos ya copiados y otros infinitos desmerecieran al lado de lo mejor de sus sátiras. ¡Qué brío en la pintura del usurero genovés *bañado en ámbar!* ¡Qué audacia de expresión al indicar aquella deshonra matrimonial, «paréntesis introducida en un discurso largo!» ¡Qué cuadro el del joven *de opilado rostro*, que no gusta de caballos para peligrosas cazas ó para guerra, sino para *sacar centellas de guijarros*, desempedrando las calles de la corte! ¡Y qué selección en las rimas! ¡Qué gran versificador era en sus buenos momentos el Rector de Villahermosa!

El *humor* que domina en estas sátiras, suele parecerse al del *Misántropo* de Molière:

«Yo aborrezco el mentir: soneto malo,
Ni le alabo á su autor, ni se lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo.»

Pero es injusticia notoria decir con Quintana que «estos poetas nunca amaron ni estimaron á nadie.» En el fondo del carácter de Bartolomé Leonardo, como en el de Alcestes, hay un fondo de amistad y de benevolencia inextinguible. Siempre fué la ruda franqueza característica de los hijos de Aragón, pueblo, por otra parte, de los más honrados de la tierra. Así son los Argensolas, duros y ásperos en la corteza, pero llenos interiormente de caridad y unción y espíritu

cristiano. Así nos lo muestran sus numerosas y bellísimas poesías religiosas, malamente desdeñadas por la crítica escéptica del siglo anterior.

Con ellas quiero terminar esta reseña crítica, puesto que nunca voló más alto el numen de los Argensolas, ni nunca corrió más brillante y fácil su inspiración, que cuando se acercó á las sagradas aguas de la divina fuente de la vida, manantial perenne de consuelo, llama de amor y de puros y fervorosísimos afectos, á los cuales debe sus mejores páginas la literatura castellana. Oid á Bartolomé Leonardo celebrando *la Asunción de Nuestra Señora*, y decid si no fué injusto nuestro gran Quintana al negar arranque y vehemencia lírica al autor de estas estrofas, que verdaderamente parece que tienen alas:

«Mas luego conociendo
Vuestra figura rara,
Cual nube que con rayo queda abierta,
Se fué el cristal rompiendo,
Y en la materia clara
Quedó patente la sublime puerta:
Pareció descubierta
Vuestra faz, y al miralla,
Pacífica, apacible,
Aunque fuerte y terrible,
Como ejército á punto de batalla,
Alta, olorosa como
Ciprés, plátano, cedro y cinamomo,
Patriarcas, Profetas,
Las reverendas canas

Coronadas de lauro, os humillaban:
Las Vírgenes discretas,
Yendo ante vos ufanas,
Laurel, olivo y palmas levantaban.
Los mártires estaban
En gloria renovados,
Con las llagas recientes,
Aunque resplandecientes
(Trofeos á mil Príncipes ganados),
Y las ropas bañadas,
Con sangre del Cordero matizadas.»

....

La oda *á San Miguel* es, por la extensión y por el tono, un verdadero canto épico, de majestad y elevación extraordinarias, con rasgos apocalípticos que ni Milton ni Klopstock hubieran desdeñado por suyos. Así exclama el Arcángel rebelado:

«Y las estrellas que hizo Dios mayores
Con pompa digna pisaré triunfante;
Sobre Aquilón levantaré mi asiento,
Y sobre el monte de su Testamento,
Al Altísimo mismo semejante.»

....

Oigamos la descripción del combate de las angélicas y réprobas legiones:

«... Parecieron
En los aires ejércitos formados,
Discurrir caballeros combatiendo,
De doradas estolas adornados:
Espadas y astas apiñadas vieron,

Y correr de caballos diligentes,
Y encuentros y batallas, y el ruído
Se oyó de los escudos y celadas,
El espantoso horror de las espadas,
Y el rechinar de flechas fué sentido,
Y en el aire esparcido
El resplandor de las lorigas de oro,
Que dió á Jerusalén cuidado y lloro.»
....

¿Y quién negará que en Bartolomé Leonardo ardía el estro lírico, cuando le vea anunciar con esta esplendidez y gala la conversión de la Magdalena:

«Venid á ver de rosas y azucenas
Las montañas estériles más llenas,
Y un árbol seco revestido de hojas.
La planta antes inútil Dios cultiva,
Regada en su jardín con agua viva:
Es fructífera ya, y sus ramas bellas
Tocan continuamente en las estrellas?»

No hay cuerda en la lira religiosa que alguna vez no pulsara, y siempre como maestro, Bartolomé Leonardo. Unas veces recurre á los antiguos metros cortos, tan nacionales, fáciles y candorosos, y emulando la ternura de los *Pastores de Belén*, de Lope de Vega, canta la Natividad del Señor:

«Vos, gloriosa Madre,
Que le days el pecho,

Recogednos las perlas
Que vierte gimiendo,
Que por ser de sus ojos
No tienen precio.
Cuanto sus ojos miraren
Veremos fértil y lleno,
La tierra de alegres frutos,
De serenidad el cielo.»

Otras veces traduce, ó, más bien, renueva con singular talento los himnos y los cánticos de la Iglesia, el *Jesu, Corona Virginum*, el *Ad perennis vitæ fontem*. En todas estas composiciones hay arte exquisito. Véase, por ejemplo, esta descripción de la felicidad de los bienaventurados, traducida de una bellísima prosa de San Pedro Damiano:

«Ostenta su ciudad calles lucientes,
Donde compite el oro limpio y puro
Ó excede á los cristales transparentes.

....

De eterna flor de rosas da un eterno
Verano, y de azucenas que blanquean
Y azafrán rubio en su cogollo tierno.
Allí el bálsamo suda, y hermosean
Su verdura los valles: los sembrados
Crecen, y arroyos de la miel que ondean.

....

Que sus veces no altera allí la luna,
Ni el sol las suyas, ni de las estrellas,
El curso con mudanzas importunas.
Porque de la Ciudad dichosa, y dellas
Es el Cordero el Sol, que nunca esconde

El vivo adorno de sus luces bellas.

. . . .

De las mancillas de la carne puros
Ya ignoran sus batallas: antes ella
Aposentada en estos santos muros,
Queda espiritüal, sutil y bella,
Conforme con el alma; y de consuno
Lo que el alma sintió, siente con ella.»

Tales fueron los Argensolas: cristianos á toda ley, como españoles de entonces, aragoneses de pura cepa y limpia prosapia, almas fuertes y sanas, que ni quemaron incienso al poderoso ni adularon la licencia de la plebe. Hijo de voluntad firme y serena, que nunca procedió por ímpetus ni arrebatos, sino madura y reflexivamente, su arte es tan viril, tan maduro, tan sano y reflexivo como su vida. No juega entre flores, no halaga los sentidos, no busca las pompas del color ni los hechizos de la luz, no deslumbra los ojos; pero á veces penetra en lo más escondido del alma, y ahonda mucho en la contemplación de los misterios interiores. No materializa el pensamiento, no se enamora del arte puro, no vive entre imágenes y alucinaciones; es un magisterio severo, una cátedra continua de educación robusta y cristiana. En la forma es pura y severamente clásica; pero ¡con cuánta independencia y con qué sentido tan amplio! Aconseja Bartolomé la continua lección de los antiguos; pero aconseja todavía más, y en magníficos versos por cierto,

soltar las velas al ingenio propio, hasta que navegue en golfo tan remoto

«Que no descubra sino mar y cielo.»

Esta misma soberana independencia suya le hace exclamar, dirigiéndose á los que componían centones de versos latinos, ó incrustaban en sus obras de taracea retazos de los antiguos:

«Con mármoles de nobles inscripciones,
Teatro un tiempo y aras, en Sagunto
Fabrican hoy tabernas y mesones.»

Pertrechado con esta amplísima doctrina literaria, Bartolomé Leonardo figuró entre los últimos conservadores del buen gusto y de la tradición antigua; y aunque no escribió directamente contra Góngora, como lo hicieron Pedro de Valencia y Jáuregui, manifestó en un soneto su aversión á los conceptistas:

«Si aspiras al laurel, muelle poeta,
La docta antigüedad tienes escrita:
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que el jugar del vocablo es triste seta.»

Así por sus defectos como por sus cualidades, es la poesía de los Argensolas el tipo más cumplido y perfecto de la genialidad aragonesa. Ni correspondía otro arte que éste, tan rígido, y en apariencia tan desnudo, antítesis viva del arte de

los Lucanos y de los Góngoras, á un pueblo como el de Aragón, donde siempre han ejercido mayor influjo las grandes realidades de la vida que los risueños fantasmas de la imaginación. Pueblo de tan recia fibra, engendrador de conquistadores y de grandes ciudadanos, nunca gastó esta heróica fortaleza suya en empresas aventureras y baldías, sino en realizar el culto de la ley y de la justicia. Pueblo *jurídico,* en la más alta acepción de la frase, recuerda no poco la austera fisonomía del pueblo romano, y tiene, como él, en sus leyes la expresión más alta de su genio y el verdadero monumento de su gloria. Pero así como sería injusto negar aptitudes estéticas á los romanos, por más que parezca que todo lo absorbe y obscurece el gigantesco desarrollo de su derecho, no fuera menor injusticia negárselas á la patria de Marcial y de Prudencio y de entrambos Argensolas, de Juan de Verzosa y de Antonio Serón, de Pedro Liñán y de Fr. Jerónimo de San José. Sólo que en Aragón, como en todas partes, la poesía ha tomado el sabor del terruño y el de la condición de sus moradores, revistiéndose, no de frívolas plumas, sino de hierro celtibérico, y mostrando en todo su ademán, fiereza de matrona estóica, legisladora y domadora de pueblos.

He dicho.

LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO

AL EXCMO. SEÑOR

D. MARCELINO DE ARAGÓN AZLOR,

DUQUE DE VILLAHERMOSA.

Mi excelente amigo y tocayo: Acabo de leer los pliegos que V. me ha remitido de su elegante traducción poética de las *Geórgicas*. Usted que conoce mis aficiones, adivinará con cuánto placer y fruición he hecho esta lectura. Aquí, donde las letras clásicas, en otros días tan florecientes, yacen en lánguido y miserable abandono, sin que los mismos á quienes más directamente incumbe su custodia y enseñanza, den muestras de conocerlas y amarlas con la piedad íntima y filial que ellas merecen, es género de consuelo el ver á un Grande de España, heredero de las tradiciones y recuerdos de gloriosísima casa aragonesa, estimular con su ejemplo á nuestros dormidos ó rezagados humanistas, tomar puesto entre los primeros, y enriquecer nuestra lengua con una exquisita versión del más perfecto de los poemas latinos. Nuevo y fehaciente testimonio de que el

brillo de la estirpe nunca estuvo reñido con el esplendor de las letras.

La misma elección del original que V. ha traducido prueba ya discreción y buen gusto. Entre todos los poetas de la antigüedad, ninguno hay de espíritu tan moderno, tan humano, y en cierto sentido tan cristiano como Virgilio. Ninguno tan grato al paladar de nuestro tiempo y de nuestras gentes. Otros, especialmente griegos, cumplen mejor con el ideal plácido y sereno del arte antiguo: sólo Virgilio tiene como adivinaciones y vislumbres de lo porvenir. La admiración de lo sencillo y majestuoso se va detrás del arte homérico; el corazón y el afecto se van detrás de Virgilio. Desde que en las aulas de latinidad tomamos de memoria sus exámetros, conviértese en amigo y familiar compañero nuestro, único punto de semejanza que con Horacio tiene. Horacio nos da el fruto, á veces amargo, del árbol de la vida; Virgilio la savia juvenil y vigorosa. Apréndense del uno máximas de epicúrea moderación y templanza; del otro, castas, gentilísimas y nunca enervadoras melancolías. Excelencia de la poesía clásica fué el sentir de un modo íntimo y verdadero la naturaleza, y amamantarse á sus pechos exuberantes, y vivir de su vida, y crecer con sus caricias, sin perder por eso el artista su propia individualidad en el espectáculo de lo exterior, ni abismarse en el rau-

dal desatado de la vida. Pero nadie como Virgilio para iluminar con la luz de su alma el espectáculo de la naturaleza y de la vida humana. Él en plena civilización gentil dió forma única é imperecedera á ciertos aforismos del dolor, no secos y desabridos como los de Lucrecio, sino bañados de suave y reposada tristeza.

Como todo lo que es exclusivamente humano nos toca y conmuve más de cerca, quizá extrañen algunos que en vez de traducir la *Eneida*, haya traducido V. las *Geórgicas*. Ciertamente que en la *Eneida* aparecen más de resalto las cualidades de Virgilio como poeta de sentimiento, de tal modo que á bellezas de esta índole debe aquel poema su eterna celebridad y perenne juventud, con ser en todo lo demás obra de imitación, no igual, ni con mucho, en grandeza severa ni en virginal hechizo, á los modelos imitados. Nadie busca en la *Eneida* el reflejo más ó menos pálido de las batallas de la *Iliada*, y de los viajes de la *Odisea;* nadie se interesa por el piadoso protagonista; pero ¿en qué alma no hallarán eco la desesperación de la enamorada reina de Cartago ó las lágrimas de la madre de Eurialo?

Verdad es todo esto, y sin embargo las *Geórgicas* son más acabado é intachable poema que la *Eneida*, y bien hacía su autor en preferirlas; que mayor hermosura de estilo poético jamás se ha visto en el mundo. Si con ojos poco atentos

se examinan las *Geórgicas,* parecerá que tienen el pecado capital de pertenecer á un género híbrido y poético á medias, el que llaman *didáctico*, donde la lección y la enseñanza usurpan dominios y esferas de la poesía. No canonizo el género; pero si algo vale en el arte la dificultad vencida, y no ya la dificultad técnica, sino la que resulta de la lid con una materia ingrata, admiremos sin tasa al ingenio que, de fondo en apariencia tan árido y estéril como las labores rústicas, acertó á sacar tan opulenta y generosa vena de poesía. Pobre y mezquino elogio para Virgilio sería el decir que jamás cae en prosaísmo de expresión, y que ennoblece y realza lo más trivial, no con las perífrasis y los rodeos que usan las literaturas académicas, temerosas siempre del vocablo natural y sencillo, sino con felices asociaciones de palabras, con aquellos audaces epítetos cuyo secreto murió con las lenguas clásicas, y que (por decirlo así) dan forma y cuerpo al substantivo á que se juntan, y hacen un cuadro y una descripción en una frase. ¡Arte peregrino de dicción, que congrega todos los elementos pictóricos y musicales del lenguaje, no para derramarlos con prodigalidad ostentosa, como tantos y tantos vanísimos poetas descriptivos, sino para hacer de ellos uso sobrio y reglado por el buen gusto! Pero aún se admira en el poeta mantuano otro arte más divino y maravilloso que éste: el de ha-

cer que lleguen al alma el más profundo sentido y las más recónditas armonías de la naturaleza, de suerte que hasta lo inanimado y lo insensible nos conmueva, como si tuviese voz y alma. Describiendo anatómicamente y con no igualada perfección realista la peste de Atenas, no consiguió Lucrecio mayores efectos ni hirió tan de lleno las fibras del alma, como nuestro Virgilio en la descripción de una *Epizootia*. Y caídas y cortes de árboles hay en las *Geórgicas*, que hacen sentir y meditar más que la muerte de un guerrero joven en épica batalla, y celos y amores de toros, más dramáticos que las pasiones de muchos seres humanos; y el mismo interés se toma por las abejas virgilianas que por una república laboriosa y bien concertada. Fuera de que el poeta favorito de Augusto, fiel á las grandes leyes del arte descriptivo, nunca olvida la figura humana en el fondo del paisaje, y cuando más entretenido parecía en la explicación de los ingertos ó de la cría caballar ó de la reparación de las colmenas, interrumpe de súbito los preceptos geopónicos, para saludar con lírico entusiasmo á Italia, madre fecunda de mieses y de héroes, ó para llevarnos bajo el techo pobre y feliz del anciano Corycio, ó para reproducir los lamentos de Orfeo por la pérdida de Eurydice.

Te, dulcis conjux, te solo in littore secum
Te, veniente die, te decedente canebat.

Nunca lograrán prolijas descripciones, arte menudo é impotente de los siglos de decadencia, producir en el ánimo la impresión de serenidad y frescura que brota de la evocación súbita, no más que en dos versos, de las grutas, y los vivos lagos y el frígido Tempe, y los mugidos de los bueyes, y el blando sueño á la sombra de los árboles:

Speluncae, vivique lacus et frigida Tempe
Mugitusque boum, mollesque sub arbore somnii.

¡Quién olvidó las *Geórgicas* después de leídas una vez! ¡Quién dejó de aprenderlas de memoria, si tiene gusto y entendimiento de hermosura! ¡Quién, amante de su patria y lengua, no deseó verlas reproducidas dignamente, entrando, como en lid honrosa, el romance castellano con su madre latina! No digo acercarse al original, que esto es imposible en lenguas modernas, gastadas, analíticas y seniles, faltas de espontánea y primaveral energía, impropias para la condensación fecunda; no el acercarse, repito, sino el traer á nuestros idiomas alguna de aquellas riquísimas preseas, es empeño heróico y digno de toda alabanza. Cuando se traduce una obra en que lo humano y universal del asunto ó la novedad y transcendencia de las ideas apenas dejan reparar en los primores de estilo, el traductor

puede quedar airoso á poca costa, no más que con ser fiel y concienzudo. Pero traducir bien un libro como las *Geórgicas*, en que cada período y cada verso encierran maravillas de elegancia y han sido caldeados cien veces en el horno sagrado de la inspiración reflexiva, es, en mi concepto, uno de los más gloriosos triunfos literarios, aunque no sea de los que el vulgo más aplaude y galardona. Conocimiento profundo, no ya de las dos lenguas, sino de sus recursos poéticos y de los ápices del estilo del autor; talento de versificador flexible y dócil, como se exige de quien ha de interpretar exámetros de tan varia y paciente labor, no fáciles y abandonados como los de Ovidio, ni monótonos y de un mismo son como los de Lucano, siempre en la misma cuerda recia y tendida; sencillez y llaneza rústica á las veces, otras amplitud y elocuencia, y en todo ello un desembarazo y gala que no parecen de estos tiempos, y que arguyen la mejor y más generosa educación clásica, hallará en la versión de V., amigo Duque, quien quiera que con la atención debida á tan largo trabajo la examine. Yo que tanto insté porque usted la publicara apenas tuve conocimiento de ella, la saludo hoy con toda la efusión de mi alma: que no es poca la que siente el aficionado á las letras humanas cuando un libro de esta especie viene á romper la monotonía de la litera-

tura insulsa, sin estudio y sin jugo que hoy predomina.

Ni se tenga por empresa inútil la de una nueva traducción de las *Geórgicas,* sobre las muchas que en castellano existen y de que ya en otra ocasión formé largo catálogo. Día vendrá en que los aciertos de todas ellas se aprovechen para la traducción definitiva, para el gran monumento de que nuestra lengua es todavía deudora á Virgilio. Poco fruto podrá sacarse sin duda de los rudos endecasílabos de Juan de Guzmán, humanista sin aliño y sin arte, ni de los de Cristóbal de Mesa, á quien no valió la amistad del Tasso, ni la más ardua labor, para ser poeta original, ni siquiera buen intérprete de pensamientos de otros. De los traductores del siglo XVI, sólo Fr. Luis de León era digno de medirse con Virgilio; pero Fr. Luis de León no tradujo más que el primer libro y la mitad del segundo, fuera de que su versión más bien debe llamarse paráfrasis, como que la compuso en octavas reales, procediendo además con toda la libre y generosa audacia de su índole poética. La lengua ganó mucho con su ensayo; no tanto la interpretación virgiliana. Leemos á Fr. Luis de León y no á Virgilio, ni diré yo que perdamos siempre en el cambio, porque en aquellos versos duros é incorrectos, pero francos y vigorosos, expansión de un alma poética que remozaba todo lo antiguo, adquirió

por primera vez carta de ciudadanía literaria la lengua de los labradores castellanos.

De las traducciones que humanistas posteriores hicieron, sólo quedan en pie tres: la de Pérez del Camino, versificada muy desigualmente y concisa en demasía, hasta el punto de perder ó dejar intactas frases y hasta pensamientos bellísimos del original, al paso que otras veces amplifica y deslíe, pecado inseparable de las octavas reales; la que del libro primero hizo el peruano Juan de Arona, abundante poeta descriptivo, aunque no de la severa escuela de Andrés Bello, y la muy elegante que de todo el poema nos ha dado el insigne humanista colombiano D. Miguel Antonio Caro, traductor de todas las obras de Virgilio.

Sin lisonja ni amistad ciega, puedo decir que á ninguna de ellas cede la de V. en conjunto; y que en ciertas condiciones de exactitud y fidelidad aventaja á la francesa tan celebrada de Delille, cuyas perífrasis académicas llegan á marchitar cuantas prolíficas lozanías derramó en el original la musa de los campos.

Determinado estaba yo á citar algún trozo de la versión de V., tomando por ejemplo de lo que más me agrada la descripción de los prodigios que acompañaron á la muerte de César (en el libro primero) ó la vida del labrador (en el segundo) ó los amores de los toros (en el tercero). Pe-

ro ¿á qué extractar, cuando el lector ha de verlo todo á continuación de esta advertencia? Sólo me toca reiterar á V. mi enhorabuena, y felicitarme de haber sido el primero en conocer y aplaudir trabajo de tanto precio.

De V. siempre afectísimo amigo

M. Menéndez y Pelayo.

LIBRO PRIMERO.

Cómo adquieren las mieses lozanía:
Bajo qué signo remover la tierra,
(Mecenas), y la vid ceñir al olmo:
Qué cuidados los bueyes, qué de afanes
Los ganados requieren, qué de industria
Al labrar su panal la parca abeja,
Empezaré á cantar.—Á vos imploro,
¡Oh lumbreras clarísimas del mundo
Que el año gobernáis! Baco risueño,
Ceres fecunda de los granos madre;
Si por vosotros en espiga roja
El Caonio encinar trueca sus frutos,

LIBER PRIMUS.

Quid faciat laetas segetes, quo sidere terram
Vertere, Maecenas, ulmisque adjungere vites
Conveniat: quae cura boum, qui cultus habendo
Sit pecori; apibus quanta experientia parcis,
Hinc canere incipiam. Vos, o clarissima mundi
Lumina, labentem coelo quae ducitis annum;
Liber et alma Ceres, vestro si munere tellus

Y el rico zumo de las nuevas vides
Corre mezclado con el manso arroyo:
Faunos, propicios númenes del bosque,
Ninfas risueñas, Dríadas del valle,
Venid á mí, que vuestros dones canto.
Y tú, dios de la mar, cuyo tridente
Hiere la entraña de la madre tierra,
Dando la vida al vacilante potro;
Tú, que las selvas vigilante guardas,
Por quien de Ceos los jarales pacen
Trescientos toros, como nieve, blancos:
Si de tu Arcadia los risueños cotos
Y del Liceo los frondosos bosques
Por breve tiempo abandonar te place,
Pan, que proteges al ganado manso;
Si vigilante á tu Menalo asistes,
Ven en mi ayuda; tu socorro imploro:
Docta Minerva, que el Olivo hallaste,

Chaoniam pingui glandem mutavit arista,
Poculaque inventis Acheloia miscuit uvis;
Et vos, agrestum praesentia numina, Fauni,
Ferte simul Faunique pedem Dryadesque puellae:
Munera vestra cano. Tuque o, cui prima frementem
Fudit equum magnum tellus percussa tridenti,
Neptune, et cultor nemorum, cui pinguia Ceae
Ter centum nivei tondent dumeta juvenci;
Ipse, nemus linquens patrium, saltusque Lycaei,
Pan, ovium custos, tua si tibi Maenala curae,
Adsis, o Tegeaee, favens; oleaeque Minerva

Regio mancebo que el arado inventas:
También á tí que tu cansancío ayudas
De ciprés tierno en descuajado tronco,
Pido la inspiración, viejo Silvano:
Dioses y Diosas todas que en defensa
De los bosques veláis, ya productores
De nuevos frutos sin simiente madre
Ó ya bajando en lluvia á los sembrados;
También, César, á tí; ¿mas cuál asiento
Te estará entre los númenes guardado?
Pues numen has de ser, ya tu dominio
Á ciudades y tierras se dilate,
Del mirto maternal tu sien ceñida,
Y el universo mundo te proclame
Árbitro poderoso de los tiempos,
De tempestuosas nubes y de mieses,
Ó ya vengas á ser dios de los mares,
Y el nauta acate tu deidad sagrada

Inventrix; uncique puer monstrator aratri;
Et teneram ab radice ferens, Silvane, cupressum;
Diique deaeque omnes, studium quibus arva tueri,
Quique novas alitis non ullo semine fruges,
Quique satis largum coelo demittitis imbrem;
Tuque adeo, quem mox quae sint habitura deorum
Concilia, incertum est: urbisne invisere, Caesar,
Terrarumque velis curam, et te maximus orbis
Auctorem frugum, tempestatumque potentem
Accipiat, cingens materna tempora myrto;
An deus inmensi venias maris, ac tua nautae

Hasta el confín de la remota Thule,
Y con todas sus ondas pague Tetis
La gloria de nombrarte yerno suyo,
Ó bien estrella nueva en mes tardío
Añadas tu fulgor al libre espacio
Que entre Erigone y Celas se descubre
(Pues el fiero Escorpión su garra encoge
Para que tengas anchuroso asiento,
Dejándote un sitial en el Zodiaco);
Cualquier deidad, en fin, que ser pretendas
(Porque no espere el Tártaro aclamarte,
Ni tan cruel ambición reine en tu pecho,
Por más que en Grecia los Elíseos campos
Causen admiración, y Proserpina
Por su madre cien veces apremiada
Su voz desoiga), alláname la senda
Y favorece mi atrevido ensayo:
Ten, como yo, piedad del campesino

Numina sola colant, tibi serviat ultima Thule,
Teque sibi generum Tethis emat omnibus undis;
Anne novum tardis sidus te mensibus addas,
Qua locus Erigonem inter Chelasque sequentes
Panditur: ipse tibi jam brachia contrahit ardens
Scorpius, et coeli justa plus parte reliquit:
Quidquid eris (nam te nec sperant Tartara regem,
Nec tibi regnandi veniet tam dira cupido:
Quamvis Elysios miretur Graecia campos,
Nec repetita sequi curet Proserpina matrem),
Da facilem cursum, atque audacibus annue coeptis,

Privado de saber, y tu alto nombre
Acostúmbrate á ver siempre invocado.
  Cuando vuelve la nueva primavera,
Y ya las nieves derretidas manan
Por las laderas de los canos montes;
Cuando al tibio alentar del blando viento
Se abren los tormos: que tus tardos bueyes
Giman dolientes bajo el duro arado,
Su diente brille y le desgaste el roce.—
Del labrador escucha el voto siempre
La tierra que el calor y el denso frío
Siente alternando, pues su inmensa parva
Hará crujir las vigas del granero.
Mas antes de romper con recio arado
Ignoto suelo, examinar es fuerza
La tradición, el clima y el cultivo,
Del Cielo la influencia y de los aires.
Aquí se da la mies, allí la viña,

Ignarosque viae mecum miseratus agrestes,
Ingredere, et votis jam nunc assuesce vocari.
  Vere novo gelidus canis quum montibus humor
Liquitur, et Zephiro putris se gleba resolvit,
Depresso incipiat jam tum mihi taurus aratro
Ingemere, et sulco attritus splendescere vomer.
Illa seges demum votis respondet avari
Agricolae, bis quae solem, bis frigora sensit;
Illius inmensae ruperunt horrea messes.
Ac prius, ignotum ferro quam scindimus aequor,
Ventos et varium coeli praediscere morem

Aquí nace el frutal, allí la yerba
Brota espontánea y reverdece á un tiempo.
¿No ves el azafrán cómo perfuma
La suave ondulación del monte Etmolo?
¿No ves al indio producir marfiles?
El Árabe indolente nos envía
De Saba los inciensos, como el Ponto
De sus castores pernicioso ungüento,
Y el Epiro nos da veloces yeguas
En la palestra Olímpica gloriosas.
Esta constante ley, esta armonía
Á ciertos climas dió Naturaleza,
Cuando en el mundo sin poblar lanzaba
Piedras fecundas Deucalión, y vida
Daba á los hombres y á su raza terca.
Trabaja, pues, y que tus tardos bueyes
Rompan el surco que anhelante pide
Sentir abrirse la fecunda entraña,

Cura sit, ac patrios cultusque habitusque locorum;
Et quid quaeque ferat regio, et quid quaeque recuset.
Hic segetes, illic veniunt felicius uvae,
Arborei foetus alibi; atque injussa virescunt
Gramina. Nonne vides, croceos ut Tmolus odores,
India mittit ebur, molles sua tura Sabaei;
At Chalybes nudi ferrum, virosaque Pontus
Castorea, Eliadum palmas Epirus equarum?
Continuo has leges aeternaque foedera certis
Imposuit natura locis, quo tempore primum
Deucalion vacuum lapides jactavit in orbem,

Para que el seno los calores tuesten
Del sol ardiente; pero si tus suelos
Fueren ingratos ó de arena estéril,
Rozar te basta su ligera capa,
Cuando de Arturo el sol toque á la estrella;
No ahogan entónces á la planta joven
Las muchas yerbas, ni su escaso jugo
Pierde tampoco la que es sólo arena.
Haz que descansen tus segados campos
Y que la tierra se endurezca inculta
Al menos por un año, ó siembra el trigo,
Mudada la estación, en los terrenos
Donde hubieres cogido las arvejas
Ó del Lupino las flexibles cañas,
De cosecha tan vil ruidosos restos:
El lino tan vistoso y las avenas
Queman los campos, y también le abrasa
La adormidera de letales jugos.

Unde homines nati, durum genus. Ergo age, terrae
Pingue solum primis extemplo a mensibus anni
Fortes invertant tauri, glebasque jacentes
Pulverulenta coquat maturis solibus aestas:
At si non fuerit tellus foecunda, sub ipsum
Arcturum tenui sat erit suspendere sulco:
Illic, officiant laetis ne frugibus herbae,
Hic, sterilem exiguus ne deserat humor arenam.
Alternis idem tonsas cessare novales,
Et segnem patiere situ durescere campum.
Aut ibi flava seres, mutato sidere, farra,

Provecho da el labor si cauto dejas
Tus tierras sin sembrar durante un año,
Y esparces á la vez profuso abono
Por las tablas ansiosas de tu suelo,
Derramando también ceniza inmunda:
Descansa el campo con simiente nueva,
Y aquél que dejes de barbecho un año
Cobra en sus ocios, fecundantes jugos.
Á menudo conviene el campo estéril
Quemar con vivas y chasqueantes llamas
Incendiando el rastrojo con el fuego,
Ó porque saque más secretas fuerzas
Y reviva á la vez su pingüe savia,
Ó porque el fuego vivifique el virus,
Cociendo intenso sus ocultas vías
Y sude inútil humedad dañosa,
Ó bien la llama ensanche los caminos
Cegados antes y las varias venas

Unde prius laetum siliqua quassante legumen,
Aut tenues foetus viciae, tristisque lupini
Sustuleris fragiles calamos, silvamque sonantem.
Urit enim lini campum seges, urit avenae,
Urunt Lethaeo perfusa papavera somno:
Sed tamen alternis facilis labor: arida tantum
Ne saturae fimo pingui pudeat sola, neve
Effoetos cinerem inmundum jactare per agros.
Sic quoque mutatis requiescunt foetibus arva:
Nec nulla interea est inaratae gratia terrae.
Saepe etiam steriles incendere profuit agros,

Por donde mana bienhechora savia,
Ó porque afirme el vacilante suelo,
Contrayendo á la vez sus muchos poros
Con fuerza tal, que ni menudas lluvias,
Ni el más fuerte poder del sol ardiente,
Ni del duro aquilón el soplo helado
Puedan llegar para matar su vida.
Mucho trabaja en pro de sus terrenos
El que los rompe con dentados rastros
Y arrastra zarzas de punzantes mimbres.
Ceres le ve risueña desde el cielo,
Y lo mismo al que rompe oblicuamente
Con el arado las erguidas crestas,
Al que á menudo labra y al que doma
El suelo inculto con mañoso imperio.
Labradores, pedid inviernos suaves
Y lluviosos solsticios de verano:
El polvo seco del invierno duro

Atque levem stipulam crepitantibus urere flammis:
Sive inde occultas vires et pabula terrae
Pinguia concipiunt; sive illis omne per ignem
Excoquitur vitium, atque exsudat inutilis humor;
Seu plures calor ille vias et caeca relaxat
Spiramenta, novas veniat qua succus in herbas;
Seu durat magis, et venas adstringit hiantes:
Ne tenues pluviae, rapidive potentia solis
Acrior, aut Boreae penetrabile frigus adurat.
Multum adeo, rastris glebas qui frangit inertes,
Vimineasque trahit crates, juvat arva; neque illum

Da gozo al campo y regocija el trigo:
De este cultivo se envanece Misia
Y el Gárgara se asombra de sus granos.
¿Cómo alabar á aquél que cuando lanza
Al campo la semilla, va cubriendo
El estéril terrón, y á un tiempo encauza
Las claras aguas de un tranquilo río
Ó las que afluyen del cercano arroyo,
Y viendo seco y marchitado el campo
Y las yerbas sedientas, desde el cerro
Conduce al llano la corriente mansa?
Oigo el murmullo que produce el choque
Entre las piedras, y al saltar bullendo
Da nueva vida á los sedientos campos.
¿Diré también cómo se intenta á veces
(Para evitar que de la espiga el peso
Doble ó destruya sus ligeras cañas)
El ganado meter en los sembrados,

Flava Ceres alto nequidquam spectat Olympo;
Et qui, prosciso quae suscitat aequore terga,
Rursus in obliquum verso perrumpit aratro,
Exercetque frequens tellurem, atque imperat arvis.
Humida solstitia atque hiemes orate serenas,
Agricolae; hiberno laetissima pulvere farra,
Laetus ager; nullo tantum se Mysia cultu
Jactat, et ipsa suas mirantur Gargara messes.
Quid dicam, jacto qui semine cominus arva
Insequitur, cumulosque ruit male pinguis arenae?
Deinde satis fluvium inducit rivosque sequentes,

Para pacer la yerbecilla tierna,
Nociva profusión, cuando las puntas
Asoman verdes en estrechos surcos?
¿Ó el desecar de cenagosos llanos,
Cuando sale de madre el manso arroyo,
En los meses en que es incierto el tiempo,
Cubriendo el cieno la campiña exhausta,
É infecta niebla exhala el tibio lago?
Y aun cuando á fuerza de afanoso esmero
Labren los hombres y los tardos bueyes,
No se ven libres las sembradas tierras
De las injurias del hambriento ganso,
Ni de las torpes estrimonias grullas:
Tortuosas raíces de achicoria amarga
También le dañan y la mucha sombra.
Júpiter quiso que el cultivo fuera
Dificultoso transformado en arte,
Y excitó al hombre con mortales ansias,

Et, quum exustus ager morientibus aestuat herbis,
Ecce, supercilio clivosi tramitis undam
Elicit: illa cadens raucum per levia murmur
Saxa ciet, scatebrisque arentia temperat arva.
Quid, qui, ne gravidis procumbat culmus aristis,
Luxuriem segetum tenera depascit in herba,
Quum primum sulcos aequant sata? quique paludis
Collectum humorem bibula deducit arena?
Praesertim incertis si mensibus amnis abundans
Exit, et obducto late tenet omnia limo:
Unde cavae tepido sudant humore lacunae.

No consintiendo que en su vasto imperio
Reinen la holganza, ni pereza torpe.
Antes que Jove dominara el mundo,
Nunca el colono trabajó su campo,
Ni era lícito entonces marcar lindes
Ni acotar los terrenos al antojo;
Rozaban en común la virgen tierra,
Y en mayor abundancia y de buen grado
Daba sin tasa su riqueza en frutos.
Él impregnó los dientes de la sierpe
En veneno dañoso; él á los lobos
El instinto infundió de la rapiña,
Al mar la agitación, y de las hojas
Quitó la miel que destilaba el leño,
Ocultó el fuego, y atajó en cercados
Las corrientes del vino desbordadas,
Queriendo que el mortal con paso lento
Y con meditación las nobles artes

Nec tamen, haec quum sint hominumque boumque labores
Versando terram experti, nihil improbus anser,
Strymoniaeque grues, et amaris intuba fibris
Officiunt, aut umbra nocet. Pater ipse colendi
Haud facilem esse viam voluit; primusque per artem
Movit agros, curis acuens mortalia corda,
Nec torpere gravi passus sua regna veterno.
Ante Jovem nulli subigebant arva coloni:
Ne signare quidem aut partiri limite campum
Fas erat: in medium quaerebant; ipsaque tellus
Omnia liberius, nullo poscente, ferebat.

Inventara por sí, y hallara el trigo
En los profundos surcos verdeando,
Y que el choque del hierro en lisa piedra
Brotar hiciera la escondida chispa.
Entonces fué cuando surcó del río
El árbol hueco la corriente mansa:
El nauta entonces descubrió los astros,
Las estrellas contó, les puso nombres,
Las Pléyadas, las Híadas y la Osa
Hija de Licaón el rey de Arcadia:
Entonces se inventó la artera liga
Y apresar á las fieras en los lazos
Y con sabuesos rodear los bosques:
Ya arroja el pescador el gancho corvo
En el fondo del río, ó ya atrevido,
Surcando el mar, extiende húmedas redes
De tosco lino, en sus bullentes olas:
Hallóse entonces la dureza al hierro

Ille malum virus serpentibus addidit atris,
Praedarique lupos jussit, pontumque moveri;
Mellaque decussit foliis, ignemque removit,
Et passim rivis currentia vina repressit:
Ut varias usus meditando extunderet artes
Paulatim, et sulcis frumenti quaereret herbam;
Ut silicis venis abstrusum excuderet ignem.
Tunc alnos primum fluvii sensere cavatas;
Navita tum stellis numeros et nomina fecit,
Pleiadas, Hyadas, claramque Lycaonis Arcton.
Tum laqueis captare feras et fallere visco

Y de la sierra las cortantes hojas;
Que los primeros hombres sólo hendían
Con duras cuñas los maderos flojos;
Así vieron la luz las varias artes.
¡Todo lo vence el ímprobo trabajo,
Y obliga la indigencia á cosas duras!
Fué Ceres la primera que la tierra
Á labrar con el hierro enseñó al hombre:
Creció luego el trabajo con el trigo,
Que es la niebla á la espiga muy dañosa;
Su tallo estéril erizando el cardo
Mata la mies, y un espinoso bosque
El fértil grano de la espiga mata:
La zizaña infeliz, la avena loca
Dominan en los llanos y en los montes.
Si armado del rastrillo no atormentas
La tierra con tesón, y si á las aves
No espantas con chasquidos y con voces;

Inventum, et magnos canibus circumdare saltus.
Atque alius latum funda jam verberat amnem,
Alta petens; pelagoque alius trahit humida lina.
Tum ferri rigor, atque argutae lamina serrae;
Nam primi cuneis scindebant fissile lignum;
Tum variae venere artes: labor omnia vicit
Improbus et duris urgens in rebus egestas.
Prima Ceres ferro mortales vertere terram
Instituit, quum jam glandes atque arbuta sacrae
Deficerent silvae et victum Donona negaret.
Mox et frumentis labor additus, ut mala culmos

Si la lluvia no pides en tus votos;
Si no aclaras las sombras que rodean
Tus campos, con la hoz, ¡ah! será en vano
De tu vecino contemplar las parvas,
Y acallarás el hambre sacudiendo
La sacra encina del antiguo bosque.
Debo decir también los instrumentos
Que al duro labrador son necesarios,
Sin los cuales no pueden las espigas
Recoger en sazón, ni sembrar trigo:
De recio roble el consistente arado
Es el primero y la cortante reja,
Y los que ruedan con pausado giro,
De la madre Eleusina carros toscos:
El recio carretón, el rastro, el trillo,
El humilde mueblaje de los mimbres
Que Celeo inventó, las verdes zarzas
De madroñal, y del alegre Baco

Esset robigo, segnisque horreret in arvis
Carduus: intereunt segetes; subit aspera silva,
Lappaeque tribulique; interque nitentia culta
Infelix lolium et steriles dominantur avenae.
Quod nisi et assiduis herbam insectabere rastris,
Et sonitu terrebis aves, et ruris opaci
Falce premes umbram, votisque vocaveris imbrem:
Heu, magnum alterius frustra spectabis acervum;
Concussaque famem in silvis solabere quercu.
Dicendum et, quae sint duris agrestibus arma,
Queis sine nec potuere seri nec surgere messes:

La misteriosa cesta, que en la orgía
Es el símbolo loco de sus fiestas:
Recuerda de antemano el prevenirlos,
Si quieres obtener notables goces
En el arte divino de los campos.
Al monte sube, y corta desde el suelo
El olmo tierno de flexibles ramas;
Del corvo arado hazle tomar la forma:
Un timón de ocho pies largo y tendido
Adapta, al empezar, al corvo mango:
Dos tablas como orejas, dos dentales
De doble lomo encajas en el leño:
Cortas un liso tejo para yugo
Y un haya para esteva, y á tu antojo
Harás girar el eje por la espalda:
Y al humo del hogar suspenso el leño,
Cura sus grietas al rescoldo manso.
Puedo muchos preceptos recordarte

Vomis et inflexi primum grave robur aratri,
Tardaque Eleusinae matris volventia plaustra
Tribulaque, traheaeque, et iniquo pondere rastri;
Virgea praeterea Celei vilisque supellex,
Arbuteae crates et mystica vannus Iacchi;
Omnia quae multo ante memor provisa repones,
Si te digna manet divini gloria ruris.
Continuo in silvis magna vi flexa domatur
In burim et curvi formam accipit ulmus aratri.
Huic ab stirpe pedes temo protentus in octo,
Binae aures, duplici aptantur dentalia dorso.

De los antiguos: no te causen tedio,
Y no desdeñes conocer á fondo
Las prácticas sencillas de tal arte:
Conviene antes de todo un gran cilindro
Pasar sobre tus eras, allanando
El suelo por igual, y con la greda,
Antes de endurecerlo, haz que le roce
Con leve surco el inclemente arado:
Que un cimiento viscoso cubra el fondo,
Para evitar que brote yerba alguna
Ó que, rota su fuerza, del estío
El intenso calor le resquebraje:
¡Cuánto enemigo á tu cosecha amaga!
El ratoncillo ruín suele á menudo,
Socavando la troj, hacer vivienda,
Ó bien los ciegos topos en el suelo
Los nidos van á su placer labrando,
Y el sapo y otros mil deformes bichos,

Caeditur et tilia ante jugo levis, altaque fagus
Stivaque, quae cursus a tergo torqueat imos:
Et suspensa focis explorat robora fumus.
Possum multa tibi veterum praecepta referre,
Ni refugis, tenuesque piget cognoscere curas.
Area cum primis ingenti aequanda cylindro,
Et vertenda manu, et creta solidanda tenaci,
Ne subeant herbae, neu pulvere victa fatiscat,
Tum variae illudant pestes: saepe exiguus mus
Sub terris posuitque domos atque horrea fecit;
Aut occultis capti fodere cubilia talpae;

Que de la tierra pueblan las entrañas:
También reina en las parvas el gorgojo
Y la hormiga que teme vejez pobre.
También observarás cuando en las selvas
De blanca flor se visten los almendros
Y el suelo rozan sus fragantes ramos:
Si abunda en flor, verás cuán prodigiosa
Es tu cosecha en los calores grandes;
Mas si el ramaje exuberante cubre
De sombra estéril el torcido tronco,
Inútil te será trillar la espiga,
Mucha paja dará y escaso grano:
También el labrador empapar suele
En el sucio alpechín y en nitro puro
La simiente novel, para que obtenga
El grano en el zurrón fuerza y substancia;
Mas aunque ablande su corteza al fuego,
Las escogidas más prolijamente

Inventusque cavis bufo, et quae plurima terrae
Monstra ferunt; populatque ingentem farris acervum
Curculio, atque inopi metuens formica senectae.
Contemplator item, quum se nux plurima silvis
Induet in florem, et ramos curvabit olentes:
Si superant foetus, pariter frumenta sequentur,
Magnaque cum magno veniet tritura calore;
At si luxuria foliorum exuberat umbra
Nequidquam pingues palea teret area culmos.
Semina vidi equidem multos medicare serentes,
Et nitro prius et nigra perfundere amurca:

Y las probadas con afán más grande
Las ví degenerar, si con cuidado
No eliges en el año una por una.
¡Así todo decrece en este mundo,
Y va degenerando á paso lento!
Como el marino que las bravas olas
Va con los remos sin sentir cortando,
Si el barco impele en la corriente brava
Y á los brazos da tregua un solo instante,
Le arrastra el agua con violento empuje,
Y al capricho del viento boga el barco.
Debes mirar tan bien el nacimiento
De las constelaciones y su marcha,
Las estrellas de Arturo, y las Cabrillas,
Y el brillante Dragón; como el que busca
Por borrascosa mar sus dioses lares,
Y arrostra el Ponto y pasa el duro estrecho
De Abidos, tan fecundo en ricas ostras.

Grandior ut foetus siliquis fallacibus esset,
Et, quamvis igni exiguo, properata maderent.
Vidi lecta diu et multo spectata labore
Degenerare tamen, ni vis humana quotannis
Maxuma quaeque manu legeret; sic omnia fatis
In pejus ruere, ac retro sublapsa referri;
Non aliter, quam qui adverso vix flumine lembum
Remigiis subigit, si brachia forte remisit,
Atque illum in praeceps prono rapit alveus amni.
Praeterca tam sunt Arcturi sidera nobis
Haedorumque dies servandi et lucidus Anguis,

Cuando el signo de Libra va igualando
Las horas de la noche á las del día
Y entre la luz y las tinieblas parte
El globo terrenal, dad, labradores,
Fuerte trabajo al buey; sembrad cebadas,
Hasta que traiga las postreras lluvias,
Áspero siempre, el inclemente invierno:
Debes también sembrar el verde lino
Y de Ceres la amarga adormidera...
¡Labradores, valor!... y al duro arado,
Si lo consiente pertinaz sequía
Y flotan los nublados por el aire.
Se siembra siempre en primavera el haba:
Cuando el cándido toro el año nuevo
Abre con cuernos de brillantes puntas,
Y se retira el Can al sol cediendo,
Y le anega su luz y Sirio muere,
Es cuando acepta el blandecido surco

Quam quibus in patriam ventosa per aequora vectis
Pontus et ostriferi fauces tentantur Abydi.
Libra diei somnique pares ubi fecerit horas,
Et medium luci atque umbris jam dividit orbem:
Exercete, viri, tauros; serite hordea campis
Usque sub extremum brumae intractabilis imbrem;
Nec non et lini segetem et Cereale papaver
Tempus humo tegere, et jamdudum incumbere aratris:
Dum sicca tellure licet, dum nubila pendent.
Vere fabis satio, tum te quoque, Medica, putres
Accipiunt sulci, et milio venit annua cura:

La alfalfa de la media y aun el mijo,
Que pide anual afán y gran esmero:
Mas si labrares, para hacer la siembra,
Del fuerte trigo ó de vulgar cebada,
Si buscas sólo de la espiga el medro,
Espera á que las hijas orientales
De Atlante vuelvan á su antigua sómbra,
Y á que de Ariadna la corona ardiente
Salga del foco del solar incendio:
No arrojes antes en tus hondos surcos
Del año entrante la esperanza loca.
Muchos empiezan la anhelada siembra
Antes que muera la brillante Maya,
Mas raquítica espiga apenas puede
Nutrir la flor que reconcentra el tallo.
Si sembrares la arveja y la habichuela
Llamada vil, y hasta el cultivo pobre
De la egipcia lenteja no te humilla,

Candidus auratis aperit quum cornibus annum
Taurus, et adverso cedens Canis occidis astro.
At si triticeam in messem robustaque farra
Exercebis humum, solisque instabis aristis.
Ante tibi Eoae Atlantides abscondantur,
Gnosiaque ardentis decedat stella Coronae,
Debita quam sulcis conmittas semina, quamque
Invitae properes anni spem credere terrae.
Multi ante occassum Maiae coepere: sed illos
Exspectata seges vanis elusit aristis.
Si vero viciamque seres vilemque faselum,

Espera á que el Ocaso de Bootes
Te dé, para empezar, señales ciertas,
Y duren de la siembra las fatigas
Hasta mitad de la invernal escarcha.
El mundo dividido en varias partes
Es del trabajo la sencilla norma,
Y al través de la esfera el curso guían
Del sol brillante, doce signos varios:
Cinco zonas abarcan todo el cielo,
Una brillante siempre por la lumbre
Roja del sol y por su fuego ardiente;
En torno de ésta, y á una y otra mano,
Se encuentran otras dos, que comprimidas
Constantemente, sobre sí amontonan
Cerúleos hielos, tempestades negras.
Yacen entre esta zona y las de en medio
Otras dos zonas de templado aliento,
Que de los dioses la benigna mano

Nec Pelusiacae curam aspernabere lentis:
Haud obscura cadens mittet tibi signa Bootes;
Incipe, et ad medias sementem extende pruinas.
Idcirco certis dimensum partibus orbem
Per duodena regit mundi Sol aureus astra.
Quinque tenent coelum zonae: quarum una corusco
Semper sole rubens, et torrida semper ab igni;
Quam circum extremae dextra laevaque trahuntur,
Caerulea glacie concretae atque imbribus atris;
Has inter mediamque duae mortalibus aegris
Munere concesae Divom; et via secta per ambas,

Para su bien ha concedido al hombre:
Un camino las corta oblicuamente,
Por donde van en ordenado curso,
Sujetos al dios sol, los varios astros.
Se eleva al Septentrión hacia la Escitia
Y la Rífea montaña, ó bien se baja
Hacia el África ardiente el mundo vasto.
Hay un polo que siempre se presenta
Encima de nosotros, y el Estigio
Y las terribles sombras del infierno
Al otro ven debajo de sus plantas.
Brilla el Dragón y gira serpenteando
En ondulosos pliegues; como un río
Que abraza las orillas tortuoso,
Abraza así también á las dos Osas,
Que temen en la mar teñir sus luces.
Cuentan que reina por aquel espacio
Una velada y silenciosa noche

Obliquus qua se signorum verteret ordo.
Mundus ut at Scythiam Riphaeasque arduus arces
Consurgit: premitur Libyae devexus in Austros.
Hic vertex nobis semper sublimis: at illum
Sub pedibus Styx atra videt Manesque profundi.
Maxumus hic flexu sinuoso elabitur Anguis
Circum perque duas in morem fluminis Arctos,
Arctos, Oceani metuentes aequore tingi:
Illic, ut perhibent, aut intempesta silet nox,
Semper et obtenta densantur nocte tenebrae;
Aut redit a nobis Aurora, diemque reducit;

Entre densas tinieblas, ó si el brillo
Naciente asoma de la rica aurora,
Á su regreso cierto nos da el astro
Gozosa animación y nueva vida;
Y si del nuevo sol el veloz tronco
Con resoplido hirviente el rostro azota,
Toma entonces un tinte de amaranto
El véspero brillante, irradia lumbre
Y enciende allá á lo lejos en la noche
De nuevo su fulgente luminaria.
De aquí ha nacido el predecir el hombre
La ruinosa tormenta en cielo vago,
De segar el momento y de la siembra;
Si el inconstante mar conviene entonces
Con los remos batir, sacar armada
Del puerto la impaciente obscura flota,
Ó el pino ya en sazón cortar con hierro.
No es vano el observar el nacimiento

Nosque ubi primus equis oriens afflavit anhelis,
Illic sera rubens accendit lumina Vesper.
Hinc tempestates dubio praediscere coelo
Possumus, hinc messisque diem tempusque serendi;
Et quando infidum remis impellere marmor
Conveniat; quando armatas deducere classes;
Aut tempestivam silvis evertere pinum.
  Nec frustra signorum obitus speculamur et ortus,
Temporibusque parem diversis quatuor annum.
Frigidus agricolam si quando continet imber,
Multa, forent quae mox coelo properanda sereno,

Y la puesta en el cielo de los astros,
Ni las cuatro diversas estaciones
Que el año cortan por iguales partes.
Cuando la lluvia pertinaz y fría
Detiene al labrador dentro de casa,
Debe despacio prevenir cien cosas,
Que hubiera torpemente apresurado
En bonancible tiempo: afila entonces
De la mellada reja el diente tosco,
Construye lanchas socavando el leño,
Cuenta del trigo los groseros sacos
Ó de colores su ganado marca;
Unos afilan las estacas dobles,
Traban los otros amerinos sauces
Para ligar la vid que brota tarda,
Téjense cestos con flexibles mimbres,
Y se muele y se tuesta el útil grano.
Las leyes y el derecho nos permiten

Maturare datur; durum procudit arator
Vomeris obtusi dentem; cavat arbore lintres;
Aut pecori signum aut numeros impressit acervis
Exacuunt alii vallos furcasque bicornes,
Atque Amerina parant lentae retinacula viti.
Nunc facilis rubea texatur fiscina virga;
Nunc torrete igni fruges, nunc frangite saxo.
Quippe etiam festis quaedam exercere diebus
Fas et jura sinunt: rivos deducere nulla
Religio vetuit, segeti praetendere saepem,
Insidias avibus moliri, incendere vepres,

Emprender los trabajos apremiantes
En los festivos días: del arroyo
Limpiar el cauce de murmullo suave
No lo veda la ley, ni el vulgar uso;
Cercar los campos con punzantes setos,
Quemar la inútil zarza y el abrojo,
Á las aves tender traidoras redes,
Y en las limpias corrientes del arroyo
Á la balante grey curar con baños.
El arriero á menudo carga el lomo
De un jumentillo dócil, aunque lento,
Con pobre fruta ó pegajoso aceite,
Y al regresar al pueblo trae un saco
De negra pez ó una pesada piedra,
Cuya aspereza y desiguales cortes
Sirven para moler la estéril paja.
En curso desigual y cierto indica
La luna siempre el tiempo del trabajo:

Balantumque gregem fluvio mersare salubri.
Saepe oleo tardi costas agitator aselli
Vilibus aut onerat pomis, lapidemque revertens
Incusum, aut atrae massam picis, urbe reportat.
Ipsa dies alios alio dedit ordine Luna
Felices operum: quintam fuge; pallidus Orcus
Eumenidesque satae; tum partu Terra nefando
Coeumque Japetumque creat, saevumque Typhoea,
Et conjuratos coelum rescindere fratres.
Ter sunt conati imponere Pelio Ossam
Scilicet, atque Ossae frondosum involvere Olympum:

Huye del quinto: en él las furias locas
Y el pálido Plutón, de torvo rostro,
Vieron la luz del sol: en este día
La temblorosa tierra en parto duro
Los Gigantes creó, Japeto y Ceos,
Y á Tifeo cruel, hermanos monstruos
Que escalar intentaron el Olimpo:
Tres veces pretendieron neciamente
Sobre el Pelión poner el Osa inmenso,
Y el Olimpo y sus bosques celebrados
Aplastar atrevidos con su mole;
Tres veces Jove con su rayo ardiente
Hundió los altos montes hacinados.
Tras el décimo sol para las viñas,
Es el siete feliz y provechoso
Para añadir estambres á la tela
Y domar á los bueyes en los pastos.
El noveno es funesto á los ladrones

Ter pater exstructos disjecit fulmine montes.
Septuma post decumam felix, et ponere vitem,
Et prensos domitare boves, et licia telae
Addere; nona fugae melior, contraria furtis.
Multa adeo gelida melius se nocte dedere,
Aut quum sole novo terras irrorat Eous.
Nocte leves melius stipulae, nocte arida prata
Tondentur: noctes lentus non deficit humor.
Et quidam seros hiberni ad luminis ignes
Pervigilat, ferroque faces inspicat acuto:
Interea longum cantu solata laborem

Y al siervo es útil en su fuga loca.
Se hacen mucho mejor en noches frías
Ó cuando riega el matinal lucero
La tierra, al despertar la bella aurora,
Muchos trabajos cuando apremia el tiempo.
Se rozan por la noche los rastrojos,
Y los áridos prados; por la noche
Nunca falta el rocío en nuestros campos.
En las eternas noches del invierno
Velan algunos á la escasa lumbre,
Y aguzan á la vez con hierro fino,
Á manera de espigas, torchas nuevas;
En tanto al labrador con sus cantares
Las lentas horas del trabajo alivia
La mujer, que entre el hilo de la tela
Hacer correr los resonantes peines,
Ó cuece al fuego el suculento mosto,
Ó espuma con la rama el caldo hirviente.

Arguto conjunx percurrit pectine telas;
Aut dulcis musti Volcano decoquit humorem,
Et foliis undam tepidi despumat aheni.
At rubicunda Ceres medio succiditur aestu;
Et medio tostas aestu terit area fruges.
Nudus ara, sede nudus: hiems ignava colono.
Frigoribus parto agricolae plerumque fruuntur,
Mutuaque inter se laeti convivia curant,
Invitat genialis hiems, curasque resolvit:
Ceu pressae quum jam portum tetigere carinae,
Puppibus et laeti nautae imposuere coronas.

Espera el gran calor para la siega,
Y entonces trilla las tostadas mieses,
Y las bate y aventa en eras vastas.
Ara y siembra desnudo: áspero el frío
Entumece los miembros del colono.
En el rigor del inclemente invierno
Olvida el labrador fatiga y penas:
Mutuos convites entre sí preparan:
Es genial el invierno á los convites,
Que del ánimo arroja los cuidados;
Así como al tocar seguro puerto
Con su nave cargada, los marinos
Coronan de laurel su enhiesta popa,
Libres ya del temor del mar mudable.
Puedes entonces recoger bellotas
Y del sencillo mirto el rojo grano,
El verdoso laurel y la aceituna:
Cuando arrastra los témpanos el río

Sed tamen et quernas glandes tum stringere tempus,
Et lauri baccas, oleamque, cruentaque myrta;
Tum gruibus pedicas et retia ponere cervis,
Auritosque sequi lepores; tum figere damas,
Stuppea torquentem Balearis verbera fundae:
Quum nix alta iacet, glaciem quum flumina trudunt.
Quid tempestates autumni et sidera dicam?
Atque, ubi jam breviorque dies et mollior aestas,
Quae vigilanda viris? vel quum ruit imbriferum ver,
Spicea jam campis quum messis inhorruit, et quum
Frumenta in viridi stipula lactentia turgent?

Y dominan las nieves en los cerros,
Se tienden redes á las pardas grullas;
Cázanse entonces las cobardes liebres
Ó con honda balear rápidos gamos.
¿Qué de los astros, qué diré del trueno
En el templado Otoño? ¿qué vigilias
No pide al labrador, cuando las noches
Empiezan á alargar y es muelle el aire?
¿Cuando las nubes en turbiones densos
Lanzan las aguas, y deshace el tallo
De la espigada mies, y el trigo en leche
Hincha sus granos y ligeras cañas?
Á menudo también cuando el colono
Echa desnudo al segador al campo,
Y ata sus haces con ligera soga,
Insana lucha vi trabar al viento,
Y arrancadas de cuajo las espigas,
Arrastrar sin piedad en remolino

Saepe ego, quum flavis messorem induceret arvis
Agricola, et fragili jam stringeret hordea culmo,
Omnia ventorum concurrere proelia vidi,
Quae gravidam late segetem ab radicibus imis
Sublimem expulsam eruerent; ita turbine nigro
Ferret hiems culmumque levem stipulasque volantes.
Saepe etiam inmensum coelo venit agmen aquarum,
Et foedam glomerant tempestatem imbribus atris
Collectae ex alto nubes; ruit arduus aether,
Et pluvia ingenti sata laeta boumque labores
Diluit, implentur fossae, et cava flumina crescunt

El substancioso trigo con la paja.
Á menudo también nublado inmenso
De granizo chasqueante cubre el campo
Y se engruesa con negros turbiones,
Apiñadas las nubes en los cerros,
El grueso temporal. Húndese el cielo;
La pesada labor del buey tranquilo
En la grasienta tierra arrastra el agua:
Rebosa la canal, y desbordando
Su cauce el río, con ruidoso empuje
Hínchase ufano, y arrebata ciego
Cuanto se opone á su corriente loca:
Llénase el foso que rebosa obscuro,
Y rugiendo la mar bate el estrecho:
El mismo Jove con vibrante mano
Lanza sus rayos desde negra nube;
Tiembla la tierra con su empuje loco;
Huyen las fieras, y un temor de muerte

Cum sonitu: fervetque fretis spirantibus aequor.
Ipse Pater, media nimborum in nocte, corusca
Fulmina molitur dextra: quo maxuma motu
Terra tremit; fugere ferae, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor: ille flagranti
Aut Atho, aut Rhodopen, aut alta Ceraunia telo
Dejicit; ingeminant austri et densissimus imber;
Nunc nemora ingenti vento, nunc litora plangunt.
Hoc metuens, coeli menses et sidera serva;
Frigida Saturni sese quo stella receptet;
Quos ignis coelo, Cyllenius erret in orbes.

Hiela la sangre del mortal confuso:
Con rayo temblador abate el Atos,
La Rodope montaña, ó del Epiro
Troncha los montes: se enrarece el viento,
Y el campo inunda torrencial diluvio:
Le oigo silbar en las espesas selvas,
Gemir le siento en la arenosa playa.
Observa por temor á aquestos males
La marcha siempre fija en el Zodiaco
De las estrellas, calculando á un tiempo
El rumbo cierto del helado Cronos,
Y donde va Mercurio tan brillante.
Empieza por honrar siempre á los dioses,
Y ofrece á la gran Ceres sacrificios,
En los herbosos prados anualmente,
Al empezar la alegre primavera,
Cuando el gruñón invierno cede el paso:
Gordo el cordero, el vino tinto es suave,

In primis venerare deos, atque annua magnae
Sacra refer Cereri, laetis operatus in herbis,
Extremae sub casum hiemis, jam vere sereno.
Tum pingues agni, et tum mollissima vina;
Tum somni dulces densaeque in montibus umbrae.
Cuncta tibi Cererem pubes agrestis adoret;
Cui tu lacte favos et miti dilue Braccho,
Terque novas circum felix eat hostia fruges;
Omnis quam chorus et socii comitentur ovantes,
Et Cererem clamore vocent in tecta, neque ante
Falcem maturis quisquam supponat aristis,

Dulce es el sueño: en el declive umbroso
Sombras dibujan los verdeantes ramos.
Adoren en tropel la roja Ceres,
Al par que tú, los jóvenes zagales:
Tortas de miel y de grasienta leche,
Que empapes en sabroso vino blanco,
Corran tres veces, como sacra ofrenda,
En derredor de los noveles frutos,
Y que á Ceres triunfante el coro agreste
Acompañe cantando por los prados;
Y antes que metas las sangrientas hoces
Entre tus mieses sazonadas, ciñe
De encina verde la guirnalda tosca:
Rústicas danzas y sagrados himnos
Harán que Ceres te proteja amiga.
Para que pueda predecir nublados
De calor sofocante, ó bien la lluvia
Ó el viento precursor de ingratos fríos,

Quam Cereri, torta redimitus tempora quercu,
Det motus incompositos, et carmina dicat.
Atque haec ut certis possemus discere signis,
Aestusque, pluviasque, et agentes frigora ventos:
Ipse Pater statuit, quid menstrua Luna moneret;
Quo signo caderent austri, quid saepe videntes
Agricolae propius stabulis armenta tenerent;
Continuo, ventis surgentibus, aut freta ponti
Incipiunt agitata tumescere, et aridus altis
Montibus audiri fragor, aut resonantia longe
Litora misceri, et nemorum increbrescere murmur.

Jove nos hizo conocer la fuerza
De la luna cambiando en fijos plazos:
Bajo qué signos se adormece el viento,
Y al sacar sus ganados á las dehesas
El experto zagal, predice el tiempo,
No alejándose mucho con sus hatos.
Siempre que azota huracanado el viento,
Ó se empiezan á hinchar los espumantes
Y estrechos senos de la mar bullente,
Y se siente en el monte allá lejano
Un ruido sordo, ó las batidas playas
Retumban á compás, y entre los bosques
Crece un rumor que alarga el eco sordo.
Mal pueden resistir las corvas naves
El continuo batir de recias olas,
Si vuelve de la mar con raudo vuelo
El mergo gritador pidiendo tierra,
Si en la playa arenosa jugueteando

Jam sibi tum curvis male temperat unda carinis,
Quum medio celeres revolant ex aequore mergi,
Clamoremque ferunt ad litora; quumque marinae
In sicco ludunt fulicae; notasque paludes
Deserit atque altam supra volat ardea nubem.
Saepe etiam stellas, vento impendente videbis
Praecipites coelo labi, noctisque per umbram
Flammarum longos a tergo albescere tractus.
Saepe levem paleam et frondes volitare caducas,
Aut summa nantes in aqua colludere plumas.
At Boreae de parte trucis quum fulminat, et quum

Peina sus plumas la gentil gaviota,
Si huye los lagos la elegante garza
Y entre preñadas nubes alza el vuelo.
Á menudo también si el viento sopla,
Ví á las estrellas blanquecina senda
Dejar en pos de sí, la noche obscura
Con fosfórica luz iluminando,
Al deslizarse rápidas del cielo;
Ó la ligera paja ó bien las ramas
Con sus marchitas hojas por los aires
En confuso tropel subir volando,
Ó á las plumas jugar sobre las aguas
Con remolinos mil é inciertos giros.
Mas si luce el relámpago sus fuegos
En la mansión del tormentoso Bóreas;
Si del Euro y del Zéfiro las zonas
Retumban al tronar la cumbre altiva,
Verás la inundación reinar aciaga,

Eurique Zephyrique tonat domus: omnia plenis
Rura natant fossis, atque omnis navita ponto
Humida vela legit. Numquam imprudentibus imber
Obfuit, aut illum surgentem vallibus imis
Aeriae fugere grues; aut bucula coelum
Suspiciens patulis captavit naribus auras;
Aut arguta lacus circumvolitavit hirundo,
Et veterem in limo ranae cecinere querelam.
Saepius et tectis penetralibus extulit ova
Angustum formica terens iter; et bibit ingens

Nadar los campos, desbordar los fosos,
Y al marino plegar sus rotas velas.
No sorprende el turbión al más incauto:
Cuando lo ven formarse en valles hondos,
Huyen las grullas elevando el vuelo,
Ó alza temblando la becerra al aire
Su tímido mirar y sorbe el viento
Por su abierta nariz, ó de los lagos
Corre rastrera las dormidas aguas
La astuta golondrina, ó ya en el cieno
Canta la rana su importuna queja.
Sendero angosto á veces las hormigas
Forman, para sacar de obscuro nido
Sus huevos á secar, al llano ardiente:
Sorbe las aguas luminoso el Iris,
Y un cerrado escuadrón de pardos cuervos
Atruena el aire con el sordo ruido
Que hace el batir de sus pesadas alas,

Arcus, et e pastu decedens agmine magno
Corvorum increpuit densis exercitus alis.
Jam variae pelagi volucres, et quae Asia circum
Dulcibus in stagni rimantur prata Caystri,
Certatim largos humeris infundere rores,
Nunc caput objectare fretis, nunc currere in undas,
Et studio incassum videas gestire lavandi.
Tum cornix plena pluviam vocat improba voce,
Et sola in sicca secum spatiatur arena.
Ne nocturna quidem carpentes pensa puellae

Cuando abandonan las fecundas dehesas.
Mira del mar las lindas varias aves,
Y las que habitan los remansos dulces
Del Asio lago y los Caistros prados,
Como procuran remojar sus alas
Entre las olas; con tenaz porfía
Ya se zambullen en la espuma loca,
Ya en las corrientes se deslizan mansas;
No pueden nunca saciar el gozo
De mojarse en la mar tan lindas aves:
Invoca entonces la corneja infausta
Á grandes voces bienhechora lluvia,
Sola en la arena su vagar pasando,
Y en largas noches, cuando las doncellas
Dan vuelta al huso y á la rueca tosca,
Saben cercana la inclemente lluvia,
Al ver chisporrotear el candil corvo
Y el pábilo cercar infecto musgo.

Nescivere hiemem, testa cum ardente viderent
Scintillare oleum, et putres concrescere fungos.
Nec minus ex imbre soles et aperta serena
Prospicere et certis poteris cognoscere signis.
Nam neque tum stellis acies obtusa videtur,
Nec fratris radiis obnoxia surgere Luna,
Tenuia nec lanae per coelum vellera ferri;
Non tepidum ad solem pennas in litore pandunt
Dilectae Thetidi alcyones; non ore solutos
Inmundi meminere sues jactare maniplos.

Signos contrarios, no por eso inciertos,
Pasada la tormenta, marcan siempre
El sol luciente y la serena atmósfera:
La niebla no amortigua de la estrella
La blanca luz, ni al presentarse Febo
Aparece brillar con los fulgores
De los gemelos rayos de su hermano,
Ni se arrastran las nubes transparentes
Como ligera lana por los cielos,
Ni al tibio sol en la arenosa playa
Sus alas abre, juguetón saltando,
El tranquilo Alción, tan caro á Tetis:
Ni de esparcir se acuerda ignoble puerco
Las sueltas haces con su grito ronco:
Las nieblas caminando lentamente
Rozan confusas las laderas altas
Y se recuestan en terrenos bajos:
Desde una altura la lechuza aislada

At nebulae magis ima petunt, campoque recumbunt;
Solis et ocassum servans de culmine summo
Nequidquam seros exercet noctua cantus.
Apparet liquido sublimis in aere Nisus,
Et pro purpureo poenas dat Scylla capillo;
Quacumque illa levem fugiens secat aethera pennis,
Ecce inimicus, atrox, magno stridore per auras
Insequitur Nisus: qua se fert Nisus ad auras,
Illa levem fugiens raptim secat athera pennis.
Tum liquidas corvi presso ter gutture voces

Del sol espera la certera fuga,
Dando un ingrato son, áspero siempre.
Del puro ambiente en la elevada cima
Niso aparece, y su castigo Escila
Va á recibir por su cabello rojo,
Escila que ha entregado el fatal pelo:
Si corta el aire con temblonas alas,
Acude Escila con crujiente vuelo,
É implacable enemigo la persigue;
Y si á las nubes se remonta Niso,
Ella la fuga emprende más ligera,
Y hendiendo el aire, temblorosa grita.
Tres, cuatro veces, el graznido sordo
De su estrecha garganta exhala el cuervo,
Y allí en sus altos nidos á menudo
(Alegres sin saber razón segura)
Hacen ruido infernal jugueteando
Unos con otros, en las densas ramas:

Aut quater ingeminant; et saepe cubilibus altis,
Nescio qua praeter solitum dulcedine laeti,
Inter se in foliis strepitant: juvat imbribus actis
Progeniem parvam, dulcesque revisere nidos:
Haud equidem credo, quia sit divinitus illis
Ingenium, aut rerum fato prudentia major:
Verum, ubi tempestas et coeli mobilis humor
Mutavere vias, et Juppiter uvidus austris
Densat, erant quae rara modo, et quae densa, relaxat;
Vertuntur species animorum, et pectora motus

Pasada la borrasca, alegres vienen
A calentar su descuidada prole
Y á visitar también sus dulces nidos:
En verdad no es probable que los hados
Más prudencia les den que al hombre cuerdo
Ó profética ciencia del destino.
Es indudable: si las nubes cambian
Por la tormenta ó por vapores nuevos
Del cielo los senderos conocidos,
Y húmedo Jove con helado soplo
La atmósfera dilata ó la condensa,
Lanzando acá y allá preñadas nubes,
Todo animal al punto se conmueve:
De aquí nace el concierto de los pájaros
En el verjel, y el gozo de las bestias
Y los gritos triunfantes de los cuervos.
Si del rápido sol el lento giro
Y de la luna, que en constante marcha

Nunc alios, alios, dum nubila ventus agebat,
Concipiunt: hinc ille avium concentus in agris,
Et laetae pecudes, et ovantes gutture corvi.
Si vero solem ad rapidum lunasque sequentes
Ordine respicies: numquam te crastina fallet
Hora, neque insidiis noctis capiere serenae.
Luna, revertentes quum primum colligit ignes,
Si nigrum obscuro comprenderit aera cornu:
Maxumus agricolis pelagoque parabitur imber.
At si virgineum suffuderit ore ruborem,

Se suceden sin fin, atento miras,
Ni los temores de un mañana incierto,
Ni las insidias de serena noche
Le pueden exponer á triste engaño.
Si la luna, al juntar de nuevo el brillo
Con que sus tristes rayos prestan vida,
Viene abrazando con obscuros cuernos
El negro ambiente, teme que la lluvia
Al labriego en torrentes amenace,
Y al nauta osado en los volubles mares;
Mas si velare su virgínea frente
Sonrosado color, teme los vientos
Que tiñen de carmín el astro blanco.
Si la vieres también al cuarto día
(Es sin disputa alguna indicio cierto)
Levantarse gentil, serena, pura,
Afiladas las puntas de sus cuernos,
Ni el viento soplará, ni densa lluvia

Ventus erit; vento semper rubet aurea Phoebe.
Sin ortu quarto, namque is certissimus auctor,
Pura, neque obtusis per coelum cornibus ibit:
Totus et ille dies, et qui nascentur ab illo
Exactum ad mensem, pluvia ventisque carebunt,
Votaque servati solvent in litore nautae
Glauco et Panopeae et Inoo Melicertae.
  Sol quoque et exoriens, et quum se condet in undas,
Signa dabit; solem certissima signa sequuntur,
Et quae mane refert, et quac surgentibus astris.

Amenaza en un mes, y allí en las costas,
Salvo el marino de tan rudo embate
Piadosamente cumplirá sus votos,
Á Glauco, á Panopea, á Melicerta.
Al levantarse el sol ó cuando se hunde
En la bullente mar, da signos ciertos:
Febo da siempre sus señales claras,
Cuando en su ocaso brillan las estrellas
Ó en la mañana su esplendente lumbre:
Si al salir por Oriente ves de manchas
Tachonada su faz y entre las nubes
Su disco envuelto, ó por mitad se oculta,
Teme las lluvias, porque amaga el Noto
Por la parte del mar; funesto viento
Al ganado, á los campos y simientes;
Si la niebla del sol el rayo esparce
Ó pálida levanta su cabeza,
Dejando el lecho de Titón purpúreo

Ille ubi nascentem maculis variaverit ortum,
Conditus in nubem, medioque refugerit orbe:
Suspecti tibi sint imbres; namque urget ab alto
Arboribusque satisque Notus pecorique sinister.
Aut ubi sub lucem densa inter nubila sese
Diversi erumpent radii, aut ubi pallida surget
Tithoni croceum linquens Aurora cubile:
Heu, male tum mitis defendet pampinus uvas:
Tam multa in tectis crepitans salit horrida grando.
Hoc etiam, emenso quum jam decedit Olympo,

La bella Aurora, mal el suave pámpano
Puede guardar las sazonadas uvas,
Y entonces botará chillón, compacto,
El granizo fatal sobre las tejas.
Debes también mirar el sol ardiente,
Cuando al final de su carrera, baja
Del cielo azul, porque á menudo vemos
Vagar confusos por su diva esfera
Colores mil, que cambian por instantes:
Lluvias nos da el azul, el ígneo vientos;
Mas si las manchas á mezclarse empiezan
Con obscuro color de ardiente lumbre,
Verás el mundo hervir en viento y lluvia:
No me persuada nadie aquella noche
Á bogar por la mar, dejando el puerto,
Ni el cable desligar que me une al muelle;
Mas si al lucir el sol y al retirarse,
Brilla su disco, cuando muere el día,

Profuerit meminisse magis: nam saepe videmus
Ipsius in voltu varios errare colores:
Caeruleus pluviam denuntiat, igneus Euros;
Sin maculae incipient rutilo inmiscerier igni:
Omnia tum pariter vento nimbisque videbis
Fervere, non illa quisquam me nocte per altum
Ire, neque ab terra moneat convellere funem.
At si, quum referetque diem, condetque relatum,
Lucidus orbis erit: frustra terrebere nimbis,
Et claro silvas cernes aquilone moveri.

No te amedrenten las preñadas nubes,
Y á las selvas verás estremecerse
Del sencillo Aquilón al soplo puro:
También el sol te anunciará infalible
Lo que promete el Vésper de la tarde,
Dónde las nubes arrebata el viento,
Cuándo amenazan los lluviosos Austros.
¿Quién puede al sol tratar de infiel amigo?
Él fué también quien, muerto Julio César,
Tuvo piedad de nuestra grande Roma,
Cuando cubrió sus esplendentes rayos
Con opaco cendal, y al siglo impío
Noches eternas presagió de luto:
Aunque ya entonce indicio claro daban
La tierra, el mar con sus corrientes turbias,
Obscenos perros é importunos grajos:
Rotos sus hornos, derramar torrentes
De infecto azufre y derretidas peñas,

Denique, quid vesper serus vehat, unde serenas
Ventus agat nubes, quid cogitet humidus Auster,
Sol tibi signa dabit: Solem quis dicere falsum
Audeat? Ille etiam caecos instare tumultus
Saepe monet, fraudemque et operta tumescere bella.
Ille etiam extincto miseratus Caesare Romam,
Quum caput obscura nitidum ferrugine texit,
Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem.
Tempore quamquam illo tellus quoque et aequora ponti,
Obscenaeque canes, importunaeque volucres

Vimos al Etna, que con lava impura
Del Cíclope feroz el campo arrasa.
Oyó sonar de lejos el Germano
Infausto ruido de sangrienta guerra:
Insólito temblor sienten los Alpes.
Más de una vez en las calladas selvas
Resuena el eco de sangrientas voces:
Pálido espectro de gigantes formas
Vimos vagar, al empezar la noche
Con maravillas mil ¡contar horrendo!
El ganado lanar habló en los pastos.
Se abre la tierra, del bullente río
Cesa el corriente; con los ricos bronces
El pulido marfil suda en las aras:
Arrasando los bosques, en su furia
El soberbio Eridano, rey del agua,
Inunda la comarca, arrebatando
Cabañas y ganados y pastores:

Signa dabant. Quoties Cyclopum effervere in agros
Vidimus undantem, ruptis fornacibus, Aetnam,
Flammarumque globos liquefactaque volvere saxa!
Armorum sonitum toto Germania coelo
Audiit; insolitis tremuerunt motibus Alpes.
Vox quoque per lucos volgo exaudita silentes,
Ingens; et simulacra modis pallentia miris
Visa sub obscurum noctis; pecudesque loquutae,
Infandum! sistunt amnes, terraeque dehiscunt;
Et moestum illacrimat templis ebur, aeraque sudant.
Proluit insano contorquens vertice silvas

Nunca la entraña de la triste víctima
Amenazó con fibras tan sangrientas:
Sangre manaron los profundos pozos:
De hambrientos lobos el aullido aciago
En las ciudades de elevadas torres
Resonó con terror: ni las centellas
Rasgaron hasta entonces de los cielos
El puro azul con sol brillante y claro:
Ni los Cometas por la rica esfera
Cruzaron tantos con sus ígneas colas.
Vieron entonces los filipos campos
Segunda vez á las romanas huestes
Batallar entre sí: ¡lucha insensata!
Por eso consintieron nuestros dioses
Que sangre fraternal bañase el campo
Dos veces de Hemos y la rica tierra
De la Ematia feraz. Llegará un día,
Que arando el labrador sus varios lindes,

Fluviorum rex Eridanus, camposque per omnes
Cum stabulis armenta tulit. Nec tempore eodem
Tristibus aut extis fibrae apparere minaces,
Aut puteis manare cruor cessavit, et altae
Per noctem resonare lupis ululantibus urbes.
Non alias coelo ceciderunt plura sereno
Fulgura; nec diri toties arsere cometae.
Ergo inter sese paribus concurrere telis
Romanas acies iterum videre Philippi;
Nec fuit indignum superis, bis sanguine nostro
Emathiam et latos Haemi pinguescere campos.

Choquen las rejas en el hondo surco
Con hollín verde de vaciados yelmos,
Pasmándose al mirar en toscas urnas
Huesos ingentes de enemigos bandos.
¡Dioses nacidos en el Lacio suelo,
Rómulo y Remo, buenos patrios dioses,
Que del Tíber Etrusco la corriente
Y los palacios de la insigne Roma
Cuidáis con santo afán, ¡dejad benignos
Que al siglo en ruína preste amparo el joven,
Siglo revuelto de traición y muerte!
De Laomedón Troyano los perjurios
Há tiempo ya que míseros pagamos:
Hace tiempo, gran César, que los cielos
Envidiosos te miran, y lamentan
El verte ambicionar humanos lauros.
Que en la tierra, lo ves, andan revueltos
Lo injusto y la razón: sangrientas guerras

Scilicet et tempus veniet, quum finibus illis
Agricola, incurvo terram molitus aratro,
Exesa inveniet scabra rubigine pila,
Aut gravibus rastris galeas pulsabit inanes,
Grandiaque effossis mirabitur ossa sepulcris.
Di patrii, Indigetes, et Romule, Vestaque mater,
Quae Tuscum Tiberim et Romana Palatia servas,
Hunc saltem everso juvenem succurrere saeclo
Ne prohibete! Satis jam pridem sanguine nostro
Laomedonteae luimus periuria Trojae.
Jam pridem nobis coeli te regia, Caesar,

El mundo asuelan, y triunfante brilla
Del vicio infame la asquerosa imagen:
No es digno ya de honor el buen labriego:
Yermas se ven las antes ricas tierras
Que dejan á la fuerza los colonos.
Rotas las hoces, en sangrientos dardos
Forjados vuelven, de la muerte nuncios:
El Eufrates aquí y allí Germania
Se arman en guerra, y conjurados rompen,
Tintos en sangre, los antiguos pactos.
Así en el Circo los aurigas lanzan,
Rotas las vallas y las riendas flojas,
Por el espacio sus caballos fieros
Que en las arenas cobran nuevos bríos:
En vano tiran de las toscas riendas;
Que al ferrado timón resiste el carro,
Y los corceles al cochero arrastran.

Invidet, atque hominum queritur curare triumphos:
Quippe ubi fas versum atque nefas, tot bella per orbem,
Tam multae scelerum facies; non ullus aratro
Dignus honos; squalent abductis arva colonis,
Et curvae rigidum falces conflantur in ensem;
Hinc movet Euphrates, illic Germania bellum;
Vicinae ruptis inter se legibus urbes
Arma ferunt; saevit toto Mars impius orbe:
Ut quum carceribus sese effudere quadrigae,
Addunt in spatia, et, frustra retinacula tendens,
Fertur equis auriga, neque audit currus habenas.

LIBRO SEGUNDO.

Del campo la labor, de las estrellas
El variado girar cantó mi lira;
Ahora te canto á tí, Baco risueño,
Y el árbol cantaré silvestre y bravo,
Y el tardo fruto del creciente olivo.
Dios de la vid, asísteme en mi empresa:
Todo está lleno de tus ricos dones;
Por tí florece el campo revestido
De pámpano otoñal, y la vendimia
Rebosa en las tinajas espumando.
Dios de la vid, descalza tus coturnos,
Y tiñe, al par que yo, tus recias piernas

LIBER SECUNDUS.

Hactenus arvorum cultus et sidera coeli;
Nunc te, Bacche, canam, nec non silvestria tecum
Virgulta, et prolem tarde crescentis olivae.
Huc, pater o Lennaee; tuis hic omnia plena
Muneribus; tibi pampineo gravidus autumno
Floret ager, spumat plenis vindemia labris;
Huc, pater o Lennaee, veni; nudataque musto

En las oleadas del hirviente mosto.
Ante todo diré que el árbol nace
Por diversas maneras: hay algunos
Que á la ventura, sin auxilio, crecen,
Y cubren con sus ramas tembladoras
Las tortuosas orillas de los ríos,
Como el mimbre flexible, la retama,
Los álamos y el sauce coronado
De verdoso blancor; los otros nacen
De sembrada simiente, como el roble
De los bosques gigante, á Jove grato,
El copudo castaño, las encinas,
Tenidas por Oráculos en Grecia;
Otros arrojan de sus mismas raíces
Compacta selva de lucidos brotes,
Como el cerezo y como el olmo umbroso
Y el laurel del Parnaso, débil niño
Que á la sombra materna ufano crece.

Tinge novo mecum direptis crura cothurnis.
Principio arboribus varia est natura creandis:
Namque aliae, nullis hominum cogentibus, ipsae
Sponte sua veniunt, camposque et flumina late
Curva tenent: ut molle siler, lentaeque genestae,
Populus, et glauca canentia fronde salicta.
Pars autem posito surgunt de semine: ut altae
Castaneae, nemorumque Jovi quae maxuma frondet
Aesculus, atque habitae Grajis oracula quercus.
Pullulat ab radice aliis densissima silva:

Tales son los caminos que al principio
Siguió naturaleza con el árbol:
De esta manera reverdece el tronco
Que produce por sí las frutas varias,
Las densas selvas y los sacros bosques:
Son otros los caminos muy diversos
Que nos muestran también antiguos usos:
Del tronco maternal cortando al vivo,
Plantan los unos el retoño en hoyas,
Otros entierran con las mismas raices
El craso tronco y las hendidas ramas
En cuatro partes con sus largas púas:
Es preciso también para otros bosques,
Que el árbol forme un arco con los ramos,
Sus puntas enterrando en lo más hondo
De la tierra: la savia circulante
Da nueva vida al socavado brote:
Otros carecen de raíz, y entonces

Ut cerasis ulmisque; etiam Parnasia laurus
Parva sub ingenti matris se subjicit umbra.
Hos Natura modos primum dedit; his genus omne
Silvarum fruticumque viret nemorumque sacrorum.
Sunt alii, quos ipse via sibi reperit usus.
Hic plantas tenero abscindens de corpore matrum
Deposuit sulcis, hic stirpes obruit arvo,
Quadrifidasque sudet et acuto robore vallos;
Silvarumque aliae pressos propaginis arcus
Exspectant, et viva sua plantaria terra;

El podador, la punta de una rama
Sola á la tierra sin temor confía,
Y sucede también que el mismo tronco
Seco y sin vida del cortado olivo,
¡Prodigio de contar! prende en la tierra
Con nuevas raices, y á menudo vemos
Trocar sus ramas el manzano ingerto
En sabroso peral, y la ciruela
Teñir de rojo al alcornoque duro.
Aprended, por lo tanto, labradores,
El cultivo adecuado á cada especie,
Y domad con empuje la aspereza
Del salvaje frutal.—No dejes nunca
Tierra sin trabajar, por tu desidia:
Cubre de viñas el Ismaro monte,
Y reviste de olivos el Taburno.
Y tú, Mecenas, honra y gloria mía,
Mi protector y á quien mi fama debo,

Nil radicis egent aliae, summumque putator
Haud dubitat terrae referens mandare cacumen.
Quin et caudicibus sectis (mirabile dictu)
Traditur e sicco radix oleagina ligno.
Et saepe alterius ramos impune videmus
Vertere in alterius; mutatamque insita mala
Ferre pirum, et prunis lapidosa rubescere corna.
Quare agite o, proprios generatim discite cultus,
Agricolae, fructusque feros mollite colendo;
Neu segnes jaceant terrae: juvat Ismara Baccho

Ven en mi ayuda en este pobre ensayo,
Y lanzándote al mar hinche mi vela,
Haciéndome bogar tu soplo amigo.
No pretendo abarcar todo en mis cantos:
Ni me fuera posible, aunque tuviera
Una ferrada voz y lenguas ciento;
Ven á costear conmigo aquesta orilla,
Tocando nuestras manos á la tierra;
No cansarán tu mente las ficciones
Ni fastidioso exordio, ni rodeos.
Los árboles que elevan por sí solos
Á la luz de los aires el ramaje
Son infecundos, pero más robustos
Y más hermosos brotan desde luego,
Porque nutre mejor naturaleza
El fondo de la tierra donde nacen.
Pero si acaso trasplantados fueren
En labrados terrenos, si se ingertan,

Conserere, atque olea magnum vestire Tuburcum.
Tuque ades, inceptumque una decurre laborem,
O decus, o famae merito pars maxima nostrae,
Maecenas, pelagoque volans da vela patenti.
Non ego cuncta meis amplecti versibus opto;
Non, mihi si linguae centum sint, oraque centum,
Ferrea vox; ades, et primi lege litoris oram;
In manibus terrae; non hic te carmine ficto,
Atque per ambages et longa exorsa tenebo.
Sponte sua quae se tollunt in luminis oras,

Pierden su condición salvaje y dura,
Y harás que ceda con segura mano
Al artificio diestro del cultivo.
Es bien seguro que el retoño estéril
Que brote de las raices de los árboles,
Ufano crecerá, si le trasplantas
Á terrenos abiertos y espaciosos;
Ahora la sombra del follaje espeso
Á la Madre ya anciana quita fuerzas,
Para que crezcan con vigor los tallos,
Matando el germen que revive dentro.
Árbol que nace de novel simiente
Viene tardío: con su densa sombra
Sólo á tus nietos servirá de amparo:
Perdiendo con la edad el dulce jugo
Degenera el frutal, y las más veces
Agrios racimos da la vid, que sirven
De alimento á los pájaros voraces:

Infoecunda quidem, sed laeta et fortia surgunt.
Quippe solo natura subest. Tamen haec quoque, si quis
Inserat, aut scrobibus mandet mutata subactis,
Exuerint silvestrem animum; cultuque frequenti
In quascumque voces artes haud tarda sequentur.
Nec non et sterilis, quae stirpibus exit ab imis,
Hoc faciet, vacuos si sit digesta per agros:
Nunc altae frondes et rami matris opacant,
Crescentique adimunt foetus, uruntque ferentem.
Jam, quae seminibus jactis se sustulit arbos,

Á tus árboles mira con esmero:
Siempre en profundos hoyos los resguarda,
Y prodiga tu afán para domarlos.
El olivo renace de su tronco
Con más fuerza y vigor; de sus mugrones
Nace la vid; también se planta entero
De Pafos el laurel, el cual revive
De su misma fuertísima madera:
Nacen así los avellanos duros,
Y el corpulento y vigoroso fresno,
Y el álamo sombrío, cuyas ramas
Dan á Hércules coronas, y la encina
De Júpiter Caonio; erguida brota,
Ya cuando nace, la elegante palma,
Y el abeto también, cuyo destino
Es el sufrir borrascas en los mares.
El madroño se ingerta en la corteza
Del frondoso nogal y del manzano;

Tarda venit, seris factura nepotibus umbram;
Pomaque degenerant succos oblita priores;
Et turpis avibus praedam fert uva racemos.
Scilicet omnibus est labor impendendus, et omnes
Cogendae in sulcum, ac multa mercede domandae.
Sed truncis oleae melius, propagine vites
Respondent, solido Paphiae de robore myrtus;
Plantis et durae coryli nascuntur, et ingens
Fraxinus, Herculaeque arbos umbrosa coronae,
Chaoniique patris glandes; etiam ardua palma

El vigoroso brote se inocula
En el plátano estéril y pomposo:
El haya da castañas, y aun el fresno
De los perales con la flor blanquea,
Y machacan los cerdos las bellotas
Al pie del olmo.—Hay muy distintos modos
De inocular y de ingertar los brotes:
Porque donde, forzando la corteza,
Salta la yema con pausado empuje,
En descubierto nudo se practica
Una corta incisión, y el germen nuevo,
Infiltrándose en él, de árbol distinto,
Á la nueva corteza se incorpora,
Bebiendo con ardor la fértil savia,
O bien se corta por la parte lisa,
Y en las entrañas se abre del madero
Una hendidura con ligeras cuñas,
Su túnica delgada agujereando,

Nascitur, et casus abies visura marinos.
Inseritur vero et nucis arbutus horrida foetu;
Et steriles platani malos gessere valentes;
Castaneae fagus, ornusque incanuit albo
Flore piri, glandemque sues fregere sub ulmis.
Nec modus inserere atque oculos imponere simplex,
Nam, qua se medio trudunt de cortice gemmae,
Et tenues rumpunt tunicas, angustus in ipso
Fit nodo sinus: hunc aliena ex arbore germen
Includunt, udoque docent inolescere libro.

Donde sepultas el renuevo fértil,
Y verás elevarse árbol distinto
Con empuje valiente, y asombrado
De nuevas hojas y de ajeno fruto.
No es una sola la arrogante especie
De recios olmos, ni de verdes sauces,
Ni del almez, ni del ciprés del Ida:
No se muestra lo mismo en todas partes
La crasa oliva: en forma oval las tienes:
Redondas hay también de sabor agrio:
Y de verdes manzanas ¡qué abundancia
En las selvas de Alcínoe! ni el ingerto
Que da la Siria pera y la Crustumia
Es igual al que da la gran Volemia;
Y el racimo que cuelga de las viñas
En la Italia feraz, no es semejante
Al que Metimneo coge de sus cepas
En las pendientes de la isleña Lesbos:

Aut rursum enodes trunci resecantur, et alte
Finditur in solidum cuneis via; deinde feraces
Plantae immittuntur: nec longum tempus, et ingens
Exiit ad coelum ramis felicibus arbos,
Miraturque novas frondes et non sua poma.
  Praeterea genus haud unum, nec fortibus ulmis,
Nec salici lotoque, neque Idaeis cyparissis;
Nec pingues unam in faciem nascuntur olivae,
Orchades, et radii, et amara pausia bacca,
Pomaque, et Alcinoi silvae; nec surculus idem

Hay viñas trasplantadas desde Thaso,
De Mareotis también, de blanco jugo;
Vienen éstas mejor en tierra crasa,
Las otras prenden más en la ligera.
La Psita es excelente bien cocida:
Con su menudo grano la Lageos
Hace enredar los pies y traba á un tiempo
La lengua del que bebe en demasía:
Hay temprano racimo, lo hay purpúreo.
¿Cómo te cantaré, vino de Recia,
Aunque no puedas disputar la palma
Á las bodegas del Falerno añejo?
¿No tenemos también la Aminea cepa
De fama grande por su fuerte vino,
Ante quien bajan la rojiza frente
El Etmolo y el Fháneo, rey del mosto?
¿Y qué diré también de la ligera
Que abundante produce el vino de Argos,

Crustumiis Syriisque piris, gravibusque Volemis.
Non eadem arboribus pendent vindemia nostris,
Quam Methymnaeo carpit de palmite Lesbos;
Sunt Thasiae vites, sunt et Mareotides albae,
Pinguibus hae terris habiles, levioribus illae;
Et passo Psithia utilior, tenuisque Lageos,
Tentatura pedes olim, vincturaque linguam;
Purpureae, preciaeque; et quo te carmine dicam,
Rhaetica? nec cellis ideo contende Falernis.
Sunt et Aminaeae vites, firmissima vina,

Y que por siglos sus aromas guarda?
Ni al precioso racimo que da Rodas
Tampoco olvidaré, que en nuestras mesas
Es bien venido y á los dioses grato;
Ni á tí, racimo de Bumasto hinchado,
De rojizo color: ni tanta especie
Es fácil el contar como hay de cepas,
Ni sus variados y famosos nombres:
Menos difícil es saber los granos
De la menuda arena, que en los mares
De la Libia candente arrastra el Zéfiro,
Ó bien contar las numerosas olas,
Que vienen á estrellarse ante la playa
De la Jónica mar, cuando los Euros
Arrastran sin piedad la frágil nave.
No pueden producir todas las tierras
Los mismos frutos, ni las mismas plantas.
En la orilla del río brota el sauce,

Tmolius adsurgit quibus et rex ipse Phanaeus;
Argitisque minor, cui non certaverit ulla
Aut tantum fluere, aut totidem durare per annos.
Non ego te, Diis et mensis accepta secundis,
Transierim, Rhodia, et tumidis, Bumaste, racemis,
Sed neque, quam multae species, nec, nomina quae sint,
Est numerus; neque enim numero comprendere refert:
Quem qui scire velit, Libyce velit aequoris idem
Discere quam multae Zephiro turbentur arenae;
Aut, ubi navigiis violentior incidit Eurus,

Y en la densa laguna nace el olmo;
Del estéril quejigo las raíces
Salen en cerros pedregosos siempre;
El mirto abunda en la arenosa playa,
Despejadas colinas ama Baco
Y el laurel del jardín, como los tejos
Piden para vivir los vientos fríos;
Y mira al labrador con su trabajo
Domando el mundo en apartadas tierras,
De la choza del Árabe de Oriente
Hasta la cueva del Gelón pintado.
Cada árbol tiene su distinta Patria:
Da el ébano pulido la India ardiente,
Y en Saba sólo brota el árbol denso
Que el incienso prodiga de sus ramas.
¿Qué te diré del oloroso bálsamo,
Que destila de sí tan rica leña,
Y de las hojas del verdoso acanto?

Nosse, quot Jonii veniant ad litora fluctus.
Nec vero terrae ferre omnes omnia possunt.
Fluminibus salices, crassisque paludibus alni
Nascuntur, steriles saxosis montibus orni;
Litora myrtetis laetissima; denique apertos
Bacchus amat colles, aquilonem et frigora taxi.
Aspice et extremis domitum cultoribus orbem,
Eoasque domos Arabum, pictosque Gelonos.
Divisae arboribus patriae: sola India nigrum
Fert ebenum; solis est turea virga Sabaeis.

¿Qué de los bosques del ardiente Etiope
Cuyo ramaje adorna un blanco vello?
¿Diré también cómo los Indios Seres
Peinan vellones desprendidos tersos
De las hojas de un árbol que da lana?
¿Y qué diré de aquellos grandes bosques
Que se extienden tan cerca del Océano
En el Indiano suelo, fin del mundo,
Donde el árbol se eleva á tal altura,
Que la flecha lanzada es impotente
Para alcanzar sus más enhiestas cimas?
Y eso que aquellos pueblos aguerridos
Manejan con primor la tosca aljaba.
Saludable manzana da la Media,
Soporíferos y agrios son sus jugos;
Es remedio eficaz si las madrastras
Inficionan los vasos con veneno,—
Mezclando con las yerbas ponzoñosas

Quid tibi adorato referam sudantia ligno
Balsamaque, et baccas semper frondentis acanthi?
Quid nemora Aethiopum, molli canentia lana?
Velleraque ut foliis depectant tenuia Seres?
Aut quos Oceano proprior gerit India lucos,
Extremi sinus orbis: ubi aera vincere summum
Arboris haud ullae jactu potuere sagittae?
Et gens illa quidem sumptis non tarda pharetris.
Media fert tristes succos tardumque saporem
Felicis mali; quo non praesentius ullum

Frases de muerte y de fatal agüero:—
Es antídoto cierto aqueste fruto
Contra el negro veneno que lo expele
De los miembros del hombre; alto es el árbol,
Parecido al laurel en tronco y ramas,—
Y á no ser tan distintos los aromas,
Fuera el mismo laurel: jamás sus hojas
Arranca el vendaval, y se mantiene
Firme y luciente el pétalo en el tallo:
El Medo se perfuma aliento y boca
Con ella en infusión, y el torpe viejo
Se conforta y revive con sus jugos.
Mas ni la Media de tan ricos bosques,
Ni las bellas orillas del río Ganges,
Ni el Hermo con su arena que da el oro,
Ni la Bactriana, ni tan rica la India,
Ni toda la Pancaya, donde brota
De sus turbias arenas el incienso,

(Pocula si quando saevae infecere novercae,
Miscueruntque herbas et non innoxia verba),
Auxilium venit, ac membris agit atra venena.
Ipsa ingens arbos faciemque simillima lauro;
Et, si non alium late jactaret odorem,
Laurus erat: folia haud ullis labentia ventis;
Flos ad prima tenax: animas et olentia Medi
Ora fovent illo, et senibus medicantur anhelis.
Sed neque Medorum silvae ditissima terra,
Nec pulcher Ganges, atque auro turbidus Hermus,

Pueden á Italia disputar la palma.
Nunca labrados nuestros campos vimos
Por bravos toros resoplando fuego,
Ni los dientes sembrados de hidra horrenda
Han erizado nuestros ricos llanos
Con guerreros de lanzas apretadas
Y de yelmos brillantes: pero trigos
Magníficos, fecundos, y el Masico
Derrama la abundancia á borbotones;
Olivares tenemos y ganados
De lana fina y corpulenta raza,
Y el bélico corcel por las llanuras
Se lanza retozón con frente erguida;
De aquí también, Clitumno, blancas reses,
Y el corpulento toro, gruesas víctimas,
Van á bañarse en tu corriente sacra,
Para llevar al templo de los dioses
Al Triunfador Romano entre coronas.

Laudibus Italiae certent; non Bactra, neque Indi,
Totaque thuriferis Panchaia pinguis arenis.
Haec loca non tauri spirantes naribus ignem
Invertere satis inmanis dentibus hydri;
Nec agleis densisque virum seges horruit hastis:
Sed gravidae fruges et Bacchi Massicus humor
Implevere; tenent oleae armentaque laeta.
Hinc bellator equus campo sese arduus infert;
Hinc albi, Clitumne, greges, et maxima taurus
Victima saepe tuo perfusi flumine sacro,

Reina aquí siempre primavera eterna,
Y los meses de invierno son verano:
Dos veces el ganado da sus crías,
Dos veces el frutal madura al año;
No se encuentran allí rabiosos tigres,
Ni del león la raza sanguinaria,
Y el veneno no engaña la imprudente
Mano que coge la insegura yerba,
Ni de verdosa sierpe lame el suelo
La enmarañada rosca, ni amenaza
De su larga espiral con los anillos.
¿Añadiré magníficas ciudades,
Monumentos eternos de los hombres;
Tantos castillos que en los altos cerros
De la escarpada roca ha levantado
El brazo del mortal, y tantos ríos
Que se deslizan bajo las murallas
De la antigua Ciudad ya carcomida?

Romanos ad templa deum duxere triumphos.
Hic ver assiduum, atque alienis mensibus aestas;
Bis gravidae pecudes, bis pomis utilis arbos.
At rabidae tigres absunt, et saeva leonum
Semina; nec miseros fallunt aconita legentes;
Nec rapit inmensos orbes per humum, neque tanto
Squameus in spiram tractu se colligit anguis.
Adde tot egregias urbes, operumque laborem,
Tot congesta manu praeruptis oppida saxis,
Fluminaque antiquos subterlabentia muros.

¿Recordaré también esos dos mares,
Que el uno al Septentrión baña sus costas
Y el otro al Mediodía, y los dos lagos,
Allí Laris inmenso, aquí Benaco,
Cuyas olas se elevan con estrépito,
Y cual si fueran mar, bullentes braman?
¿Recordaré los puertos y los diques
Que aprisionan las aguas de Lucrino,
Contra quien fuerte é indignada la ola
Viene á romperse con violento empuje?
Un sordo murmurar lejano se oye:
Es el clamor de la ola rechazada
Del puerto Julio, donde el mar Tirreno
Se lanza en el abismo ciego y loco.
Esta tierra también, si abre su entraña,
Nos hace ver la plata, el oro y cobre
Que en sus ocultos senos toman vida;
Y esta tierra además la raza engendra

An mare, quod supra, memorem, quodque adluit infra?
Anne lacus tantos? te, Lari maxume, teque,
Fluctibus et fremitu adsurgens, Benace, marino?
An memorem portus, Lucrinoque addita claustra,
Atque indignatum magnis stridoribus aequor,
Julia qua ponto longe sonat unda refuso,
Tyrrhenusque fretis inmittitur aestus Avernis?
Haec eadem argenti rivos aerisque metalla
Ostendit venis, atque auro plurima fluxit.
Haec genus acre virum, Marsos, pubemque Sabellam,

De guerreros indómitos y duros.
Como el joven Sabino, como el Marso,
El sufrido Ligur, fuertes Voloscos
Armados con sus picas: y orgullosa
A los Decios produce y á los Marios,
Los ilustres Camilos, los guerreros
Escipiones, y á tí también, gran César,
El mayor entre todos, que áun hoy mismo
En la frontera vencedor del Asia,
Apartas del Romano continente
Al Indio que has domado con tu espada.
¡Salve, Madre divina de las mieses,
Fecunda en héroes, de Saturno tierra!
Sólo por tí del labrador yo canto
El arte nuevo y sus continuas glorias,
Y atreviéndome á abrir sagradas fuentes,
Vuelvo á entonar por los Romanos pueblos
La sencilla canción del vate de Ascra.

Assuetumque malo Ligurem, Volscosque verutos,
Extulit; haec Decios, Marios, magnosque Camillos,
Scipiadas duros bello, et te, maxime Caesar,
Qui nunc extremis Asiae jam victor in oris
Imbellem avertis Romanis arcibus Indum.
Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum, tibi res antiquae laudis et artis
Ingredior, sanctos ausus recludere fontes,
Ascraeumque cano Romana per oppida carmen.
Nunc locus arvorum ingeniis: quae robora cuique,

Ahora describiré la especie y fuerzas
Y el valor peculiar de todo campo,
La clase y condición de los productos
Que renueva sin fin naturaleza.
Las tierras y colinas pedregosas,
Donde abunda la arcilla que es estéril,
De espinos erizada y matorrales,
Apetecen cubrirse con la planta
Viva, que Palas descubrió, de olivo:
Es cierta la señal al ver los brotes
Continuos de acebuches, que espontáneos
Surgen del suelo en bien reglada hilera,
Y las bayas silvestres que le cubren.
Hay tierras crasas é impregnadas siempre
De una suave humedad, fecunda en yerbas.
Á estos jugosos y profundos valles,
Que agrada el contemplar desde los montes,

Quis color, et quae sit rebus natura ferendis.
Difficiles primum terrae, collesque maligni,
Tenuis ubi argilla et dumosis calculus arvis,
Palladia gaudent silva vivacis olivae.
Indicio est tractu surgens oleaster eodem
Plurimus, et strati baccis silvestribus agri.
At quae pinguis humus, dulcique uligine laeta,
Quique frequens herbis et fertilis ubere campus;
Qualem saepe cava montis convalle solemus
Despicere (huc summis liquuntur rupibus amnes,
Felicemque trahunt limum) quique editus austro,

Van á parar las aguas que con ruido
Bajan alegres de las lisas rocas,
Arrastrando consigo mansamente
Un légamo fecundo: si estas tierras
Al austro viento expuestas dan helecho
Que obstruye y que molesta al corvo arado,
Espera que algún día en abundancia
Te den robustas vides, y que llenen
De un néctar delicioso tus tinajas,
Del que bebemos en las copas de oro,
En los festivos días, cuando sopla
El corpulento Etrurio en marfil terso
Ante el altar, y en encorvados platos
Ofrecemos entrañas humeantes.
Mas si prefieres ocupar tu tiempo
En el cuidado de robustas crías
De toda especie de ganado vario,

Et silicem curvis invisam pascit aratris;
Hic tibi praevalidas olim multoque fluentes
Sufficiet Baccho vitis; hic fertilis uvae,
Hic laticis, qualem pateris libamus et auro,
Inflavit quum pinguis ebur Tyrrhenus ad aras,
Lancibus et pandis fumantia reddimus exta.
Sin armenta magis studium vitulosque tueri,
Aut foetus ovium, aut urentes culta capellas,
Saltus et saturi petito longinqua Tarenti,
Et qualem infelix amisit Mantua campum,
Pascentem niveos herboso flumine cycnos;

De novillos, corderos y de cabras,
Que queman con su baba los sembrados,
Busca los bosques y lejanas dehesas
De Tarento feraz, y las campiñas,
Que hace tiempo perdió mi cara Mantua,
Y los herbajes del risueño Mincio,
Donde elegante pasta el cisne blanco
Como la nieve. Allí no faltan nunca
Líquidas fuentes, ni mullidas yerbas;
Y cuanto más consumen los corderos
En los eternos días del verano,
Tanto más siempre el húmedo rocío
Hace brotar en las más cortas noches.
La tierra en general negruzca y gruesa,
Que la reja deshace fácilmente,
Tierna para labrar, calidad grande
Que el asiduo cultivo imitar puede,

Non liquidi gregibus fontes, non gramina deerunt;
Et, quantum longis carpent armenta diebus,
Exigua tantum gelidus ros nocte reponet.
Nigra fere et presso pinguis sub vomere terra,
Et cui putre solum (namque hoc imitamur arando),
Optima frumentis: non ullo ex aequore cernes
Plura domum tardis decedere plaustra juvencis:
Aut, unde iratus silvam devexit arator,
Et nemora everti multos ignava per annos,
Antiquasque domos avium cum stirpibus imis
Eruit; illac altum nidis petiere relictis;

Produce sin disputa el mejor trigo;
Nunca verás venir de campo alguno
Más carros llenos de fecunda espiga,
Que arrastran tardos perezosos bueyes.
Son lo mismo también aquellas tierras
En que despoja con su mano impía
El labrador los seculares bosques,
Inútiles há tiempo por sus años,
Y arranca con las raices más profundas
Las antiguas moradas de las aves,
Que abandonan el nido y se remontan
Por los aires. Tan mísero terreno
Brilla, la reja echada, por fecundo;
Pero este débil pedregal no ofrece,
Siendo todo repechos y cascajo,
Más que el cantueso humilde y el romero
Para sustento de la abeja parca.

At rudis enituit impulso vomere campus.
Nam jejuna quidem clivosi glarea ruris
Vix humiles apibus casias roremque ministrat;
Et tophus scaber et nigris exesa chelydris
Creta. Negant alios aeque serpentibus agros
Dulcem ferre cibum et curvas praebere latebras.
Quae tenuem exhalat nebulam fumosque volucres,
Et bibit humorem, et, quum vult, ex se ipsa remittit;
Quaeque suo semper viridi se gramine vestit,
Nec scabie et salsa laedit robigine ferrum:
Illa tibi laetis intexet vitibus ulmos;

La áspera toba y aun la dura greda,
Por la víbora negra carcomida,
Ni sirven para pastos, ni dan lecho
A todo lo que no es la sierpe impura.
Esta tierra que exhala tenue niebla
Y un ligero vapor, como humo blanco;
Que bebe la humedad y que á su antojo
La desecha de sí; que se reviste
Continuamente de una fresca grama;
Y donde el hierro no se ve gastado
Por hollín salitroso ó cardenillo,
Esta tierra feraz se presta á todo;
Deja á la vid que con el olmo enlace,
Produce olivas, y si con esmero
Rajas el suelo, da para el ganado
Fecunda grama y hasta el hierro sufre.
Tales los campos son que ara la rica

Illa ferax oleo est; illam experiere colendo
Et facilem pecori, et patientem vomeris unci.
Talem dives arat Capua, et vicina Vesevo
Ora jugo, et vacuis Clanius non aequus Acerris.
Nunc, quo quamque modo possis cognoscere, dicam.
Rara sit, an supra morem sit densa, requiras:
Altera frumentis quoniam favet, altera Baccho,
Densa magis Cereri, rarissima quaque Lyaeo:
Ante locum capies oculis, alteque jubebis
In solido puteum dimitti, omnemque repones
Rursus humum, et pedibus summas aequabis arena

Capua y los llanos que el Vesubio cercan,
Y los que inunda el Clanio desbordado,
Fatal á Azerra, sin hogar ni gente.
Cuán fácil te será de aqueste suelo
La clase conocer, te diré ahora,
Distinguiendo á la vez la que es ligera
De la esponjosa y por lo tanto fuerte,
Pues es propicia la segunda al trigo,
Y vale la otra más para el viñedo.
Elige antes de todo con cuidado
Un sitio donde puedas con holgura
De sólida pared cavar un hoyo:
Vuelve á llenarle con la misma tierra,
Y apisónala bien, hasta que quede
Lisa é igual la superficie llana:
Si cuando vuelvas á llenar el hoyo,
Te falta tierra, el suelo será endeble,

Si deerunt, rarum pecorique et vitibus almis
Aptius uber erit; sin in sua posse negabunt
Ire loca, et scrobibus superabit terra repletis:
Spissus ager; glebas cunctantes crassaque terga
Exspecta, et validis terram proscinde juvencis.
Salsa autem tellus, et quae perhibetur amara,
Frugibus infelix (ea nec mansuescit arando,
Nec Baccho genus, aut pomis sua nomina servat),
Tale dabit specimen: tu spisso vimine qualos,
Colaque praelorum fumosis deripe tectis;
Huc ager ille malus dulcesque a fontibus undae

Para viñas mejor y para pastos;
Mas si en el hoyo no cupiere acaso
De donde lo sacaste, y si los bordes
Sobresalen, ya llenos, con exceso,
Es fuerte este terreno, y de seguro
Haces enormes te dará de trigo
Y difíciles glebas al arado,
Que debes de romper con recios toros.
El amargo terreno y salitroso
Es fatal para el trigo y daña el fruto:
No mejora sus jugos el cultivo,
Degenera la vid, pierde su nombre
Y su agradable zumo la manzana.
Voy á decirte el método seguro
Por donde puedas conocer la tierra:
De tus ahumados techos baja un cesto
De áspero mimbre consistente y duro,

Ad plenum calcentur: aqua eluctabitur omnis
Scilicet, et grandes ibunt per vimina guttae;
At sapor indicium faciet, manifestus et ora
Tristia tentantum sensu torquebit amaror.
Pinguis item quae sit tellus, hoc denique pacto
Discimus: haud unquam manibus jactata fatiscit,
Sed picis in morem ad digitos lentescit habendo.
Humida majores herbas alit, ipsaque justo
Laetior. Ah! nimium ne sit mihi fertilis illa,
Neu se praevalidam primis ostendat aristis!
Quae gravis est, ipso tacitam se pondere prodit,

Ó del lagar la tosca coladera;
Llénalas bien con esta tierra ingrata
Y con el agua de una clara fuente;
Apriétala con fuerza: el agua entonces
Correrá por las varas de los mimbres,
Filtrando el canastillo gruesas gotas:
Es el sabor del agua prueba cierta,
Y lo acre de su sal picando el labio
Te hará gesticular por su mal gusto.
También conocerás la tierra fértil,
Si al restregarla con entrambas manos,
No se hace polvo y antes bien se pega,
Como la negra pez, entre los dedos.
La humedad nutre siempre yerbas altas,
Y no conviene verlas tan fecundas:
Teme este exceso loco de abundancia,
Y la primera espiga ver pujante

Quaeque levis. Promptum est oculis praediscere nigram
Et quis cui color. At sceleratum exquirere frigus
Difficile est: piceae tantum taxique nocentes
Interdum, aut hederae pandunt vestigia nigrae.
His animadversis, terram multo ante memento
Excoquere, et magnos scrobibus concidere montes
Ante supinatas aquiloni ostendere glebas,
Quam laetum infodias vitis genus; optuma putri
Arva solo: id venti curant, gelidaeque pruinae,
Et labefacta movens robustus jugera fossor.
At, si quos haud ulla viros vigilantia fugit:

Del trigo tempranal: el peso sólo
Te dirá si es ligera ó si es fecunda,
Y fácilmente puedes á la vista
Distinguir el color, si es parda ó negra.
Es muy difícil conocer el frío
Dañoso de los fondos del terreno:
Los tejos ó los pinos venenosos,
Y las negruzcas yedras que retoñan
Son indicios seguros que no fallan.
Presentes estas cosas, es preciso
Que empieces por domar con fuerza el suelo,
Las vertientes cortando de los montes
Con anchas hoyas, exponiendo al aire
El volteado terrón; entonces sólo
De la pomposa vid el germen vivo
Podrás plantar con éxito seguro:
Cuanto más desmenuces, más fecunda;

Ante locum similem exquirunt, ubi prima paretur
Arboribus seges, et quo mox digesta feratur,
Mutatam ignorent subito ne semina matrem.
Quin etiam coeli regionem in cortice signant:
Ut, quo quaeque modo steterit, qua parte calores
Austrinos tulerit, quae terga obverterit axi,
Restituant; adeo in teneris consuescere multum est.
Collibus, an plano melius sit ponere vitem,
Quaere prius. Si pinguis agros metabere campi,
Densa sere; in denso non segnior ubere Bacchus.
Sin tumulis acclive solum collesque supinos,

De hacerla productiva cuida el viento,
El duro hielo, el cavador robusto
Que revuelve el terrón deshecho en polvo.
Mas los que velan diligentes siempre
Cuidan, al trasplantar el tierno brote
En espaciosas y ordenadas filas,
Que el terreno sea igual al fondo mismo
De donde la sacaron inclementes:
Así la planta olvida sin trabajo
El repentino cambio de la Madre;
Algunos marcan sobre su corteza
Del cielo la región á do miraba,
Para poder restablecer de nuevo
Su antigua posición, del Mediodía
Mirando al lado los retoños que antes
Azotaba del austro el tibio aliento,
Y al otro lado el que miraba al Norte.

Indulge ordinibus, nec secius omnis, in unguem
Arboribus positis, secto via limite quadret.
Ut saepe ingenti bello quum longa cohortes
Explicuit legio, et campo stetit agmen aperto,
Directaeque acies, ac late fluctuat omnis
Aere renidenti tellus, nec dum horrida miscent
Proelia, sed dubius mediis Mars errat in armis:
Omnia sint paribus numeris dimensa viarum;
Non animum modo uti pascat prospectus inanem,
Sed quia non aliter vires dabit omnibus aequas
Terra, neque in vacuum poterunt se extendere rami.

¡Tal es la fuerza de la edad temprana,
Y tanto puede la costumbre antigua!
Infórmate primero si en el llano
Será mejor que plantes tus viñedos,
Ó en el collado de cascajo liso:
Ponlas espesas si en terreno pingüe
Plantas tus viñas; no por estar prietas,
Son menos gratas á su padre Baco.
Si en terreno quebrado ó en colinas
Extiendes el plantel de nuevos brotes,
Al simétrico plan concede mucho,
Y que cortadas por iguales líneas,
Formen tus cepas un perfecto cuadro:
Así también en los combates grandes
Vemos espesas filas de legiones
Llenar el campo, desplegarse extensas
En alas una vez, otras en cuadro,

Forsitan et, scrobibus quae sint fastigia, quaeras.
Ausim vel tenui vitem conmittere sulco:
Altior ac penitus terrae defigitur arbos,
Aesculus in primis, quae quantum vertice ad auras
Aetherias, tantum radice in Tartara tendit.
Ergo non hiemes illam, non flabra, neque imbres
Convellunt; inmota manet, multosque nepotes,
Multa virum volvens durando saecula vincit;
Tum fortes late ramos et brachia tendens
Huc illuc, media ipsa ingentem sustinet umbram.
Neve tibi ad solem vergant vineta cadentem;

Formar sus líneas, ondular el suelo
Bajo el peso brillante de sus armas:
Aún no se mezclan con terribles choques,
Pero Marte indeciso entre ambos lados
Vaga, llevando la señal de guerra:
Dispón así tus cepas por iguales
Intervalos, no para el vano goce
Simétrico y alegre de la vista,
Sino porque la tierra de otro modo
Jugos iguales no concede á todas,
Ni pueden extenderse en el vacío.
Preguntarme tal vez querrás la hondura
Que debe en general tener la hoya;
Yo, sin dudar, en reducido surco
Trasplantaré la vid: plantarse debe
En terreno profundo el árbol grande,
La encina en especial, que tanto eleva

Neve inter vites corylum sere; neve flagella
Summa pete, aut summa defringe ex arbore plantas;
Tantus amor terrae; neu ferro laede retuso
Semina; neve olea silvestres insere truncos:
Nam saepe incautis pastoribus excidit ignis,
Qui, furtim pingui primum sub cortice tectus,
Robora comprendit, frondesque elapsus in altas
Ingentem coelo sonitum dedit, inde sequutus
Per ramos victor perque alta cacumina regnat,
Et totum involvit flammis nemus, et ruit atram
Ad coelum picea crassus caligine nubem:

Al cielo su cabeza, cuando el tronco
Extiende sus raíces hasta el Tártaro;
Por esta sola causa ni el invierno
Ni el resoplar del viento, ni las lluvias
La arrancan de la tierra donde nace:
Fija é inmóvil permanece siempre;
Vencedora del tiempo, sobrepuja
En duración á siglos y linajes,
Y extendiendo sus brazos poco á poco,
Sostiene en todas partes la ancha sombra
De sus tupidas y frondosas ramas.
No mire al sol Poniente tu viñedo,
Ni plantes en sus filas avellanos,
Y en cuanto á los renuevos, poda siempre
El sarmiento más alto: que la tierra
Mira con grande amor al que está bajo;
Ni vayas á cortar con romo hierro

Praesertim si tempestas a vertice silvis
Incubuit, glomeratque ferens incendia ventus.
Hoc ubi, non a stirpe valent, caesaeque reverti
Possunt atque ima similes revirescere terra:
Infelix superat folis oleaster amaris.
Nec tibi tam prudens quisquam persuadeat auctor,
Tellurem Borea rigidam spirante movere.
Rura gelu tum claudit hiems; nec semine jacto
Concretam patitur radicem affigere terrae.
Optima vinetis satio, quum vere rubenti
Candida venit avis, longis invisa colubris;

Los retoños más tiernos de las vides,
Ni silvestres olivos interpoles,
Pues suele acontecer que entre las hojas
Deja el pastor caer ligera chispa,
Que en la untuosa corteza se introduce
Secretamente, y consumiendo el tronco,
Á las más altas hojas se levanta,
Y estalla rojo con chasquidos secos,
En el ahumado ambiente, el triste incendio:
Corre de rama en rama hasta las puntas,
Envuelve entre sus llamas todo el bosque,
Y arrastra por los cielos el torrente
De una humareda negra y aceitosa:
Y es más dañoso cuando el recio viento
Sopla de arriba sobre el bosque en llama,
Y el remolino aglomerado impele
Ante sus huellas el fatal incendio.

Prima vel autumni sub frigora, quum rapidus Sol
Nondum hiemem contingit equis, jam praeterit aestas.
Ver adeo frondi nemorum, ver utile silvis,
Vere tument terrae et genitalia semina poscunt.
Tum pater omnipotens foecundis imbribus Aether
Conjugis in gremium laetae descendit, et omnes.
Magnus alit, magno conmixtus corpore, foetus.
Avia tum resonant avibus virgulta canoris,
Et venerem certis repetunt armenta diebus.
Parturit almus ager; Zephyrique tepentibus auris
Laxant arva sinus; superat tener omnibus humor;

No es dado entonces á las pobres viñas
El renacer de sus antiguos brotes
Ni del mugrón, y no será tan fácil
El volverlas á ver reverdeciendo
En su tierra natal cual fueron antes.
Reina tan sólo el acebuche obscuro
En este campo triste y ceniciento.
No creas á los sabios, si consienten
Que remuevas la tierra cuando el soplo
Del Bóreas helador la ha endurecido:
Su seno entonces ha cerrado el hielo,
Y no podrán fijar tus nuevas plantas
Sus heladas raíces en la tierra.
Para plantar la vid, escoge el tiempo
En que de nuevo se presenta el ave
De pluma blanca y elegante forma,
Enemiga mortal de la culebra,

Inque novos soles audent se germina tuto
Credere; nec metuit surgentes pampinus Austros,
Aut actum coelo magnis Aquilonibus imbrem:
Sed trudit gemmas, et frondes explicat omnes.
Non alios prima crescentis origine mundi
Illuxisse dies, aliumve habuisse tenorem
Crediderim: ver illud erat; ver magnus agebat
Orbis, et hibernis parcebant flatibus Euri:
Quum primae lucem pecudes hausere, virumque
Ferrea progenis duris caput extulit arvis,
Inmissaeque ferae silvis, et sidera coelo.

Ó del Otoño en los primeros fríos,
Cuando el carro del sol rodando rápido
No toca con sus troncos al Invierno,
Y al Verano ya mira muy distante.
La Primavera es útil á los bosques,
Á las hojas también y á toda planta:
En Primavera ensánchase la tierra,
Pidiendo nuevos gérmenes de vida:
El Poderoso Padre, de los aires
Desciende entonces, convertido en lluvia,
Al gozoso regazo de su amante,
Y mezclándose inmenso á aquel gran cuerpo,
Da vida al germen de los varios frutos:
De sus retoños la enramada espesa
Resuena con el canto de las aves,
Y entonces sienten en marcado tiempo
Estímulo amoroso los ganados;

Nec res hunc tenerae possent perferre laborem,
Si non tanta quies iret frigusque caloremque
Inter, et exciperet coeli indulgentia terras.
Quod superest, quaecumque premes virgulta per agros,
Sparge fimo pingui, et multa memor occule terra;
Aut lapidem bibulum, aut squalentes infode conchas:
Inter enim labentur aquae, tenuisque subibit
Halitus, atque animos tollent sata. Jamque reperti,
Qui saxo super, atque ingentis pondere testae,
Urgerent: hoc effusos munimen ad imbres;
Hoc, ubi hiulca siti findit canis aestifer arva.

El suelo por doquier fecundo pare,
Y abre la tierra el seno adormecido
Del céfiro gentil al suave aliento.
Espónjase la planta abierta apenas,
Y una dulce humedad reina en el aire,
Y se atreve la yerba impunemente
Á creer en el sol brillante y nuevo:
No temen ya los pámpanos la ráfaga
Del austro duro, ni las frías lluvias,
Que el furioso Aquilón siempre consigo
Lleva, si arrastra las polares nubes:
Brotan entonces sus jugosas yemas,
Y despliega á la par toda su pompa:
Tales fueron sin duda aquellos días
Que iluminaron el nacer del mundo;
Tal fué también su curso primitivo;
Primavera era entonces, primavera
Que todo el Universo festejaba,
Al retener su soplo helado el Euro,
Y al gozar con asombro los ganados

Seminibus positis, superest diducere terram
Saepius ad capita, et duros jactare bidentes,
Aut presso exercere solum sub vomere, et ipsa
Flectere luctantes inter vineta juvencos;
Tum leves calamos et rasae hastilia virgae
Fraxineasque aptare sudes furcasque valentes,
Viribus eniti quarum, et contemnere ventos
Assuescant, summasque sequi tabulata per ulmos.
Ac, dum prima novis adolescit frondibus aetas,
Parcendum teneris; et, dum se laetus ad auras

Del vivo sol, y al ver la férrea entraña
De la tierra dar vida al hombre duro,
Y las fieras lanzadas á los bosques,
Y los astros reinando allá en el cielo.
Ni á los gérmenes tiernos de la planta
Les fuera dado en estos tiempos duros
Vivir sin padecer, si no mediara
Un intervalo dulce de descanso,
Que el cielo bondadoso da á la tierra.
Más aún he de decir; que en cuanto plantes
En las llanuras los sarmientos nuevos,
Debes desparramar abono pingüe,
Enterrando la planta en tierra gruesa.
Echa también en los profundos hoyos
Ásperas piedras y esponjosas conchas:
Las aguas al través filtrarán mansas,
Y hasta las raices llegarán los vientos,
Y verás revivir las plantas nuevas.
Algunos cubren de pedruscos grandes
Y de cóncavas tejas de gran peso

Palmes agit, laxis per purum inmissus habenis,
Ipsa acies nondum falcis tentanda, sed uncis
Carpendae manibus frondes, interque legendae.
Inde ubi jam validis amplexae stirpibus ulmos
Exierint, tum stringe comas, tum brachia tonde:
Ante reformidant ferrum: tum denique dura
Exerce imperia, et ramos compesce fluentes.
Texendae sepes etiam, et pecus omne tenendum,
Praecipue dum frons tenera imprudensque laborum:
Cui, super indignas hiemes solemque potentem,

La nueva vid: reparo poderoso
Para guardarla de turbiones fuertes:
Y también la cobija en el Estío,
Cuando el ardiente can abrasa el campo
Mustio y hendido por la gran sequía.
Plantada ya la cepa, sólo falta
En torno de su pie tender la tierra,
Y escardarla á la vez; y si el arado
Pesa con fuerza sobre el nuevo suelo,
Tus anhelantes bueyes con firmeza
Dirige entre las filas de las vides.
Preparadas tendrás ligeras cañas
Y ramas despojadas de corteza,
Estacas recias de nudoso fresno,
Y horquillas en las cuales busque apoyo
Por sí mismo el viñedo, y le acostumbre
Los vientos á arrostrar, de piso en piso
Á la cima subiendo de los olmos.
En su primera edad, cuando la planta
De nuevas hojas cubre sus sarmientos,

Silvestres uri assidue capraeque sequaces
Illudunt, pascuntur oves avidaeque juvencae.
Frigora nec tantum cana concreta pruina,
Aut gravis incumbens scopulis arentibus aestas,
Quantum illi nocuere greges, durique venenum
Dentis; et admorso signata in stirpe cicatrix.
Non aliam ob culpam Bacho caper omnibus aris
Caeditur, et veteres ineunt proscenia ludi,
Praemiaque ingeniis pagos et compita circum
Thesidae posuere; atque inter pocula laeti

Ten piedad de la vid porque es muy tierna,
Y aun cuando extienda con pausado empuje
Libre y lozana sus verdosos pámpanos,
Y se despliegue, rotos ya sus frenos
Por el aire sutil, haz que no toque
El duro filo de la hoz sangrienta
Su tierna punta: arranca con tu mano
Una por una las crecientes hojas,
Aclarando la sombra que las daña.
Si de la viña con robustos nudos
Al olmo abrazan los retoños fuertes,
Corta sus brazos, sus cabellos poda.
Antes miraba con temor el hierro;
Ya puedes hora reprimir severo
La pompa inútil de sus locas ramas.
Debes tejer también espesos setos
En torno de la planta cuando es joven,
Que impidan al ganado aproximarse;
Sobre todo al brotar la débil hoja,
Que tierna por demás no sufre el diente,

Mollibus in pratis unctos saliere per utres.
Nec non Ausonii, Troia gens missa, coloni
Versibus incomptis ludunt risuque soluto;
Oraque corticibus sumunt horrenda cavatis;
Et te, Bacche, vocant per carmina laeta, tibique
Oscillo ex alta suspendunt mollia pinu.
Hinc omnis largo pubescit vinea foetu;
Complentur vallesque cavae saltusque profundi,
Et quocumque deus circum caput egit honestum.
Ergo rite suum Baccho dicemus honorem

Porque á más de temer el crudo Invierno
Y del ardiente sol el recto rayo,
Los corzos y los búfalos salvajes
Juegan con ella, la cordera mansa
Pace su tallo y la voraz ternera.
Ni en blanca escarcha condensado el frío,
Ni el verano cayendo con el peso,
Sobre la roca, de su fuego ardiente,
Son tan funestos como los ganados
Y los mordiscos de su diente impío,
Que una sangrienta marca deja impresa
En el verdoso tronco y que le mata.
Para expiar tan grande sacrilegio,
No por otra razón, se inmola á Baco
Un hirco grande en todos sus altares;
De aquí provino el celebrarse juegos
En honor de este dios antiguamente,
Siendo el cabrón la apetecida prenda,
Y los hijos de Atenas disputaban
En las plazas y trivios por el lauro,

Carminibus patriis, lancesque et liba feremus;
Et ductus cornu stabit sacer hircus ad aram,
Pinguiaque in veribus torrebimus exta colurnis.
Est etiam ille labor curandis vitibus alter,
Cui nunquam exhausti satis est: namque omne quotannis
Terque quaterque solum scindendum, glebaque versis
Aeternum frangenda bidentibus; omne levandum
Fronde nemus; redit agricolis labor actus in orbem,
Atque in se sua per vestigia volvitur annus.
Ac jam olim, seras posuit quum vinea frondes,

Y hartos del fruto de la rica viña,
Saltaban al través de prados tersos,
Sobre pellejos con aceite untados.
Lo mismo observan hoy nuestros latinos
De la desierta Troya descendientes:
Versos sin arte en estos juegos báquicos
Recitan á la vez; sin freno ríen:
Cubren de feas máscaras sus rostros
Con cortezas labradas de los árboles:
Toda esta tropa con alegres cantos,
Baco, te invocan, y en los altos pinos
Cuelgan figuras de grotescas formas,
Que representan tu movible imagen.
De aquí proviene que el viñedo opimo
Dé mucho fruto, fecundado el pámpano:
Reina profusa la abundancia en valles
Y en hondos bosques, y por donde quiera
Muestra este dios su frente venerada:
Cantemos en su honor, y en toscos versos,
Versos que ya cantaron nuestros padres,

Frigidus et silvis aquilo decussit honorem;
Jam tum acer curas venientem extendit in annum
Rusticus, et curvo Saturni dente relictam
Persequitur vitem attondens, fingitque putando.
Primus humum fodito, primus devecta cremato
Sarmenta, et vallos primus sub tecta referto;
Postremus metito. Bis vitibus ingruit umbra;
Bis segetem densis obducunt sentibus herbae.
Durus uterque labor. Laudato ingentia rura
Exiguum colito. Nec non etiam aspera rusci

Del buen Baco jovial la ciencia grata:
Grasientas tortas como sacra ofrenda
Pongamos ante el dios en sacrificio,
Y ante sus aras un cabrón sagrado
Llevemos arrastrado por los cuernos,
Tostando al fuego su sangrienta entraña
En asadores de avellano duro.
Pide también la viña otro trabajo
Que no puedes dejar; con firme azada
Tres, cuatro veces, en el año debes
La tierra socavar: y el terrón fuerte
En polvo deshacer, volviendo el hierro,
Y aliviar á la viña que renace,
Podando sin piedad la inútil hoja:
En círculo continuo gira siempre
Así del labrador la faena dura,
Y el año que la trae, sobre sí mismo
Vuelve pisando sus antiguas huellas.
Y finalmente, cuando el viento frío
Al bosque quita su sencillo ornato,

Vimina per silvam, et ripis fluvialis arundo
Caeditur, incultique exercet cura salicti.
Jam vinctae vites: jam falcem arbusta reponunt;
Jam canit effoetos extremus vinitor antes:
Sollicitanda tamen tellus, pulvisque movendus;
Et jam maturis metuendus Juppiter uvis.
Contra, non ulla est oleis cultura; neque illae
Procurvam exspectant falcem rastrosque tenaces,
Quum semel haeserunt arvis, aurasque tulerunt.
Ipsa satis tellus, quum dente recluditur unco,

Cuando la viña se despoja á un tiempo
De sus postreras y amarillas hojas,
Activo el labrador dilata entonces
Al año entrante el cuidadoso esmero:
Armado de la hoz persigue ansioso
El brote descuidado de la viña,
Y la da con el hierro nueva forma.
Sé el primero en cavar la dura tierra,
El primero que arrojes el sarmiento
Podado de la vid al vivo fuego,
Y apresura la entrada en tus estufas
Del brote que ha de dar la nueva planta;
El último has de ser en la vendimia:
Dos veces en el año los viñedos
Del pámpano se cubren en la sombra,
Y dos veces también la espesa yerba
Y las espinas á la planta matan;
Una y otra labor son harto duras.
Ensalza al que trabaja grandes campos,
Mas tú cultiva sólo uno pequeño.

Sufficit humorem et gravidas cum vomere fruges.
Hoc pinguem et placitam Paci nutritor olivam.
Poma quoque, ut primum truncos sensere valentes,
Et vires habuere suas, ad sidera raptim
Vi propria nituntur opisque haud indiga nostrae.
Nec minus interea foetu nemus omne gravescit,
Sanguineisque inculta rubent aviaria baccis.
Tondentur cytisi, taedas silva alta ministrat,
Pascunturque ignes nocturni et lumina fundunt.
Et dubitant homines serere, atque impendere curam?

Debes también cortar la vara inculta
Del mirto que por sí salvaje brota,
Y el junco que renace en toda orilla,
Y los ramajes del silvestre sauce.
Ata con ellos las podadas vides;
No sienten ya los árboles el hierro;
Oigo cantar al rústico cansado,
Haces formando del sarmiento inútil:
Aún le es preciso atormentar la tierra
Y remover el polvo de sus campos,
Y por sus uvas ya maduras teme
Del cielo la inclemencia y de los aires.
No pide el olivar igual cultivo,
Ni espera nada de los corvos hierros,
Cuando prende el plantón en tierra firme
Y ya sus ramas por los aires suben.
La tierra herida por la corva azada
Da pingües jugos que en seguida absorbe.
Basta tan sólo que el arado pase
Para que el árbol dé copiosos frutos;

Quid majora sequar?—salices humilesque genestae,
Aut illae pecori frondem, aut pastoribus umbras
Sufficiunt, sepemque satis, et pabula melli—
Et juvat undantem buxo spectare Cytorum,
Naryciaeque picis lucos; juvat arva videre
Non rastris, hominum non ulli obnoxia curae.
Ipsae Caucasseo steriles in vertice silvae,
Quas animosi Euri assidue franguntque feruntque,
Dant alios aliae foetus; dant utile lignum
Navigiis pinos, domibus cedrumque cupressosque.

Sólo con esto crecen los olivos,
Fecundos siempre y á la paz tan gratos.
Y el frutal mismo, cuando ya se siente
Firme en su tronco y con pujantes bríos,
Eleva altivo con sus fuerzas propias
Las ricas copas sin auxilio alguno.
Y el bosque en tanto por razones mismas
Llénase todo de sus tallos nuevos;
Y de las aves el inculto nido
Con la sangrienta baya se enrojece.
Frescos cantuesos los ganados pacen,
Leves antorchas suministra el pino,
Luces nocturnas que con propio jugo
Nutren su vida, y á torrentes radian
Ahumadas luces con chasquidos sordos.
¿Y ante la vista de tamaños bienes
Dudan los hombres en gastar su vida
En las faenas de labrar el campo?
¿Por qué tanto cantar el árbol grande?
Tienen los sauces y el esparto humilde

Hinc radios trivere rotis, hinc tympana plaustris
Agricolae, et pandas ratibus posuere carinas.
Viminibus salices foecundae, frondibus ulmi,
At myrtus validis hastilibus et bona bello
Cornus; Ityraeos taxi torquentur in arcus.
Nec tilliae leves aut torno rasile buxum
Non formam accipiunt ferroque cavantur acuto.
Nec non et torrentem undam levis innatat alnus,
Missa Pado; nec non et apes examina condunt,

También su precio, que al lanar ganado
Dan frescas hojas y al pastor reposo,
Entre las sombras del follaje denso:
Se acotan campos y se forman bayas,
Y á las abejas con su jugo nutren.
Gústame ver en el Citaro monte
Los bojes ondear, y de Naricia
Los resinosos y elevados sotos,
Los campos contemplar que ni el rastrillo
Ni la mano jamás domó del hombre.
Hasta los bosques del estéril Cáucaso,
Por duros Euros azotados siempre,
También producen las maderas varias;
Da vida el pino á las veleras naves,
Y el cedro y el ciprés al edificio.
Toscos maderos con el torno pule
El campesino, fabricando rayos
Para sus ruedas: ó pesados tímpanos,
Y recias quillas para corvas naves;
Cimbreantes varas suministra el sauce,

Corticibusque cavis vitiosaeque ilicis alveo.
Quid memorandum aeque Baccheia dona tulerunt?
Bacchus et ad culpam causas dedit; ille furentes
Centauros leto domuit, Rhoetumque Pholumque
Et magno Hylaeum Lapithis cratere minantem.
O fortunatos nimium, sua si bona norint,
Agricolas! quibus ipsa, procul discordibus armis
Fundit humo facilem victum justissima tellus.
Si non ingentem foribus domus alta superbis

Rico follaje nos produce el olmo,
Útil el mirto para fuertes lanzas,
Y en arco Itúreo se retuerce el Tejo.
El leve tilo de pulida capa,
Y el boj que afina fácilmente el torno,
Dóciles ceden á variadas formas
Y al hierro agudo que su centro cava.
Mira cuál boga el álamo ligero,
Del Po arrastrado por las bravas ondas:
Mira la abeja que su enjambre oculta
En la corteza cavernosa y hueca
Y de la encina en el podrido tronco.
Nunca igualaron maravillas tantas
Los gratos dones que nos trajo Baco;
Baco fué causa de delitos grandes.
Él ha domado con letal influjo
Á Reto y Folo, los centauros locos;
Y á Hileo que blande su tremenda copa,
Al Lapita sin luz amenazando.
¡Feliz mil veces si supiera el rústico

Mane salutantum totis vomit aedibus undam;
Nec varios inhiant pulcra testudine postes,
Illusasque auro vestes, Ephyreiaque aera;
Alba neque Assyrio fucatur lana veneno,
Nec casia liquidi corrumpitur usus olivi:
At secura quies, et nescia fallere vita,
Dives opum variarum; at latis otia fundis,
Speluncae, vivique lacus; at frigida Tempe,
Mugitusque boum, mollesque sub arbore somni

El bien inmenso que en su calma goza!
Lejos del ruido de la infausta guerra,
Y de las furias de la lucha impía,
Justa la tierra de su seno esparce
Fácil sustento, y sus vigilias paga.
No ve en palacios de crujiente seda
Por las mañanas con ansioso anhelo
Recia oleada de clientes ávidos
Los pórticos lanzar; ni ante paneles
De oro, incrustados de preciosas conchas,
Ni ante vestidos de fulgor brillante,
Ni de Corinto ante el metal ansiado
Mira extasiarse abigarrada plebe;
No ve teñirse con veneno asirio
La blanca lana, ni mezclado siente
Con la canela, de la oliva el jugo:
Mas no le falta una tranquila vida
Rica de bienes y de sustos libre,
Y en sus dominios extendidos goza
Paz y reposo sin temor de engaños;

Non absunt; illic saltus ac lustra ferarum,
Et patiens operum exiguoque assueta juventus;
Sacra deum, sanctique patres; extrema per illos
Justitia excedens terris vestigia fecit.
Me vero primum dulces ante omnia Musae
Quarum sacra fero ingenti percussus amore,
Accipiant; coelique vias et sidera monstrent;
Defectus solis varios, lunaeque labores;
Unde tremor terris; qua vi maria alta tumescant

Grutas risueñas, lagos de agua viva,
Y el fresco Tempe y los mugidos roncos
De las vacadas: de tranquilos sueños
Gozan tendidos á la sombra grata
De la arboleda, por los hondos valles:
Hay allí dehesas y profundas cuevas,
Donde la fiera se guarece astuta;
Allí renace juventud florida,
Dura al trabajo, de alimento sobria:
Allí la santa religión florece,
Y se venera como un Dios al padre.
Cuando dejaba la justicia el mundo,
Imprimió entre ellos su postrera huella.
¡Que antes de todo las sagradas musas,
Caras delicias, y ante quienes rindo
Con grande amor esclarecido oculto,
En su sagrado coro me reciban!
Y que la inmóvil de los cielos senda,
Y el curso lento de los varios astros,
Y que del Sol y de la Luna el tiempo

Objicibus ruptis, rursusque in se ipsa residant;
Quid tantum Oceano properent se tingere soles
Hiberni, vel quae tardis mora noctibus obstet.
Sin, has ne possin naturae accedere partes,
Frigidus obstiterit circum praecordia sanguis:
Rura mihi et rigui placeant in vallibus amnes;
Flumina amem silvasquė inglorius. O, ubi campi
Sperchiusque, et virginibus bacchata Lacaenis
Taygeta! o, qui me gelidis in vallibus Haemi

Y del eclipse la razón me expliquen:
Por qué los senos de la tierra tiemblan,
Por qué los mares agitados se hinchan
Rompiendo locos su barrera inmóvil,
Y por qué mansa y sosegada la ola
Sobre sí vuelve con brillante espuma:
Por qué los soles del invierno se hunden
Con prisa tal en el bullente Océano:
Por qué son tardas las estivas noches;
Mas si la sangre, que circula fría
Por mis entrañas, penetrar me impide
Estos misterios que en su seno esconde
Naturaleza; que me plazca el campo
Ver y el arroyo que su suelo riega,
Y me deleiten perezoso, obscuro,
Las pardas selvas, los sonantes ríos.
¡Llanos de Esperquio, cimas del Taigete,
Que las Bacantes jóvenes de Esparta
Con locos saltos voluptuosas pisan!
¿Dónde encontraros? ¡quien al fresco valle

Sistat, et ingenti ramorum protegat umbra!
Felix, qui potuit rerum cognoscere causas;
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari!
Fortunatus et ille, deos qui novit agrestes,
Panaque Silvanumque senem Nymphasque sorores!
Illum non populi fasces, non purpura regum,
Flexit, et infidos agitans discordia fratres;
Aut conjurato descendens Dacus ab Istro;

Del Hemo murmurante me arrastrara!
¡Quién me cubriera con la sombra opaca
De su enramada de tan fresco aroma!
¡Feliz aquel varón á quien fué dado
Penetrar la razón que rige el mundo!
¡Feliz aquél que los temores huella
Y el destino fatal bajo sus plantas,
Y el ruido sordo del avaro Infierno!
¡Feliz también aquél que á los campestres
Dioses conoce como á Pan, Silvano,
Y de las ninfas al tropel gracioso!
No le conmueven ni la regia púrpura,
Ni los haces que da la muchedumbre,
Ni la discordia de enemigo hermano,
Ni el conjurado Dacio que desciende
De las orillas del Danubio frío:
Ni la gran Roma, ni el caduco imperio:
Ni al indigente sin dolor ampara,
Ni al rico envidia ó compadece al pobre:
Coge contento de su rama el fruto,

Non res Romanae perituraque regna; neque ille
Aut doluit miserans inopem, aut invidit habenti.
Quos rami fructus, quos ipsa volentia rura
Sponte tulere sua, carpsit: nec ferrea jura
Insanumque forum, aut populi tabularia vidit.
Sollicitant alii remis freta caeca, ruuntque
In ferrum, penetrant aulas et limina regum;
Hic petit excidiis urbem miserosque Penates,
Ut gemma bibat, et Sarrano indormiat ostro;

Bienes que el campo sin un gran esfuerzo
Y por sí propio voluntario arroja:
Ni férreas leyes, ni el hirviente foro,
Ni conoce los públicos archivos.
Turban los unos de la mar los senos
Ciegos é ignotos, y sobre la espada
Del enemigo, con furor, se arrojan;
Ó bien penetran en la regia corte,
Y en sus umbrales su bajeza arrastran;
Aqueste un pueblo mata y sus penates,
Para beber en copas de zafiro,
Y dormir sobre púrpura tiriana.
Esconde aquel astuto sus riquezas,
Y sobre el oro que ha enterrado duerme.
Queda atónito el otro al ver delante
De los rectores la tribuna ansiada,
Y le arrebata el entusiasta aplauso
Del pueblo y del Senado; que repite
El eco discurriendo por las gradas
Del brillante y cuajado anfiteatro:

Condit opes alius, defossoque incubat auro;
Hic stupet attonitus Rostris; hunc plausus hiantem
Per cuneos geminatus enim plebisque patrumque
Corripuit; gaudent perfusi sanguine fratrum,
Exsilioque domos et dulcia limina mutant,
Atque alio patriam quaerunt sub sole jacentem.
Agricola incurvo terram dimovit aratro:
Hinc anni labor; hinc patriam parvosque nepotes
Sustinet; hinc armenta boum, meritosque juvencos.

Gozan algunos al mirar cual corre
Sangre de hermanos: los umbrales dulces
Y los consuelos de su hogar nativo
Dejan sin pena; en extranjera tierra
Piden á un nuevo sol patria distinta.
Socava el labrador la tierra, en tanto,
Del corvo arado con el recio diente;
Es de aquel año la labor asidua:
Con ella sus ganados y su patria
Y los novillos útiles sustenta.
No vive ni descansa hasta que el año
Rebose en frutos y en robustas crías,
Que la espiga feraz abrume el surco,
Y en sólido montón se apiñe el grano
Y que los hórreos con su peso crujan.
En el Invierno con las anchas prensas
La crasa oliva de Sición se muele:
Vuelven los cerdos de bellotas hartos
Gozosos al establo, dan las selvas
Rojos madroños, y el Otoño cubre

Nec requies, quin aut pomis exuberet annus,
Aut foetu pecorum, aut Cerealis mergite culmi,
Proventuque oneret sulcos, atque horrea vincat.
Venit hiems: teritur Sicyonia bacca trapetis;
Glande sues laeti redeunt; dant arbuta silvae;
Et varios ponit foetus autumnus, et alte
Mitis in apricis coquitur vindemia saxis.
Interea dulces pendent circum osculo nati;
Casta pudicitiam servat domus; ubera vaccae

Toda la tierra con simiente y frutos,
Y en las laderas por el Sol bañadas
De los collados pedregosos y altos,
Se va cociendo la vendimia dulce.
Sus hijos mira el labrador en tanto,
Buscando en derredor sus tiernos besos:
Vive el pudor bajo su honrada choza:
Cuelgan las ubres de sus vacas llenas
De crasa leche, y en la tersa grama
Sus cabritillos, retozando gordos,
Luchan tenaces con sus duros cuernos.
Guarda las fiestas, y en la verde yerba,
Donde la llama del altar reluce,
Y donde llenas hasta el mismo borde,
Junto á la hoguera, sus inmensas copas
Vacian alegres, invocando á Baco:
Ya para el dardo sobre el olmo fijan
Blanco al pastor, y generoso premio,
Ó bien desnudos los nerviosos cuerpos,
En las campestres luchas se ejercitan,

Lactea demittunt; pinguesque in gramine laeto
Inter se adversis luctantur cornibus haedi.
Ipse dies agitat festos, fususque per herbam,
Ignis ubi in medio, et socii cratera coronant,
Te, libans, Lenaee, vocat; pecorisque magistris
Velocis jaculi certamina ponit in ulmo;
Corporaque agresti nudat praedura palaestrae.
Hanc olim veteres vitan coluere Sabini;
Hanc Remus et frater; sic fortis Etruria crevit

Así vivieron en lejanos tiempos
De la Sabinia los robustos hijos,
Y guerrera creció la fuerte Etruria,
Rómulo y Remo y la potente Roma,
Que en sus muros cerró siete colinas;
Así vivieron en antiguos años,
Antes del reino del Cretense Jove,
Antes que impíos, con la roja sangre
De los novillos, la perversa raza
Del hombre osara sustentar la vida:
Saturno, allá en la edad llamada de Oro,
Sobre la tierra así feliz moraba.
No se oyeron entonces las trompetas
Hinchar su voz, ni en el ruidoso yunque
Las espadas forjar para la muerte.
He recorrido dilatados mares,
Y es tiempo ya de desuncir los cuellos
De mis caballos que despiden humo.

Scilicet, et rerum facta est pulcherrima Roma,
Septemque una sibi muro circumdedit arces.
Ante etiam sceptrum Dictaei regis, et ante
Impia quam caesis gens est epulata juvencis,
Aureus hanc vitam in terris Saturnus agebat.
Necdum etiam audierant inflari classica, necdum
Impositos duris crepitare incudibus enses.
Sed nos inmensum spatiis confecimus aequor;
Et jam tempus equum fumantia solvere colla.

LIBRO TERCERO.

También te he de cantar, Pales excelsa,
Y á tí Anfrisio Pastor de fama grande:
También os cantaré, bosques y fuentes
Que ornáis las cimas del Arcadio monte.
Las fábulas que allá en antiguos tiempos
Pudieron cautivar con dulces ritmos
Del vano vulgo la indecisa mente,
Cual moneda de ley no se reciben.
¿Quién de Mycenas no conoce al monstruo
Y de Busiris las infames aras?
¿Quién no ha cantado al bello joven Hylas,
Y á Delos la flotante y á Latona,

LIBER TERTIUS.

Te quoque, magna Pales, et te memorande canemus
Pastor ab Amphryso, vos, silvae, amnesque Lycaei.
Caetera, quae vacuas tenuissent carmine mentes,
Omnia jam volgata: quis aut Eurysthea durum,
Aut illaudati nescit Busiridis aras?
Cui non dictus Hylas puer, et Latonia Delos?
Hippodameque, humeroque Pelops insignis eburno,

A Hipodamia y á Pelops tan nombrada
Ya por su espalda de marfil pulido,
Ya por su ciencia en el difícil arte
De domar el corcel cuando aún es potro?
Quiero probar alguna senda nueva
En la que llegue más glorioso á alzarme
Desde la tierra, y vencedor del tiempo
Mi nombre hacer volar de gente en gente.
Si llego á la vejez seré yo solo
Quien á las Musas, del Ausonio monte,
Traiga á mi Patria tan famosa y rica;
El primero seré que vuelva á Mantua,
Cinta mi sien de inmarcesible lauro;
El primero seré que en sus campiñas
Eleve un Templo de luciente mármol,
Junto á las aguas donde el Mincio lento
Gira entre bosques de parleras cañas.
En medio de mi Templo estará César,
Todo el recinto llenará su gloria,
Y con la pompa de marciales triunfos,

Acer equis? Tentanda via est, qua me quoque possim
Tollere humo, victorque virum volitare per ora.
Primus ego in patriam mecum, modo vita supersit,
Aonio rediens deducam vertice Musas;
Primus Idumaeas referam tibi, Mantua, palmas;
Et viridi in campo templum de marmore ponam
Propter aquam, tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius et tenera praetexit arundine ripas.

Ostentando la púrpura de Tiro,
Que vuelen dejaré, como honra suya,
En la corriente de sus mansas aguas
Cien carros arrastrados por corceles,
Cuatro de frente; al escuchar mi acento,
Los Olímpicos juegos desertando
Y de Moloco los frondentes bosques,
Á disputar vendrá la Grecia toda
El premio en las carreras ó en el cesto.
Yo mismo al vencedor daré la palma,
Adornada mi sien con el follaje
De la rama podada del Olivo:
Ya me imagino ver llegar al Templo
La pompa alegre con pausada marcha,
Y los novillos inmolados miro:
Aparece ante mí la nueva escena
Con sus movibles y vistosos cuadros,
Y vencido el Bretón parece á un tiempo
En silencio mostrar la roja tela
Do su ignominia retratada luce.

In medio mihi Caesar ter, templumque tenebit.
Illi victor ego, et Tyrio conspectus in ostro,
Centum quadriiugos agitabo ad flumina currus.
Cuncta mihi, Alpheum linquens lucosque Molorchi,
Cursibus et crudo decernet Graecia cestu,
Ipse, caput tonsae foliis ornatus olivae,
Dona feram. Jam nunc sollemnes ducere pompas
Ad delubra juvat, caesosque videre juvencos;

Quiero en las puertas de este Templo santo,
En sólido marfil y en oro puro
Esculpir los combates que hacia el Ganges
Tuvo nuestra ciudad, y las victorias
Que obtuvieron las armas de Quirino,
Y el ancho Nilo que en su cauce arrastra,
Hinchando su corriente, infausta guerra,
Y el bronce del navío que en los aires
Cual vistosa columna se levanta.
Las ciudades del Asia sometidas
Añadiré también, y de Nifates
El rechazado pueblo, y aun al Parto
Que sólo espera en la cobarde fuga,
Flechas lanzando con traidora diestra:
Arrancadas por él con ciencia y bríos
Sobre pueblos distintos dos victorias
Y de uno al otro mar llevar triunfante
Dos distintas naciones con su genio.
En blanco mármol de la rica Paros,
Animado de pronto por mi diestra,

Vel scena ut versis discedat frontibus, utque
Purpurea intexti tollant aulaea Britanni.
In foribus pugnam ex auro solidoque elephanto
Gangaridum faciam, victorisque arma Quirini;
Atque hic undantem bello magnumque fluentem
Nilum, ac navali surgentes aere columnas.
Addam urbes Asiae domitas, pulsumque Niphatem,
Fidentemque fuga Parthum versisque sagitis,

Volverá á revivir la raza insigne
De Asáraco inmortal y la gran serie
De los mortales cuyo abuelo es Jove,
El Padre Tros y el bello Cintio Apolo,
Que los cimientos construyó de Troya.
La triste envidia allí tendrá su asiento
Mirando con temor las negras furias
Y el Cocito infernal y las serpientes
Enlazadas de Ixión, su rueda inmensa,
Y la roca que Sísifo no puede
Hacer llegar jamás hasta la cumbre.
Quiero entre tanto á las ligeras Driadas
En los bosques seguir y ser el solo
Que estos senderos no trillados pise;
Quiero, Mecenas, aun con grande esfuerzo,
Cumplir sin murmurar este mandato.
Nada de grande sin tu auxilio emprendo:
Ea, pues, rompe mi pereza larga:
Me llama el Citerón á grandes voces
Y del Taigeto los famosos perros,

Et duo rapta manu diverso ex hoste tropaea,
Bisque triumphatas utroque ab litore gentes.
Stabunt et Parii lapides, spirantia signa,
Assaraci proles, demissaeque ab Jove gentis
Nomina, Trosque parens, et Troiae Cynthius auctor.
Invidia infelix Furias amnemque severum
Cocyti metuet, tortosque Ixionis angues
Immanemque rotam, et non exsuperabile saxum.

Y de Epidauro los domados potros,
Respondiendo á sus voces y relinchos
Los ecos duplicados en los bosques.
Pronto, no obstante, del invicto César
Guerras ardientes cantará mi Musa,
Y haré vivir al héroe tantos años
Cuanto dista Titón, su regio abuelo.
  Ó bien ansiando las Olimpias palmas
Potros eduques que los premios ganen,
Ó ya alimentes vigorosos toros
Para que arrastren los arados fuertes,
Antes elige con afán la Madre:
Es mejor para Madre la que tiene
Torva la vista, la cabeza informe,
Espeso cuello y la papada larga
Que á las pezuñas arrastrando llegue:
Largos sus flancos sin medida ensanchen;
Todo sea inmenso y aun el pie muy grande:
Y por debajo de sus cuernos corvos
Apuntar veas, agitadas siempre,

Interea Dryadum silvas saltusque sequamur
Intactos, tua, Maecenas, haud mollia jussa.
Te sine nil altum mens inchoat. En, age, segnes
Rumpe moras; vocat ingenti clamore Cithaeron,
Taygetique canes, domitrixque Epidaurus equorum;
Et vox assensu nemorum ingeminata remugit.
Mox tamen ardentes accingar dicere pugnas
Caesaris, et nomen fama tot ferre per annos,

Sus dos orejas con profuso vello.
También me gusta la de piel manchada
Y que impaciente se recela al yugo,
Que con sus cuernos amenaza altiva,
La que del toro tiene la arrogancia
Y barre andando, de elevado talle,
Sus propias huellas con su larga cola.
Antes del año diez, después del cuarto,
Gustar puede la vaca el himeneo:
Si más jóvenes son ó más ancianas,
Ni engendran bien, ni pueden con empuje
Arrastrar por los campos el arado.
Cuando la rica juventud rebosa,
Déjalas libres que se acerque el toro:
Á los combates de la alegre Venus
Sé el primero en llevar tu vaca ardiente,
Y una por otra así vas reparando
De su linaje la perpetua raza:
¡Huyen muy pronto los tempranos días
Que corren, sin sentir, para los hombres:

Tithoni prima quot abest ab origine Caesar.
Seu quis, Olympiacae miratus praemia palmae,
Pascit equos, seu quis fortis ad aratra juvencos,
Corpora praecipue matrum legat. Optuma torvae
Forma bovis, cui turpe caput, cui plurima cervix,
Et crurum tenus a mento palearia pendent;
Tum longo nullus lateri modus; omnia magna,
Pes etiam; et camuris hirtae sub cornibus aures.

¡Mira venir con voladores pasos
La triste senectud y la dolencia,
Y al fin nos hiere sin piedad la muerte!
Siempre tendrás en tus establos vacas
Que debas reemplazar por ser ya viejas:
Remonta sin cesar todo el ganado:
Á que muera no esperes, y anualmente
Trata de repoblarlos con acierto.
También insistirás con grande empeño
En la elección de los caballos padres:
Los que destines á aumentar su raza,
Cuando sean potros, cuidadoso guarda.
¡Mira cuál marcha por el llano el potro
De pura raza y arrogante, erguido;
Ve con qué empuje se mantiene en alto
Sobre sus piernas de acerados nervios!
Siempre atrevido á la cabeza marcha,
Pasa el primero la corriente loca
Y en débil puente sin temor confía,
Ni ruido alguno su coraje templa:

Nec mihi displiceat maculis insignis et albo;
Aut juga detractans; interdumque aspera cornu,
Et faciem tauro propior; quaeque ardua tota,
Et gradiens ima verrit vestigia cauda.
Aetas Lucinam justosque pati hymenaeos
Desinit ante decem, post quatuor incipit annos:
Cetera nec foeturae habilis, nec fortis aratris.
Interea, superat gregibus dum laeta juventas,

De alta cerviz y de cabeza enjuta,
De forma estrecha y reducido vientre,
Descarnada la espalda y que su pecho
En recios nervios vigoroso abunde.
Se estiman mucho los caballos tordos
Y el tostado alazán; son más comunes
Los caballos overos y los blancos:
Si un ruido de armas á lo lejos suena,
No sabe el animal estarse quieto,
Tiemblan sus miembros con oreja alerta,
Y resoplando con aliento ardiente
Remueve en su nariz el fuego oculto.
De espesa crin que su derecha espalda
Ondeando cubra con lucientes cerdas:
Doble espinazo por sus lomos corre,
Cava la tierra que temblar parece
Bajo los golpes de su casco duro.
Así enfrenó al indómito Cilaro
El Amiclense Polux que ensalzaron
En su cantar helénicos poetas,

Solve mares; mitte in Venerem pecuaria primus,
Atque aliam ex alia generando suffice prolem.
Optuma quaeque dies miseris mortalibus aevi
Prima fugit; subeunt morbi, tristisque senectus,
Et labor et durae rapit inclementia mortis.
Semper erunt, quarum mutari corpora malis:
Semper enim refice; ac, ne post amissa requiras,
Anteveni, et sobolem armento sortire quotannis,

Y los caballos del divino Marte
Y los que Aquiles enganchó en su carro;
Así también al aire sacudiendo
Su crin fingida, huyó Saturno padre
Al verse sorprendido por su esposa:
Las verdes cimas del Pelión resuenan
Con los relinchos en su fuga tarda.
Mas cuando faltan al caballo bríos
Por mucha edad ó por sus graves males,
Guárdale en casa y mira compasivo
Al triste viejo que se agita en vano;
Para el trabajo de la grata Venus
Es ya de hielo, y un esfuerzo estéril
Busca con ansia, y es igual al fuego
(Si alguna vez le agita este combate)
De estéril paja sin calor ni fuerza.
La raza indaga, edad y cualidades
Del caballo que elijas para padre
Y si sensible teme la derrota
Ó si orgulloso con el triunfo crece.

Nec non et pecori est idem delectus equino.
Tu modo, quos in spem statues submittere gentis
Praecipuum jam inde a teneris impende laborem.
Continuo pecoris generosi pullus in arvis
Altius ingreditur, et mollia crura reponit;
Primus et ire viam, et fluvios tentare minaces
Audet, et ignoto sese conmittere ponti,
Nec vanos horret strepitus. Illi ardua cervix,

¿No ves cuán raudos las distancias cortan
En la carrera los chispeantes carros,
Y todos juntos, las barreras salvas,
En polvo envueltos por los campos vuelan?
¡Cómo al mancebo la esperanza agita
De la victoria, cual su pecho late
Humillado al mirarse en la derrota!
Látigos corvos los caballos instan,
Largan las riendas é inclinando el cuerpo
Hacia adelante, con aliento canso,
Volar los hacen conocidas voces:
Rápido rueda chispeando el eje:
Ya cabizbajos, ya con cuello erguido,
Por el espacio remontar parecen
Arrebatados por oculto aliento,
Y que perdidos en el aire vuelan.
Ni incierta tregua, ni el menor descanso:
De sucia arena remolino obscuro
La vista enturbia: y el soplido ardiente,
Y brasa espuma las espaldas mojan

Argutumque caput, brevis alvus, obesaque terga;
Luxuriatque toris animosum pectus. Honesti
Spadices, glaucique; color deterrimus albis,
Et gilvo. Tum, si qua sonum procul arma dedere,
Stare loco nescit, micat auribus, et tremit artus,
Collectumque fremens volvit sub naribus ignem.
Densa juba, et dextro jactata recumbit in armo.
At duplex agitur per lumbos spina; cavatque

Del que venciendo toca ya á la meta,
Por los que siguen con ansioso anhelo.
¡Tanta es el ansia de obtener el triunfo;
Á tanto excita la ambición de gloria!
Ericton fué quien inventó los carros,
Y á uncir de frente se atrevió el primero
Cuatro caballos en veloces ruedas;
Clavados en el lomo del caballo
Sostiénense arrogantes los Lapitas;
Le obligan con tesón y suave impulso
Al duro freno y á las vueltas varias,
Bajo las armas á botar ardientes
Y á recoger sus miembros braceando.
Ambos trabajos son por cierto duros,
Y el ganadero busca con empeño
Vivo y ardiente y corredor caballo,
De pura sangre, y si carece de ella
No esperes nada de su inútil fuego,
Aunque cien veces perseguido hubiere
Al enemigo desbandado huyendo,

Tellurem et solido graviter sonat ungula cornu.
Talis Amyclaei domitus Pollucis habenis
Cylarus, et, quorum Graji meminere poetae,
Martis equi bijuges, et magni currus Achillis.
Talis et ipse jubam cervice effudit equina
Conjugis adventu pernix Saturnus, et altum
Pelion hinnitu fugiens implevit acuto.
Hunc quoque, ubi aut morbo gravis, aut jam segnior annis

Ya del Epiro ó de Micenas venga
Ó del tridente de Neptuno mismo.
No olvides nunca mis preceptos sabios,
Y atento á la estacion más conveniente,
Cual mayoral solícito procura
Con pingües pastos engordar al toro
Que elijas para padre y como guía:
Yerbas muy tiernas para pienso corta,
Las puras aguas del corriente arroyo
Trae á su alcance y abundante harina,
Por temor siempre de que, mal nutrido,
Á los trabajos de la grata Venus
Débil sucumba, y que la casta entera
No se resienta por el padre exhausto.
Todo por el contrario se permite
Para tratar de enflaquecer las madres;
Y así que el ansia voluptuosa excita
Los probados ardores del deseo,
Aléjalas del pasto y de las fuentes;
Á menudo también se las fatiga

Deficit, abde domo, nec turpi ignosce senectae.
Frigidus in Venerem senior, frustraque laborem
Ingratum trahit; et, si quando ad proelia ventum est,
Ut quondam in stipulis magnus sine viribus ignis,
Incassum furit. Ergo animos aevumque notabis
Praecipue; hinc alias artes, prolemque parentum,
Et quis cuique dolor victo, quae gloria palmae.
Nonne vides, quum praecipite certamine campum

Haciéndolas al sol correr gran trecho,
Cuando se baten las trilladas mieses,
Y ya voltean las livianas pajas
Llevadas por el viento hasta las nubes.
Se trata así á las madres por recelos
De que engruesen demás y no se estreche
El campo genital y á un tiempo absorba
Vida fecunda el escondido seno,
Y que de Venus por demás sedientas
Con amor beban su risueño germen,
Y que penetre sus ocultas vías.
Cuando el cuidado con el padre cesa,
El que reclaman las preñadas madres
Llega á su vez: cuando en los altos meses
Vagan paciendo con molesta carga,
Que jamás tiren de pesados carros,
Ni que retocen, ni que inquietas huyan
Por las praderas, ni que salten setos,
Ni que nadando las corrientes pasen
De bullente rumor, sino que en prados

Corripuere, ruuntque effusi carcere currus,
Quum spes arrectae juvenum, exultantiaque haurit
Corda pavor pulsans? illi instant verbere torto,
Et proni dant lora; volat vi fervidus axis;
Jamque humiles, jamque elati sublime videntur
Aera per vacuum ferri, atque assurgere in auras;
Nec mora, nec requies; at fulvae nimbus arenae
Tollitur; humescunt spumis flatuque sequentum:

De fresca yerba solitarias pazcan,
Junto á los ríos que desborden suaves,
Donde haya musgos y ribazos verdes
Y un antro obscuro de accesible entrada.
Hay en los bosques que circunda el Sílaro
Y en las encinas del poblado Alburno
Un negro insecto que se llama *asilo*,
Y *œstron*, en griego traducido el nombre;
De tales moscas el terrible enjambre
Atruena el aire con zumbidos secos;
Huye el ganado temeroso al monte,
Y por las selvas sus bramidos suenan:
Tiemblan los bosques, se estremece el aire
Y las orillas del Tanagro seco:
Con este monstruo la celosa Juno
Cebó sus iras en la Inaquia virgen.
Haz que no irrite á las preñadas vacas:
Porque en la fuerza del ardiente estío
Más bravo alienta, tu ganado sólo
Á pacer guía cuando el sol apunte

Tantus amor laudum, tantae est victoria curae!
Primus Erichthonius currus et quatuor ausus
Jungere equos, rapidusque rotis insistere victor.
Frena Pelethronii Lapithae gyrosque dedere
Impositi dorso, atque equitem docuere sub armis
Insultare solo, et gressus glomerare superbos.
Aequus uterque labor; aeque juvenemque magistri
Exquirunt, calidumque animis, et cursibus acrem,

Por las mañanas, ó cuando el lucero
Brillante anuncia la cercana noche.
Y cuando hubieren dado á luz las madres,
Á los terneros afanoso acude:
Al punto marca con candente hierro
Su terso lomo por saber la casta,
Al que destinas á servir de padre,
Y al que reservas como sacra ofrenda,
Los que te ayuden á rajar el suelo
Y á revolver los apretados tormos
Y que de tierra los pellones rompan,
Mientras los otros en el prado huelguen.
Á los que quieras dedicar al campo,
Á la labor y á su trabajo agreste,
Empieza ya á excitarlos de becerros,
É insiste en el trabajo de domarlos,
Cuando conservan su ignorancia dócil
Y su mudable condición temprana.
Empieza por atar como una prueba
Collar flotante de ligero mimbre

Quamvis saepe fuga versos ille egerit hostes,
Et patriam Epirum referat, fortesque Mycenas,
Neptunique ipsa deducat origine gentem.
His animadversis, instant sub tempus, et omnes
Inpendunt curas, denso distendere pingui,
Quem legere ducem, et pecori dixere maritum;
Florentesque secant herbas, fluviosque ministrant,
Farraque, ne blando nequeat superesse labori,

A su cerviz, cuando sus anchas frentes
El primer yugo á sostener alcancen.
Unce al testuz unos parejos toros,
Y juntos anden con acorde paso.
Y cuando apenas el ingrato polvo
Huellen, un carro arrastrarán vacío.
Luego ya puedes á tu par robusto
Uncir á un carro de ligeras ruedas
Que haga crujir la poderosa carga.
Al intranquilo choto no des sólo
Grama menuda y pegajosos sauces
Por alimento, ni lagúneas ovas:
Sólo para ellos las espigas guarda
Que cogieres tú mismo con la mano;
Ni al uso antiguo por costumbre llenes
De crasa leche tus groseros tarros,
Deja que cuelguen sus robustas ubres,
Y que el ternero retozón las vacie.
Mas si prefieres el criar tus potros
Para que formen escuadrones duros

Invalidique patrum referant jejunia nati.
Ipsa autem macie tenuant armenta volentes;
Atque, ubi concubitus primos jam nota voluptas
Sollicitat, frondesque negant, et fontibus arcent;
Saepe etiam cursu quatiunt, et sole fatigant,
Quum graviter tunsis gemit area frugibus, et quum
Surgentem ad Zephyrum paleae jactantur inanes.
Hoc faciunt, nimio ne luxu obtusior usus

En las batallas de sangriento empuje,
Ó hacer que arrastren polvorosas ruedas
Por las orillas del risueño Alfeo,
Ó que de carros chispeantes tiren
En el sacro encinar, á Jove grato,
Acostumbra tus potros á las armas,
Al ruido incierto del clarín vibrante,
Al rechinar de las grasientas ruedas
Y al retintín del acerado freno:
Que de su dueño cariñosos busquen
Los elogios oir, y que relinchen
Al sentir las palmadas en su cuello.
Quiero que apenas destetado el potro
Á tus lecciones presuroso atienda
Y que venga por sí con dócil prisa,
Inexperto como es, temblón y aun débil,
Á presentar su boca al tosco freno.
Cumplidos ya los tres y entrado el cuarto,
Que empiece en picadero á dar sus vueltas
Y hacer sonar en bien dispuestas gradas,

Sit genitali arvo, et sulcos oblimet inertes;
Sed rapiat sitiens Venerem, interiusque recondat.
  Rursus cura patrum cadere, et succedere matrum
Incipit. Exactis gravidae quum mensibus errant,
Non illas gravibus quisquam juga ducere plaustris,
Non saltu superare viam sit passus, et acri
Carpere prata fuga, fluviosque innare rapaces.
Saltibus in vacuis pascunt, et plena secundum

Alternando á la vez, sus cuatro remos,
Cual si cavara endurecida tierra:
Compita en la carrera con el viento,
Volando libre por extensos llanos,
Y sacudiendo la humillante brida,
Toque apenas la tierra con sus remos,
Que parecen más bien ligeras alas:
Igual al Aquilón que recogiendo
Su fuerte soplo, con furor se arroja,
Trayendo de las cumbres hiperbóreas
De la Escitia inclemente los turbiones
Y los secos nublados del invierno:
Dobladas por su aliento las espigas
Retiemblan suavemente en las llanuras:
Cruje la selva que corona el monte,
Y huyen las olas con afán buscando
La seca orilla do se tienden mansas;
Vuela él entonces y en su marcha barre
Mares y bosques con presteza loca.
Así domado con tesón el potro

Flumina: muscus ubi, et viridissima gramine ripa,
Speluncaeque tegant, et saxea procubet umbra.
Est lucos Silari circa ilicibusque virentem
Plurimus Alburnum volitans, cui nomen asilo
Romanum est, oestrum Graji vertere vocantes;
Asper, acerba sonans; quo tota exterrita silvis
Diffugiunt armenta; furit mugitibus aether
Concussus, silvaeque et sicci ripa Tanagri.

Revolver le verás la Olimpia meta,
Ó nadando en sudor correr el campo:
Sangrienta espuma de sus labios fluye,
Ó bien doblando su arqueado cuello
Tira del Carro Belga en los combates.
Sólo después de haber domado el potro,
Debes dejar que en grasa se alimente,
Robusto crezca y corpulento ensanche:
Porque cobrando demasiados bríos,
Aunque sujetos, de las fustas huyen,
Se encabritan briosos relinchando,
Y batallan tenaces con el freno.
No hay ciertamente más seguro modo
Para afinar las fuerzas del novillo
Ó del caballo, á quien agrada tanto,
Como apartarles de las vanas hembras
Y del tormento del amor naciente.
Sólo por esto se relega al toro
En solitarias y lejanas dehesas,
Detrás de un monte ó de anchuroso río,

Hoc quondam monstruo horribiles exercuit iras
Inachiae Juno pestem meditata juvencae.
Hunc quoque, nam mediis fervoribus acrior instat,
Arcebis gravido pecori, armentaque pasces
Sole recens orto, aut noctem ducentibus astris.
Post partum cura in vitulos traducitur omnis;
Continuoque notas et nomina gentis inurunt,
Et quos aut pecori malint submittere habendo,

O se les tiene en bien dispuestas cuadras
Junto á pesebres de abundante pasto,
Porque la vista de las hembras siempre
Les quita fuerza, y en amor se abrasan
Y olvidan ciegos las jugosas yerbas
Y no recuerdan los umbrosos bosques.
Sucede á veces que la vaca obliga
Con sus caricias á un combate duro
Á sus amantes con terribles armas:
Y mientras pace sosegada y sola
En los extensos Apeninos bosques,
Ellos se incitan con bramidos sordos,
Duro combate con sus cuernos traban,
Hiérense ciegos redoblando golpes,
Negruzca sangre de sus flancos brota,
Ligan sus frentes y sus cuernos crujen,
Fieros bramidos prolongando el bosque
Hasta el Olimpo por los aires llegan.
Ni se vió nunca que los dos que riñen
Puedan vivir en un común establo;

Aut aris servare sacros, aut scindere terram
Et campum horrentem fractis invertere glebis;
Coetera pascuntur virides armenta per herbas.
Tu quos ad studium atque usum formabis agrestem,
Jam vitulos hortare, viamque insiste domandi,
Dum faciles animi juvenum, dum mobilis aetas.
Ac primum laxos tenui de vimine circlos
Cervici subnecte; dehinc, ubi libera colla

Huye el vencido y á lejanos climas
Marcha confuso, lamentando siempre
Del vencedor los inhumanos golpes.
Su amor perdido sin venganza, siente:
Por vez postrera sus establos mira,
Y el reino deja do imperó su abuelo.
Procura en tanto duplicar sus bríos,
Y por la noche sobre la pendiente
De áspera roca se recuesta insomne;
Pace tan sólo cuando apunta el día
Agrestes cardos y espinosos juncos.
Hace sus pruebas, y topando el tronco
Duro del árbol, con empuje ciego
Embiste al aire do se pierde el golpe;
De sucio polvo levantando nubes
Con sus pezuñas que la tierra escarban,
Á nueva liza con ardor se apresta:
Cuando recobra su vigor perdido,
Mueve su enseña y al combate acude,
Y presuroso con furor embiste

Servitio assuerint, ipsis e torquibus aptos
Junge pares, et coge gradum conferre juvencos;
Atque illis jam saepe rotae ducantur inanes
Per terram, et summo vestigia pulvere signent:
Post valido nitens sub pondere faginus axis
Instrepat, et junctos temo trahat aereus orbis.
Interea pubi indomitae non gramina tantum,
Nec vescas salicum frondes, ulvamque palustrem,

Á su enemigo que olvidado pace.
Así en el mar se ven venir las olas,
Ensanchando sus pliegues espumosos
Desde muy lejos, y la orilla lamen:
Chocan rugiendo en la desnuda roca,
Y amenazando con su inmensa mole,
Blanquizcas se hunden salpicando en torno:
Hierven los fondos ciegos de los mares,
Y de su seno en borbotones lanzan
Negras arenas que en la playa cubren
De las corrientes al reflujo manso.
Es indudable que la especie toda
De hombres y fieras, peces y ganados,
De aves pintadas de colores vivos,
Sienten los fuegos del amor que hierve,
Y en sus furores con placer se abrasan.
Siempre es amor igual en cuanto vive:
Nunca más fiera y más de sangre hambrienta,
Sus cachorrillos olvidando, corre
Por los desiertos la feroz leona;

Sed frumenta manu carpes sata. Nec tibi fetae,
More patrum, nivea implebunt mulctralia vaccae,
Sed tota in dulces consument ubera natos.
Sin ad bella magis studium turmasque feroces,
Aut Alphea rotis praelabi flumina Pisae,
Et Jovis in luco currus agitare volantes:
Primus equi labor est, animos atque arma videre
Bellantum, lituosque pati, tractuque gementem

Nunca sembraron los informes lobos
En densos bosques tan rabioso estrago;
Nunca es más fiero el jabalí, ni el tigre
Agita hambriento su sanguínea boca.
¡Ay del que entonces los desiertos cruce,
Solo y osado, de la ardiente Libia!
¿No ves los miembros agitarse locos
De los caballos, si tan sólo el viento
Trae á su alcance de lejanos sitios
El olor siempre de la yegua grato?
No sirve entonces del jinete el freno,
Ni los escollos, ni sangrienta espuela,
Ni los torrentes, ni impetuosos ríos
Que de los montes la parcela arrastran.
De la Sabinia el jabalí temible
Se precipita y su colmillo aguza;
La tierra escarba con sus pies velludos,
Frota su cuerpo contra el árbol recio,
Y á las heridas endurece el lomo.
Mas ¿qué no emprende el atrevido joven,

Ferre rotam, et stabulo frenos audire sonantes;
Tum magis atque magis blandis gaudere magistri
Laudibus, et plausae sonitum cervicis amare.
Atque haec jam primo depulsus ab ubere matris
Audeat, inque vicem det mollibus ora capistris
Invalidus, etiamque tremens, etiam inscius aevi.
At, tribus exactis, ubi quarta accesserit aestas,
Carpere mox gyrum incipiat, gradibusque sonare

Cuando en sus huesos el amor enciende
Ardientes llamas? En la noche obscura,
Solo, atraviesa de la mar los senos
Que la tormenta con el viento agita:
Truena del cielo la sublime puerta
Sobre su frente, retumbando el eco
Del estallido que la mar produce
Al estrellarse entre las verdes rocas:
Ni de su madre que le implora en llanto,
Ni de la virgen que la angustia mata,
Si él muere incauto, los lamentos oye.
¿Cuál no es la furia del osado lince
Y de la raza de los sucios perros
Y aun de los lobos; ¿qué batallas mueven
Tímidos ciervos entre sí luchando?
Mas en lo intenso del amor no iguala
Nadie á las yeguas: fué la misma Venus
Quien inspirando sus furores ciegos,
Hizo rajaran con sus toscos dientes
De Glauco Potnio los hermosos miembros

Compositis, sinuetque alterna volumina crurum;
Sitque laboranti similis; tum cursibus auras,
Tum vocet, ac per aperta volans, ceu liber habenis,
Aequora, vix summa vestigia ponat arena:
Qualis Hyperboreis Aquilo quum densus ab oris
Incubuit, Scythiaeque hiemes atque arida differt
Nubila: tum segetes altae campique natantes
Lenibus horrescunt flabris, summaeque sonorem

Las cuatro yeguas que arrastraban libres
Su veloz carro por pintados bosques.
Él las impele á traspasar el Gárgara,
De la indolente Misia en las regiones,
Y las corrientes del ruidoso Ascanio;
Trepan los montes, y nadando suben
Los anchos ríos, y en el mismo instante
Que sienten en sus venas fuego ardiente,
Cuando el calor retorna en primavera
Derramando en sus miembros nueva vida,
Se posan fieras sobre rocas altas,
Y abriendo con afán ansiosas bocas,
Hacia el poniente donde reina el Céfiro
Sorben gozosas su amoroso aliento,
Y muchas veces las fecunda el aire
¡Cuento admirable! por su fuerza propia:
Huyen entonces por los crespos montes,
Por entre rocas y profundos valles:
Nunca á do sopla el Euro blandamente,
Sino á las playas donde nace el Cauro,

Dant silvae, longique urguent ad litora fluctus:
Ille volat, simul arva fuga, simul aequora verrens.
Hic vel ad Elei metas et maxuma campi
Sudabit spatia, et spumas aget ore cruentas;
Belgida vel molli melius feret esseda collo,
Tum demum crassa magnum farragine corpus
Crescere, jam domitis, sinito; namque ante domandum
Ingentes tollet animos, prensique negabunt

El Austro negro é inclemente Bóreas,
Y hacia los sitios donde el crudo invierno
Atrista el cielo con sus lluvias frías.
Destila entonces de su ardiente flanco
Lo que Hipomanes los pastores llaman,
Que es un veneno muy seguro y lento
Que las madrastras á menudo cogen
Para mezclarlo con impuras yerbas
Y con palabras de fatal agüero.
En tanto se desliza el tiempo breve,
Embebecidos en hablar de amores,
É irreparables los momentos corren.
Basta lo dicho del ganado grande:
De las ovejas de vellones finos
Y de las cabras con sus cerdas duras
Cómo se tratan, os diré, en los pastos.
Para vosotros, campesinos rudos,
Es fatigoso; mas podéis á un tiempo
Grandes provechos obtener y gloria.
Ni se me oculta cuán difícil sea

Verbera lenta pati et duris parere lupatis.
Sed non ulla magis vires industria firmat,
Quam Venerem et caeci stimulos avertere amoris,
Sive boum, sive est cui gratior usus equorum.
Atque ideo tauros procul atque in sola relegant
Pascua, post montem oppositum, et trans flumina lata
Aut intus clausos satura ad praesepia servant.
Carpit enim vires paullatim uritque videndo

Con bello estilo levantar airoso
Leve materia y celebrarla en versos;
Pero conozco que un encanto suave
Á las desiertas cimas del Parnaso
Me arrastra á mi pesar: por su alto cerro
Quiero trepar donde mortal ninguno
Antes que yo plantó su pie atrevido,
En los repechos que risueños llevan
Hasta la fuente de Castalia pura:
Ahora es el tiempo, veneranda Pales,
De que resuene con vigor mi acento.
Quiero al principio ver á tus ovejas,
Bajo el templado techo del establo,
Alimentarse de segada yerba,
Hasta que torne con sus nuevas flores
La Primavera, y plácidos manojos
Tiendas de helecho por la tierra blanda,
Para evitar que al corderillo tierno
Dañe la helada, y ásperos los fríos
Del crudo invierno, que consigo arrastra

Femina; nec nemorum patitur meminisse, nec herbae.
Dulcibus illa quidem illecebris et saepe superbos
Cornibus inter se subigit decernere amantes.
Pascitur in magna sylva formosa juvenca:
Illi alternantes multa vi proelia miscent
Vulneribus crebris; lavit ater corpora sanguis,
Versaque in obnixos urguentur cornua vasto
Cum gemitu; reboant silvaeque et longus Olympus.

La torpe sarna, y la asquerosa gota
No le incomode y se propague en torno:
Quiero también que cojas verdes ramos,
Do cuelguen hojas del madroño tiernas,
Para tus cabras, y que frescas aguas
Tengan á mano de un parlero arroyo:
Libra á tu establo del helado Norte,
Y tenle siempre expuesto al Mediodía,
Y en los rediles tu ganado encierra
Hasta que duros los inviernos pasen
Y que el Acuario, ya en su eclipse, riegue
El año entrante con fecundas lluvias.
También la cabra pide igual cuidado
Y puedes sacar de ella gran provecho:
No dan por cierto la Milesia lana
Que en valor crece si de Tiria púrpura
Tiñes con maña los vellones finos:
No dan tan sólo retozonas crías,
Sino que abunda más su rica leche:
Cuantos más saques de sus anchas ubres,

Nec mos bellantes una stabulare: sed alter
Victus abit, longeque ignotis exsulat oris;
Multa gemens ignominiam plagasque superbi
Victoris, tum quos amisit inultus, amores;
Et stabula adspectans regnis excessit avitis.
Ergo omni cura vires exercet, et inter
Dura jacet pernox instrato saxa cubili,
Frondibus hirsutis et carice pastus acuta;

En toscos cantarillos espumando,
Blancos raudales de grasiento jugo
Correrán tanto más entre tus dedos:
Caen sin embargo la nevada barba
Y largas cerdas del Cabrón de Libia
Bajo los filos de sutil tijera:
Cubre al soldado su tejido tosco
Y á los marinos en la mar resguarda.
Ellas en tanto marchan á los bosques
Y á los declives del Arcadio monte,
En donde pacen erizadas zarzas,
Recios jarales que entre peñas brotan:
Ya por sí solas diligentes buscan
Sus anchas cuadras, los cabritos tiernos
Llevando en pos y con tan crasa leche
Que con las ubres en las puertas rozan;
Ten gran cuidado que la dura escarcha
No las moleste, ni los vientos fríos:
Tanto más debes prevenir los males,
Cuanto que en ellas los instintos faltan:

Et tentat sese, atque irasci in cornua discit
Arboris obnixus trunco, ventosque lacessit
Ictibus, et sparsa ad pugnam proludit arena.
Post, ubi collectum robur viresque refectae,
Signa movet, praecepsque oblitum fertur in hostem:
Fluctus uti medio coepit quum albescere ponto,
Longius ex altoque sinum trahit; utque, volutus
Ad terras, immane sonat per saxa, neque ipso

Dales profuso y sazonado pasto
De tierna rama y de jugosa yerba,
Y mientras reine la neblina opaca,
Abierto deja tu granero lleno.
Mas cuando el aura con su soplo suave
Llama al Estío, deja á tus rebaños
Correr los pastos y vagar por bosques:
Cuando la estrella matutina apunte
Coge los campos: la mañana es fresca,
Blanco aún el césped con vistosa escarcha;
Grata es entonces la menuda yerba,
Y deleitosa al retozón ganado.
Si en la hora cuarta del verano ardiente
En muda calma yace el orbe entero
Y el labio seca la sedienta angustia,
Cuando molesta con chillonas quejas
Entre las ramas la locuaz cigarra,
Lleva tus reses al vecino pozo
Ó á los estanques de profundo seno,
De donde mane la sutil corriente

Monte minor procumbit; at ima exaestuat unda
Verticibus, nigramque alte subjectat arenam.
Omne adeo genus in terris hominumque ferarumque,
Et genus aequoreum, pecudes, pictaeque volucres,
In furias ignemque ruunt: amor omnibus idem.
Tempore non alio catulorum oblita leaena
Saevior erravit campis; nec funera vulgo
Tam multa informes ursi stragemque dedere

Por las canales de madera tosca.
Ponte al cubierto cuando medie el día,
De añejo roble so la espesa copa
Que sus ramajes por los aires tienda,
Ó en los profundos bosques de carrascas
Que con su sombra la floresta cubren.
Que hacia la tarde tu ganado beba,
Y al sol poniente que de nuevo paste,
Cuando el ambiente templa el vésper frío
Y á las florestas da vigor la luna
Con el rocío que la planta nutre;
Cuando en la orilla cantan los alciones
Y el jilguerillo en las tupidas matas.
De los pastores de la ardiente Libia
¿Qué he de decir en estos versos toscos,
Y de sus pobres y ligeras chozas?
Noches y días y continuos meses
Pasa el ganado sin abrigo alguno,
Mustio balando, vacilante y flojo.
Largos desiertos angustioso corre,

Per silvas; tum saevus aper, tum pessima tigris.
Heu! male tum Libyae solis erratur in agris.
Nonne vides, ut tota tremor pertentet equorum
Corpora, si tantum notas odor attulit auras?
Ac neque eos jam fraena virum, neque verbera saeva,
Non scopuli rupesque cavae, atque objecta retardant
Flumina, correptos unda torquentia montes
Ipse ruit dentisque Sabellicus exacuit sus,

Vaga sin chozas por el campo seco:
¡Tal es lo inmenso de tan tristes llanos!
Lleva el pastor en esta tierra siempre
Su perro fiel y su ligera choza,
Su dura aljaba y sus penates caros,
Como el romano infante que camina
Fiero y osado bajo toscas armas,
No siente el peso que su cuerpo abruma,
Y antes que espere el enemigo astuto,
Los pabellones á su vista planta.
No es la costumbre en el Escitio pueblo
Ni en las orillas del Meotis lago,
Donde el Danubio amarillento corre
De sucia arena en la fangosa madre,
Donde las cimas del Rodope tocan
Al Polo Norte con declives varios,
No es la costumbre en este rudo pueblo,
Como en los climas de la ardiente Libia;
Tiene encerrado en las profundas cuadras
Siempre el pastor á su ganado dócil,

Et pede prosubigit terram, fricat arbore costas,
Atque hinc atque illinc humeros ad volnera durat.
Quid juvenis, magnum cui versat in ossibus ignem
Durus amor? Nempe abruptis turbata procellis
Nocte natat caeca serus freta; quem super ingens
Porta tonat coeli, et scopulis illisa reclamant
Aequora; nec miseri possunt revocare parentes
Nec moritura super crudeli funere virgo.

Pues ni tapiza yerba alguna el suelo,
Ni ornan el árbol sus vistosas hojas:
Yace la tierra informe y se adormece
Bajo montones de compacto hielo,
Que á más de siete codos se levantan.
Siempre es invierno: siempre el Euro arroja
Con duro aliento disolvente frío.
Nunca disipa el sol la parda bruma,
Ni cuando llega al alto de los cielos
Por sus caballos arrastrado el carro,
Ni cuando baña el mar su disco rojo.
El duro hielo se condensa al punto
Y la corriente vigorosa corta,
Y pronto el paso de ferradas ruedas
Sólida siente su compacta capa:
Hace un momento que sus ondas suaves
Daban gustosas hospedaje al buque,
Hora las ruedas sufre de los carros.
Mira al metal rajarse por el frío,
Y los vestidos sobre el cuerpo duros;

Quid lynces Bacchi variae, et genus acre luporum
Atque canum? quid, quae imbelles dant proelia cervi?
Scilicet ante omnis furor est insignis equarum;
Et mentem Venus ipsa dedit, quo tempore Glauci
Potniades malis membra absumpsere quadrigae.
Illas ducit amor trans Gargara, transque sonantem
Ascanium; superant montes, et flumina tranant.
Continuoque, avidis ubi subdita flamma medullis,

Rómpese el vino que condensa el hielo
Con fuertes hachas, y por todas partes
Ves convertirse en mágicos cristales
Las tersas aguas del dormido lago,
Y aun se endurecen las pobladas barbas,
Y las erizan las pendientes gotas.
No cesa en tanto de nevar con vientos:
Muere el ganado, y en el blanco monte
Míranse hundidos corpulentos bueyes
Que esparramados entre el hielo yacen:
Vese de ciervos la gentil manada
Hundirse en nieve que sus cuerpos cubre,
Y entumecidos sus esbeltos miembros,
Sólo la punta de sus astas brilla:
No les acosan fatigosos perros,
Ni se les tienden engañosas redes,
Ni amedrentados por las rojas plumas
Huyen variando su veloz carrera;
Pero de cerca con el hierro heridas
En vano luchan, destrozado el pecho,

Vere magis, quia vere calor redit ossibus, illae
Ore omnes versae in Zephyrum stant rupibus altis,
Exceptantque leves auras; et saepe sine ullis
Conjugiis, vento gravidae (mirabile dictu)
Saxa per et scopulos et depressas convalles
Diffugiunt; non, Eure, tuos, neque Solis ad ortus,
In Boream Caurumque, aut unde nigerrimus Auster
Nascitur, et pluvio contristat frigore coelum.

Con la montaña de profunda nieve
Que el paso corta: doloridos braman,
Mas no por eso escapan de la muerte,
Que el cazador, cargándole en sus hombros,
Vuelve al hogar con algazara loca.
Pasan en hondas cuevas estas gentes
Vida tranquila sin temor ni celos:
Troncos de encinas y gigantes robles
En los lagares con afán apilan
Y entre las llamas los consumen luego.
Pasan jugando las eternas noches,
Vertiendo en copas un picante jugo
Hecho de trigo y de salvaje cepa,
Único vino de tan pobre suelo:
Así en las zonas hiperbóreas vive
Libre y salvaje una potente raza,
Por duros vientos sin cesar batida
Que de las cimas del Rodope soplan;
Cubren tan sólo sus fornidos miembros
Manchadas pieles de espantosas fieras.

Hic demun, hippomanes vero quod nomine dicunt
Pastores, lentum destillat ab inguine virus;
Hippomanes, quod saepe malae legere novercae,
Miscueruntque herbas et non innoxia verba.
Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus,
Singula dum capti circumvectamur amore.
Hoc satis armentis. Superat pars altera curae,
Lanigeros agitare greges hirtasque capellas.

Mas si á tus lanas afanoso atiendes,
Con tu rebaño de las zarzas huye,
De los abrojos y punzantes matas;
Huye también los substanciosos pastos,
Y blanca oveja cuidadoso escoge
De sedoso vellón luciente y fino:
Pues aunque fuera tu carnero blanco,
Si entre sus dientes húmedos notares
Paladar negro, teme que contagien
Obscuros tintes su naciente prole:
Déjale al punto, y busca en la llanura,
Donde esparcidas tus ovejas miro,
Padre más útil para tus corderos.
Dicen que al brillo del vellón nevado
(Si es lícito creer tan raro cuento)
Rindió á su antojo, bienhechora luna,
Tu pecho, el dios de la risueña Arcadia;
Con su brillo tu vista fascinando,
Te atrajo al fondo del espeso bosque...
Y tú no despreciaste al que imploraba.

Hic labor; hinc laudem fortes sperate coloni.
Nec sum animi dubius, verbis ea vincere magnum
Quam sit, et angustis hunc addere rebus honorem.
Sed me Parnasii deserta per ardua dulcis
Raptat amor. Juvat ire jugis, qua nulla priorum
Castaliam molli devertitur orbita clivo.
Nunc, veneranda Pales, magno nunc ore sonandum.
Incipiens stabulis edico in mollibus herbam

Mas si prefieres que grasienta leche
Den tus ovejas, con profusa mano,
Lleva al establo donde mansas yacen
Citiso y loto y más saladas yerbas:
Buscan entonces con placer el agua;
Con más rigor se tenderán sus ubres,
Tomando el gusto de la sal la leche.
Muchos impiden, cuando ya crecido,
Al cabrito el acceso de la madre,
De fino alambre sujetando un bozo
Sus tiernas bocas avarientas siempre.
Cuajar harás la leche en alta noche,
Si ordeñaste temprano en la mañana,
Y la que saques en la obscura tarde,
En canastillos guárdala de mimbres,
Hasta que el rayo matinal apunte,
Y entonces el pastor la lleva al pueblo,
Ó solándola bien la guarda en tarros,
Previsor por demás, para el invierno.
No dejes para lo último el cuidado

Carpere oves, dum mox frondosa reducitur aestas;
Et multa duram stipula filicumque maniplis
Sternere subter humum, glacies ne frigida laedat
Molle pecus, scabiemque ferat turpesque podagras.
Post hinc digressus jubeo frondentia capris
Arbuta sufficere, et fluvios praebere recentes;
Et stabula a ventis hiberno opponere soli
Ad medium conversa diem, quum frigidus olim

De los perros que guardan tus ovejas:
Con pingüe torta de grasiento suero
Nutre al cachorro corredor de Epiro
Y al moloso feroz, mastín temible:
No temas nunca con tan listos guardas
Al nocturno ladrón en tus establos,
Ni sorpresas terribles de los lobos,
Ni que el feroz bandido de la Iberia
Astuto te acometa por la espalda:
Á menudo también á la carrera
Podrás forzar los tímidos onagros
Y con perros correr gamos y liebres:
También arrojarás con los ladridos
Al duro jabalí de sus guaridas
Cenagosas y agrestes, y acosando
Con algazara al temeroso ciervo,
Le verás en la red topar incauto.
En tus establos á menudo quema
Cedro oloroso y con ardientes humos
De Gálbano persigue encarnizado

Jam cadit extremoque irrorat Aquarius anno.
Hae quoque non cura nobis leviore tuendae;
Nec minor usus erit, quamvis Milesia magno
Vellera mutentur Tyrios incocta rubores.
Densior hinc soboles, hinc largior copia jactis.
Quam magis exhausto spumaverit ubere mulctra,
Laeta magis pressis manabunt flumina mammis.
Nec minus interea barbas incanaque menta

Á las dañosas y molestas sierpes.
Bajo pesebres de inmovible asiento
La víbora fatal se esconde astuta,
Huyendo de la luz amedrentada,
Ó la culebra á quien agrada mucho
Estar bajo cubierto y á la sombra,
Se introduce furtiva, y su veneno
Infecta de continuo los ganados,
Haciendo allí segura su morada.
Con la mano, pastor, coge una piedra
Ó robusto bastón de leña dura:
Levántase el reptil amenazante
Erizando su cuello y su cabeza;
Furiosa silba su garganta hinchada:
Arrójate sobre él; hiere inclemente:
Huye ella entonces, su cabeza oculta;
Mas de su cuerpo los tortuosos aros
Y los anillos de su cola informe
Se arrastran lentamente en la agonía.
De la Calabria en las opacas selvas

Cinyphii tondent hirci saetasque comantes
Usum in castrorum, et miseris velamina nautis.
Pascuntur vero silvas, et summa Lycaei,
Horrentesque rubos, et amantes ardua dumos;
Atque ipsae memores redeunt in tecta, suosque
Ducunt, et gravido superant vix ubere limen.
Ergo omni studio glaciem ventosque nivales,
Quo minor est illis curae mortalis egestas,

Se encuentra á veces venenosa sierpe,
Que revolviendo su escamosa espalda
Y el pecho erguido, silenciosa lame
Con sordo ruido la ardorosa tierra:
De largo vientre y de extendidas manchas
Esta serpiente, cuando mana el río
Y su margen traspasa desbordado,
Mientras los austros que nos traen la lluvia
En Primavera, nuestros campos mojan,
Vive en la margen de apacible estanque
Ó en las orillas de tranquilo río,
Donde rellena su insaciable vientre
De pobres peces y locuaces ranas:
Mas cuando seca con su ardiente rayo
Al pantano febril el seco Estío,
Y ya se raja el abrasado suelo,
Salta á la tierra, y arrojando lumbre
De sus torcidos y brillantes ojos,
Corre sedienta los risueños valles
Donde las huellas de su furia imprime:

Avertes; victumque feres et virgea laetus
Pabula; nec tota claudes foenilia bruma.
At vero Zephyris quum laeta vocantibus aestas
In saltus utrumque gregem atque in pascua mittet,
Luciferi primo cum sidere frigida rura
Carpamus, dum mane novum, dum gramina canent
Et ros in tenera pecori gratissimus herba.
Inde, ubi quarta sitim coeli collegerit hora,

No me permitan conciliar el sueño,
Ni al aire libre recostarme alegre
Sobre la espalda en el umbroso bosque,
Si su piel seca va dejando en trozos
Y con su nueva juventud brillante
Lame los suelos y abandona el nido,
Donde sus hijos ó sus huevos posan,
Y erguida y lenta hacia la luz levanta
Cabeza estrecha de verdosos ojos
Y las tres puntas de su lengua vibra.
También las causas te diré y los signos
De las dolencias que á la grey aquejan.
Sarna asquerosa la inficiona y mata,
Si le penetran las heladas lluvias
Y las escarchas del invierno crudo,
Ó recién esquiladas, sudor acre
Se pega al cuerpo no lavado siempre;
Ó ya cuando los ásperos zarzales
Con sus espinas las desuellan vivas.
En previsión de tan funesto azote,

Et cantu querulae rumpent arbusta cicadae,
Ad puteos aut alta greges ad stagna jubeto
Currentem ilignis potare canalibus undam;
Aestibus at mediis umbrosam exquirere vallem,
Sicubi magna Jovis antiquo robore quercus
Ingentes tendat ramos, aut sicubi nigrum
Ilicibus crebris sacra nemus accubet umbra;
Tum tenues dare rursus aquas, et pascere rursus

Baña el pastor en la corriente limpia
Del agua dulce su rebaño manso:
Zambúllese el carnero en lo más hondo,
Moja sus lanas, y del lento río
A la corriente se abandona alegre.
Puedes frotar después de trasquiladas
Su flaco cuerpo con la amarga mezcla
De almortaje, alpechín y azufre vivo,
De negra pez y mantecosa cera,
Uniéndole también el zumo ingrato
De cebolla del mar y betún negro
Y el pestilente heléboro dañino.
Mas el medio mejor y más violento
De aminorar calamidades tales,
Es el cortar con aguzado hierro
La cabeza del hueso gangrenado.
Siempre se aumenta el mal que yace oculto
Y de la sangre se envenena el germen,
Si descuida el pastor su dura mano
En la llaga poner que pide auxilio,

Solis ad ocasum, quum frigidus aera vesper
Temperat, et saltus reficit jam roscida luna,
Litoraque alcyonem resonant, acalanthida dumi.
Quid tibi pastores Libyae, quid pascua versu
Prosequar, et raris habitata mapalia tectis?
Saepe diem noctemque, et totum ex ordine mensem
Pascitur idque pecus longa in deserta sine ullis
Hospitiis: tantum campi jacet! Omnia secum

Y se contenta con estéril ruego,
Fatigando á los dioses inmortales.
Puede hacerse mejor, si un dolor fuerte
Se infiltra entre los huesos del ganado
Y los hace temblar con nueva furia,
Y lenta fiebre con su ardor le abrasa,
Devorando sus miembros: debe entonces
El fuego mitigar para apagarlo;
Basta que arrojen de su pie las venas
Chorros de sangre heridas por el hierro.
Es del Gelono y del Bisalte el uso,
Si huyendo van por los desiertos Géticos
Y atraviesan la Rodope montaña,
Beber la leche condensada y tinta
Con la rojiza sangre del caballo.
De tus ovejas cuando alguna vieres
Mustia á la sombra retirarse aislada,
Ó perezosa despuntar los brotes,
Ó bien tenderse lánguida en la yerba
Y volver al redil con lento paso,

Armentarius Afer agit, tectumque, Laremque,
Armaque, Amyclaeumque canem, Cressamque pharetram.
Non secus ac patriis acer Romanus in armis
Injusto sub fasce viam quum carpit, et hosti
Ante exspectatum positis stat in agmine castris.
At non, qua Scythiae gentes, Maeotiaque unda,
Turbidus et torquens flaventes Hister arenas,
Quaque redit medium Rhodope porrecta sub axem.

Pronto este mal en sus raíces corta,
Antes que lenta é insensible cunda
Por tus ovejas tan temible peste.
Menos frecuentes las borrascas reinan
Sobre la mar y con furor la agitan,
Como los males que al ganado acosan,
Y no tan sólo la cabaña atacan
En pingües dehesas y abundantes pastos,
Sino que arruinan sin piedad y hieren
Padres y madres y hasta los corderos,
De los pastores última esperanza.
Fíjate bien en los enhiestos Alpes
Y en los castillos que en la cumbre Nórica

Illic clausa tenent stabulis armenta; neque ullae
Aut herbae campo apparent, aut arbore frondes:
Sed jacet aggeribus niveis informis et alto
Terra gelu late, septemque assurgit in ulnas.
Semper hiems, semper spirantes frigora Cauri.
Tum Sol pallentes haud umquam discutit umbras
Nec quum invectus equis altum petit aethera, nec quum
Praecipitem Oceani rubro lavit aequore currum.
Concrescunt subitae currenti in flumine crustae,
Undaque jam tergo ferratos sustinet orbes,
Puppibus illa prius, patulis nunc hospita plaustris.
Aeraque dissiliunt vulgo, vestesque rigescunt
Indutae, caeduntque securibus humida vina,
Et totae solidam in glaciem vertere lacunae,
Stiriaque implexis induruit horrida barbis.

Sus torres alzan á las pardas nubes
Y del Timavo los Japidios campos;
Del sencillo pastor el vasto imperio
Desdoblado verás, su choza en tierra
Y descuajados sus frondosos bosques.
Hace ya tiempo que brotó inclemente,
Inficionado por un miasma el viento,
Febril contagio que en ardiente Otoño
Con el vivo calor en fuerzas crece;
Muere el ganado que envenena el aire
Y de las fieras la dañina raza,
Y se envenenan los jugosos pastos:
Ni es una sola la imprevista muerte,

Interea toto non secius aere ningit.
Intereunt pecudes, stant circumfusa pruinis
Corpora magna boum; confertoque agmine cervi
Torpent mole nova, et summis vix cornibus exstant.
Hos non immisis canibus, non cassibus ullis,
Puniceaeve agitant pavidos formidine pennae:
Sed frustra oppositum trudentes pectore montem
Cominus obtruncant ferro, graviterque rudentes
Caedunt, et magno laeti clamore reportant.
Ipsi in defossis specubus secura sub alta
Otia agunt terra, congestaque robora totasque
Advolvere focis ulmos, ignique dedere.
Hic noctem ludo ducunt, et pocula laeti
Fermento atque acidis imitantur vitea sorbis.
Talis Hyperboreo Septem subjecta Trioni

Pues cuando corre sed abrasadora
Que de las venas el licor inflama
Y sus arterias encogidas mina,
Un humor negro corrompido abunda,
Que poco á poco va careando el hueso.
Ceñida á veces de lanar guirnalda
Y de colgantes y sedosas vendas,
La pura ofrenda junto al altar mismó,
Ante la vista del ministro tardo,
Sin que le alcance la cuchilla, muere:
Ó si pudiera degollarla á tiempo,
No podrá el fuego del altar sagrado
Consumir siempre la enfermiza entraña,

Gens effrena virum Rhiphateo tunditur Euro,
Et pecudum fulvis velatur corpora setis.
Si tibi lanitium curae, primum aspera silva,
Lappaque tribulique absint; fuge pabula laeta;
Continuoque greges villis lege mollibus albos.
Illum autem, quanvis aries sit candidus ipse,
Nigra subest udo tantum cui lingua palato,
Rejice, ne maculis infuscet vellera pullis
Nascentum, plenoque alium circumspice campo.
Munere sic niveo lanae, si credere dignum est,
Pan deus Arcadiae captam te, Luna, fefellit,
In nemora alta vocans; nec tu adspernata vocantem.
At cui lactis amor, cytisum lotosque frequentes
Ipse manu salsasque ferat praesepibus herbas.
Hinc et amant fluvios magis, et magis ubera tendunt,

Ni consultada por el diestro mago
Dará presagio de infalible acierto:
De sangre apenas el cuchillo tiñe,
Y escasas gotas de un licor corrupto
La superficie de la tierra manchan:
Por todas partes los becerros mueren
En los profusos y rientes pastos,
Y ante el pesebre que rebosa exhalan
El dulce soplo de su tierna vida.
La rabia ataca al cariñoso perro,
Tos fatigosa los ijares bate
Del débil cerdo y tan obesa fauce
Exhala apenas un aliento tenue.

Et salis occultum referunt in lacte saporem.
Multi jam excretos prohibent a matribus haedos,
Primaque ferratis praefigunt ora capistris.
Quod surgente die mulsere horisque diurnis,
Nocte premunt; quod jam tenebris et sole cadente,
Sub lucem exportans calathis adit oppida pastor;
Aut parco sale contingunt, hiemique reponunt.
Nec tibi cura canum fuerit postrema: sed una
Veloces Spartae catulos acremque Molossum
Pasce sero pingui. Numquam custodibus illis
Nocturnum stabulis furem, incursusque luporum,
Aut impacatos a tergo horrebis Hiberos.
Saepe etiam cursu timidos agitabis onagros,
Et canibus leporem, canibus venabere damas.
Saepe volutabris pulsos silvestribus apros

Póstrase en tierra el arrogante potro,
Y cabizbajo y ya vencido olvida
Sus nobles gustos y el sabroso pienso;
Evita esquivo las ansiadas fuentes,
Y á cada instante con su casco bate
La estéril tierra: con orejas gachas,
Intermitente por sus miembros corre
Sudor copioso que se vuelve frío
Al acercarse la segura muerte:
Arde su piel y se resiste al tacto
De mano amiga como seca y dura.
Signos son éstos que al principio marcan
Segura y lenta la vecina muerte:

Latratu turbabis agens, montesque per altos
Ingentem clamore premes ad retia cervum.
Disce et odoratam stabulis accendere cedrum,
Galbaneoque agitare graves nidore chelydros.
Saepe sub inmotis praesepibus aut mala tactu
Vipera delituit, coelumque exterrita fugit;
Aut tecto assuetus coluber succedere et umbrae,
Pestis acerba boum, pecorique adspergere virus,
Fovit humum. Cape saxa manu, cape robora, pastor,
Tollemtemque minas et sibila colla tumentem
Dejice; jamque fuga timidum caput abdidit alte,
Quum medii nexus extremaeque agmina caudae
Solvuntur, tardosque trahit sinus ultimus orbes.
Est etiam ille malus Calabris in saltibus anguis,
Squamea convolvens sublato pectore terga.

Mas si el contagio de la peste crece,
Sangrienta vibra su mirada torva:
De lo más hondo de su pecho arranca
Febril aliento y gemidor relincho:
Cortan á veces tan doliente soplo,
Y con el hipo sus ijares baten:
De sus narices negra sangre corre
Y áspera lengua su garganta oprime:
Se intenta á veces y al principio daba
Siempre provecho que animaba al hombre,
Echar el vino por torcido cuerno
De los caballos en la enferma boca,
¡Último alivio del rendido potro!

Atque notis longam maculosus grandibus alvum:
Qui, dum amnes ulli rumpuntur fontibus, et dum
Vere madent udo terrae ac pluvialibus austris,
Stagna colit; ripisque habitans, hic piscibus atram
Improbus ingluviem ranisque loquacibus explet;
Postquam exusta palus, terraeque ardore dehiscunt,
Exsilit in siccum, et flammantia lumina torquens
Saevit agris, asperque siti atque exterritus aestu.
Nec mihi tum molles sub dio carpere somnos,
Neu dorso nemoris libeat jacuisse per herbas,
Quum positis novus exuviis nitidusque juventa
Volvitur, aut catulos tectis aut ova relinquens,
Arduus ad solem, et linguis micat ore trisulcis.
  Morborum quoque te causas et signa docebo.
Turpis oves tentat scabies, ubi frigidus imber

Mas esto mismo resultó funesto,
Porque sus fuerzas reanimadas algo
En furia loca se tornaban siempre,
Y ya convulsos al perder la vida,
¡Dioses excelsos, preservad al justo
De tal calamidad, hiriendo al malo
Este funesto error como castigo!
Sus propios miembros desgarraban locos
Á dentelladas con tenaz porfía.
Pero humeando bajo el tosco yugo
Miro al novillo exánime cayendo;
Sangre y espuma de su labio arroja,
Dando á los aires su doliente soplo:

Altius ad vivum persedit et horrida cano
Bruma gelu; vel quum tonsis illotus adhaesit
Sudor, et hirsuti secuerunt corpora vepres.
Dulcibus idcirco fluviis pecus omne magistri
Perfundunt, udisque aries in gurgite villis
Mersatur, missusque secundo defluit amni;
Aut tonsum tristi contingunt corpus amurca,
Et spumas miscent argenti, et sulphura viva,
Idaeasque picis, et pingues unguine ceras,
Scillamque, elleborosque graves, nigrumque bitumen.
Non tamen ulla magis praesens fortuna laborum est,
Quam si quis ferro potuit rescindere summum
Ulceris os. Alitur vitium, vivitque tegendo,
Dum medicas adhibere manus ad vulnera pastor
Abnegat, aut meliora deos sedet omina poscens.

Triste el boyero desunciendo al vivo,
Á quien la suerte de su hermano aflige,
Parte dejando á medias su trabajo,
Y en los terrones el arado fija.
Ni de los bosques la agradable sombra,
Ni de las dehesas los hermosos pastos,
Ni el riachuelo más que el ámbar puro
Que entre peñascos la llanura pide,
Mueven al toro que doliente sufre:
Flacos sus lomos, languidez de muerte
Sobre sus ojos cristalinos pesa,
Y por sí misma la cabeza débil
Roza la tierra sin vigor ni empuje.

Quin etiam, ima dolor balantum lapsus ad ossa
Quum furit, atque artus depascitur arida febris.
Profuit incensos aestus avertere, et inter
Ima ferire pedis salientem sanguine venam:
Bisaltae quo more solent, acerque Gelonus,
Quum fugit in Rhodopen, atque in deserta Getarum,
Et lac concretum cum sanguine potat equino.
Quam procul aut molli succedere saepius umbrae
Videris, aut summas carpentem ignavius herbas,
Extremamque sequi, aut medio procumbere campo
Pascentem, et serae solam decedere nocti:
Continuo culpam ferro compesce, prius quam
Dira per incautum serpant contagia vulgus.
Non tam creber, agens hiemen, ruit aequore turbo,
Quam multae pecudum pestes. Nec singula morbi

¿De qué le sirve su trabajo asiduo
Y el beneficio que á los hombres hace,
Si fatigoso dura tierra labra?
Y no causaron tan inmenso daño
Ni del gran Baco los Masicos dones,
Ni los manjares de escogida mesa,
Pues sólo pacen yerba tierna y hojas,
Beben tan sólo de la fuente el agua
Ó las que el río en su corriente azota:
Nunca turbaron su profundo sueño
Tristes afanes, ni envidiosas ansias.
Diz que buscados en aquellos climas
Fueron entonces con trabajo inútil

Corpora corripiunt, sed tota, aestiva repente,
Spemque gregemque simul, cunctamque ab origine gentem
Tum sciat, aerias Alpes et Norica si quis
Castella in tumulis, et Japidis arva Timavi,
Nunc quoque post tanto videat, desertaque regna
Pastorum, et longe saltus lateque vacantes.
Hic quondam morbo coeli miseranda coorta est
Tempestas, totoque autumni incanduit aestu,
Et genus omne neci pecudum dedit, omne ferarum,
Corrupitque lacus; infecit pabula tabo.
Nec via mortis erat simplex; sed ubi ignea venis
Omnibus acta sitis miseros adduxerat artus,
Rursus abundabat fluidus liquor, omniaque in se
Ossa minutatim morbo collapsa trahebat.
Saepe in honore deum medio stans hostia ad aram,

Dos corpulentos y parejos toros,
Para que al templo de la diosa Juno
Ricas ofrendas arrastrara un carro;
Dos desiguales búfalos salvajes
Sólo se hallaron para tal empresa.
Se vió á los hombres de doliente rostro
Labrar la tierra con la tosca azada,
Sembrar los frutos con sus mismas uñas,
Y por los montes con tendido cuello
Tirar del carro rechinante y tosco.
No ves al lobo con mañosas trampas
Espiar el redil, de sangre hambriento,

Lanea dum nivea circumdatur infula vitta,
Inter cunctantes cecidit moribunda ministros.
Aut si quam ferro mactaverat ante sacerdos,
Inde neque impositis ardent altaria fibris,
Nec responsa potest consultus reddere vates;
Ac vix suppositi tinguuntur sanguine cultri,
Summaque jejuna sanie infuscatur arena.
Hinc laetis vituli vulgo moriuntur in herbis,
Et dulces animas plena ad praesepia reddunt.
Hinc canibus blandis rabies venit, et quatit aegros
Tussis anhela sues ac faucibus angit obesis.
Labitur infelix studiorum atque inmemor herbae,
Victor equus, fontesques avertitur, et pede terram
Crebra ferit; demissae aures; incertus ibidem
Sudor; et ille quidem morituris frigidus; aret
Pellis, et ad tactum tractanti dura resistit.

Ni rondar por la noche los rebaños:
Doman su instinto más profundos males.
Tímidos gamos y fugaces ciervos
Entre los perros confundidos vagan
Y entre las casas asombrados corren.
También los monstruos de la mar inmensa
Y grandes razas de flotantes peces
Son arrojados á la seca orilla
Como en naufragio por las olas bravas:
Huyen las focas, con asombro grande,
Por las corrientes de los mansos ríos:
Mal defendida en su tortuosa cueva

Haec ante exitium primis dant signa diebus.
Sin in processu coepit crudescere morbus,
Tum vero ardentes oculi, atque adtractus ab alto
Spiritus, interdum gemitu gravis; imaque longo
Ilia singultu tendunt; it naribus ater
Sanguis, et obsessas fauces premit aspera lingua.
Profuit inserto latices infundere cornu
Lenaeos; ea visa salus morientibus una,
Mox erat hoc ipsum exitio, furiisque refecti
Ardebant, ipsique suos, jam morte sub aegra
(¡Di meliora piis, erroremque hostibus illum!)
Discissos nudis laniabant dentibus artus.
Ecce autem duro fumans sub vomere taurus
Concidit, et mixtum spumis vomit ore cruorem,
Extremosque ciet gemitus. It tristis arator,
Maerentem abjungens fraterna morte juvencum,

La víbora se muere, y va convulsa
La hidra erizando su negruzca escama.
Es á las aves pernicioso el aire,
Y al desplomarse de las pardas nubes,
Caen medio muertas en la tierra dura:
Vano es que el pasto los zagales muden,
Y los consejos y la ciencia dañan:
Pues vence al arte de Melampo y Quiron,
Grandes doctores, la ominosa peste:
Del negro Estigio Tisifone sale
Y su pálida faz al mundo enseña,
Empuja al miedo y á la fiebre sucia,

Atque opere in medio defixa relinquit aratra.
Non umbrae altorum nemorum, non mollia possunt
Prata movere animum, non, qui per saxa volutus
Purior electro campum petit amnis: at ima
Solvuntur latera, atque oculos stupor urget inertes,
Ad terramque fluit devexo pondere cervix.
Quid labor, aut benefacta juvant? quid vomere terras
Invertisse graves? atque non Massica Bacchi
Munera, non illis epulae nocuere repostae;
Frondibus et victu pascuntur simplices herbae;
Pocula sunt fontes liquidi atque exercita cursu
Flumina; nec somnos abrumpit cura salubres.
  Tempore non alio dicunt regionibus illis
Quaesitas ad sacra boves Junonis, et uris
Imparibus ductos alta ad donaria currus.
Ergo aegre rastris terram rimantur, et ipsis

Y su cabeza codiciosa alzando,
Muestra procaz su destructora rabia.
En las ardientes márgenes del río
Y en los declives del risueño monte
Suena el balido de la oveja enferma
Y de los toros el bramido opaco:
Uno sobre otro sin piedad la diosa
Muertos hacina sobre el prado á cientos;
En los establos en montón podrido
Se agolpan sucios, hasta que de tierra
Fuerza es cubrirlos y enterrar en hoyos,
Porque no sirven sus enfermas pieles,

Unguibus infodiunt fruges, montesque per altos
Contenta cervice trahunt stridentia plaustra.
Non lupus insidias explorat ovilia circum,
Nec gregibus nocturnus obambulat; acrior illum
Cura domat. Timidi damae cervique fugaces
Nunc interque canes et circum tecta vagantur.
Jam maris inmensi prolem et genus omne natantum
Litore in extremo, ceu naufraga corpora, fluctus
Proluit; insolitae fugiunt in flumina phocae.
Interit et curvis frustra defensa latebris
Vipera, et attoniti squamis adstantibus hydri.
Ipsis est aer avibus non aequus, et illae
Praecipitis alta vitam sub nube relinquunt.
Praetera jam nec mutari pabula refert,
Quaesitaeque nocent artes; cessere magistri,
Phillyrides Chiron Amythaoniusque Melampus.

Ni puede el agua, ni las ascuas vivas
Domar el daño y la infección latente,
Ni era posible que la oveja enferma
Diera provecho con vellones finos,
Pues, devorada por el cruel veneno,
Es contagioso el manejar la lana.
¡Ay del que osara revestir su cuerpo
Con tan impuro y tan fatal despojo!
Mas si imprudente lo intentara alguno,
Cubrirse vía de ardorosas pústulas
Y de sudor pestífero su cuerpo,
Y pronto un fuego misterioso, oculto,
Sus apestados miembros devoraba.

Saevit, et, in lucem Stygiis emissa tenebris,
Pallida Tisiphone Morbos agit ante Metumque,
Inque dies avidum surgens caput altius effert.
Balatu pecorum et crebris mugitibus amnes
Arentesque sonant ripae collesque supini.
Jamque catervatim dat stragem, atque aggerat ipsis
In stabulis turpi dilapsa cadavera tabo:
Donec humo tegere, ac foveis abscondere discunt.
Nam neque erat coriis usus, nec viscera quisquam
Aut undis abolere potest, aut vincere flamma.
Ne tondere quidem morbo illuvieque peresa
Vellera, nec telas possunt attingere putres:
Verum etiam, invisos si quis tentarat amictus,
Ardentes papulae, atque inmundus olentia sudor
Membra sequebatur; nec longo deinde moranti
Tempore contactos artus sacer ignis edebat.

LIBRO CUARTO.

Ora voy á cantar el don celeste
De la aérea miel: mira también, Mecenas,
De mi labor esta postrera parte:
Voy á decir las grandes maravillas
Que dan de sí tan diminutos seres;
Los Jefes cantaré de grande aliento,
Y las costumbres te diré y las castas
De toda esta Nación, duros combates,
Penoso trabajar que nunca cesa.
No es el asunto de mayor cuantía;
Mas no será pequeña mi corona,
Si lo permite el hado y quiere Apolo

LIBER QUARTUS.

Protinus aerii mellis coelestia dona
Exsequar. Hanc etiam, Maecenas, aspice partem.
Admiranda tibi levium spectacula rerum,
Magnanimosque duces, totiusque ordine gentis
Mores, et studia, et populos, et praelia dicam.
In tenui labor; at tenuis non gloria: si quem
Numina laeva sinunt, auditque vocatus Apollo.

Atender á mi voz, que pide ayuda.
Lo primero es buscar plácido sitio
Y morada que el viento no visite
(Porque siempre los aires las estorban
Al llevar su alimento á las colmenas),
Sitio do ni la oveja ni el cabrito
Puedan, al retozar, ajar las flores,
Ni la ternera, que vagando vive,
Pise las yerbas que lozanas brotan,
Y derrame el benéfico rocío.
Lejos de tu colmena murmullante
El pintado lagarto, tachonada
Su espalda sucia de verdosos tintes,
Y el zángano fatal y varios pájaros
Con Progne, que conserva aún en su pecho
De su sangrienta mano las señales:
Llevan aquí y allí la muerte y ruína,
Y á las abejas en su vuelo cogen
Y así sostienen sus hambrientos nidos.

Principio sedes apibus statioque petenda,
Quo neque sit ventis aditus (nam pabula venti
Ferre domum prohibent), neque oves haedique petulci
Floribus insultent, aut errans bucula campo
Decutiat rorem, et surgentes atterat herbas.
Absint et picti squalentia terga lacerti
Pinguibus a stabulis, meropesque, aliaeque volucres,
Et manibus Procne pectus signata cruentis.
Omnia nam late vastant, ipsasque volantes
Ore ferunt dulcem nidis inmitibus escam.

Quiero junto al enjambre claras fuentes
Y estanques que los borde el musgo suave,
Y un arroyuelo entre la yerba huyendo;
Que un olivo silvestre ó la palmera
Cubra la entrada con la grata sombra.
Así cuando conducen nuevas Reinas,
Por vez primera, el ternezuelo enjambre
Apenas escapado de sus celdas,
Hacia el rayo del Sol, para ellos nuevo,
La orilla tan cercana les convida
A evitar el calor en sus contornos,
Y el árbol que allí crece, sombra grata
Y hospedaje les brinda con sus hojas.
Ya corra transparente, ó ya remansos
Forme el arroyo; pon en medio sauces
Que atraviesen su cuna: y grandes piedras
Para formar así mil y mil puentes
Donde descanse tu zumbón enjambre,
Y al sol estivo desplegando el ala

At liquidi fontes et stagna virentia musco
Adsint, et tenuis fugiens per gramina rivus,
Palmaque vestibulum aut ingens oleaster inumbret:
Ut quum prima novi ducent examina reges
Vere suo, ludetque favis emissa juventus,
Vicina invitet decedere ripa calori,
Obviaque hospitiis teneat frondentibus arbos.
In medium, seu stabit iners, seu profluet humor,
Transversas salices et grandia conjice saxa,
Pontibus ut crebris possint consistere, et alas

No tema las sorprenda, ni disperse
El Euro duro y los arroje al cauce;
Haz que en torno florezcan verdes casias
Y la ajedrea de violento aroma,
Y que derrame la violeta humilde
Su suave olor por la corriente mansa;
Que de corteza hueca de los árboles,
Ó que tejida de flexibles mimbres,
Tu rústica colmena en ancho espacio
Tenga tan sólo diminuta entrada;
Porque el invierno con sus densos fríos
Endurece la miel, y en el verano
La derrite el calor y la dilata.
Temibles son por cierto ambos extremos;
Y ellas no en vano con afán insisten
En tapar con la cera sus rendijas,
Y llenan con el liquen pegajoso
Y de la flor con la pringosa goma
Sus aberturas, sin dejar resquicio,

Pandere ad aestivum solem; si forte morantes
Sparserit, aut praeceps Neptuno inmerserit Eurus.
Haec circum casiae virides, et olentia late
Serpylla, et graviter spirantis copia thymbrae
Floreat, irriguumque bibant violaria fontem,
Ipsa autem, seu corticibus tibi suta cavatis,
Seu lento fuerint alvearia vimine texta,
Angustos habeant aditus. Nam frigore mella
Cogit hiems, eademque calor liquefacta remittit.
Utraque vis apibus pariter metuenda; neque illae

Y recogen también con este objeto
Un gluten tan viscoso, que es cien veces
Más consistente que la pez del Ida:
Á menudo también cuenta la fama
Que cavan bajo tierra tenebrosos
Y ocultos escondrijos, y no es raro
Hallar en lo interior de frágil roca
Ó en el tronco de un árbol carcomido
Por triste ancianidad, bullente enjambre.
Unta entre tanto de ligero barro,
Abrazando á la vez todo el contorno,
De tus colmenas las profusas grietas,
Y esparce por encima varias hojas:
No dejes retoñar al tejo en torno,
Ni permitas cocer rojos cangrejos:
De los sitios que exhalen olor fuerte,
De pegajoso cieno y de lagunas
Llenas de fango, tu colmena aparta,
Y también de esas rocas que retumban,

Nequidquam in tectis certatim tenuia cera
Spiramenta linunt, fucoque et floribus oras
Explent, collectumque haec ipsa ad munera gluten
Et visco et Phrygiae servant pice lentius Idae.
Saepe etiam effossis, si vera est fama, latebris
Sub terra fovere larem; penitusque repertae
Pumicibusque cavis exesaeque arboris antro.
Tu tamen e levi rimosa cubilia limo
Ungue fovens circum, et raras superinjice frondes.
Neu propius tectis taxum sine; neve rubentes

Donde el eco responde allá lejano,
Imitando la voz que le ha ofendido.
En cuanto á los demás, si el sol brillante
De los cielos arroja el crudo invierno
Bajo sus pies, y si la luz estiva
Hace de nuevo retoñar la tierra,
Ellas se esparcen entre los arbustos,
Y por las selvas vagan entre flores,
Y más ligeras que el sutil ambiente,
Liban la espuma del corriente río.
Ignoro la razón; mas sé que luego,
Por el gozo tal vez de verse libres,
Vuelven ansiosas á cuidar sus celdas
Y á calentar su descuidada prole;
Funden entonces con los nuevos jugos
La fresca cera, y hábilmente forman
Sabrosos panes de fragantes mieles.
Allá por el verano cuando veas
Escaparse y nadar en el espacio,

Ure foco cancros; altae neu crede paludi,
Aut ubi odor coeni gravis, aut ubi concava pulsu
Saxa sonant, vocisque offensa resultat imago.
Quod superest, ubi pulsam hiemen Sol aureus egit
Sub terras, coelumque aestiva luce reclusit:
Illae continuo saltus silvasque peragrant.
Purpureosque metunt flores, et flumina libant
Summa leves. Hinc nescio qua dulcedine laetae
Progeniem nidosque fovent; hinc arte recentes
Excudunt ceras, et mella tenacia fingunt.

Dejando su colmena, al nuevo enjambre,
É igual á un huracán obscuro y denso
Reconcentrarse con murmullo alegre,
Formando densa nube por el aire,
Síguele atento: va buscando ansioso
Sabrosas aguas y frondosos techos;
Debes entonces esparcir profuso
Yerba que exhale apetecido aroma
Y flor que busca con afán la abeja,
Como el común cerinto y la melisa,
Haciendo resonar en torno suyo
El bronceado metal, hiriendo á un tiempo
De la madre Cibeles los timbales:
Verás, guiadas por común instinto,
Buscar el interior de la colmena
Al enjambre que andaba vagabundo.
Mas si salen de allí para el combate
(Pues á menudo la discordia agita
Á las dos Reinas de la misma casa),

Hinc ubi jam emissum caveis ad sidera coeli
Nare per aestatem liquidam suspexeris agmen,
Obscuramque trahi vento mirabere nubem:
Contemplator, aquas dulces, et frondea semper
Tecta petunt. Huc tu jussos adsperge sapore,
Trita melisphylla, et cerinthae ignobile gramen;
Tinnitusque cie, et Matris quate cymbala circum:
Ipsae consident medicatis sedibus; ipsae
Intima more suo sese in cunabula condent.
Sin autem ad pugnam exerint (nam saepe duobus

Puedes de lejos predecir seguro
Del pueblo amotinado los rencores
Y la guerrera agitación del ánimo,
Porque un murmullo belicoso excita
Á las que tardas al combate acuden,
Y una voz se oye que imitar parece
El roto son de la marcial trompeta.
Júntanse entónces con murmullo loco,
Brillan sus alas; con enojo afilan
Sus aguijones en las lisas trompas,
El arma aprestan, y en las mismas tiendas
Junto á la Reina, con afán se apiñan
Y al enemigo con su grito acosan:
Al ver sin vientos la templada atmósfera
Y en primavera floreciendo el campo,
Rompen sus puertas y en tropel acuden:
Rumor confuso por los aires zumba,
Y en remolino de mezcladas alas
Todas parecen confundirse locas,

Regibus incessit magno discordia motu)
Continuoque animos volgi et trepidantia bello
Corda licet longe praesciscere: namque morantes
Martius ille aeris rauci canor increpat, et vox
Auditur fractos sonitus imitata tubarum;
Tum trepidae inter se coeunt, pennisque coruscant,
Spiculaque exacuunt rostris, aptantque lacertos,
Et circa regem atque ipsa ad praetoria densae
Miscentur, magnisque vocant clamoribus hostem
Ergo ubi ver nactae sudum camposque patentes,

Y despeñadas ruedan de los altos;
No más copioso de la densa nube
Cae el granizo, ni de las encinas
Llueven mas frutos cuando son vareadas.
Los dos monarcas, de la lid en medio,
Se muestran fieros con brillantes alas,
Y en diminutos y mezquinos pechos
Conservan siempre valeroso empuje,
Hasta que tercas y sin tregua alguna
Las vencedoras, oprimiendo al débil,
Miran cuál huye derrotado y mustio;
Verás cuál cede la emoción sangrienta,
Y los combates sin sentir se aplacan,
Si al aire arrojas sofocante polvo.
Mas cuando hubieres de esta terca lucha
Separado por fin á las dos Reinas,
Acaba sin piedad con la cobarde,
Por miedo de que inútil al estado
No consuma la miel ó la derroche;

Erumpunt portis: concurritur; aethere in alto
Fit sonitus; magnum mixtae glomerantur in orbem,
Praecipitesque cadunt; non densior aere grando,
Nec de concussa tantum pluit ilice glandis.
Ipsae per medias acies, insignibus alis,
Ingentes animos angusto in pectore versant,
Usque adeo obnixi non cedere, dum gravis aut hos,
Aut hos versa fuga victor dare terga subegit.
Hi motus animorum atque haec certamina tanta
Pulveris exigui jactu compressa quiescunt.

Que reine sin rival en la colmena
El vencedor: el uno tiene el cuerpo
Cubierto de brillantes pajas de oro.
Es de más fuerza y más esbelta forma,
Y sus escamas con el fuego lucen;
El otro, sí, de más humilde casta
Es horrible al mirar, y fatigoso
Arrastra al caminar obeso vientre;
Pues hay dos razas siempre muy diversas,
Y son como las Reinas las especies:
Unas deformes á los ojos dañan
Con su negruzco aspecto y causan asco:
Parecen aquel polvo ingrato y seco
Que barre el viento y que se arroja ansioso
De la garganta y de las secas fauces,
Cuando se viaja en el ardiente estío:
Brillan las otras, y á la vista encanta
Mirar sus cuerpos relumbrantes de oro,
Con verdes pintas de color de fuego:

Verum, ubi ductores acie revocaveris ambo,
Deterior qui visus, eum, ne prodigus obsit,
Dede neci; melior vacua sine regnet in aula.
Alter erit maculis auro squalentibus ardens;
Nam duo sunt genera: hic melior, insignis et ore,
Et rutilis clarus squamis; ille horridus alter
Desidia, latamque trahens inglorius alvum.
Ut binae regum facies: ita corpora plebis.
Namque aliae turpes horrent; ceu pulvere ab alto
Quum venit et sicco terram spuit ore viator

Es sin disputa la más rica casta:
Debes sacar de allí jugosas mieles,
No tanto dulces como puras, líquidas
Que corrijan la fuerza de tus vinos.
Mas cuando vuelan en desorden vano,
Y los enjambres juegan por el aire:
Cuando abandonan sus panales tiernos
Y atolondradas las colmenas huyen,
Con tesón corta el desenfreno loco
De un humor tan ligero y vagabundo.
Nada es más fácil si á la Reina arrancas
Las lindas alas, porque al verla presa
Á ninguna verás salir volando,
Ni la enseña arrancar del campamento.
Que tus jardines perfumados siempre
Con las más ricas y fragantes flores
En sus capullos á posar conviden,
Y que Priápo con su hoz flexible
Del ladrón y del ave las defienda.

Aridus; elucent aliae, et fulgore coruscant
Ardentes auro et paribus lita corpora guttis.
Haec potior soboles; hinc coeli tempore certo
Dulcia mella premes; nec tantum dulcia, quantum
Et liquida, et durum Bacchi domitura saporem.
At quum incerta volant, coeloque examina ludunt,
Contemnuntque favos et frigida tecta relinquunt:
Instabiles animos ludo prohibebis inani.
Nec magnus prohibere labor. Tu regibus alas
Eripe. Non illis quisquam cunctantibus altum

Aquél que cuide las colmenas varias,
Debe en torno sembrar útil tomillo
Y bayas de los pinos en los montes;
Que este trabajo fatigoso y duro
Rompa sus manos; de tan ricos brotes
Haga que en tierra prendan las raíces
Con la abundancia de corrientes ríos.
Yo mismo sin dudar, si no me viera
Casi al final de mi carrera larga,
Y quisiera volver, velas plegando,
Hacia la tierra mi cansada proa,
Tal vez cantara aquí la grata ciencia
De embellecer con arte los jardines
Y cultivar los renombrados huertos;
Los rosales cantara yo de Pesto
Que dos veces al año dan sus flores,
Yo mostrara también cómo se alegra
La pálida achicoria con las aguas
Que absorbe por sus venas diligente,

Ire iter, aut castris audebit vellere signa.
Invitent croceis halantes floribus horti,
Et custos furum atque avium cum falce saligna
Hellespontiaci servet tutela Priapi.
Ipse thymum pinosque ferens de montibus altis
Tecta serat late circum, cui talia curae;
Ipse labore manum duro terat; ipse feraces
Figat humo plantas, et amicos irriget imbres.
Atque equidem, extremo ni jam sub fine laborum
Vela traham, et terris festinem advertere proram,

Como festona la verdosa orilla
El perejil humilde, cual tortuoso
Se escurre entre las yerbas el pepino
Sobre sus flancos que á la vista engordan.
Ni al narciso gentil de hojas tardías,
Ni las ramas flexibles del acanto,
Ni las yedras blanquizas, ni los mirtos
Olvidara cantar. Bajo los muros
Elevados y obscuros de Tarento,
Donde el Galeso riega con sus aguas
Abundantes en cieno, vastas tierras
De doradas cosechas, ví en un tiempo
(Recuerdo con placer) entrado en años
Un varón de Coricio; y sus riquezas
Eran tan sólo abandonadas suertes,
Pobres yugadas en ingrato suelo;
Ni al trabajo del buey eran propicias,
Ni era la tierra buena para el pasto,
Ni brotaban en él frondosas cepas.

Forsitan et, pingues hortos quae cura colendi
Ornaret, canerem, bifarique rosaria Paesti;
Quoque modo potis gauderent intuba rivis,
Et viridis apio ripae; tortusque per herbam
Cresceret in ventrem cucumis; nec sera comantem
Narcissum, aut flexi tacuissem vimen acanthi,
Pallentesque hederas, et amantes litora myrtos.
Namque sub Oebaliae memini me turribus altis,
Qua niger humectat flaventia culta Galaesus,
Corycium vidisse senem, cui pauca relicti

Plantando aquí y allí rara hortaliza
En medio de las zarzas, que bordaban
Verbenas, blancos lirios, y cavando
Con fatigoso afán tierra arenisca,
Daba también la adormidera ingrata
Pobre alimento: con su suerte loco
No envidiaba á los Reyes sus riquezas:
Era el primero en recoger las rosas
En Primavera y los variados frutos
Que pródigo el Otoño da á los campos;
Cuando el Invierno con sus duros hielos
Raja las piedras y encadena el río,
Hojas y flores del acanto suave
Podaba sin cesar, siempre acusando
De lento en presentarse al tiempo estivo,
Y al céfiro también de perezoso.
Era el primero que al enjambre vía
Aumentar sus tesoros y á la abeja
Preñada rebullir; era el primero

Jugera ruris erant, nec fertilis illa juvencis,
Nec pecori opportuna seges, nec commoda Baccho.
Hic rarum tamen in dumis olus albaque circum
Lilia verbenasque premens vescumque papaver,
Regum aequabat opes animo; seraque revertens
Nocte domum dapibus mensas onerabat inemptis.
Primus vere rosam atque auctumno carpere poma,
Et, quum tristis hiems etiamnum frigore saxa
Rumperet, et glacie cursus frenaret aquarum,
Ille comam mollis jam tum tondebat hyacinthi,

Que la espumante miel de los panales,
Con su mano exprimiendo, recogía:
Sólo para él se daba el suave tilo
Y el pino con sus jugos abundantes,
Y toda cuanta flor blanca adornaba
Al rico manzanar en Primavera
Maduraba otro tanto en el Otoño;
Trasplantaba también los negros álamos,
Calles haciendo de frondosa sombra;
El peral duro y la ciruela roja
Mañoso en los espinos ingertaba
Y el plátano también, cuyo ramaje
Da grata sombra al amador del vino.
Pero no quiero dilatar mi canto;
Abandono el hablar de los jardines,
Que otros mejor que yo cantarán luego.
Voy á decir el admirable instinto
Que el mismo Jove concedió á la abeja,
En premio del afán y gran fatiga

Aestatem increpitans seram zephyrosque morantes.
Ergo apibus foetis idem atque examine multo
Primus abundare, et spumantia cogere pressis
Mella favis; illi tiliae, atque uberrima pinus;
Quotque in flore novo pomis se fertilis arbos
Induerat, totidem auctumno matura tenebat.
Ille etiam seras in versum distulit ulmos,
Eduramque pirum, et spinos jam pruna ferentes;
Jamque ministrantem platanum potantibus umbras.
Verum haec ipse equidem spatiis exclusus iniquis

Con que dieron sustento al Rey del Cielo,
Cuando atraídas por el ruido sordo
De los bronces vibrantes del Cureta
En el Tebano monte, le encontraron
Encerrado en la cueva de Dicteo.
Las solas son que á un tiempo y juntas crían
Sus tiernos hijos: son también las solas
Que habitan juntas en estrechas celdas,
Por inflexibles leyes gobernadas;
Tienen su patria y sus penates fijos:
Al recordar el inclemente Invierno,
Se entregan con afán en el Verano
Á duro trabajar, y las riquezas
Buscadas con sudor en común guardan.
Velan las unas el floreal sustento
Y, hecho un pacto entre sí, salen al campo
Sin tregua á laborar, libando flores;
Otras cerradas en estrechas celdas
Echan cimientos para los panales

Praetereo, atque aliis post me memoranda relinquo.
Nunc age, naturas apibus quas Juppiter ipse
Addidit, expediam, pro qua mercede, canoros
Curetum sonitus crepitantiaque aera secutae,
Dictaeo coeli Regem pavere sub antro.
Solae communes natos, consortia tecta
Urbis habent, magnisque agitant sub legibus aevum;
Et patriam solae et certos novere Penates;
Venturaeque hiemis memores, aestate laborem
Experiuntur, et in medium quaesita reponunt.

Que petrifican con viscoso gluten
De la corteza ó con el denso zumo
Que del narciso suda la flor blanca:
Luego suspenden consistentes ceras,
Y otras educan las nacientes crías,
Sola esperanza de tan diestro pueblo:
Unas condensan cristalinas mieles
É hinchadas celdas con su jugo llenan;
Otras por suerte guardan las entradas
Y alternan á la vez, siempre observando
El variado cariz que muestra el Cielo,
Y sus nublados que predicen aguas.
Recogen muchas con afán ruidoso
Florida carga de las que zumbando
Vuelven á casa, ó en compacto cuerpo
Del nido arrojan al monstruoso zángano,
De estirpe hambrienta y perezosa fama.
Hierve el trabajo: las fragantes mieles
Embalsaman los aires con perfumes

Namque aliae victu invigilant, et foedere pacto
Exercentur agris; pars intra septa domorum
Narcissi lacrimam, et lentum de cortice gluten,
Prima favis ponunt fundamina, deinde tenaces
Suspendunt ceras; aliae, spem gentis, adultos
Educunt foetus; aliae purissima mella
Stipant, et liquido distendunt nectare cellas.
Sunt, quibus ad portas cecidit custodia sorti;
Inque vicem speculantur aquas et nubila coeli;
Aut onera accipiunt venientum, aut agmine facto

De la campestre flor que da el tomillo:
Así forjan los Cíclopes los rayos
Con duro hierro que liquida ardiente
El poderoso fuego, y les dan forma:
Reciben unos, alternando, el viento
Y lo devuelven con enormes fuelles
De piel de toro, y otros en el agua
Templan el bronce que bullente cruje;
El duro yunque con potente fuerza
Conmueve al Etna que grandioso gime;
Levantan á compás sus recios brazos,
Y agarran el metal y lo modelan
Con la tenaza que retuerce el hierro.
Así también, si estas pequeñas cosas
Se pueden comparar con las mayores,
Se moverán tus áticas abejas
Por natural instinto y por el ansia
Innata en todo sér, de adquirir bienes
Cada cual en su esfera y con sus dotes;

Ignavum, fucos, pecus a praesepibus arcent.
Fervet opus, redolentque thymo fragrantia mella.
Ac veluti lentis Cyclopes fulmina massis
Quum properant, alii taurinis follibus auras
Accipiunt redduntque, alii stridentia tinguunt
Aera lacu; gemit impositis incudibus Aetna;
Illi inter sese magna vi brachia tollunt
In numerum, versantque tenaci forcipe ferrum.
Non aliter, si parva licet componere magnis,
Cecropias innatus apes amor urguet habendi,

Regenta lo interior de la colmena
La de mayor edad, y los panales
De cera pegajosa en marcos guardan:
Laboran con primor y al par imprimen
Al intrincado techo forma nueva:
Vuelven cansadas las noveles crías,
Llenas sus patas del tomillo agreste,
Cuando la noche se dibuja obscura:
Pacen tan pronto los madroños rojos,
Los verdes sauces y la tierna casia,
Como la untuosa y delicada tila
Y los jacintos con sus férreos tintes,
Y el brillante azafrán de color de oro:
Á un tiempo paran y trabajan juntas.
Por la mañana ante las puertas vienen
De su colmena, con murmullo sordo,
Y allá en la tarde, si la estrella blanca
Las amonesta con su tenue brillo
A dejar las florestas de olor grato,

Munere quamque suo. Grandaevis oppida curae,
Et munire favos, et daedala fingere tecta:
At fessae multa referunt se nocte minores,
Crura thymo plenae; pascuntur et arbuta passim,
Et glaucas salices, casiamque, crocumque rubentem;
Et pinguem tiliam, et ferrugineos hyacinthos.
Omnibus una quies operum, labor omnibus unus.
Mane ruunt portis; nusquam mora: rursus, easdem
Vesper ubi e pastu tandem decedere campis
Admonuit, tum tecta petunt, tum corpora curant;

Vuelven hastiadas á su estrecha celda,
Dejan los prados y sus cuerpos curan,
Ruidosas zumban de su casa en torno,
Luego en sus lechos se cobijan todas;
Reina el silencio, y un reposo buscan
Que necesitan sus cansados miembros.
Cuando amenaza la inclemente lluvia,
Nunca se alejan de su pobre estancia,
Ni si el aliento de los Euros sopla.
Sin temor miran el celaje claro;
Mas al abrigo de los altos muros
De su oloroso y reposado asilo
Vuelan en torno y en sus radios beben:
Sólo recorren limitado espacio:
Ligeras piedras á menudo cogen,
Cuando remontan sus inciertos vuelos;
Y como el barco por el mar movido,
Á quien impelen espumantes olas,
Se lastra siempre con movible arena,

Fit sonitus, mussantque oras et limina circum.
Post, ubi jam thalamis se composuere, siletur
In noctem, fessosque sopor suos occupat artus.
Nec vero a stabulis pluvia impendente recedunt
Longius, aut credunt coelo adventantibus Euris;
Sed circum tutae sub moenibus urbis aequantur,
Excursusque breves tentant, et saepe lapillos,
Ut cymbae instabiles fluctu jactante saburram.
Tollunt: his sese por inania nubila librant.
Illum adeo placuisse apibus mirabere morem,

Así también, como en columpio suave,
Se balancean en las nieblas vanas.
Es prodigioso ver á las abejas
Sin ayuntarse prolongar su raza,
Sin que se enerven por el grato anhelo
De las dulzuras lánguidas de Venus,
Ni engendren crías con esfuerzos grandes:
Mas ellas cogen con su estrecha boca,
Entre las hojas de las ricas flores
Y del aroma de la yerba suave,
Gérmenes nuevos que fecundan solas:
Así proclaman su futura Reina
Y por sí mismas sus dominios pueblan,
Y así construyen intrincados reinos
De blanca cera con sus celdas pobres.
También vagando por las duras costas,
Rompen á veces sus flexibles alas,
Y bajo el peso de su carga mueren:
¡Tanta es el ansia de las bellas flores,

Quod neque concubitu indulgent, nec corpora segnes
In Venerem solvunt, aut foetus nixibus edunt:
Verum ipsae e foliis natos et suavibus herbis
Ore legunt; ipsae regem parvosque Quirites
Sufficiunt, aulasque et cerea regna refingunt.
Saepe etiam duris errando in cotibus alas
Attrivere, ultroque animam sub fasce dedere:
Tantus amor florum, et generandi gloria mellis.
Ergo ipsas quamvis angusti terminus aevi
Excipiat: neque enim plus septima ducitur aestas:

Con que gloriosas los panales funden!
Es cierto que aunque tienen vida corta,
Pues pasan rara vez de los siete años,
Son de raza inmortal; y la fortuna
Años sin cuento permanece en casa,
Contándose sin fin padres y abuelos.
La Libia y el Egipto, el Medo, el Parto
No respetan al Rey tanto como ellas:
Mientras alienta la vistosa Reina,
Anima á la colmena un alma sola,
Deshácese la unión cuando fenece,
Y roban en tropel la miel sabrosa
Y el panal muerden con inquieta rabia:
Cuida y preside vigilante siempre
El conjunto admirable de sus obras,
La miran sin cesar, y con zumbidos
En torno suyo se aglomeran mansas:
Á veces la levantan en sus hombros,
Y en los combates con sus mismos cuerpos

At genus inmortale manet, multosque per annos
Stat Fortuna domus, et avi numerantur avorum.
Praeterea regem non sic Aegyptus et ingens
Lydia, nec populi Parthorum, aut Medus Hydaspes,
Observant. Rege incolumi mens omnibus una est;
Amisso, rupere fidem, constructaque mella
Diripuere ipsae, et crates solvere favorum.
Ille operum custos; illum admirantur, et omnes
Circumstant fremitu denso, stipantque frequentes;
Et saepe attollunt humeris, et corpora bello

Le dan escudo, y buscan las heridas
Con ansia ciega y con gloriosa muerte.
Algunos al mirar estos portentos
Pensarán que tal vez nuestras abejas
Átomos son de la divina mente
Y eterna emanación del alma humana:
Dicen que un Dios la tierra toda llena,
El mar extenso y los profundos Cielos;
Tan sólo de él los animales varios,
Los hombres y la raza de las fieras
Sacan, naciendo, de la vida un soplo:
Vueltas las almas al principio eterno,
Disuelta la materia, nunca mueren;
Mas siempre vivas suben á los cielos,
Volviendo á colocarse entre los astros.
  Cuando destapes el Palacio augusto
De tus abejas, y el momento llegue
De sacar el tesoro allí encerrado,
Cuida tu rostro derramando en torno

Objectant, pulchramque petunt per vulnera mortem.
His quidam signis, atque haec exempla secuti,
Esse apibus partem divinae mentis et haustus
Aetherios dixere; deum namque ire per omnes
Terrasque, tractusque maris, coelumque profundum;
Hinc pecudes, armenta, viros, genus omne ferarum,
Quemque sibi tenues nascentem arcessere vitas;
Scilicet huc reddi deinde, ac resoluta referri
Omnia; nec morti esse locum; sed viva volare
Sideris in numerum, atque alto succedere coelo.

Frecuentes bocanadas de agua tibia,
Y ante el enjambre rápido sacude
Tizón que esparza protectores humos.
Llenan dos veces su casilla al año,
Y dos veces la miel recoger debes:
La primera será cuando en lo alto
La Pléyade Taigete el bello rostro
Muestra á la tierra, rechazando altiva
Con desdeñoso pie la mar inquieta,
Ó cuando huyendo del lluvioso Piscis
Á la cima del mar lánguida baja
Si empieza ya á reinar el crudo invierno.
Implacable es la abeja en sus furores
Y ofendidas infiltran su veneno:
Si hostigadas se ven en su retiro,
Impelen su aguijón, y en roja herida
Dejan al par que el dardo su existencia.
Mas si temiendo un riguroso invierno,
Reservas para entonces sus tesoros,

Si quando sedem angustam servataque mella
Thesauris relines: prius haustu sparsus aquarum
Ora fove, fumosque manu praetende sequaces.
Bis gravidos cogunt foetus; duo tempora messis:
Taygete simul os terris ostendit honestum
Plias, et Oceani spretos pede repulit amnes;
Aut eadem sidus fugiens ubi Piscis aquosi
Tristior hibernas coelo descendit in undas.
Illis ira modum supra est, laesaeque venenum
Morsibus inspirant, et spicula caeca relinquunt

Si porvenir tan triste te acongoja,
Si las ves en sus celdas entumidas,
No dejes de sahumar con el tomillo
La doliente colmena, suprimiendo
Con vigorosa mano inútil cera,
Pues muchas veces el lagarto roe,
Escondido en la sombra, los panales:
Huyendo de la luz el escarbajo
Se esconde entre las hojas que amontona:
Va el zángano parásito con ansia
De las abejas á comer el pasto:
El tábano cruel se mezcla entre ellas,
Y las acosa en desigual combate
De las polillas la temible raza
Ó la araña suspende laxas redes
(Este insecto á Minerva tan odioso)
De las colmenas en la pobre entrada:
Cuanto más limpias tus colmenas mires,
Con tanto más ardor querrán ansiosas

Adfixae venis, animasque in vulnere ponunt.
Sin duram metues hiemem parcesque futuro,
Contusosque animos et res miserabere fractas:
At suffire thymo, cerasque recidere inanes,
Quis dubitet? nam saepe favos ignotus adedit
Stellio, et lucifugis congesta cubilia blattis,
Inmunisque sedens aliena ad pabula fucus;
Aut asper crabro imparibus se inmiscuit armis,
Aut dirum, tineae, genus; aut invisa Minervae
Laxos in foribus suspendit aranea casses.

Las ruínas restaurar de su linaje,
Sus celdas llenarán, cubriendo á un tiempo
Su oloroso granero con las flores.
Más si enfermase tu febril enjambre
(Porque también su vida está sujeta,
Como la nuestra, á varios accidentes),
Fácil es conocer por signos ciertos
El estado fatal de su dolencia:
Mudan de pronto su brillante capa;
Flacas y horribles pierden su aérea forma:
Sacan entonces de su triste estancia
Los tiesos cuerpos que de luz carecen:
Tristes exequias por los muertos cumplen.
Verás también encadenado enjambre,
Cual racimo suspenso por sus patas,
En el umbral de la colmena hueca
Ó de su casa oculta allá en el fondo
Se muestra triste y mira entumecidos
Sus delicados miembros por el hambre,

Quo magis exhaustae fuerint: hoc acrius omnes
Incumbent generis lapsi sarcire ruinas,
Complebuntque foros, et floribus horrea texent.
Si vero, quoniam casus apibus quoque nostros
Vita tulit, tristi languebunt corpora morbo;
Quod jam non dubiis poteris cognoscere signis:
Continuo est aegris alius color; horrida vultum
Deformat macies; tum corpora luce carentum
Exportant tectis, et tristia funera ducunt;
Aut illae pedibus connexae ad limina pendent,

É inertes y arrugados por el frío.
Óyese entonces un murmullo sordo,
Triste zumbido que prolonga el eco:
Así también resuena estrepitoso
El helado aquilón en selva ruda,
Ó buscando la mar su firme asiento
Ruge doliente y se retuerce y gime,
Ó como el fuego que violento bulle
Aprisionado en los candentes hornos.
Debes entonces oloroso gálvano
Quemar en torno de su triste Casa,
É introducir por una caña hueca
Líquida miel, llamando á las dolientes
Con repetidas voces hacia el pasto
Que ellas conocen y su afán excita.
Puedes también mezclar el agrio zumo
De la vómica nuez y rosas secas,
Y cocer en el fuego dulce vino
De racimos de pasa de la Psitia,

Aut intus clausis cunctantur in aedibus, omnes
Ignavaeque fame et contracto frigore pigrae.
Tum sonus auditur gravior, tractimque susurrant:
Frigidus ut quondam silvis inmurmurat Auster;
Ut mare sollicitum stridit refluentibus undis:
Aestuat ut clausis rapidus fornacibus ignis.
Hic jam galbaneos suadebo incendere odores,
Mellaque arundineis inferre canalibus, ultro
Hortantem et fessas ad pabula nota vocantem.
Proderit et tunsum gallae admiscere saporem,

Y el ático tomillo y la centaura
De fuerte olor y de perfume grato.
Nace una flor entre menuda grama,
Muy fácil de encontrar; se llama Amela:
De un solo tronco da brotes profusos,
Y es tan brillante como el oro mismo:
Entre las hojas que abundantes crecen
Y que la cubren con su rica pompa,
Débil ostenta de violeta humilde
El morado color. Vemos cien veces
Adornado el altar de un Dios amigo
Con torcidas guirnaldas de estas flores:
Es áspera al sabor tan rica planta,
La cortan los pastores en los valles
Y en las corvas orillas del río Mella:
Harás cocer en perfumado vino
Sus tiernas raices: ponlas como pasto
En canastillos hasta el tope llenos,
Ante las puertas de tu mustio enjambre.

Arentesque rosas, aut igni pinguia multo
Defruta, vel Psithia passos de vite racemos,
Cecropiumque thymum, et grave olentia centaurea.
Est etiam flos in pratis, cui nomen amello
Fecere agricolae, facilis quaerentibus herba;
Namque uno ingentem tollit de cespite silvam,
Aureus ipse, sed in foliis quae plurima circum
Funduntur, violae sublucet purpura nigrae;
Saepe deum nexis ornatae torquibus arae;
Asper in ore sapor; tonsis in vallibus illum

Mas si temes perder la casta entera
Y renovar no logras su tesoro,
Es tiempo de decirte el gran invento
Del divino Maestro de la Arcadia,
Y de contar también cómo sucede
Que la sangre del toro corrompida
Hace brotar innumerable enjambre:
Desde muy lejos tomaré la historia,
Para explicar cuanto la fama cuenta.
Allí donde la gente afortunada
De Canope Peleo habita el llano,
Que el desbordado Nilo inunda á veces
Con estancadas y corruptas aguas,
Y vogan por sus ondas almadías
Pintadas toscamente de amaranto,
Y en los que estrecha el poderoso río
Los límites extensos de los Persas
Armados con sus flechas y su aljaba;
Donde enriquece al verde Egipto el fango

Pastores et curva legunt prope flumina Mellea.
Hujus odorato radices incoque Baccho,
Pabulaque in foribus plenis appone canistris.
Sed si quem proles subito defecerit omnis,
Nec, genus unde novae stirpis revocetur, habebit,
Tempus et Arcadii memoranda inventa magistri
Pandere, quoque modo caesis jam saepe juvencis
Insincerus apes tulerit cruor. Altius omnem
Expediam prima repetens ab origine famam.
Nam qua Pellaei gens fortunata Canopi

Que se desliza por sus siete bocas,
Hasta que inclina su fecundo jugo
Del Etiope ardoroso hacia la zona,
Esta vasta región sólo confía
Hallar la salvación de las Abejas
En este segurísimo remedio.
Oportuno lugar primero busca:
Que un techo muy sencillo sostenido
Por estrechas paredes le dé sombra,
Y reciba la luz oblicuamente
Por cuatro ventanillas que se rasgan
Al cuadrante mirando de los vientos.
Entonces á un ternero de dos años
Que empiece ya á encorvar las toscas puntas
De sus cuernos, por más que se resista
Obstruye la nariz, quítale aliento,
Hazle morir con repetidos golpes
Y machaca su entraña, que disuelves
En la vellosa piel que intacta queda:

Accolit effuso stagnantem flumine Nilum,
Et circum pictis vehitur sua rura phaselis;
Quaque pharetratae vicinia Persidis urguet,
Et viridem Aegiptum nigra foecundant arena,
Et diversa ruens septem discurrit in ora
Usque coloratis amnis devexus ab Indis;
Omnis in hac certam regio jacit arte salutem.
Exiguus primum, atque ipsos contractus ad usus,
Eligitur locus: hunc angustique imbrice tecti
Parietibusque premunt arctis, et quatuor addunt,

En el breve recinto donde ha muerto
Le encerrarás: sujeta á sus costillas
Ramas de thimo y de fragantes casias:
Dócil observarás estos preceptos,
Antes que mueva el Zéfiro las olas,
Antes que al prado esmalten nuevas flores,
Antes que Progne la locuaz suspenda
De tus tejados su compacto nido.
En tanto hierve en los flexibles huesos
Del difunto animal la tibia sangre,
Y es prodigioso ver hormigueando
De insectos un millón, sucios, deformes,
Al principio sin pies, luego agitando
Con sordo ruido diminutas alas:
Se mezclan entre sí, sube el enjambre
Con pausado volar, gana los vientos,
Hasta lanzarse cual menuda lluvia
Arrojada por nubes estivales,
Veloz como la flecha despedida

Quatuor a ventis, obliqua luce, fenestras.
Tum vitulos, bima curvans jam cornua fronte,
Quaeritur: huic geminae nares et spiritus oris
Multa reluctanti obstruitur, plagisque peremto
Tunsa per integram solvuntur viscera pellem.
Sic positum in clauso linquum, et ramea costis
Subjiciunt fragmenta, thymum, casiasque recentes.
Hoc geritur, Zephyris primum impellentibus undas,
Ante novis rubeam quam prata coloribus, ante
Garrula quam tignis nidum suspendat hirundo.

Por un forzudo nervio, que el espacio
Recorre con fragor, cimbrando el aire,
Cuando los Partos en la fuga diestros
Se arrojan los primeros al combate.
¿Qué Dios, oh Musa, descubrió á los hombres
Secreto tal, y cómo la experiencia
Nos hizo conocer tan nuevo caso?
Se dice que al dejar de Tempe el valle
Que riegan del Peneo las corrientes,
Aristeo el Pastor, viendo su enjambre
Muertò, y vaciadas sus fecundas celdas
Por falta de alimento y por la peste,
Ante la fuente del sagrado río
Confuso se paraba; así llorando
Á su madre imploró: «Dí, Madre mía,
Madre Cirene, que en el fondo vives
De esta corriente cristalina y mansa:
Si es cierto, según cuentas, que es mi Padre
Apolo de Timbrea ¿de qué sirve,

Interea teneris tepefactus in ossibus humor
Aestuat; et visenda modis animalia miris,
Trunca pedum primo, mox et stridentia pennis,
Miscentur, tenuemque magis magis aera carpunt;
Donec, ut aestivis effussus nubibus imber,
Erepere; aut ut, nervo pulsante, sagittae,
Prima leves ineunt si quando proelia Parthi.
Quis deus hanc, Musae, quis nobis extudit artem?
Unde nova ingressus hominum experientia cepit?
Pastor Aristaeus fugiens Peneia Tempe,

De qué me sirve el ser hijo de Dioses,
Si me engendraste con tan mala estrella?
¿Adónde fué tu amor tan tierno y puro?
¿Por qué esperar me hiciste en el Olimpo?
He aquí que el solo bien en que ponía
En esta mortal vida mi honra y fama,
Premio constante y estudioso esfuerzo,
Con que cuidaba mis extensos campos
Y el ganado lanar... todo lo pierdo...
Y dices sin rubor que eres mi madre...
Concluye, pues, tu destructor ensayo,
Y arranca por tus manos estos bosques
Que he ayudado á crecer: lleva á mi establo
El incendio voraz, quema las mieses,
Destruye los sembrados y prepara
El hierro destructor para mis viñas,
Si te molesta el escuchar de tu hijo
Las glorias, que también á tí te alcanzan.»
Desde el húmedo tálamo del río

Amissis, ut fama, apibus morboque fameque,
Tristis, ad extremi sacrum caput adstitit amnis,
Multa querens, atque hac affatus voce parentem:
Mater, Cyrene mater, quae gurgitis hujus
Ima tenes, quid me praeclara stirpe deorum,
Si modo, quem perhibes, pater est Thymbraeus Apollo,
Invisum fatis genuisti? aut quo tibi nostri
Pulsus amor? quid me coelum sperare jubebas?
En etiam hunc ipsum vitae mortalis honorem,
Quem mihi vix frugum et pecudum custodia sollers

Limpio y profundo, oyó la tierna Madre
Del hijo desgraciado la voz triste.
En torno de Cirene varias Ninfas
Finos vellones de Milesia hilaban,
Con verdes tintas su color mezclando;
Drimo y Ligea, Xanto y Filodócea,
Cuyas doradas trenzas por los cuellos
Profusas y brillantes ondeaban;
Thales y Espío, Cimodóce y Nesa
Y Cidipe también, Licoris rubia,
Virgen la una, la otra nueva esposa
Los dolores del parto y sus afanes
Una tan sola vez sentido había:
Clío y su hermana la risueña Béroe,
Hijas las dos del borrascoso Océano.
Vestidas ambas con pintadas pieles
Que sujetaban dos corchetes de oro;
Opis y Efira, Deyopepa la hija
Del Asio lago, y la que al fin las flechas,

Omnia tentanti extuderat, te matre, relinquo.
Quin age, et ipsa manu felices erue silvas;
Fer stabulis inimicum ignem, atque interfice messes;
Ure sata, et validam in vites molire bipennem:
Tanta meae si te ceperunt taedia laudis.
At mater sonitum thalamo sub fluminis alti
Sensit. Eam circum Milesia vellera Nymphae
Carpebant, hyali saturo fucata colore,
Drymoque, Xanthoque, Ligeaque, Phyllodoceque,
Caesariem effusae nitidam per candida colla;

Aretusa veloz, dejó en reposo.
Climene en medio de ellas refería
Los inútiles celos de Vulcano,
Los ardides de Marte y dulces hurtos,
Los amores sin cuento de los Dioses.
Encantadas las Ninfas con la historia,
Mientras que hilaban en sus lisas ruecas
El suave lino, hieren los oídos
Segunda vez de la amorosa Madre
Del joven Aristeo los lamentos:
Las Ninfas se conmueven en sus sillas
De pulido cristal: sólo Aretusa,
Alzándose primero, muestra hermosa
Sobre las aguas su cabello rubio;
Grita de lejos: «¡Oh Cirene, hermana,
No te conmueve sin razón el llanto
Que llega muy lejano á nuestra estancia,
Pues miro desde aquí llorar tu hijo,
Quien junto al cauce manso del Peneo,

Nesaee, Spioque, Thaliaque, Cymodoceque,
Cydippeque, et flava Lycoris; altera virgo,
Altera tum primos Lucinae experta labores;
Clioque et Beroe soror, Oceanitides ambae;
Ambae auro, pictis incinctae pellibus ambae;
Atque Ephyre, atque Opis, et Asia Deiopea,
Et tandem positis velox Arethusa sagittis.
Inter quas curam Clymene narrabat inanem
Vulcani, Martisque dolos et dulcia furta;
Atque Chao densos divum numerabat amores.

18

Nuestro Padre común, te llama ingrata.»
Agitada de nuevos sobresaltos
Grita la Madre: «Tráele, tráele, pronto;
Bien puede penetrar en este reino
De los Dioses, también este mancebo:
Que corre por sus venas sangre nuestra.»
Manda á las aguas separarse al punto,
Para que al joven senda libre dejen;
Encórvase la ola abriendo el cauce,
Y á manera de un monte suspendida
Le recibe en su seno, le circunda
Y le lleva hasta el fondo del gran río.
Él, admirando la materna estancia,
Por los húmedos reinos se extendía;
Miraba presos los dormidos lagos
En sus extensas y profundas cuevas,
É intrincadas raíces de los Bosques
Que hace sonar el choque de las aguas:
Admirado del flujo de las olas,

Carmine quo captae dum fusis mollia pensa
Devolvunt, iterum maternas impulit aures
Luctus Aristaei, vitreisque sedilibus omnes
Obstupuere; sed ante alias Arethusa sorores
Prospiciens, summa flavum caput extulit unda;
Et procul: O gemitu non frustrà exterrita tanto,
Cyrene soror, ipse tibi, tua maxuma cura,
Tristis Aristaeus Penei genitoris ad undam,
Stat lacrymans, et te crudelem nomine dicit.
Huic percussa nova mentem formidine mater,

Vía correr los poderosos ríos
Que toman su caudal bajo la tierra,
Para extenderse por distintos reinos:
El Faso, el Lico de corrientes mansas,
Y el manantial de donde atropellado
El Enipe infernal se lanza altivo;
De allí también se precipitan ciegos
El Tiberino padre y las corrientes
Del Hipanis y el Anio, que entre peñas
Lanzándose atrevido y arrogante,
Furioso suena y espumoso mana;
Y el Caico de la Misia, el Eridáno
Con sus dorados cuernos y su rostro
De toro sin domar, y no hay ninguno
Que más fogoso que él fecunde tierras,
Dando en el Rojo mar fin á sus días.
Llegó atónito allí nuestro Aristeo,
Á penetrar so la cerúlea bóveda
Del palacio suntuoso de su Madre;

Duc, age, duc ad nos; fas illi limina divum
Tangere, ait; simul alta jubet discedere late
Flumina, qua juvenis gressus inferret. At illum
Curvata in montis faciem circumstetit unda,
Accepitque sinu vasto, misitque sub amnem.
Iamque domum mirans genitricis, et humida regna,
Speluncisque lacus clausos, lucosque sonantes,
Ibat, et, ingenti motu stupefactus aquarum,
Omnia sub magna labentia flumina terra
Spectabat diversa locis, Phasimque, Lycumque,

Cuando ésta conoció de sus lamentos
El tan vano motivo, sus hermanas
Las Ninfas se apresuran afanosas
En torno de él, las unas derramando
Sobre sus manos transparentes aguas,
Otras le ofrecen de tejidos finos
Blancas toallas, otras de manjares
Cargan las mesas, y se llenan vasos
Con las esencias del divino néctar,
Y empiezan á exhalar las sacras aras
Místico olor de vaporoso incienso
Que desde el sacro altar busca los aires:
«Toma esta copa, llénala de vino
(Dijo su Madre), que produce Lidia,
Y en honor del Océano brindemos;»
Dirige al mismo tiempo santas preces
Á este potente Dios padre de todo,
Y á las hermanas Ninfas que cien ríos
Guardan las unas, cien florestas otras.

Et caput, unde altus primum se erumpit Enipeus,
Unde pater Tiberinus, et unde Aniena fluenta,
Saxosusque sonans Hypanis, Mysusque Caicus,
Et gemina auratus taurino cornua vultu
Eridanus: quo non alius per pinguia culta
In mare purpureum violentior effluit amnis,
Postquam est in thalami pendentia pumice tecta
Perventum, et nati fletus cognovit inanes
Cyrene: manibus liquidos dant ordine fontes
Germanae, tonsisque ferunt mantelia villis;

Tres veces roció con aquel néctar
La llama ardiente, tres la llama pura
Casi apagada se levanta y cruje,
Lamiendo el techo de la regia cueva.
Tranquila ya su mente y confortada,
Empieza así la bienhechora Diosa:
«En los abismos del carpacio seno
Habita un sapientísimo adivino,
Proteo de nombre; que en vistoso carro
Por dos marinos monstruos conducido,
Deslízase atrevido por las olas.—
Visita este adivino en el momento
Los puertos de la Ematia y á Palene
Ciudad donde nació; y á éste las Ninfas
Y el mismo anciano Dios nuestro Nereo
Adoramos por ser profeta grande,
Pues conoce el presente, lo pasado
Y el porvenir también con vista cierta:
Lo quiso así Neptuno, porque guarda

Pars epulis onerant mensas, et plena reponunt
Pocula; Panchaeis adolescunt ignibus arae;
Et mater: Cape Maeonii carchesia Bacchi:
Oceano libemus, ait. Simul ipsa precatur
Oceanumque patrem rerum, Nymphasque sorores,
Centum quae silvas, centum quae flumina servant.
Ter liquido ardentem perfudit nectare Vestam:
Ter flamma ad summun tecti subjecta reluxit:
Omine quo firmans animum, sic incipit ipsa:
Est in Carpathio Neptuni gurgite vates,

En el fondo del mar y allí apacienta
Grandes rebaños de disformes focas.
Es preciso, hijo mío, que principies
Por atarle con sólidas cadenas,
Para hacerle explicar de tus enjambres
La dolencia mortal, y que te ayude
Á reparar tu pérdida cuantiosa,
Porque no te dará precepto alguno,
Si no usares con él de gran violencia,
Ni domarás su astucia con tus ruegos.
Sujétale por fuerza ya cogido
Con duras ligaduras que le opriman:
Así quebrantarás sus artes vanas
Rotas al fin por tu inclemente mano:
Yo mismo, cuando el Sol á mediodía
Brillante enciende sus vistosos fuegos,
Y las sedientas yerbas piden agua
Y son gratas las sombras al ganado,
Á la cueva secreta donde el viejo

Caeruleus Proteus, megnum qui piscibus aequor
Et juncto bipedum curru metitur equorum.
Hic nunc Emathiae portus patriamque revisit
Pallenen; hunc et Nymphae veneramur, et ipse
Grandaevus Nereus; novit namque omnia vates,
Quae sunt, quae fuerunt, quae mox ventura trahantur.
Quippe ita Neptuno visum est: inmania cujus
Armenta et turpes pascit sub gurgite phocas.
Hic tibi, nate, prius vinclis capiendus, ut omnem
Expediat morbi causam, eventusque secundet.

Se retira cansado de las olas,
Te llevaré seguro por mi mano.
Sumergido en el sueño será fácil
Abordar al que duerme sin zozobra;
Pero al verse sujeto con cadenas,
Tomará á su capricho formas varias
De fieras y de imágenes mudables
Que compriman el ánimo más fuerte,
Según convenga á su desleal antojo.
Le verás de repente transformarse
En fiero jabalí, sangriento tigre,
Escamoso dragón, torva leona
De inflamada melena, ó bien fingiendo
El chasquido alarmante de la llama,
Tratará de escapar de entre tus brazos,
Ó convertido en líquida corriente,
Sutil se escurrirá de entre tus dedos;
Cuanto más tome diferentes formas,
Tanto más, hijo, con dureza aprieta

Nam sine vi non ulla dabit paecepta, neque illum
Orando flectes; vim duram et vincula capto
Tende; doli circum haec demum frangentur inanes.
Ipsa ego te, medios quum Sol accenderit aestus,
Quum sitiunt herbae, et pecori jam gratior umbra est,
In secreta senis ducam, quo fessus ab undis
Se recipit; facile ut somno aggrediare jacentem.
Verum ubi correptum manibus vinclisque tenebis,
Tum variae eludent species atque ora ferarum.
Fiet enim subitu sus horridus, atraque tigris;

Las tenaces cadenas que le ligan,
Hasta que vuelva á la primera imagen,
En que le viste cuando un dulce sueño
Empezaba á velar su vista turbia.»
Dijo la Diosa, y derramando en torno
De líquida ambrosía fina esencia,
Todos los miembros perfumó del hijo:
Exhala rico olor su cabellera
Peinada y reluciente, y vigor nuevo
Siente correr por sus cansados miembros.
Hay una obscura y dilatada cueva
En la vertiente de una inmensa roca
Que otro tiempo las aguas socavaron,
Do encierra el viento las marinas olas,
Formando allí tranquilos y seguros
Remansos, en que á veces busca puerto,
Sorprendido en el piélago, el marino:
De esta cueva en el fondo y defendida
Por piedra colosal busca Proteo,

Squamosusque draco, et fulva cervice leaena;
Aut acre flammae sonitum dabit, atque ita vinclis
Excidet, aut in aquas tenues dilapsus abibit.
Sed, quanto ille magis formas se vertet in omnes,
Tanto, nate, magis contende tenacia vincla:
Donec talis erit mutato corpore, qualem
Videris, incepto tegeret quum lumina somno.
Haec ait, et liquidum ambrosiae diffundit odorem:
Quo totum nati corpus perduxit; at illi
Dulcis compositis spiravit crinibus aura,

Encerrándose en ella, su reposo.
En sitio contra luz allá en la cueva
La cuidadosa madre pone al hijo
Y entre nubes envuelta se desliza.
Sirio abrasando á los sedientos Indios
Brillaba en el Zenit, y Febo ardiente,
Devorando en su curso medio mundo,
Traspasa los espacios luminosos:
Seca la yerba, calentando el rayo
El hondo lecho de la mustia Madre,
Requemaba hasta el fondo cenagoso:
Buscando su caverna acostumbrada
En el momento aquél sale Proteo
De la espuma del mar: en torno suyo
Los húmedos vecinos de este reino
Iban saltando y arrojaban lejos
De la salada mar torrentes de agua:
Se tienden á dormir sobre la orilla
Aquí y allá dispersas varias focas:

Atque habilis membris venit vigor. Est specus ingens
Exesi latere in montis, quo plurima vento
Cogitur, inque sinus scindit sese unda reductos,
Deprensis olim statio tutissima nautis;
Intus se vasti Proteus tegit objice saxi.
Hic juvenem in latebris aversum a lumine Nympha
Collocat: ipsa procul nebulis obscura resistit.
Jam rapidus torrens sitientis Sirius Indos
Ardebat; coelo et medium Sol igneus orbem
Hauserat; arebant herbae, et cava flumina siccis

Así como el Pastor en la montaña
Hace de tiempo en tiempo cuando el Véspero
Llama al caliente establo á las terneras,
Y ya el balido del cordero aguza
El colmillo cruel de hambriento lobo:
Así en la piedra se sentó Proteo
Contando lentamente su ganado.
Halla Aristeo la ocasión propicia
Al anciano sagaz viendo rendido:
Le deja apenas tiempo de sentarse
Para dormir y acomodar sus miembros:
Arrójase sobre él con grandes voces,
Le ata con ligaduras y le rinde.
No olvida el viejo sus antiguas mañas:
Transfórmase asimismo en fiera horrible,
Candente fuego ó líquidos raudales,
Haciendo de repente maravillas.
Viendo que es imposible toda fuga,
Que no le sirven sus astucias varias,

Faucibus ad limum radii tepefacta coquebant
Quum Proteus consueta petens e fluctibus antra
Ibat; eum vasti circum gens humida ponti
Exultans rorem late dispersit amarum.
Sternunt se somno diversae in litore phocae.
Ipse, velut stabuli custos in montibus olim,
Vesper ubi e pastu vitulos ad tecta reducit,
Auditisque lupos acuunt balatibus agni,
Considit scopulo medius, numerumque recenset.
Cujus Aristaeo quoniam est oblata facultas:

Cede por ſin volviendo á su sér mismo,
Y con humana voz sujeto dice:
«¿Quién te ha mandado, temerario joven,
Visitar importuno mi morada?
¿Qué quieres, pues, de mí?» Mas Aristeo:
«Tú lo sabes muy bien: de cierto sabes
Lo que vengo á pedir: que á nadie es dado
Inducirte en error: cesa en tu empeño:
Siguiendo los mandatos de los Dioses,
Vengo á pedir oráculo á tu ciencia
Para enmendar mi desgraciada suerte.»
No dijo más, y haciéndose violencia,
Sobre el joven absorto arrojó el vate
Rayos ardientes de sus verdes ojos,
Y deslumbraba su pupila odiosa:
Fiero bramido delirante lanza,
Y al ſin su lengua desligada deja
Brotar el porvenir del temblón labio.
«No lo dudes, un Dios sobre tí ejerce

Vix defessa senem passus componere membra,
Cum clamore ruit magno, manicisque jacentem
Occupat. Ille suae contra non inmemor artis,
Omnia transformat sese in miracula rerum,
Ignemque, horribilemque feram, fluviumque liquentem.
Verum ubi nulla fugam reperit fallacia, victus
In sese redit, atque hominis tandem ore locutus:
Nam quis te, juvenum confidentissime, nostras
Jussit adire domos? quidve hinc petis? inquit. At ille:
Scis, Proteu, scis ipse; neque est te fallere quidquam;

Su venganza cruel, y grandes faltas
Pagas tal vez sin serte conocidas:
El armónico Dios de piedad digno
Suscita contra tí desgracias tales
Que sólo pueden suspender los hados:
Sobre tí venga con pesada diestra
El rapto de su esposa tan querida,
Que corriendo insensata por la margen,
Huyéndote ¡infeliz! no vió á sus plantas
Entre las altas yerbas acechando
Espantoso reptil, colosal hidra.»
El coro de las Ninfas sus hermanas
Llena á lo lejos de clamor el monte,
Gimen las tierras del Rodope grande,
Las cimas del Pangeo y la valiente
Tierra de Reso su desdicha lloran,
Y la ateniense Oricia con los Getos.
Él consolando su perdido encanto
Te cantaba á tí sola, á tí, su esposa,

Sed tu desine velle. Deum praecepta secuti
Venimus, hinç lapsis quaesitum oracula rebus.
Tantum effatus. Ad haec vates vi denique multa
Ardentes oculos intorsit lumine glauco,
Et graviter frendens, sic fatis ora resolvit:
Non te nullius exerecent numinis irae:
Magna luis conmisa; tibi has miserabis Orpheus
Haudquaquam ob meritum poenas, ni Fata resistant,
Suscitat, et rapta graviter pro conjuge saevit.
Illa quidem, dum te fugeret per flumina praeceps,

Cuando asomaba el Sol por el Oriente,
Á tí cuando su luz se iba apagando.
Hasta el abismo descendió atrevido
Del Tártaro, y tocó las fieras rocas
Del reino de Plutón y el hondo bosque
Lleno de espectros y de sombras vanas;
Los manes visitó y al Rey terrible
Del pavoroso Infierno, y á las almas
Que no pueden librar humanos ruegos.
Al despertarlos tan divino canto,
Tristes fantasmas y ligeras sombras,
Que de la luz carecen de la vida,
Iban saliendo con inciertas huellas
De las cavernas del profundo Erebo,
Como millares de pintados pájaros,
Cuando la noche ó tormentosa lluvia
Los arroja del monte y en las ramas
Del umbroso verjel buscan abrigo:
Madres y esposos y difuntos cuerpos

Inmanem ante pedes hydrum moritura puella
Servantem ripas alta non vidit in herba.
At chorus aequalis. Dryadum clamore supremos
Implerunt montes; flerunt Rhodopeiae arces,
Altaque Pangaea, et Rhesi Mavortia tellus,
Atque Getae, atque Hebrus, et Actias Orithya.
Ipse, cava solans aegrum testudine amorem,
Te, dulcis conjux, te solo in litore secum,
Te veniente die, te decedente canebat.
Taenarias etiam fauces, alta ostia Ditis,

De grandes héroes y robustos jóvenes,
Niños, doncellas, que á los ojos mismos
De ancianos padres, en las llamas crujen:
El odioso Cocito allí en su cieno
Negro y terrible y entre obscuras cañas
Los encadena en su dormido lago,
Y nueve veces la laguna Estigia,
Corriendo por en medio, los circunda
Con intrincados círculos concéntricos,
Haciendo así imposible todo paso.
La palpitante estancia de la muerte
Y el Tártaro infernal se conmovieron
Y de cabello azul con negras sierpes,
Enroscadas en él, las furias mismas
Sintieron con asombro sus encantos:
El ladrido cesó del cruel Cerbero,
Cerradas sus tres bocas infernales,
Y la rueda de Ixión paró suspensa
Su rotación periódica en el aire.

Et caligantem nigra formidine lucum
Ingressus, Manesque adiit, Regemque tremendum,
Nesciaque humanis precibus mansuescere corda:
At cantu conmotae Erebi de sedibus imis
Umbrae ibant tenues simulacraque luce carentum:
Quam multa in foliis avium se millia cóndunt,
Vesper ubi aut hibernus agit de montibus imber:
Matres, atque viri, defunctaque corpora vita
Magnanimum heroum, pueri, innuptaeque puellae,
Impositique rogis juvenes ante ora parentum;

De aquel obscuro sitio iba volviendo,
Triunfante de mil ásperas fatigas,
Con su lira encantada el tierno Orfeo,
Siguiéndole Euridice sin ser vista,
Pues esta condición puso la Diosa,
Cuando un delirio repentino asalta
La loca mente del amante ciego:
¡Delirio de perdón por cierto digno,
Si en los infiernos el perdón cupiera!
Párase y mira á su adorada esposa,
Sin recordar el convenido pacto,
Vencido del amor, y ya á las puertas
De la brillante luz que irradia el día,
Se anulan de repente sus esfuerzos,
Rotas las condiciones del Tirano,
Y retiembla tres veces del averno
Con furor nunca oído el negro Estanque.
Ella dijo: «¡Infeliz, quien me ha perdido!
¿Cuál es la causa de tan gran desgracia?

Quos circum limus niger et deformis arundo
Cocyti tardaque palus inamabilis unda
Alligat, et novies Styx interfusa coercet.
Quin ipsae stupuere domus atque intima Leti
Tartara, caeruleosque implexae crinibus angues
Eumenides, tenuitque inhians tria Cerberus ora,
Atque Isionii vento rota constitit orbis.
Jamque pedem referens casus evaserat omnes,
Redditaque Eurydice superas veniebat ad auras,
Pone sequens; namque hanc dederat Proserpina legem:

Te pierdo ya otra vez, esposo mío;
El destino cruel me hace que vuelva
Sobre mis huellas: de la muerte el sueño
Cubre mis ojos que se cierran vagos:
Adiós por siempre; que una eterna noche
Me arrastra á mi pesar y me encadena;
Tiendo hacia tí mis suplicantes manos:
Inútil en verdad... ya no soy tuya...»
Y como el humo que evapora el viento
Disípase de pronto y desparece:
No la volvió ya á ver, y en vano pugna
Por estrechar la fugitiva sombra
Y contarla su amor, sus penas y ansias;
Que el Barquero del Orco no permite
Pasar á Orfeo la infernal laguna.
¿Cuál era su designio? ¿y do camina
Perdida ya dos veces por su culpa?
¿Con qué llanto podrá mover los manes
Y al numen celestial con qué palabras?

Quum subita incautum dementia cepit amantem,
Ignoscenda quidem, scirent si ignoscere Manes:
Restitit, Eurydicemque suam, jam luce sub ipsa,
Inmemor, heu! victusque animi respexit. Ibi omnis
Effusus labor, atque inmitis rupta tyranni
Foedera, terque fragor stagnis auditus Avernis.
Illa, Quis et me, inquit, miseram, et te perdidit, Orpheu,
Quis tantus furor? En iterum crudelio retro
Fata vocant, conditque nutantia lumina somnus.
Jamque vale. Feror ingenti circumdata nocte,

Bogaba en tanto ya su esposa yerta
Por el Lago infernal en barca obscura...
Se dice que él lloró por siete meses
Sólo en la orilla del desierto río:
Bajo las rocas de la Tracia ardiente
Cantaba su dolor, y en las cavernas,
Amansando los tigres, arrastraba
Tras su doliente voz selvas y bosques:
Así bajo la sombra de los álamos
Llora doliente sus perdidos hijos
Filomena gentil, que sin entrañas
Un labrador que há tiempo los codicia
Implumes los robó del suave nido;
Llora en la noche, y sin cesar lamenta
Con cantos de dolor su bien ausente,
Y llenan los contornos sus gemidos.
Ya no hay para él amor, no hay Himeneo
Que pueda levantar su alma abatida:
Recorre solitario las regiones
Hiperbóreas do siempre reina el hielo,

Invalidasque tibi tendens, heu non tua, palmas!
Dixit, et ex oculis subito, ceu fumus in auras
Conmixtus tenues, fugit diversa; neque illum,
Prensantem nequidquam umbras, et multa volentem
Dicere, praeterea vidit; nec portitor Orci
Amplius objectam passus transire paludem.
Quid faceret? quo se rapta bis conjuge ferret?
Quo fletu Manes, qua Numina voce moveret?
Illa quidem Stygia nabat jam frigida cymba.
Septem illum totos perhibent ex ordine menses

Del Tánaris nevado las orillas
Y los llanos que nunca se ven libres
De las Rífeas escarchas: caminaba
Siempre buscando á la mujer perdida
Y los dones inútiles de Dite:
Tan grande amor de Tracia á las mujeres
Envidia tal causó, viendo al mancebo
Mirarlas con desdén, que de los Dioses
En medio de las fiestas le cercaron;
Y en las orgías del nocturno Baco
Los miembros dispersaron por el suelo
Del joven que sus manos desgarraban.
Cuando el abismo del profundo Erebo,
Que toma su caudal en la alta Tracia,
Arrastraba flotando su cabeza
Arrancada del cuello de alabastro,
Se escuchaba una voz casi apagada,
Y una lengua de hielo repetía
El nombre de Euridice.—¡Ah! murmuraba,
Desgraciada Euridice, el alma huyendo

Rupe sub aeria, deserti ad Strymonis undam
Flevisse, et gelidis haec evolvisse sub umbra,
Mulcentem tigres, et agentem carmine quercus.
Qualis populea moerens Philomela sub antris,
Amissos queritur foetus, quos durus arator
Observans nido implumes detraxit: at illa
Flet noctem, ramoque sedens miserabile carmen
Integrat, et maestis late loca questibus implet.
Nulla Venus, non ulli animum flexere Hymenaei.
Solus Hyperboreas glacies Tanaimque nivalem

A la mansión eterna de la muerte,
Euridice, *Euridice*, prolongaba
En la callada orilla el eco triste.»
Esto dijo Proteo, y dando un salto,
Arrojóse en la mar y en aquel sitio
Blanquizco remolino formó la ola
Bajo sus pies. Pero la bella Ninfa
Al hijo en tal momento no abandona:
»Ya puedes desechar, dice, del ánimo
Tristes cuidados: de tu adversa suerte
Es conocida la inocente causa:
Las Ninfas compañeras de Euridice
Que con ella formaban en los bosques
Alegres coros, en tu pobre enjambre
Se han vengado de tí, dándole muerte.
Tú ofrece suplicante sacrificios,
Pidiéndolas la paz, y las Napeas
Al que las rinde culto escuchan luego:
Sus iras depondrán, oirán tus votos.
Mas te diré primero la manera

Arvaque Rhiphaeis numquam viduata pruinis
Lustrabat, raptam Eurydicem atque irrita Ditis
Dona querens: spretae Ciconum quo munere matres
Inter sacra deum nocturnique orgia Bacchi
Discerptum latos juvenem sparsere per agros.
Tum quoque, marmorea caput a cervice revulsum
Gurgite quum medio portans Oeagrius Hebrus
Volveret, Eurydicem vox ipsa et frigida lingua,
Ah miseram Eurydicem! anima fugiente vocabat:
Eurydicem toto referebant flumine ripae.

De hallar su protección y de aplacarlas;
En tu rebaño, que en la verde cumbre
Pace tranquilo del feraz Liceo,
Elige cuatro toros arrogantes
Y otras tantas terneras cuyas frentes
No hayan sentido aún servil coyunda;
En el templo sagrado de las Ninfas
Levanta cuatro altares, donde puedas
Hacer correr la sangre de las víctimas,
Que habrá de degollar tu misma mano;
Y abandona los cuerpos de las reses
Bajo la opaca sombra de tu bosque.—
Cuando la aurora del noveno día
Empiece ya á apuntar, ofrece humilde
La triste adormidera en sacrificio
Al armónico Dios, y una ternera
Con negra oveja inmola al mismo tiempo
Para aplacar los manes de Euridice;
Puedes entonces visitar de nuevo
El bosque donde yacen tus ofrendas.»

Haec Proteus: et sese jactu dedit aequor in altum;
Quaque dedit, spumanten undam sub vertice torsit.
At non Cyrene: namque ultro affata timentem:
Nate, licet tristes animo deponere curas.
Haec omnis morbi caussa; hinc miserabile Nymphae,
Cum quibus illa choros lucis agitabat in altis,
Exitium misere apibus. Tu munera supplex
Tende, petens pacem, et faciles venerare Napaeas.
Namque dabunt veniam votis, irasque remittent.
Sed, modus orandi qui sit, prius ordine dicam.

Cumple al punto el mandato de la madre:
Al templo de las Ninfas veloz marcha:
Levanta los altares prevenidos
Y arrastra cuatro toros arrogantes
Y de intacta cerviz cuatro terneras.
Cuando despunta la novena aurora,
Ofrece sacrificios á los manes
Del Dios Orfeo y se encamina al bosque:
¡Oh prodigio que asombra y nunca visto!
Oye zumbar en la corrupta entraña
Y en lo interior de aquellas reses muertas
De abejas bulliciosas nuevo enjambre:
En las rotas costillas hierven juntas:
Forman nubes inmensas por el aire:
Se agrupan en la copa de los árboles,
Y suspendidas de flexibles ramas
Fingen racimos de doradas uvas.

Esto cantaba yo sobre el cultivo
Del árbol, del ganado y de los campos,
En tanto que el gran César fulminaba

Quatuor eximios praestanti corpore tauros,
Qui tibi nunc viridis depascunt summa Lycaei,
Delige, et intacta totidem cervice juvencas.
Quatuor his aras alta ad delubra dearum
Constitue, et sacrum jugulis demitte cruorem;
Corporaque ipsa boum frondoso desere luco.
Post, ubi nona suos Aurora ostenderit ortus,
Inferias Orphei Lethaea papavera mittes,
Et nigram mactabis ovem, lucumque revises;
Placatam Eurydicem vitula venerabere caesa.

En las orillas del profundo Eufrates
Rayos ardientes de implacable guerra,
Y sabio vencedor imponía leyes
Á pueblos mil ganados á su imperio,
Abriéndose el camino del Olimpo.—
Parténope la dulce, por entonces
Á mí Virgilio me acogió en su seno:
Obscuro y perezoso allí moraba,
En mis estudios con afán gozando,
Y á Títiro cantaba, osado y joven,
Á la sombra tendido de una encina
Que le presta solaz bajo sus ramas.

Haud mora: continuo matris praecepta facessit.
Ad delubra venit; monstratas excitat aras;
Quatuor eximios praestanti corpore tauros
Ducit, et intacta totidem cervice juvencas.
Post, ubi nona suos Aurora induxerat ortus,
Inferias Orphei mittit, lucumque revisit.
Hic vero subitum ac dictu mirabile monstrum
Aspiciunt: liquefacta boum per viscera toto
Stridere apes utero, et ruptis effervere costis;
Inmensasque trahi nubes; jamque arbore summa
Confluere, et lentis uvam demittere ramis.
Haec super arvorum cultu pecorumque canebam,
Et super arboribus: Caesar dum magnus ad altum
Fulminat Euphratem bello, victorque volentes
Per populos dat jura, viamque affectat Olympo.
Illo Virgilium me tempore dulcis alebat
Parthenope, studiis florentem ignobilis otii:
Carmina qui lusi pastorum, audaxque juventa,
Tityre, te patulae cecini sub tegmine fagi.

295

LIBRO PRIMERO

DE

LOS TRISTES

DE

OVIDIO

LIBRO PRIMERO.

ELEGÍA PRIMERA.

Parte, pequeño libro: lo permito:
Irás á la Ciudad, donde tu dueño
No puede ¡y bien le pesa! acompañarte;
Parte, mas sin adornos, como debe
Ir un proscripto: en la desgracia adopta
El traje que conviene á un desgraciado.
No te adornen las flores del jacinto
Con su purpúreo jugo, que no es propio
Este color al que de luto viste;

LIBER PRIMUS.

ELEGIA I.

Parve (nec invideo) sine me, liber, ibis, in urbem
(Hei mihi!) quo domino non licet ire tuo.
Vade, sed incultus qualem decet exulis esse,
Infelix, habitum temporis hujus habet.
Nec te purpureo velent vaccinia succo:
Non est conveniens luctibus ille color.
Nec titulus minio, nec cedro charta notetur;
Candida nec nigra cornua fronte geras.

Ni el bermellón tu rótulo colore,
Ni resalte el escrito con el lustre
Del oloroso cedro; ni den gala
Blancos remates á tu negra frente.
  Realcen tan artísticos primores
Al libro que es feliz: tú sólo puedes
Ser mudo heraldo de mi gran miseria;
Ni tus gemelas páginas se pulan
Al roce de la frágil piedra pómez.
  Preséntate con rostro que entristezca;
La cabellera hirsuta y desgreñada,
Ni las obscuras manchas te sonrojen,
Pues bien verá el lector que desteñidas
Están las hojas por copioso llanto.
  Anda, mi libro: tus renglones cortos
Saluden en mi nombre aquellos sitios
Queridos para mí, y á cuyas lindes

Felices ornent hæc instrumenta libellos,
  Fortunæ memorem te decet esse meæ.
Nec fragili geminæ poliantur pumice frontes:
  Hirsutus passis ut videare comis.
Neve liturarum pudeat; qui viderit illas,
  De lacrymis factas sentiet esse meis.
Vade, liber, verbisque meis loca grata saluta.
  Contingant certe, quo licet, illa pede.
Si quis, ut in populo, nostri non immemor illic,
  Si quis, qui, quid agam, forte requirat, erit:

Sólo así puedo aproximar mi planta.
  Si alguno en ese pueblo aún me recuerda
Y desea saber en qué me ocupo,
Dile que aliento, niégale que vivo,
Y por dádiva tengo de los Dioses
Este poco de vida que aún conservo.
  Así, con tu silencio, al que pregunte,
Dejándote leer, darás respuesta.
  Advertido por tí seguramente
Se acordará el lector de mi delito,
Y como reo de notoria culpa
Seré por todo el pueblo acriminado;
Guárdate de salir á mi defensa,
Aunque se ensañen en morder mi nombre:
La causa que no es buena por sí misma
No se ha de mejorar por defenderla.
  Encontrarás alguno que lamente

Vivere me dices: salvum tamem esse negabis:
  Id quoque, quod vivam, munus habere dei.
Atque ita te cautus quærenti plura legendum,
  Ne, quæ non opus est, forte loquare, dabis.
Protinus admonitus reperet mea crimina lector:
  Et peragar populi publicus ore reus.
Tu cave defendas, quamvis mordebere dictis.
  Causa patrocinio non bona melior erit.
Invenies aliquem, qui me suspiret ademptum.
  Carmina nec siccis perlegat ista genis:

Mi ausencia suspirando, y que no logre
Terminar la lectura de estos versos
Sin que el llanto humedezca sus mejillas;
Que por temor á lenguas maldicientes
Guarde dentro del alma sus deseos
De aliviar mi dolor, calmando á César:
Yo, sin saber quién sea, al cielo pido
Que hagan feliz los Dioses al que de ellos
Implore compasión para el que sufre.
  Sean cumplidos sus votos y yo logre,
Del Príncipe la cólera aplacada,
Morir tranquilo en mis paternos lares.
  Aunque cumplas, oh libro, mis mandatos,
Quizás la acerba crítica te culpe
Juzgándote inferior á mi talento.
  Es oficio del juez, al par que el caso,
Examinar el tiempo, y no es dudoso

Et tacitus secum, ne quis malus audiat, optet,
  Sit mea, lenito Cæsare, pœna levis.
Nos quoque, quisquis erit, ne sit miser ille, precamur;
  Placatos miseris qui volet esse deos.
Quæque volet, rata sint; ablataque principis ira
  Sedibus in patriis det mihi posse mori.
Ut peragas mandata, liber, culpabere forsan;
  Ingeniique minor laude ferere mei.
Judicis officium est, ut res, ita tempora rerum
  Quærere; quæsito tempore tutus eris.

Que este examen feliz ha de salvarte.
Para que el verso fluya dulcemente
Ha de brotar del ánimo en la calma,
Y hoy corren para mí tiempos revueltos
Por súbitas desgracias anublados:
Sosiego y soledad los versos piden,
Y yo á merced del temporal sañudo,
Con el viento y la mar estoy luchando;
No se aviene el temor con dulces himnos,
Ni los puede entonar aquél que siente
El filo de la espada en su garganta.
Por eso asombro causarán mis versos
Á quien cual justo juez, quiera apreciarlos;
Y quien quiera que sea el que leyere,
Los habrá de mirar con indulgencia.
Poned en mi lugar á Homero mismo,
De casos tan contrarios abrumado:

Carmina proveniunt animo deducta sereno:
Nubila sunt subitis tempora nostra malis.
Carmina secessum scribentis et otia quærunt:
Me mare, me venti, me fera jactat hiems.
Carminibus metus omnis abest: ego perditus ensem
Hæsurum jugulo jam puto jamque meo.
Hæc quoque, quæ facio, judex mirabitur æquus;
Scriptaque cum venia qualiacumque leget.
Da mihi Mæoniden, et tot circumspice casus;
Ingenium tantis excidet omne malis.

Mal pudiera vencer con su alto ingenio
El cúmulo aún más grande de mis males.
  Parte, por fin, indiferente, oh libro;
No te sonrojes del desdén soberbio
Con que el lector tus páginas recorra:
La suerte no se muestra tan propicia,
Que puedas esperar grandes aplausos.
  En los tiempos felices de mi vida
Con deleite amoroso contemplaba
El título de un libro de mis versos
En sed ardiente de ilustrar mi nombre:
Hoy con no aborrecerlos solamente
Harto hago ya, porque mi ingenio en ellos
De mi triste destierro fué la causa.
  Pero tú, á quien los hados no lo impiden,
Ve en mi lugar, contemplarás á Roma.
¡Ojala, oh libro, que ocupar tu puesto

Denique securus famæ, liber, ire memento;
  Nec tibi sit lecto displicuisse pudor.
Non ita se nobis præbet fortuna secundam,
  Ut tibi sit ratio laudis habenda tuæ.
Donec eram sospes, tituli tangebar amore;
  Quærendique mihi nominis ardor erat.
Carmina nunc si non studiumque, quod obfuit, odi
  Sit satis: ingenio sic fuga parta meo.
I tamen, i, pro me tu, cui licet, adspice Romam.
  Di facerent, possem nunc meus esse liber!

Me permitieran los propicios Dioses!
  No creas que has de entrar cual peregrino
En la grande ciudad, y que su pueblo
Tu nombre desconozca como extraño
Ni te haga falta título: cualquiera
Conocerá en lo triste que eres mío.
  Entra de oculto; mis antiguos versos
Podrán hacerte á mi pesar gran daño;
Del público no logran la acogida
Que en los tiempos antiguos: si hay alguno
Que no quiera leerte por ser mío,
Dile que su atención fije en el nombre,
Que no enseño yo en tí de amar el arte:
Si pena merecí por el delito
De haber hecho tal obra, la he pagado.
  Quizás querrás saber si á la colina
Y á los palacios donde César mora

Nec te, quod venias magnam peregrinus in Urbem,
  Ignotum populo posse venire puta.
Ut titulo careas, ipso noscere colore,
  Disimulare velis te licet esse meum.
Clam tamen intrato; ne te mea carmina lædant.
  Non sunt, ut quondam plena favoris erant.
Si quis erit, qui te, quod sis meus; esse legendum
  Non putet, e gremio rejiciatque suo;
Inspice, dic, titulum. Non sum preceptor amoris;
  Quas meruit pœnas, jam dedit illud opus.

Te mandaré subir: ¡perdón imploro
De esos sitios augustos y sus Dioses!
Que desde sus alcázares el rayo
Vino á herir con su fuego mi cabeza;
Sé que benignos Númenes residen
Dentro de aquellos muros, pero temo
Al Dios cuyo poder me dejó herido.
  Al más ligero ruido de unas alas
Se estremece la tímida paloma,
Que ya del gavilán probó las uñas;
Ni del redil se atreve á separarse
La corderilla que se vió salvada
De entre los dientes de avariento lobo.
  Si viviera Faetón, jamás al Cielo
Osárase acercar, ni á sus caballos
Incitara otra vez tan locamente.
  Confieso que aun de Jove me amedrenta

Forsitan expectes, an in alta palatia missum
  Scandere te jubeam, Cæsareamque domum.
Ignoscant augusta mihi loca, dique locorum.
  Venit in hoc illa fulmen ab arce caput.
Esse quidem memini mitissima sedibus illis
  Numina; sed timeo, qui nocuere, deos.
Terretur, minimo pennæ stridore columba,
  Unguibus, accipiter, saucia facta suis.
Nec procul a stabulis audet discedere, si quæ
  Excusa est avidi dentibus agna lupi.

El brazo que me hirió; y en cuanto ruge
El trueno en las alturas, ya me creo
Por el fuego del rayo perseguido.
 El griego que ha evitado con su barco
De Cafarea el formidable escollo,
Siempre aparta sus velas de las aguas
Que bañan los confines de la Eubea.
 Mi esquife, que ya una vez sintió el azote
De tormenta feroz, trémulo escapa
Del sitio aquél en que se vió azotado.
 Sé, pues, libro querido, circunspecto,
Y baste para tí verte leído
De la mediana numerosa clase.
 Ícaro, por querer á lo más alto
Remontarse con alas inseguras,
Su nombre ha dado á las icarias olas.
 Difícil es decir si te conviene
Hacer uso del remo ó de la vela:

Vitaret cælum Phaethon, si viveret; et quos
 Optarat stulte, tangere nollet equos.
Me quoque, quæ sensi, fateor Jovis arma timere:
 Me reor infesto, cum tonat, igne peti.
Quicumque Argolica de classe Capharea fugit;
 Semper ab Euboicis vela retorquet aquis.
Et mea cymba semel vasta percussa procella,
 Illum, quo læsa est, horret adire locum.
Ergo, cave liber, timida circunspice mente,
 Et satis a media sit tibi plebe legi.
Dum petit infirmis nimium sublimia pennis
 Icarus, Icariis nomina fecit aquis.

El tiempo y el lugar te den consejo.
  Si te presentas en momentos de ocio;
Si ves en todo allí reinar la calma;
Si ha templado la cólera sus bríos;
Si encontrares alguno que te incite,
A pesar de tus dudas y recelos,
A subir hasta allí, y antes hablare
En tu favor, preséntate y que sea
Bajo augurio feliz, y más dichoso
Que tu dueño, calmar logres mi angustia,
Pues al modo de Aquiles, sólo el mismo
Que mi herida causó puede sanarme.
  Mira que no me dañes con tu celo:
Más grande es mi temor que mi esperanza.
  Procura hacer que su movible enojo
Que dormitaba oculto, no se anime
Y de nuevo dolor vuelva á ser causa.
  Cuando entrarès por fin en el santuario

Difficile est tamen, hic remis utaris an aura,
  Dicere: consilium resque locusque dabunt.
Si poteris vacuo tradi; si cuncta videbis
  Mitia; si vires fregerit ira suas;
Si quis erit, qui te dubitantem et adire timentem
  Tradat, et ante tamen pauca loquatur; adi.
Luce bona, dominoque tuo felicior ipse
  Pervenias illuc; et mala nostra leves.
Namque ea vel nemo, vel qui mihi vulnera fecit,
  Solus Achilleo tollere more potest.
Tantum ne noceas, dum vis prodesse, videto.
  Nam spes est animi nostra timore minor.

Que consagré al estudio en mi retiro,
Y en sus corvos estantes tengas casa
Y en orden puestos tus hermanos veas,
Has de saber que en el estudio grato
Pasaba con placer largas vigilias:
Sus nombres llevarán al descubierto
Ostentando sus títulos al frente;
Verás en un rincón tres escondidos
Que dicen enseñar de amar el arte,
Arte bien conocido: de ellos huye,
Ó si te atreves, pon sobre su nombre
Del de Edipo y Telégono el estigma.
  Si guardas á tu padre algún cariño,
Aunque de amar los tres muestran el arte,
Te aconsejo que no ames á ninguno.
  Existen además los quince libros
Llamados Metamórfosis: son versos
Que escaparon del fuego en mis exequias.

Quaeque quiescebat, ne mota resaeviat ira,
  Et poenae tu sis altera causa, cave.
Cum tamen in nostrum fueris penetrale receptus;
  Contigeris que tuae scrinia curva domus,
Adspicies illic positos ex ordine fratres,
  Quos studium cunctos evigilavit idem.
Caetera turba palam titulos ostendit apertos;
  Et sua detecta nomina fronte gerit.
Tres procul obscura latitantes parte videbis.
  Hi quoque, quod nemo nescit, amare docent.
Hos tu vel fugias; vel, si satis oris habebis,
  Oedipodas facito, Telegonosque voces;

Diles que tanto para mí su rostro
La fortuna mudó, que añadir puedo
Metamórfosis nueva á las que he escrito,
Pues se hizo de repente muy distinta
De la que en tiempos anteriores era,
Y de risueña se trocó en llorosa.
Mucho más te diría, si es que quieres
Apurar mis encargos; pero entonces
Me temo que te hiciera mi relato
Por largo tiempo diferir tu marcha:
Si cuanto se me ocurre que encargarte
Hubieras, libro, de llevar contigo,
Te abrumaría tan inmensa carga.
Date prisa á partir; largo es el viaje:
Yo á pesar mío quedaré habitando
Un extremo del orbe, en tierra extraña,
Lejos del Sol que calentó mi cuna.

Deque tribus moneo, siqua est tibi cura parentis,
Ne quemquam, quamvis ipse docebit, ames.
Sunt quoque mutatae ter quinque volumina formae,
Nuper ab exequiis carmina rapta meis;
His mando dicas, inter mutata referri
Fortunae vultum corpora posse meae.
Namque ea dissimilis subito est effecta priori;
Flendaque nunc, aliquo tempore laeta fuit.
Plura quidem mandare tibi, si quaeris, habebam;
Sed vereor tardae causa fuisse morae.
Quod, si, quae subeunt, tecum, liber, omnia ferres;
Sarcina laturo magna futurus eras.
Longa via est: propera: nobis habitabitur orbis
Ultimus; a terra terra remota mea.

ELEGÍA SEGUNDA.

Oh Dioses de los mares y del cielo,
¿Pues qué me resta ya sino invocaros?
Perdonad á mi barca que zozobra:
No queráis del gran César, os lo pido,
La venganza aumentar con vuestra ayuda.
Suele un Dios auxiliar al que otro oprime;
Si Vulcano aparece contra Troya,
Vemos que Apolo en su socorro acude;
Contraria á los Troyanos miro á Palas,
Y Venus los protege; odiando á Eneas
Juno cobija á aquél bajo su manto:
Neptuno en su furor al cauto Ulises
Atacó sin piedad, mas de sus iras
Por la ley de la sangre no enfrenadas
De Minerva el favor le puso á salvo,
Y á nosotros también, aunque no iguales

ELEGIA II.

Di maris et caeli (quid enim nisi vota supersunt?)
Solvere quassatae parcite membra ratis.
Neve, precor magni subscribite Caesaris irae.
Saepe, premente deo, fert deus alter opem.
Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Appollo:
Aequa Venus Teucris; Pallas iniqua fuit.
Oderat Aenean proprior Saturnia Turno:
Ille tamen Veneris numine tutus erat.
Saepe ferox cautum petit Neptunus Ulyssem:
Eripuit patruo saepe Minerva suo.

Á semejantes héroes ¿quién impide
Que en otro numen protección busquemos
Contra aquel Dios que vemos enojado?
¡Desgraciado de mí! que en vano suenan
Vanas palabras que arrebata el viento:
Cubren mi boca las furiosas olas,
Mis palabras dispersa airado el noto
Y mi ruego llegar no deja al cielo;
Y así el viento á la vez sin saber dónde
Mis votos arrebata con las velas,
Como si fuera poco un solo daño.
¡Ay infeliz de mí! ¡qué montes de agua
Unos sobre otros encresparse miro,
Queriendo remontarse á las estrellas!
¡Cuánto valle profundo abre su entraña
Retirada la mar! Del hondo averno
Pienso tocar el pavoroso abismo.

Et nobis aliquod, quamvis distamus ab illis,
Quid vetat irato numen adesse deo?
Verba miser frustra non proficientia perdo;
Ipsa graves spargunt ora loquentis aquae:
Terribilisque Notus jactat mea dicta; precesque,
Ad quos mittuntur, non sinit ire deos.
Ergo idem venti, ne causa laedar in una,
Velaque nescio quo, votaque nostra ferunt.
Me miserum, quanti montes volvuntur aquarum!
Jam jam tacturos sidera summa putes.
Quantae diducto subsidunt aequore valles:

En torno mío al extender la vista
Encuentro solamente mar y cielo:
Éste amenaza con preñadas nubes;
Aquél me bate con hinchadas olas.
Y entre los dos los vientos se revuelven
Rugiendo en temeroso remolino:
No sabe á qué Señor debe obediencia
El mar movido por contrarios vientos:
Lánzase el Euro desde el rojo Oriente;
Ya se presenta el céfiro soplando
Desde el Ocaso tardo; ya furioso
El Bóreas helador bate sin tino
Desde el árida Osa, y frente á frente
Riñe el Noto con él recia batalla.
Lucha incierto el piloto, no sabiendo
Dónde está la salud, dónde la ruína;
Su arte vacila entre dudosos males,

Jam jam tacturas Tartara nigra putes.
Quocumque adspicias, nihil est nisi pontus, et aer,
Fluctibus hic tumidus, nubibus ille minax.
Inter utrumque fremunt immani turbine venti.
Nescit, cui domino pareat unda maris.
Nam modo purpureo vires capit Eurus ab ortu:
Nunc Zephyrus sero vespere missus adest:
Nunc gelidus sicca Boreas bacchatur ab Arcto:
Nunc Notus adversa praelia fronte gerit.
Rector in incerto est; nec quid fugiatve, petatve,
Invenit; ambiguis ars stupet ipsa malis.

Cierta es la muerte ya, ó apenas queda
De salvación una esperanza leve:
El mar mi rostro inunda mientras hablo,
Fáltame aliento y matadoras aguas
Ahogan la inútil súplica en mi boca.
  Una pena no más, que es mi destierro,
Hoy al cariño de mi esposa aflige,
Unico mal que sabe y que lamenta:
Ignora que del mar soy el juguete,
Ignora que los vientos me combaten,
Ignora que á la muerte estoy tocando.
  Gracias, Dioses, os doy porque á mi esposa
No permití arrastrar suerte tan dura,
Y así me salvo de morir tres veces.
  Aunque perezca yo, si ella se salva,
La mitad de mi sér queda sin vida.
¡Qué rápido en las nubes arde el rayo!

Scilicet occidimus, nec spes est nisi vana salutis.
  Dumque loquor, vultus obruit unda meos.
Opprimet hanc animam fluctus: frustraque precanti
  Ore necaturas accipiemus aquas.
At pia nil aliud quam me dolet exule conjux:
  Hoc unum nostri scitque, gemitque mali,
Nescit in immenso jactari corpora ponto:
  Nescit agi ventis; nescit adesse necem.
Di bene, quod non sum mecum conscendere passus;
  Ne mihi mors misero bis patienda foret!
At nunc, ut peream, quoniam caret illa periclo,

¡Cómo retumba el trueno en las alturas!
  Hieren las olas de la nave el flanco
Con no menos rigor que la ballesta;
Hace con su poder temblar los muros
Bajo el peso del golpe estremecidos,
Y entre las olas que en su quilla rompen
Siempre hay una que fiera se levanta
Anterior á la oncena y tras la nona.
  Sin temor á la muerte me amedrenta
El modo de morir: sin el naufragio
Fuera un don para mí; que es menos duro
A quien mata el destino, ó bien el hierro,
Dejar su cuerpo en Cementerio amigo:
Consuela el esperar de los parientes
Digno sepulcro, y no servir de pasto
Á los peces del mar. Si fin tan triste
Juzgáis que merecí por mis escritos,

  Dimidia certe parte superstes ero.
Hei mihi, quam celeri micuerunt nubila flamma!
  Quantus ab aethaereo personat axe fragor!
Nec levius laterum tabulae feriuntur ab undis,
  Quam grave balistae moenia pulsat onus.
Qui venit hic fluctus, fluctus supereminet omnes:
  Posterior nono est, undecimoque prior.
Non lethum timeo: genus est miserabile lethi.
  Demite naufragium; mors mihi munus erit.
Est aliquid, fatove suo, ferrove cadentem
  In solida moriens ponere corpus humo:

Sabed que en este buque no estoy solo,
¿Y por qué ha de sufrir el inocente
Castigo tan cruel? Dioses supremos,
Cerúleos Dioses que mandáis los mares,
Cesad en vuestras dobles amenazas.
  Debo arrastrar la vida que del César
La cólera templada me concede
Hasta el lugar donde fijó el destierro:
Si queréis que la pena merecida
En proporción á mi delito pague,
Según el mismo Juez, no he merecido,
Aunque soy criminal, pena de muerte:
Si él hubiera querido que las ondas
De la Estigia laguna atravesara,
No hacía falta para ello vuestra ayuda;
La dicha de vivir no ha de envidiarme,
Pues me puede quitar cuando le plazca

Est mandata suis aliquid sperare sepulchra,
  Et non aequoreis piscibus esse cibum.
Fingite me dignum tali nece: non ego solus.
  Hic vehor: immeritos cur mea poena trahit?
Proh superi, viridesque dei, quibus aequora curae!
  Utraque jam vestras sistite turba minas.
Quamque dedit vitam mitissima Caesaris ira,
  Hinc sinite infelix in loca jussa feram.
Si, quam commerui poenam, me pendere vultis;
  Culpa mea est, ipso judice, morte minor.
Mittere me Stygias si jam voluisset ad undas

Lo que me concedió. Pero vosotros
Á quienes no ofendieron mis maldades,
Como harta expiación tomad mis penas,
Y aunque queráis salvarme todos juntos,
El que herida mortal lleva en su seno
No puede su cabeza ver á salvo.
Aunque se aplaque el mar y el viento ceda
Y perdón me otorguéis, con todo eso
¿Lograré del destierro libertarme?
No surco el mar por la codicia loca
De comerciar atesorando bienes;
Ni como en otro tiempo tras la ciencia
Quiero ir á Atenas, visitar ciudades
En el Asia y regiones ignoradas,
Buscando fama, esclarecer mi nombre;
Ni recorrer tu pintoresca margen,
Alegre Nilo, y tus fecundas aguas,

Caesar; in hoc vestra non eguisset ope.
Est illi nostri non invidiosa cruoris
Copia: quoque dedit, cum volet, ipse feret.
Vos modo, quos certe nullo puto crimine laesos,
Contenti nostris, di precor, esse malis.
Nec tamen, ut cuncti miserum servare velitis,
Quod periit, salvum jam caput esse potest.
Ut mare considat, ventisque ferentibus utar;
Ut mihi parcatis; nunc minus exul ero?
Non ego, divitias avidus sine fine parandi,
Latum mutantis mercibus aequor aro?

Y admirar la ciudad de Alejandría.
¿Quién pudiera creer para qué piden
Mis votos hoy los vientos favorables?
Tierra busco, pero es en la Sarmacia;
Quiero tocar en la salvaje costa
Del Ponto Occidental, y me lamento
De abandonar mi patria tan despacio.
Ignoro dónde está situado Tomos;
Pero por verme allí quieren mis votos
Apresurar la marcha á mi destierro.
  Reprimid, si me amáis, olas tan recias,
Conduciendo mi nave en su camino;
Y si me aborrecéis también, llevadla
Á las costas do César me relega,
Pues la región donde habitar me manda
Una parte ha de ser de mi suplicio.

Nec peto, quas quondam petii studiosus, Athenas:
  Oppida non Asiae, non loca visa prius.
Non ut Alexandri claram delatus in urbem,
  Delicias videam, Nile jocose, tuas.
Quod faciles opto ventos (quis credere possit?)
  Sarmatis est tellus, quam mea vota petunt.
Obligor, ut tangam laevifera littora ponti.
  Quodque sit a patria tam fuga tarda, queror.
Nescio quo videam positos ut in orbe Tomitas,
  Exilem facio per mea vota viam.
Seu me diligitis, tantos compescite fluctus:
  Pronaque sint nostrae numina vestra rati:

¿Qué hago yo aquí? Que el viento hinche las [velas.
¿Por qué diviso las Ausonias costas?
No es eso lo que César ha mandado;
Mis ojos quieren ver tierra del Ponto:
Él lo ha ordenado y yo lo he merecido:
No es lícito á mi juicio, ni es piadoso
El crimen absolver que ha condenado.
Nunca pueden los hechos de los hombres
Engañar á los Dioses, y vosotros
Bien sabéis que en el mío no hubo culpa;
Sí, en verdad: bien sabéis que en tan gran yerro
Necia fué la intención, mas no malvada.
Si obscuro ciudadano he respetado
De Augusto á la familia, y de su jefe
Fueron por mí acatados los edictos;

Seu magis odistis, jussae me advertite terrae,
Supplicii pars est in regione mei.
Ferte (quid hic facio?) rapidi mea corpora venti,
Ausonios fines cur mea vela vident?
Noluit hoc Caesar: quid, quem fugat ille tenetis?
Adspicias vultus Pontica terra meos.
Et jubet, et merui: nec, quae damnaverit ille
Carmina, defendi fasve, piumve puto.
Si tamen acta deos numquam mortalia fallunt;
A culpa facinus scitis abesse mea.
Immo ita; vos scitis. Si me meus abstulit error,

Si la suerte del siglo en que él impera
He llamado feliz, y en honor suyo
Y también de los Césares incienso
Quemé en el ara con piadosa mano,
Si tal fué mi intención, conforme á ella
Vuestro perdón, oh Dioses, otorgadme.
Pero si no es así, que me sumerjan
Las altas olas que mi rostro inundan.
¿Es acaso ilusión? ¡Ya veo las nubes
Preñadas que comienzan á rasgarse;
Ya del mudable mar ceja la saña
Quebrantada también: no es el acaso,
Sino vosotros, Dioses, que en mi apoyo
Llamé sin condición, y á los que nadie
Puede engañar: no hay duda que vosotros
En trance tan fatal me dais auxilio!

Stultaque mens nobis, non scelerata fuit:
Quamlibet e minimis, domui si favimus illi;
Si satis Augusti publica jussa mihi,
Hoc duce. Si dixi felicia saecula; proque
Caesare thura pius, Caesaribusque dedi;
Si fuit hic animus nobis; ita parcite, divi.
Sin minus; alta cadens obruat unda caput.
Fallor? an incipiunt gravidae vanescere nubes,
Victaque mutati frangitur ira maris?
Non casu vos, sed sub conditione vocati,
Fallere quos non est, hanc mihi fertis opem.

ELEGÍA TERCERA.

Cuando viene á turbarme con su aspecto
La tristísima imagen de la noche,
Último tiempo para mí de Roma;
Cuando recuerdo que en la noche aquélla
Perdí prendas del alma tan amadas,
Aún las lágrimas brotan de mis ojos.
Ya la luz se acercaba de aquel día
En que ordenó de César el mandato
Que yo dejase de la extrema Ausonia
Los confines: el tiempo me faltaba
Y el ánimo también al prepararme.
En fatal inacción entorpecido
No me cuidé de la elección de esclavos,
Ni de vestidos, ni de ajuar, más propios
Para emprender la marcha hacia el destierro.
Quedé con este golpe tan absorto,

ELEGIA III.

Cum subit illius tristissima noctis imago,
Quae mihi supremum tempus in urbe fuit;
Cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui;
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.
Jam prope lux aderat, qua me discedere Caesar
Finibus extrema jusserat Ausoniae.
Nec spatium, nec mens fuerat satis apta parandi.
Torpuerant longa pectora nostra mora.
Non mihi servorum, comites non cura legendi;
Non aptae profugo vestis, opisve fuit.

Como el que alienta sin sentir que vive,
De Júpiter herido por el rayo.
Cuando el mismo dolor rasgó la nube
Que anublaba mi alma, y recobraron
Mis sentidos su fuerza quebrantada.
Ya dispuesto á partir, con triste acento,
De alguno que otro amigo me despido,
Que de tantos como eran ví á mi lado.
  Mi esposa me abrazaba, y con las mías
Se mezclaban sus lágrimas acerbas,
Corriendo en sus mejillas, que del llanto
No merecían el amargo ultraje.
  Mi hija, lejos de mí, porque partido
Había de Libia á las extensas playas,
Ignoraba del todo mi infortunio.
  Al rededor de mí, sólo gemidos
Sonaban y rumor de triste llanto;

Non aliter stupui, quam qui Jovis ignibus ictus,
  Vivit; et est viae nescius ipse suae.
Ut tamen hanc animo nubem dolor ipse removit,
  Et tandem sensus convaluere mei;
Alloquor extremum moestos abituros amicos,
  Qui modo de multis unus, et alter erant.
Uxor amans flentem flens acrius ipsa tenebat;
  Imbre per indignas usque cadente genas.
Nata procul Libycis aberat diversa sub oris;
  Nec poterat fati certior esse mei.
Quocumque adspiceres, luctus, gemitusque sonabant:

Hombres, mujeres y hasta niños, todos
Lloraban cual si aquél fuera mi entierro:
No hubo un solo rincón de aquella casa
Que el dolor no regase con su lloro.
Tal debió ser, si compararse pueden
Grandes ejemplos con menores casos,
El aspecto de Troya al ser vencida.
Ya el confuso rumor de hombres y perros
La calma de la noche había aquietado,
Y la luna por lo alto conducía
Sus nocturnos caballos: la mirada
Paseando yo desde ella al Capitolio,
Que en vano estaba á nuestros lares junto,
—«¡Númenes—exclamé,—que en los contiguos
Muros tenéis habitación sagrada;
Templos que nunca más verán mis ojos;
Dioses que á dejar voy y de Quirino
Guarda por suyos la Ciudad excelsa:
Para siempre os saludo, y aunque tomo

Formaque non taciti funeris intus erat.
Fœmina, virque, meo pueri quoque funere moerent;
Inde domo lacrymas angulus omnis habet.
Si licet exemplis in parvo grandibus uti,
Hæc facies Trojæ, cum caperetur, erat.
Jamque quiescebant voces hominumque canumque.
Lunaque nocturnos alta regebat equos.
Hanc ego suspiciens, et adhuc Capitolia cernens,
Quæ nostro frustra juncta fuere Lari;
Numina vicinis habitantia sedibus, inquam,
Jamque oculis nunquam templa videnda meis,

Tardo el escudo para estar ya herido,
Quitad la odiosidad á mi destierro,
Y al celeste varón que me lo impone
Decidle que un error cegó mi mente,
Que no confunda con la falta el crimen,
Y que á su autor como vosotros juzgue:
Aún puedo ser feliz, si el Dios se aplaca!»
Los Dioses invoqué con este ruego;
Los invocó también con ansia loca,
En frases que cortaban los sollozos,
Mi esposa, que postrada ante los lares,
Suelto el cabello, trémulos los labios,
Sobre el hogar extincto, que besaban,
Con acentos de súplica prorrumpe
Por su infeliz esposo, pero en vano
Fatiga los penates desdeñosos.
  Avanzaba la noche, sin dar tregua
Á mayor dilación, y vuelto había
La Osa Parrahasia el eje de su carro:

Dique relinquendi, quos urbs habet alta Quirini;
  Este salutati tempus in omne mihi:
Et quamquam sero clypeum post vulnera sumo;
  Attamen hanc odiis exonerate fugam;
Cælestique viro, quis me deceperit error,
  Dicite; pro culpa ne scelus esse putet.
Ut, quod vos scitis, pœnæ quoque sentiat auctor:
  Placato possum non miser esse deo.
Hac prece adoravi superos ego: pluribus uxor;
  Singultu medios præpediente sonos.
Illa etiam ante Lares passis postrata capillis

¿Qué partido tomar? Me sujetaba
El amor de la patria: era la noche
Última para mí dentro de Roma,
Noche predecesora del destierro.
¡Qué de veces no dije al que afanoso
De partir el momento apresuraba!
«¿Por qué tanto correr? No ves—le dije,—
El sitio á donde voy y aquél que dejo?»
¡Oh cuántas en mi mente fuí fijando
El plazo improrrogable á mi partida!
De mi puerta el umbral toqué tres veces,
Y las tres veces retiré mi planta
Acorde en el tardar con mi deseo.
Después de repetir mi despedida
Me quedaba aún que hablar; últimos besos,
Cual si fuera á marchar, iba con ansia
Repartiendo entre todos, y cien veces
Mis órdenes les dí, cual si quisiera
Engañarme al mirar ante mis ojos

Contigit extinctos ore tremente focos:
Multaque in adversos effudit verba Penates,
Pro deplorato non valitura viro.
Jamque moræ spatium nox præcipitata negabat,
Versaque ab axe suo Parrhasis Arctos erat.
Quid facerem? blando patriæ retinebar amore:
Ultima sed jussæ nox erat illa fugæ.
Ah! quoties aliquo dixi properante, Quid urges?
Vel quo festines ire, vel unde, vide.
Ah! quoties certam me sum mentitus habere
Horam; propositæ quæ foret apta viæ.

Prendas de mi cariño tan preciadas.
¿Por qué he de apresurar, dije, mis pasos?
La Scitia es el lugar á que me envían,
Y Roma es el que dejo: excusa doble
Para encontrar razón á mi tardanza.
En vida y para siempre me despojan
De mi hogar, de mi esposa y de los seres
Que son mis fieles y amorosos miembros,
Y de aquéllos también que como hermanos
Amé, los compañeros de mi vida:
¡Pechos leales á mi pecho unidos,
De la fe de Teseo emuladores!
Á mis brazos venid: ahora es posible;
Tal vez no podáis ya volver á hacerlo;
El tiempo que me queda es pura gracia.»
No cabe más retraso, y mi discurso
Queda sin concluir: entre mis brazos
Estrecho aquéllos que encontré mas cerca.
En tanto que yo hablo y lloran todos,

Ter limen tetigi; ter sum revocatus: et ipse
Indulgens animo, pes mihi tardus erat.
Sæpe, vale dicto, rursus sum multa locutus;
Et quasi discedens oscula summa dedi.
Sæpe eadem mandata dedi: meque ipse fefelli,
Respiciens oculis pignora cara meis.
Denique, quid propero? Scythia est, quo mittimur, inquam:
Roma reliquenda est: utraque justa mora est.
Uxor in æternum vivo mihi viva negatur:
Et domus, et fidæ dulcia membra domus.
Quosque ego dilexi fraterno more sodales,

Brilla en el alto cielo la importuna
Estrella matinal; ya despuntaba
El lucero que anuncia el nuevo día;
Me siento destrozado, cual si un miembro
Me arrancaran del cuerpo ó le sintiera
Quedar en dos pedazos dividido.
Tal debió ser de Mecio la tortura,
Cuando, en opuesta dirección partiendo,
Su cuerpo desgarraron los caballos,
De su pérfido crimen vengadores.
Ya entonces roto el dique al sentimiento
De los míos, prorrumpen en gemidos
Y voces de dolor: con triste mano
Hieren á golpes sus desnudos pechos.
De mis hombros colgada en tierno abrazo,
Mi esposa entre sollozos me dirige
Estas tristes palabras: «No es posible
Separarme de tí; marchemos juntos:
Tus pasos seguiré, y en el destierro

O mihi Thesea pectora juncta fide!
Dum licet amplectar: numquam fortasse licebit
Amplius: in lucro est, quæ datur hora mihi.
Nec mora, sermonis verba imperfecta relinquo,
Complectens animo proxima quæque meo.
Dum loquor et flemus, cœlo nitidissimus alto
Stella gravis nobis Lucifer ortus erat.
Dividor haud aliter, quam si mea membra relinquam
Et pars abrumpi corpore visa suo est.
Sic Metius doluit, tunc cum in contraria versus
Ultores habuit proditionis equos.

Seré también del desterrado esposa.
  «Abierto está el camino; al fin del mundo
Contigo marcharé: tan leve carga
No ha de acortar la marcha de la nave.
César en su ira abandonar te manda
La patria, pero en mí más que su ira
Podrá la ley del conyugal cariño.»
Tal intentaba, y no por vez primera:
Apenas pude del tenaz empeño
Hacerla desistir con las razones
Que nuestro mutuo bien pudo dictarme.
  Salgo por fin, y aquello parecía
Mi entierro sin la pompa funeraria:
Caían mis cabellos en desorden
Sobre el rostro de barbas erizado.
  Ella en tanto, afectada rudamente
Por mi dolor, sintió su vista vaga

Tunc vero exoritur clamor gemitusque meorum:
  Et feriunt mœstæ pectora nuda manus.
Tunc vero conjux humeris abeuntis inhærens
  Miscuit hæc lacrymis tristia dicta suis:
Non potes avelli, simul hinc, simul ibimus ambo:
  Te sequar, et conjux exulis exul ero.
Et mihi facta via est: et me capit ultima tellus:
  Accedam profugæ sarcina parva rati.
Te jubet a patria discedere Cæsaris ira:
  Me pietas; pietas hæc mihi Cæsar erit.
Talia tentabat: sic et tentaverat ante:
  Vixque dedit victas utilitate manus.
Egredior (sive illud erat sine funere ferri)

Desvanecerse, y de la estancia en medio
Me han dicho que cayó casi sin vida.
Cuando volvió á su sér, de sucio polvo
Manchados sus cabellos: cuando pudo
Del suelo alzar los ateridos miembros,
Lloró por ella y sus penates solos,
Sin cesar invocando el grato nombre
Del esposo á su hogar arrebatado.
No menos fué su pena que si viese
Arder sobre la pira funeraria
El cadáver de mi hija junto al mío.
Deseaba morir, y con la muerte
Acabar de sentir, pues que su vida
No le era ya posible consagrarme.
 Viva, puesto que el hado así lo quiere;
Viva para el ausente, y su memoria
No deje de alentarme en la desgracia.

 Squallidus immissis hirta per ora comis.
Illa dolore amens, tenebris narratur obortis
 Semianimis media procubuisse domo.
Utque resurrexit, fœdatis pulvere turpi
 Crinibus, et gelida membra lavavit humo;
Se modo, desertos modo complorasse Penates,
 Nomen et erepti sæpe vocasse viri:
Nec gemuisse minus, quam si natæve meumve
 Vidisset structos corpus habere rogos:
Et voluisse mori, moriendo ponere sensus:
 Respectuque tamen non posuisse mei.
Vivat: et absentem, quoniam sic fata tulerunt,
 Vivat, et auxilio sublever usque suo.

ELEGÍA CUARTA.

Ya se baña en los mares el custodio
De la Osa de Eximanto; y su influencia
Turba las olas, pero no surcamos
Por nuestra voluntad el golfo Jonio:
El miedo nos obliga á ser audaces.
¡Desgraciado de mí! ¡Cómo se encrespa
Por los vientos, el mar y cómo hierve
Arrancada la arena del abismo!
Altas cual montes, por la corva proa
Y la popa las olas nos invaden,

ELEGIA IV.

Tangitur Oceano custos Frymanthidos Ursæ:
Æquoreasque suo sidere turbat aquas:
Nos tamem Ionium, non nostra findimus æquor
Sponte, scd audaces cogimur esse metu.
Me miserum, quantis increscunt æquora ventis,
Erutaque ex imis fervet arena vadis!
Monte nec inferior proræ, puppique recurvæ
Insilit, et pictos verborat unda deos.

Azotando la imagen de los Dioses
En las pintadas tablas ostentada;
Cruje su trabazón, y rechinando
Gime el barco á los golpes sacudido,
Cual si llorar quisiera nuestros males.
Ya pálido el piloto, confesando
Su miedo, de la nave el movimiento,
Sin poderla regir sigue vencido:
Inútil es para acertar su ciencia.
Así como un jinete poco diestro
Abandona las riendas del caballo
Sobre el indócil cuello; no á su gusto,
Sino al capricho de las ondas bravas,
Miro al piloto abandonar las velas.
Si el Señor de los vientos no los muda

Pinea texta sonant: pulsi stridore rudentes;
Aggemit et nostris ipsa carina malis.
Navita confessus gelidum pallore timorem;
Jam sequitur victus, non regit arte ratem.
Utque parum validus non proficientia vector
Cervicis rigidæ fræna remittit equo:
Sic non quo voluit, sed quo rapit impetus undæ,
Aurigam video vela dedisse rati.
Quod nisi mutatas emiserit Æolus auras;
In loca jam nobis non adeunda ferat.

Iremos á tocar donde no debo
Mi rumbo dirigir; porque dejando
Los campos de la Iliria á mano izquierda,
Lejana miro la vedada Italia.
No me arrastréis, os lo suplico, oh vientos
Hacia la tierra que de sí me arroja,
Y al grande Dios obedeced conmigo.
  Mientras hablo, vacilo entre el deseo
Y el temor de alejarme: ¡con qué furia
Baten las olas de la nave el casco!
  Dioses cerúleos del airado Ponto,
Perdón os pido: ¿acaso no es bastante
La ira de Jove? ¡De tan dura muerte
Librad un alma que el dolor agobia,
Si es que puede morir quien ya está muerto!

Nam procul Illyricis læva de parte relictis,
  Interdicta mihi cernitur Italia.
Desinat in vetitas, quæso, contendere terras
  Et mecum magno pareat aura deo.
Dum loquor, et cupio pariter, timeoque revelli,
  Increpuit quantis viribus unda latus!
Parcite, cærulei; vos parcite, numina Ponti;
  Infestumque mihi sit satis esse Jovem.
Vos animam sævæ fessam subducite morti.
  Si modo, qui periit, non periisse potest.

ELEGÍA QUINTA.

¡Tú á quien jamás recordará mi mente
Sin darte el primer puesto en mis amigos!
Que ante todos juzgaste como tuya
Mi desgraciada suerte, y el primero
Fuiste en darme valor con tus palabras,
Y á vivir me animaste cuando sólo
La muerte ansiaba mi afligido pecho!
Tu conciencia te dice á quién las frases
Que pongo aquí para ocultar tu nombre,
Se dirigen, amigo, y tus servicios
Probados, al engaño no se prestan.
Siempre tu nombre quedará esculpido
Sobre mi corazón, y eternamente

ELEGIA V.

O mihi post ullos numquam memorande sodales!
O cui præcipue sors mea visa sua est!
Attonitum qui me (memini) charissime, primus
Ausus es alloquio sustinuisse tuo;
Qui mihi consilium vivendi mite dedisti,
Cum foret in misero pectore mortis amor.
Scis bene cui dicam, positis pro nomine signis;
Officium nec te fallit, amice, tuum:
Hæc mihi semper erunt imis infixa medullis;
Perpetuusque animæ debitor hujus ero:
Spiritus et vacuas prius hic tenuandus in auras
Ibit, et in tepido deseret ossa rogo;
Quam subeant animo meritorum oblivia nostro;
Et longa pietas excidat ista die.

Á tu cariño quedaré obligado.
Antes el soplo que mi vida alienta
En los aires verás desvanecido,
Y quemados mis huesos en la pira,
Que llegue á obscurecerse en la memoria
El recuerdo que en mi alma has merecido,
Y en ella extinga mi cariño el tiempo.
Que los Dioses te acojan bondadosos,
Y con mejor fortuna que la mía
No tengas que buscar ajeno auxilio.
  De haber siempre mi barco navegado
Con bonancible tiempo, quedaría
Tan gran fidelidad siempre ignorada.
Si no bajara á los infiernos vivo,
No hubiera puesto á prueba Pirithoo
El cariño entrañable de Teseo.
Á Píladés hicieron los furores
Del triste Orestes ejemplar de amigos;
Á no caer en la asechanza Eurialo

Di tibi sint faciles, et opis nullius egentem
  Fortunam præstent, dissimilemque meæ.
Si tamen hæc navis vento ferretur amico;
  Ignoraretur forsitan ista fides.
Thesea Pirithous non tam sensisset amicum,
  Si non infernas vivus adisset aquas.
Ut foret exemplum veri Phocæus amoris,
  Fecerunt Furiæ, tristis Oresta, tuæ.
Si non Euryalus Rutulus cecidisset in hostes;
  Hyrtacidæ Nisi gloria nulla foret.
Scilicet ut fulvum spectatur in ignibus aurum,

Del Rútulo atrevido, no gozara
El Hirtácida Niso tanta gloria.
Como en el fuego se aquilata el oro,
El amigo se prueba en la desgracia.
 Mientras ayuda la fortuna y ríe
Con semblante apacible, todos vienen
Á brindar con ofertas no probadas;
Mas en llegando á resonar el trueno,
Huyen y desconocen al que há poco
Como enjambre de amigos rodeaban.
 Yo de aquellos ejemplos que la historia
Nos presenta al narrar antiguos casos,
Hice experiencia por mis propios males:
De tantos como fueron mis amigos,
Tan sólo dos ó tres fieles quedaron;
El resto acompañaba á mi fortuna,
No á mí; mas por lo mismo que sois pocos,
Mayor ayuda en la desgracia dadme,
Buscad costa segura á mi naufragio;

 Tempore sic duro est inspicienda fides.
Dum juvat, et vultu ridet fortuna sereno;
 Indelibatas cuncta sequuntur opes.
At simul intonuit, fugiunt: nec noscitur ulli
 Agminibus comitum qui modo cinctus erat.
Atque hæc exemplis quondam collecta priorum.
 Nunc mihi sunt propiis cognita vera malis.
Vix duo, tresve mihi de tot superestis amici:
 Cætera fortunæ, non mea, turba fuit.
Quo magis, o pauci, rebus succurrite lapsis,
 Et date naufragio littora tuta meo;

Ni á temer demasiado os fuerce el miedo
Y á juzgar os induzca falsamente
Que ofenda al Dios vuestra piedad cònmigo.
César no pocas veces dió alabanza
Á la fidelidad, aun en aquéllos
Que militaban en contraria hueste;
Ama la lealtad en sus amigos,
Y la aprueba también en sus contrarios.
Mucho más fácil defender mi causa,
Pues no favorecí contrarias armas.
Única causa fué de mi destierro
Mi indiscreción, y es justo que os pida
Por mi propia desgracia que del Numen
Aplaquéis, si es posible, los furores.
Quien pretenda saber todos mis males,
Me pide más de lo que está en mi mano:
Tantos los males son que he padecido
Como estrellas relucen en el cielo,
Como pequeños átomos contiene

Neve metu falso nimium trepidate, timentes,
Hoc offendatur ne pietate deus.
Sæpe fidem adversis etiam laudavit in armis:
Inque suis amat hanc Cæsar; in hoste probat.
Causa mea est melior, qui non contraria fovi,
Arma; sed hanc merui simplicitate fugam.
Invigiles igitur nostris pro casibus oro;
Diminui si qua numinis ira potest.
Scire meos casus siquis desideret omnes;
Plus, quam quod fieri res sinit, ille petat.
Tot mala sum passus, quod in æthere sidera lucent;

El seco polvo, y nadie creería,
Por más que sea verdad, cuántos sucesos
Amontonó en mi vida la desgracia.
Es cierto que una parte de mis penas
Conmigo ha de morir, y el disimulo
Tendrá que devorar este secreto.
Si tuviese una voz infatigable
Y un pecho más entero todavía
Que mi voz y cien lenguas en cien bocas,
Á pesar de todo eso, no pudiera
Con mis palabras abarcarlo todo.
La materia á mis fuerzas sobrepuja.
No cantéis al Monarca de Nerito,
Doctos poetas; escribid mis males,
Pues más que Ulises padecí sin causa:
Él breve espacio anduvo en largos años
Entre Duliquio y las troyanas ruínas,
Y yo brazos de mar he recorrido
Que más allá se extienden de la Zona

Parvaque quod siccus corpora pulvis habet,
Multaque credibili tulimus majora: ratamque,
Quamvis acciderint, non habitura fidem.
Pars etiam quædam mecum moriatur oportet;
Meque velim possit dissimulante tegi.
Si vox in fragili mihi pectore firmior ære,
Pluraque cum linguis pluribus ora forent;
Non tamen idcirco complecterer omnia verbis;
Materia vires exuperante meas.
Pro duce Neritio docti mala nostra poetæ
Scribite: Neritio nam mala plura tuli.

Marcada por los astros que conozco,
Y á las Géticas costas y Sarmacias
La fortuna implacable me ha arrojado.
Él tuvo hueste amiga, compañeros
Fieles; prófugo yo, fuí de los míos
En triste soledad desamparado.
Él vencedor y alegre de su patria
La tierra iba buscando, y yo me alejo
Vencido y desterrado de la mía.
Y ni Dulichio ni Itaca ni Samos
Mi patria son, mansiones que se pueden
Abandonar sin doloroso esfuerzo:
Es la que en siete montes asentada
Abarca el orbe entero con su vista,
La ciudad del Imperio y de los Dioses.
Él fué por la costumbre endurecido
En la ruda fatiga de las armas,

Ille brevi spatio multis erravit in annis
Inter Dulichias, Iliacasque domos.
Nos freta sideribus notis distantia mensos
Sors tulit in Geticos, Sarmaticosque sinus.
Ille habuit fidamque manum, sociosque fideles;
Me profugum comites deseruere mei.
Ille suam lætus patriam: victorque petebat:
A patria fugio victus, et exul ego.
Nec mihi Dulichium domus est, Ithaceve, Samosve;
Pœna quibus non est grandis abesse locis.
Sed quæ de septem totum circumspicit orbem
Montibus, imperii Roma, deumque locus.
Illi corpus erat durum, patiensque laborum:

Yo en amenos estudios educado.
Á mí un Dios oprimió, sin que otro alguno
Viniera á darme auxilio en mis congojas;
Á él la Diosa amadora de las guerras
Le brindó protección; si él perseguido
Fué por Neptuno, que inferior á Jove
Tan sólo manda en las hinchadas olas,
Yo, bajo el peso todo de las iras,
Del mismo Jove padecí oprimido.
Añadid además que sus trabajos
En la parte mayor fingidos fueron,
Y no son fabulosas mis desdichas.
Él por fin sus penates que anhelaba
Llegó á tocar, y los paternos campos;
Mas yo he de carecer perpetuamente
De las delicias de la madre patria,
Como no temple sus enojos César.

Invalidæ vires, ingenuæque mihi.
Ille erat assidue sævis agitatus in armis:
Assuetus studiis mollibus ipse fui.
Me deus opressit, nullo mala nostra levante:
Bellatrix illi diva ferebat opem.
Cumque minor Jove sit, tumidis qui regnat in undis;
Illum Neptuni, me Jovis ira premit.
Adde, quod illius pars maxima ficta laborum;
Ponitur in nostris fabula nulla malis.
Denique quæsitos tetigit tamen ille Penates;
Quæque diu petiit, contigit arva tamen:
At mihi perpetuo patria tellure carendum est,
Ni fuerit læsi mollior ira dei.

ELEGÍA SEXTA.

Ni de Antímaco fué Lyde querida,
Ni del vate de Cos Batris amada,
Cual tú lo eres, oh esposa, que á mi pecho
Como un pedazo de él estás unida;
Digna en verdad de más feliz esposo,
Pero no más amante; si tu auxilio
Que como recia trabe me sostiene
Me llegara á faltar, cayera en ruínas.
Si algo soy todavía, á tí lo debo:

ELEGIA VI.

Nec tantum Clario Lyde dilecta poetæ,
Nec tantum Coo Batris amata suo est:
Pectoribus quantum tu nostris, uxor, inhæres;
Digna minus misero, non meliore viro.
Te mea, supposita veluti trabe, fultá ruina est.
Si quid adhuc ego sum, muneris omne tui est:
Tu facis, ut spolium ne sim, nec nuder ab illis,
Naufragii tabulas qui partiere mei
Utque rapax stimulante fame, cupidusque cruoris

Obra tuya es no verme ya desnudo
Del todo, y despojado por infames
Cuya codicia vil, de mi naufragio
Quiso explotar los destrozados restos;
Como lobo rapaz que el hambre acosa,
Y por la sed de sangre enardecido
Se echa sobre el redil desamparado,
Ó como hambriento cuervo que en el aire
Con pesado volar graznando gira
En torno de un cadáver insepulto,
Así no sé qué malo y falso amigo,
Confiado en mis tristes desventuras,
De mis bienes tal vez hiciera presa
Si tú no lo impidieras animosa:
Contra él supiste suscitar de amigos
Poderosos la fuerza, á los que nunca

Incustoditum captat ovile lupus:
Aut ut edax vultur corpus circunspicit, ecquod
Sub nulla positum cernere possit humo:
Si mea nescio quis, male fidus rebus acerbis,
In bona venturus, si paterere, fuit.
Hunc tua per fortes animum submovit amicos,
Nulla quibus reddi gratia digna potest.
Ergo quam misero, tam vero teste probaris:
Hic aliquod pondus si modo testis habet.

Podrá mi gratitud pagar su deuda.
Bien lo puedes probar con un testigo,
Y no menos veraz que desdichado,
Si tiene algún valor el testimonio.
  Ni te excedió en virtud de Héctor la esposa
Ni la misma Laodamía, que no quiso
La vida conservar muerto su esposo.
Si la muerte te hubiera deparado
Para cantarte al vate de Meonia,
En renombre á Penélope igualaras.
Bien que tan sólo debas á tí misma
El lauro que de esposa has merecido;
Bien lo adquirieras en piadosa escuela
Tu ánimo enriqueciendo cada día,
Ó bien aquella dama de alta estirpe
Que tus pasos guió desde la infancia

Nec probitate tua prior est aut Hectoris uxor,
  Aut comes extincto Laodameia viro.
Tu si Mæonium vatem sortita fuisses;
  Penelopes esset fama secunda tuæ.
Sive tibi hoc debes, nulla pia facta magistra;
  Cumque nova mores sunt tibi luce dati:
Fœmina seu princeps, omnes tibi culta per annos,
  Te docet exemplum conjugis esse bonæ:
Assimilemque sui longa assuetudine fecit:

De conyugal amor te diera ejemplo,
Y la larga frecuencia de su trato
Á su imagen tu vida modelara.
  Ello es así, si compararse pueden
Grandes ejemplos á pequeños casos.
¡Ay de mí! que no puedo cual quisiera
Dar vigor á mis versos: mis palabras
No alcanzan á ensalzarte cual mereces.
Aquel brío, que pudo en otros tiempos
Prestar vida á mis fuerzas en el canto,
En tan largo sufrir quedó extinguido:
Entre las santas heroínas siempre
Tendrás el primer puesto, y tu alma hermosa
Brillará sobre todos altamente;
Y si mi canto alguna gloria adquiere,
Tú siempre vivirás en mis canciones.

  Grandia si parvis assimilare licet.
Hei mihi, non magnas quod habent mea carmine vires,
  Nostraque sunt meritis ora minora tuis!
Si quid et in nobis vivi fuit ante vigoris.
  Extinctum longis excidit omne malis:
Prima locum sanctas heroidas inter haberes,
  Prima bonis animi conspicerere tui.
Quantumcumque tamen præconia nostra valebunt;
  Carminibus vives tempus in omne meis.

ELEGÍA SÉPTIMA.

Cualquiera que tú seas, si aún conservas
Retratada la imagen de mi rostro,
Suprime aquella hiedra en mis cabellos,
De Baco á semejanza, entrelazada;
Esos signos alegres sólo deben
Ornar á los poetas placenteros,
Y no está bien que en época tan triste
Engalanen mi frente más guirnaldas.
En vano disimulas, pues bien sabes
Que hablo contigo, porque á ratos miras

ELEGIA VII.

Si quis habes nostris similes in imagine vultus;
Deme meis hederas, Bacchica serta, comis.
Ista decent lætos felicia signa poetas:
Temporibus non est apta corona meis.
Hæc tibi dissimulas, sentis tamen optime, dici,
In digito qui me fersque, refersque tuo.
Effigiemque meam fulvo complexus in auro
Cara relegati, qua potes, ora vides.
Quæ quoties spectas, subeat tibi dicere forsan,
Quam procul a nobis Naso sodalis abest!

Á mi retrato, que en tus dedos llevas
Con cercos de oro rojo guarnecido,
Para así contemplar cual te es posible
Las amadas facciones del ausente.
Cuántas veces dirás al ver mi rostro:
¡Qué lejos de nosotros está Ovidio!
Muy grato me es tu culto hacia esa imagen.
Pero mejor mis versos me retratan:
Por eso te los mando y te suplico
Que, sea cual fuere su valor, los leas.
Canto en ellos mudanzas variadas
De los seres; poema interrumpido
De su infeliz autor por el destierro.
Con otros muchos al partir de Roma.
Llevado del dolor con triste mano
Lancé yo mismo al fuego, cual se dice

Grata tua est pietas: sed carmina major imago
Sunt mea; quæ mando qualiacumque legas.
Carmina mutatas hominum dicentia formas:
Infelix domini quod fuga rupit opus.
Hæc ego discedens, sicut bona multa meorum,
Ipse mea posui mœstus in igne manu.
Utque cremasse suum fertur sub stipite natum
Thestias, et melior matre fuisse soror;
Sic ego non merito; mecum peritura libellos
Imposui rapidis viscera nostra rogis

Que hizo arder con la leña á su hijo propio
La hija de Thestis, superando en ella
El amor de la hermana al de la madre:
Así yo puse en las voraces llamas
Mis inocentes libros, ya por odio
Á las Musas que hicieron mi desdicha,
Ya porque mi trabajo aún no crecido
Se hallaba en embrión con verso ingrato.
La parte de ellos que escapó del fuego
Y existe todavía, corre en Roma
En diferentes copias conservada.
Ahora pido que vivan recreando
Los indolentes ocios de lectores
Que se acuerden de mí cuando los lean.
No habrá quien con paciencia los recorra
Si no tuviere en cuenta que salieron,

Vel quod eram Musas, ut crimina nostra, perosus:
  Vel quod adhuc crescens, et rude carmen erat.
Quæ quoniam non sunt penitus sublata, sed extant;
  Pluribus exemplis scripta fuisse reor.
Nunc precor ut vivant, et non ignava legentem
  Otia delectent, admoneantque mei:
Nec tamen illa legi poterunt patienter ab ullo;
  Nesciet his summam si quis abesse manum.
Ablatum mediis opus est incudibus illud:
  Defuit et scriptis ultima lima meis.

Aun á medio forjar del yunque, faltos
De la última labor, y que sus formas
No acabó de pulir severa lima;
Y hasta alabado quedaré si alcanzo
Que nadie encuentre tedio en la lectura.
Si estos seis versos te parecen propios,
Ponlos al frente del primer volumen:
«Cualquiera en cuyas manos estos libros
Cayeren, como á huérfanos los trate:
Hallen asilo en la Ciudad Eterna
Y sirva en su favor como disculpa
Que no los publicó su autor y fueron
Robados á la hoguera funeraria.
Quizás la docta lima corrigiera
(Á no oponerse la contraria suerte)
Las asperezas mil de nuestro libro.»

Et veniam pro laude peto; laudatus abunde
Non fastiditus si tibi, lector ero.
Hos quoque sex versus, in prima fronte libelli,
Si præponendos esse putabis, habe.
Orba parente suo quicumque volumina tangis;
His saltem vestra detur in urbe locus.
Quoque magis faveas, non hæc sunt edita ab ipso,
Sed quasi de domini funere rapta sui.
Quidquid in his igitur vitii rude carmen habebit.
Emendaturus, si licuisset, erat.

ELEGÍA OCTAVA.

Rápidamente volverán los ríos
Desde los altos mares á su cuna;
El sol hará volver á sus caballos
En dirección opuesta á su camino;
Cubrirán las estrellas á la tierra
Y surcarán el cielo los arados;
Del seno de las aguas saldrá el fuego
Y del seno del fuego saldrá el agua:
Todo sucederá contra las leyes
De la naturaleza, y en el mundo

ELEGIA VIII.

In caput alta suum labentur ad æquore retro
  Flumina: conversis solque recurret equis:
Terra feret stellas: cœlum findetur aratro:
  Unda dabit flammas: et dabit ignis aquas:
Omnia naturæ præpostera legibus ibunt:
  Parsque suum mundi nulla tenebit iter.
Omnia jam fient, fieri quæ posse negabam:
  Et nihil est, de quo non sit habenda fides.
Hæc ego vaticinor; quia sum deceptus ab illo,
  Laturum misero quem mihi rebar opem.

Cosa no habrá que siga su camino.
Cuanto imposible un tiempo imaginaba,
Todo sucederá, todo es posible.
  Vaticino estas cosas, porque he sido
Burlado por aquél en quien tenía
En mi tribulación mayor confianza.
  ¡Cómo de tí se apoderó el olvido
De cuanto á mí tocaba, amigo falso!
¡Y hubo en tí tal temor de visitarme
En tan grande aflicción, y no viniste
Á verme y consolarme en mi caída!
¡Cruel! Ni acompañaste mi funérea
Partida hacia la tumba en el destierro.
Aquel nombre tan santo y venerado
De la amistad, ¿acaso te parece
Que como cosa vil puede pisarse?
¿Qué te costaba visitar la casa

Tantane te, fallax, cepere oblivia nostri?
  Afflictumque fuit tantus adire timor?
Ut neque respiceres; nec solarere jacentem;
  Dure, nec exequias prosequerere meas?
Illud amicitiæ sanctum, ac venerabile nomen
  Re tibi pro vili, sub pedibusque jacet?
Quid fuit, ingenti prostratum mole sodalem
  Visere, et alloquii parte levare tui?
Inque meos si non lacrymas dimittere casus,
  Pauca tamen ficto verba dolore loqui?

De un compañero tuyo apesarado
Por tan enorme carga, y darle alivio
Con algunas palabras de consuelo,
Y á no poder llorar en mi desdicha,
Buscar acentos de dolor fingido
Ó por lo menos un «¡adiós!» decirme,
Como sin conocerme hicieron muchos;
Unirte á la voz pública en las muestras
De conmiseración tan populares.
Y por última vez mi triste rostro
Mirar, aprovechando aquel momento
En que era permitido contemplarme
Y dar y recibir la despedida?
 Eso hicieron los mismos no ligados
Á mí por ningún lazo, que en su lloro
El sentir de sus almas demostraban;
Si te portaste así, ¿qué hubiera sido

Inque, quod ignoti faciunt, valedicere saltem;
 Et vocem populi publicaque ora sequi?
Denique lugubres vultus, numquamque videndos
 Cernere supremo, dum licuitque, die?
Dicendumque semel toto non amplius aevo?
 Accipere, et parili reddere voce, vale?
At fecere alii nullo mihi foedere juncti;
 Et lacrymas animi signa dedere sui.
Quid? nisi convictu, causisque valentibus essem,
 Temporis et longi junctus amore tibi?

Si no hubieras estado largo tiempo
Unido á mí por trato cariñoso
En poderosas causas cimentado?
¿Qué si de mis placeres y negocios
No hubieras tú participado siempre
Cual yo participaba de los tuyos?
¿Qué de haberte tan sólo conocido
De Roma en el bullicio, sin seguirte
Á cualquier otro sitio y tantas veces
Cuantas tú me pediste que lo hiciera?
¡Todo esto, como inútil, fué arrastrado
Por los vientos del mar y sumergido
Despareció en las aguas de Leteo!
Llego á pensar que no fuiste engendrado
En la ciudad risueña de Quirino,
Ciudad donde no es lícito que vuelva
Mis plantas á fijar, sino del Ponto

Quid? nisi tot lusus, et tot mea seria nosses,
Tot nossem lusus, seriaque ipse tua?
Quid? si dumtaxat Romae mihi cognitus esses,
Adscitus toties in genus omne loci?
Cunctane in aequoreos abierunt irrita ventos
Cunctane Lethaeis mersa feruntur aquis?
Non ego te placida genitum reor urbe Quirini,
Urbe, meo quae jam non adeunda pede est:
Sed scopulis, Ponti quos haec habet ora sinistri;
Inque feris Scythiae, Sarmaticisque jugis.

Siniestro en los escollos, y en los agrios
Montes de la Sarmacia y de la Escitia.
Cruzan tu corazón venas de roca
Y á tu pecho inclemente cubre el hierro,
Y la nodriza que á tus tiernos labios
Dió de sus pechos la abundante leche,
Sin duda era una tigre: si no hubieras
Mirado mi desgracia como extraña,
No se alzara hoy mi voz para acusarte
Del crimen de crueldad que has cometido;
Y esto más acrecienta la amargura
De mis fatales daños, despojando
Del puesto, que le toca, á la memoria
De los primeros tiempos en el alma:
¡Procura que yo olvide este pecado,
Y haz que la misma boca que se queja
Acabe por hacer siempre tu elogio!

Et tua sunt silicis circum praecordia venae;
Et rigidum ferri semina pectus habet.
Quaeque tibi quondam tenero ducenda palato
Plena dedit nutrix ubera, tigris erat.
At mala nostra minus, quam nunc, aliena putasses
Duritiaeque mihi non agerere reus.
Sed quoniam accedit fatalibus hoc quoque damnis,
Ut careant numeris tempora prima suis;
Effice, peccati ne sim memor hujus; et illo
Officium laudem, quo queror, ore tuum.

ELEGÍA NOVENA.

¡Que feliz logre prolongar sus días
Quien leyere benévolo estos versos,
Y ojalá puedan alcanzar mis votos
Más valimiento con los duros Dioses
Que no pude mover en favor mío!
Si eres feliz, tendrás muchos amigos;
Mas si se nubla el tiempo, estarás solo:
Al blanco techo mira cómo acuden
Las palomas, y cómo en sucia torre
No hay ave alguna que su nido labre.
Jamás caminan al granero exhausto
Las hormigas, y no verás á nadie
Correr en pos del que perdió sus bienes;
Y al modo que la sombra es compañera

ELEGIA IX.

Detur inoffensae metam tibi tangere vitae,
Qui legis hoc nobis non inimicus opus.
Atque utinam pro te possent mea vota valere,
Quae pro me duros non tetigere deos!
Donec eris felix multus numerabis amicos:
Tempora si fuerint nubila, solus eris.
Adspicis, ut veniant ad candida tecta columbae;
Accipiat nullas sordida turris aves?
Horrea formicae tendunt ad inania numquam:
Nullus ad amissas ibit amicus opes.
Utque comes radios per Solis euntibus umbra est,
Cum latet hic pressus nubibus, illa fugit;
Mobile sic sequitur fortunae lumina vulgus:
Quae simul inducta nube teguntur, abit.

Del que camina entre solares rayos,
Y cuando éstos se ocultan, comprimidos
Por las nubes, también se oculta aquélla,
Así verás al veleidoso vulgo
Seguir la luz de la fortuna; empero
Al cubrirle una nube, desparece.
  Ojalá esto que digo siempre pueda
Parecerte un error; pero en mi caso
Es fuerza confesarlo como cierto.
  Mientras estuve en pie, mi conocida
Mas no lujosa casa, frecuentada
Se vió de muchos; pero ya oscilante,
Temiendo todos su inmediata ruína,
Volvieron cautelosos las espaldas.
  No me admira el temor al duro rayo,
Porque suele abrasar su mismo fuego
Lo que está más cercano; pero César
Á cualquier enemigo aborrecible
Alaba cuando es fiel en la desgracia;

Haec, precor, ut possint semper tibi falsa videri:
  Sunt tamen eventu vera fatenda meo.
Dum stetimus, turbat quantum satis esset, habebae
  Nota quidem, sed non ambitiosa, domus.
At simul impulsa est; omnes timuere ruinam;
  Cautaque communi terga dedere fugae.
Saeva nec admiror metuunt si fulmina, quorum
  Ignibus afflari proxima quaeque solent.
Sed tamen in duris remanentem rebus amicum
  Quamlibet inviso Caesar in hoste probat.
Nec solet irasci (nec enim moderatior alter)

Y siendo el más clemente de los hombres,
No se enoja jamás contra quien sigue
En la desgracia lo que amó primero.
Dicen que alabó á Pílades el mismo
Thoas, cuando su argivo compañero
Su amistad con Orestes descubrióle:
Aquella lealtad que siempre tuvo
El descendiente de Héctor con Aquiles,
Encomiada se vió por boca de Héctor:
Cuentan también que el Dios de los infiernos
Se llegó á enternecer, cuando piadoso
Quiso Teseo á las Tartáreas sombras
Acompañar los manes de su amigo.
De Eurialo y de Niso al referirte
¡Oh Turno! la amistad, debe creerse
Que humedeciera el llanto tus mejillas.
También halla piedad el desgraciado
Y la aprueba el contrario; pero á pocos
Conmueven ¡ay de mí! mis tristes quejas.

Cum quis in adversis, si quid amavit, amat.
De comite Argolico postquam cognovit Oresten.
Narratur Pyladen ipse probasse Thoas.
Quae fuit Actoridae cum magno semper Achille.
Laudari solita est Hectoris ore fides.
Quod pius ad manes Theseus comes esset amico.
Tartareum dicunt indoluisse deum.
Euryali, Nisique fide tibi, Turne, relata
Credibile est lacrymis immaduisse genas.
Est etiam miseris pietas, et in hoste probatur.
Hei mihi, quam paucos haec mea dicta movent!

ELEGÍA DÉCIMA.

¿A quién no arrancará copioso llanto
El término infeliz en que me veo?
Pero mi corazón, aunque rendido
Por las desdichas propias, se consuela
Al mirar tu fortuna: tal suceso
Yo, caro amigo, me atreví á anunciarlo
Cuando aún con tenue brisa caminaba
Tu nave. Si es que tienen las virtudes
Y una vida sin mancha alguna estima,
Nadie mejor que tú puede alcanzarla.
Y si es que por las artes liberales

ELEGIA X.

Hic status, haec rerum nunc est fortuna mearum,
Debeat ut lacrymis nullus adesse modus.
At mea, sunt propio quamvis moestissima casu,
Pectora pro sensu facta serena tuo.
Hoc eventurum jam tum, carissime, vidi,
Ferret adhuc istam cum minus aura ratem.

Levanta alguno su cabeza, nadie
Va en ella sobre tí, cuya elocuencia
Da á toda causa el triunfo codiciado.
  Conmovido por ella, al punto mismo
Te dije: «Amigo mío, grande escena
Se abre ante tí como triunfal palenque.»
  No me dijeron esto las entrañas
De la oveja, ni el trueno retumbando
Siniestramente, ni la lengua ó pluma
Del ave ya observada: solamente
Fué mi razón, agüero y conjetura;
Ella sola inspiraba mis acentos;
Confirmados están: con toda el alma,
Al par que á tí, bendigo mi presagio.
  ¡Ay, ojalá que el mío obscurecido

Sive aliquod morum, seu vitae labe carentis
  Est pretium; nemo pluris emendus erat.
Sive per ingenuas aliquis caput extulit artes;
  Quaelibet eloquio fit bona causa tuo.
His ego commotus, dixi tibi protinus ipsi:
  Scena manet dotes grandis, amice, tuas.
Hoc mihi non ovium fibrae, tonitrusve sinistri,
  Linguave servatæ, pennave dixit avis.
Augurium ratio est, et conjectura futuri:
  Hac divinavi, notitiamque tuli.
Quae quoniam rata sunt; tota mihi mente tibique
  Gratulor, ingenium non latuisse tuum.

Se quedara en tinieblas más profundas!
Y nunca con su brillo realzara
La luz á mis estudios, porque tanto
Como á tí te aprovecha tu elocuencia
En las severas artes que cultivas,
A mí por modo opuesto me dañaron.
  Bien conoces mi vida, y también sabes
Que en sus costumbres el autor se abstuvo
De aquellas artes que escribió: lo hizo,
Joven aún, por juego, no por fama.
  Y aunque no debo defender mi crimen,
Juzgo que al menos disculparlo puedo
Bajo tal apariencia: no abandones
La causa del amigo, y sigue andando
Con el pie que empezaste tu camino.

At nostrum tenebris utinam latuisset in imis!
  Expediit studiis lumen abesse meis.
Utque tibi prosunt artes, facunde, severae.
  Dissimiles illis sic nocuere mihi.
Vita tamen tibi nota mea est: scis, artibus illis
  Auctoris mores abstinuisse sui.
Scis, vetus hoc juveni lusum mihi carmen; et istos
  Ut non laudandos, sic tamen esse jocos.
Ergo ut defendi nullo mea posse colore,
  Sic excusari crimina posse puto.
Qua potes, excusa: nec amici desere causam:
  Quo bene caepisti sic bene semper eas.

ELEGÍA UNDÉCIMA.

Tengo una nave y ojalá que siempre
Me sea dado tenerla, protegida
Por la rubia Minerva: le da nombre
El casco de la Diosa allí pintado.
Cuando á la vela navegar conviene,
Corre gallardamente de la brisa
Al más ligero soplo; cuando al remo,
Á su impulso también se abre camino:
No se contenta en la veloz carrera
Con vencer á las otras que salieron
Al par de ella á la mar, sino que logra
Dejar atrás las que salieron antes;

ELEGIA XI.

Est mihi, sitque, precor flavae tutela Minervae
Navis; et a picta casside nomen habet.
Sive opus est velis; minimam bene currit ad auram:
Sive opus est remo; remige carpit iter.
Nec comites volucri contenta est vincere cursu;
Occupat egressas qualibet arte rates.
Et patitur fluctus, fertque assidentia longe
Aequora; nec saevis icta fatiscit aquis.
Illa Corinthiacis primum mihi cognita Cenchris
Fida manet trepidae duxque, comesque fugae.

Resiste la embestida de las aguas,
Y á muy larga distancia de rechazo
Lanza las olas que asaltarla intentan,
Ni por ellas herida rudamente
Se abre vencida al ímpetu del golpe.
La conocí primero en la Cencrea,
Á Corinto vecina, y desde entonces
Fiel guía y compañera permanece
En mi agitada marcha hacia el destierro,
Y del Numen de Palas protegida
Se abrió paso seguro en los peligros,
Por implacables vientos azotada.
Ahora no pido más sino que salve
Las bocas del terrible y vasto Ponto,
Y de la playa Gética en las aguas,
Consiga penetrar. Al conducirme
De Heles Eolia al proceloso estrecho,
Hizo en angosto mar largo camino;

Perque tot eventus, et iniquis concita ventis
Aequora, Palladio numine tuta fugit.
Nunc quoque tuta, precor, vasti secet ostia ponti,
Quasque petit, Getici littoris intret aquas.
Quae simul Aeoliae mare me dedusit in Helles,
Et longum tenui limite fecit iter;
Fleximus in laevum cursus; et ab Hectoris urbe
Venimus ad portus, Imbria terra, tuos.
Inde, levi vento Zerinthia littora nactis,
Threiciam tetigit fessa carina Samon.

Á la izquierda viramos, y dejando
Atrás la ciudad de Héctor, á tus puertos
Llegamos, Imbria tierra, y al impulso
De vientos favorables, de Zerintia
Recorriendo las costas, fatigada
Llegó á tomar en Samotracia puerto.
Desde aquel puerto la distancia es corta
Para aquél que á Tentyra se dirige,
Y hasta allí á su Señor siguió la nave.
Y por entonces escogió mi gusto
Marchar á pie por los Bistonios campos;
Abandonó las costas Helespontias,
Y enderezó su rumbo á la Dardania,
Que de su defensor conserva el nombre.
Y á tí, Lampsaco, á quien defensa firme
Da el Dios de las labores campesinas;
Luego al brazo de mar, en cuyas olas
Estrechas mal llevada halló su muerte

Saltus ab hac terra brevis est Tentyra petenti.
Hac dominum tenus est illa secuta suum.
Nam mihi Bistonios placuit pede carpere campos:
Hellespontiacas illa reliquit aquas.
Dardaniamque petit, auctoris nomen habentem;
Et te, ruricola Lampsace, tuta deo.
Quaque per angustas male vectae virginis undas
Seston Abydena separat urbe fretum.
Hincque Propontiacis haerentem Cyzicon oris;
Cyzicon Haemoniae nobile gentis opus;

La joven Hero, y al correr separa
Las dos ciudades de Abydos y Sestos.
  Luego á Cycico fuí, cuyas murallas
Besa del mar Prepóntide la orilla,
Obra gallarda de la gente Hemonia,
Y allá por do las costas de Bizancio
Del Ponto dominando la garganta
Son anchurosa puerta de dos mares.
  Ojalá que llegando vencedora,
Por sopladores vientos impelida,
Cruce veloz las móviles Cianeas,
Vaya al través de los Thyanios senos,
Y saludando á la Ciudad de Apolo
Dirija el rumbo á los erguidos muros
De Anchiolis y á los puertos Mesambriacos;
Á Odesa deje atrás, y los alcázares
¡Oh Baco! por tu nombre conocidos,
Y aquéllos do se dice que los hijos

Quaque tenent ponti Byzantia littora fauces:
  (Hic locus est gemini janua vasta maris.)
Haec, precor, evincat, propulsaque flantibus Austris
  Transeat instabiles strenua Cyaneas:
Thyaniacosque sinus, et ab his per Apollinis urbem
  Alta sub Anchiali moenia tendat iter.
Inde Mesembriacos portus, et Odesson, et arces
  Praetereat dictas nomine, Bacche, tuo:
Et quos Alcathoi memorant a moenibus ortos
  Sedibus his profugum constituisse larem.

De Alcatoo, desterrados de la patria
Sus errantes penates asentaron;
Y llegue salvo al fin hasta Mileto,
Do airado el Dios á que ofendí me arroja.
  Si esto sucede, ofreceré á Minerva
En sacrificio y como acción de gracias
Una cordera, porque no permite
Mayor ofrenda mi fortuna corta.
  Y vosotros, Tindárides hermanos,
Á los que el culto allí rinde su ofrenda,
Apacibles deidades, dad os ruego
Para un doble camino vuestro amparo,
Porque una de las naves se prepara
Á emprender su camino al grupo espeso
Que forman las Simplégadas, y la otra
Romper pretende los Bistonios mares;
Permitid que una y otra, en tan distinto
Rumbo el favor encuentren de los vientos.

A quibus adveniat Miletida sospes ab urbem,
  Offensi quo me compulit ira dei.
Hanc si contigerit, meritae cadet agna Minervae.
  Non facit ad nostras hostia major opes.
Vos quoque Tyndaridae, quos haec colit insula fratres,
  Mite precor duplici numen, adeste viae.
Altera namque parat Symplegadas ire per arctas,
  Scindere Bistonias altera puppis aquas.
Vos facite, ut ventos, loca cum diversa petamus,
  Illa suos habeat, nec minus ista suos.

ELEGÍA DUODÉCIMA.

No hay una de las cartas que leyeres
En este corto libro, que engendrada
No haya sido en el tiempo que duraron
De mi largo viaje los afanes.
Parte me vió escribir á los rigores
Del helado Diciembre, tiritando,
El Adria fiero en medio de sus ondas;
Parte después que atravesé aquel istmo
Tendido entre dos golfos, y otra nave
Tomé para seguir mi triste marcha.
Pienso que del Egeo las Cicládes
Se pasmaron al verme haciendo versos
Del Ponto entre el murmullo embravecido.

ELEGIA XII.

Litera quaecumque est toto tibi lecta libello;
Est mihi sollicitae tempore facta viae.
Aut hanc me, gelido tremerem cum mense Decembri,
Scribentem mediis Adria vidit aquis:
Aut, postquam bimarem cursu superavimus Isthmon;
Alteraque est nostrae sumpta carina fugae.
Quod facerem versus inter fera murmura ponti,
Cycladas Aegaeas obstupuisse puto.
Ipse ego nunc miror, tantis animique, marisque
Fluctibus ingenium non cecidisse meum.

Hoy mismo, á la verdad, me causa asombro
Que mi talento en pie permaneciera,
Tan combatido por ingentes olas
Del ánimo y la mar al mismo tiempo.
Estupor ó locura ha de llamarse
Ese estudio, en el cual la mente absorta
Del todo á la inquietud se sobrepuso.
Muchas veces me ví por las lluviosas
Hyades impelido en rumbo incierto
Marchar bajo el influjo de la estrella
Esteropes; el Ponto amenazaba,
Y el custodio de la osa de Erimanto
La luz turbaba, obscureciendo el cielo.
Otras veces el Austro las tardías
Lluvias amontonaba en las Hyadas.
No pocas en la nave entraba un golpe
De mar, y sin embargo yo mis versos,
Tal cual ellos salían, trasladando

Seu stupor huic studio, sive huic insania nomen;
Omnis ab hac cura mens relevata mea est.
Saepe ego nimbosis dubium jactabar ab Haedis:
Saepe minax Steropes sidere pontus erat.
Fuscabatque diem custos Erimanthidos Ursae;
Aut Hyadas seris hauserat Auster aquis:
Saepe maris pars intus erat; tamen ipse trementi
Carmina ducebam qualiacumque manu.
Nunc quoque contenti stridunt Aquilone rudentes:
Inque modum tumuli concava surgit aqua.

Iba con mano trémula. Ahora mismo
Rechinan con dureza las maromas
Violentadas al ímpetu del viento;
Á manera de túmulo las aguas
Cóncavas se levantan, y el Piloto
Inútil ya su ciencia considera,
Y elevando las manos hacia el cielo
Su auxilio implora con fervientes votos.
En cualquier parte que la vista fijo
Sólo encuentro la imagen de la muerte;
Y aunque la teme el corazón, dudoso
Al mismo tiempo de temer, la pide.
  Si á tocar llego el puerto, el mismo puerto
Me causará pavor, porque á la tierra
Debo temer aún más que al mar dañoso.
Padezco así las dobles asechanzas
De la mar y los hombres juntamente,
Y miedo igual al ánimo producen

Ipse gubernator tollens ad sidera palmas
  Exposcit votis, immemor artis, opem.
Quocumque adspicio, nihil est, nisi mortis imago:
  Quam dubia timeo, mente, timensque precor.
Attigero portum, portu terrebor ab ipso.
  Plus habet infesta terra timoris aqua:
Nam simul insidiis hominum, pelagique laboro;
  Et faciunt geminos ensis, et unda metus.
Ille meo vereor ne speret sanguine praedam:
  Haec titulum nostrae mortis habere velit.

Las olas y la espada, porque temo
Dar á las unas nombre con mi muerte,
Ser de la otra ensangrentada presa.
  La gente que á la izquierda de esa zona
Vive, es salvaje y ávida de robo;
Siempre entre guerras y matanza y sangre,
Y con ser en invierno tan movidas
Las olas de aquel mar, más turbulentos
Los corazones son de aquella gente.
  Por lo cual ¡oh lector! debes benigno
Con más motivo perdonar mis versos
Si, como es la verdad, son inferiores
Á tu esperanza en el ingenio mío:
No están escritos como en otros tiempos,
En mis jardines, ni en mi blanda cama
Descanso doy al cuerpo. Estoy luchando
Con indómito mar en los brumosos
Días de crudo invierno, y mis tablillas

Barbara pars laeva est avidae substructa rapinae,
  Quam cruor, et caedes, bellaque semper habet.
Cumque sit hibernis agitatum fluctibus aequor;
  Pectora sunt ipso turbidiora mari.
Quo magis his debes ignoscere, candide lector,
  Si spe sunt, ut sunt, inferiora tua.
Non haec in nostris, ut quodam, scribimus hortis,
  Nec consuete meum lectule corpus habes.
Jactor in indomito brumali luce profundo:
  Ipsaque caeruleis charta feritur aquis,

Batidas son por las cerúleas ondas.
Le indigna que á escribir versos me atreva
Sin temor en sus fieras amenazas.
  Triunfe del hombre; mas le pido en cambio
Que al mismo tiempo que mis versos cesen
También él ponga á sus esfuerzos coto.

Improba pugnat hiems, indignaturque quod ausim
  Scribere, se rigidas incutiente minas;
Vincat hiems hominem, sed eodem tempore quaeso
  Ipse modum statuam carminis; illa sui.

367

INDICE.

ʋ